



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



*El coronel Cristóbal
de Mondragón*

Angel Salcedo y Ruiz

KFP 1401



HARVARD COLLEGE LIBRARY



in honor of

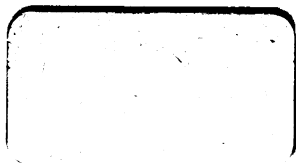
ARCHIBALD CARY COOLIDGE

1866 - 1928

Professor of History

Lifelong Benefactor and

First Director of This Library



KPF
1401

EL CORONEL

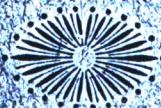
Cristóbal de Mondragón.

APUNTES PARA SU BIOGRAFIA

POR

D. Angel Salcedo Ruiz.

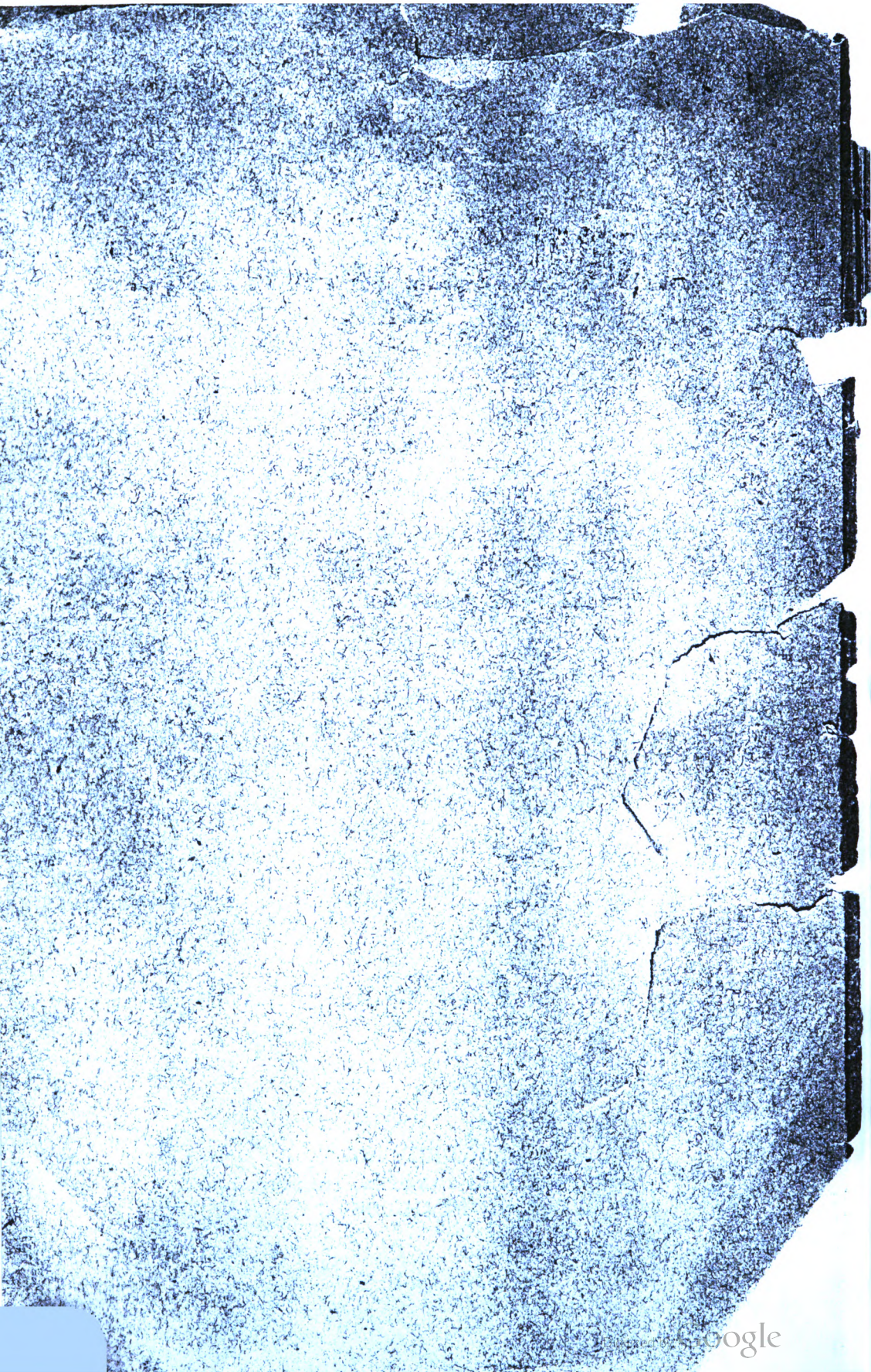
Auditor de Brigada del Cuerpo Jurídico Militar.



MADRID: 1905.

Marceliano Tabarés, impresor.

7-TRUJILLOS-7



Al S. D. Ciriaco Fernandez
en muestra de respeto y admiracion de
esta exemplar

El Autor

EL CORONEL

Cristóbal de Mondragón.

EL CORONEL
Cristóbal de Mondragón.

APUNTES PARA SU BIOGRAFÍA

POR

D. Angel Salcedo Ruiz.

Auditor de Brigada del Cuerpo Jurídico Militar.



MADRID: 1905.

Marceliano Tabarés, impresor.

7—TRUJILLOS—7

~~KPF 1401~~

✓

KPF 1401

✓

HARVARD
UNIVERSITY
LIBRARY
OCT 5 1967

Coolidge



CRISTÓBAL DE MONDRAGÓN

Retrato al óleo, poseído por los descendientes de Mondragón. (Fotografía del Sr. Zabáburu, facilitada para su publicación por el Sr. Rodríguez Villa).

PROEMIO

Dos insignes militares apellidados Mondragón, ó de Mondragón, florecieron en el siglo de oro de las armas españolas. Fué uno el capitán Juan de Mondragón y Otálora, también llamado Juan de Abendaño y Mondragón, hijo de Pedro Ibáñez de Otálora y de D.^a María de Valda y Abendaño; descendía por su padre de la villa de Araoz, y fué natural de la que, conforme á uso de la época, tomó apellido, que honró él militando muchos años bajo las gloriosas banderas de su Rey y patria. Murió en Agosto de 1563, cuando disponíase á embarcar para el socorro de Orán. D. Luis Zapata, el autor del *Carlo famoso* y de la *Miscelánea*, calificó á este valiente capitán de *varón de acero fino*, atendiendo al temple de su alma; y de aquí sacaron luego sus descendientes la extraña especie de que Carlos V le había concedido el título de *Barón de Acero fino*, cosa de todo punto inverosímil, por referirse á un tiempo, en que, significando todavía los títulos jurisdicción señorial, sólo se daban sobre villas ó lugares (1).

El otro Mondragón, sin relación conocida de parentesco con el capitán guipuzcoano, es aquel famosísimo Cristóbal, que, como á porfía y sin tasa, elogian los historiadores nacionales y extranjeros de las guerras de Flandes. «*Ilustre por su valor*, escribió Herrera, *y por las infinitas victorias y hazañas que hizo, digno de admiración por el amor y respeto que siempre le tuvieron sus soldados, y que sin otra ayuda ni favor que el propio, alcanzó los mayores grados de la milicia.*» «*Gran soldado*, al decir de Cabrera de Córdoba, *vencedor y bien afortunado por intrépido y resuelto acometedor, sin haber conocido el miedo en lo más dudoso y difícil de emprender.*» «*Valerosísimo capitán y hombre muy de bien*», en sentir de Strada. «*Muy valiente, virtuoso y experimentado capitán*», en expresión de Alonso Vázquez. «*Rígido en la*

(1) Estas noticias son del erudito vascongado D. Juan Carlos Guerra, comunicadas á nuestro querido amigo el docto cronista de las Provincias Hermanas D. Carmelo Echegaray. Nuestra gratitud á los dos ilustres vascongados.

disciplina, según Bentivoglio, y con todo esto tan bien querido de todas las naciones, que cada una le deseaba por cabo, y todas á porfía procuraban tenerle por padre» D. Carlos Coloma dedicó á Cristóbal de Mondragón una de las hermosas semblanzas que esmaltan sus clásicos Anales; «*por maravilla, dice, se hizo cosa en las guerras de Flandes donde él no se hallase ejecutando ó mandando, y con ser hombre de condición seco, poco atractivo y sobradamente libre, tuvo particular estrella en ser bien quisto, no sólo de sus superiores, sino de sus inferiores, y (lo que es más de maravillar) de sus iguales..... Todos los capitanes y soldados le tenían por padre, y le respetaban como á tal.*»

Razón tuvo el capitán Alonso de Mondragón, sobrino y yerno de Cristóbal, al decir á Felipe III, en un memorial de justos agravios, que *su tío y padre había hecho en Flandes los más señalados servicios que nunca español hizo* (1). Y cuanto más se ahonda en el estudio de la carrera del coronel Mondragón, se va viendo más claro que, aparte la del gran Duque de Alba, no hubo en la centuria décimosexta otra más larga, igual y venturosa, ni más rica en proezas extraordinarias y eminentes servicios. Por algunos aspectos sobrepuja la de Mondragón á la del gran Duque. Este debió, en efecto, á su nacimiento el haber ocupado, desde que comenzó á guerrear, los primeros puestos; fué general sin haber sido soldado, ni oficial subalterno; pero Mondragón hubo de ganarlo todo por sus puños, tuvo que subir peldaño á peldaño la difícil escala, y que dar estupendas pruebas de valor personal, antes de manifestar sus talentos de caudillo. De aquí que en la vida suya resplandezca más el elemento hazañero que en la de aquel que, por privilegio de su alcurnia, siempre mandó en jefe.

Ocúrrese la comparación entre estos dos célebres guerreros por otra parte tan diversos en su respectiva posición; porque en los antiguos Estados Bajos son, quizás, de los españoles que allí combatieron hace tres siglos, los que han dejado más profundo recuerdo. Pero muy distinto uno que otro. El del Duque ha quedado asociado en la memoria de holandeses y flamencos al horror que allí siempre inspiró la política inquisitorial de Felipe II. «*El nombre del Duque de Alba, ha escrito el ilustre general belga Guillaume, sólo evoca hoy el implacable rigor de su gobierno; parece que*

(1) *Memorial del capitán Alonso de Mondragón, con su genealogía*. Biblioteca Nacional Sección de Manuscritos.

la sangre vertida por sus órdenes, ha borrado los títulos que su gloriosa carrera militar debía darle al respeto y admiración de la posteridad. Todo el mundo sabe que por su mandato rodaron miles de cabezas sobre los cadalsos; pero muy pocos recuerdan que fué él Duque el más hábil, el más ilustre y el más afortunado capitán de su siglo (1). En cambio Mondragón, á quien no tocó gobernar, sino combatir, que sólo hizo derramar sangre en los campos de batalla, evoca la imagen de aquel infante que, con su pica y su arcabuz, caracterizó la fisonomía militar del siglo XVI, enlazando en la historia el tipo del paladín medio-évico con el del soldado moderno. El Duque de Alba es el hombre de los castigos, ó, mejor dicho, es la España católica y realista que quiso imponer á cintarazos y suplicios su modo de ser nacional, forjado en el yunque de las guerras seculares contra los moros, á los pueblos del norte de Europa, tan diversos de nosotros por su complexión natural y por sus antecedentes históricos; pero Mondragón, ó el capitán Dragón, como le decían los flamencos (2), es el hombre de las hazañas, ó la España batalladora y combatiente á que no regatearon imparcial aplauso sus mismos enemigos. Por vínculo indisoluble de tradición popular ha quedado unido el nombre de Mondragón á parajes y comarcas de Flandes que fueron teatro de sus más señaladas proezas, y no hay guía de viajeros, ni manual geográfico que se olvide de indicarlas (3).

Y á esta fama de hazafferero insigne agrégase otra, desde el punto de vista moral, más noble: la de hombre honrado y humano, siempre digna de gran estima, pero de mayor aún, tratándose de un guerrero del siglo XVI, tiempo en que no solían brillar tales prendas en caudillos y soldados. «No es dado evitar, ha dicho Gachard, leyendo la correspondencia de Mondragón, que se despierte en el ánimo un vivo sentimiento de simpatía por este jefe español, el único quizás de su nación que no se atrajo el odio público en los Países Bajos; inspiran aprecio hacia él su franqueza, su lealtad y su modestia (4).

Es lástima que no tengamos de Mondragón una biografía digna de él. Fuera de lo que dicen las historias generales, nada sabemos

(1) Introducción á la última traducción francesa de Mendoza.

(2) Memorias anónimas sobre los tumultos de Flandes.

(3) Véanse, desde la descripción de Flandes por el Cardenal Bentivoglio, hasta el Baedeker *Belgique et Hollande*.

(4) *Correspondance de Philippe II.*—Vol. IV.

de este guerrero ilustre. Conocemos la parte que tomó en los grandes sucesos militares de su tiempo; pero de su vida particular sólo poseemos indicaciones vagas, y casi todas inexactas. Inexactas son varias de las pocas noticias que acerca de la vida de Mondragón, da Coloma en la bella semblanza inserta en los Anales. Y Coloma es la fuente donde han bebido la mayor parte de los que han hablado ó escrito del famoso Cristóbal.

Es pobrísima la bibliografía biográfica de Mondragón.

Pocos años después de su muerte, en 1601, se publicó en Viena el *Catálogo de la Armada del Archiduque Fernando de Austria*; doble edición simultánea, latina y alemana. De ambas hay ejemplar en la Biblioteca Nacional. Al uso de la época, no es un verdadero catálogo descriptivo de las piezas poseídas por el Archiduque, sino colección de retratos y breves biografías de los personajes á que pertenecieron las armas y armaduras; al folio 51 están el retrato y la noticia biográfica de Cristóbal de Mondragón. Es muy sucinta, y con pocos datos aprovechables.

También á principios del siglo XVII (en 1619 ó antes), el leonés Juan López Ossorio, vecindado en Medina, escribió su historia titulada *Principio, grandezas y caída de la noble villa de Medina del Campo, de su fundación y nombre que ha tenido hasta el tiempo presente*. De este libro, que Muñoz y Romero llama en su *Diccionario de los antiguos Reinos de España, Historia de Sarabris*, se han conservado varios ejemplares manuscritos; uno en la Academia de la Historia. D. Ildefonso Rodríguez y Fernández acaba de publicarlo como principal documento de su *Historia de Medina del Campo*. El libro tercero está dedicado á *Medinenses ilustres*, y su capítulo XVIII titúlase: *De los hechos del Coronel Cristóbal de Mondragón, El Capitán D. Luis de Beaumont, sobrino de dicho Coronel*. Chasco se llevará quien, atraído por lo llamativo del rótulo, acuda á este capítulo del Ossorio en busca de particulares noticias de Mondragón. Conténtase el historiador de Medina con decir que *para poner á lo largo los hechos de este célebre varón, fuera menester hacer libro aparte, y hubiera bien que escribir*, tomar de Mendoza una brevísima referencia del socorro de Goes, y copiar un epitafio del Coronel, escrito, según dice, por un flamenco apodado *el Veterano*. Como muestra de lo bien que traducía el latín López Ossorio, he aquí la versión de una de las cláusulas del epitafio: reza éste que Mondragón asistió á todas las campañas de Flandes, *ex adventu ducis albani*, y López traduce: *desde la*

venida del Capitán Alvaro. Este epitafio, copiado y tan mal traducido por López Ossorio, sería el que cubriera el sepulcro de Cristóbal de Mondragón en Amberes, y después en su primer enterramiento en la parroquia de Santa María del Castillo, de Medina del Campo, adonde trajo los restos del Coronel su sobrino y yerno Alonso. El actual, que se lee en la iglesia de la Vera Cruz, hoy también parroquia del Castillo, fué puesto en 1674 por D. Juan de la Barrera Mondragón, descendiente del héroe de Goes, y por su extensión puede pasar por biografía epigráfica del célebre guerrero.

Un erudito medinense, D. Tomás Ayllón, Prior que fué de la Colegiata (nació en 1740 y murió en 1820), compuso dos tomos de *Varones ilustres de Medina*, ampliando y rectificando las noticias de Ossorio, que se conservan manuscritos. Conócese, sin embargo, el contenido de lo referente á Mondragón, ya por un artículo biográfico del Coronel que publicó D. Antero Moyano, en *El Medinense*, mencionado por Pérez Pastor en su obra *La imprenta en Medina*, ya por el extracto que hace del manuscrito de Ayllón el Sr. Rodríguez y Fernández en su citada *Historia*. Resulta que el curioso Prior de la Colegiata conocía la genealogía de Mondragón *por un documento de genealogías y familias nobles y antiguas de esta villa que existe en sus archivos, cuyo autor se ignora.* El señor Moyano, al escribir su artículo, buscó sin duda este documento, y no le halló. Nosotros tenemos fundado motivo para creer que el documento que vió Ayllón, y no encontró Moyano, era un índice ó registro que se hizo en Medina del Campo, á fines del siglo XVI ó principios del XVII, para fijar las personas y familias que pertenecían efectivamente á los siete linajes, ó verdadero patriado de la villa, excluyendo á los advenedizos que se arrogaban una nobleza que no les correspondía; y todo induce á creer que en esta especie de Libro de oro, compuesto para halagar vanidades nobiliarias, tendría no poco que tachar y que añadir el crítico, sólo atento á la depuración de la verdad histórica.

Y nada más hay que registrar de biografías de Mondragón, á no querer mencionar un artículo de D. Manuel José Diana, publicado en el *Semanario Pintoresco Español* (año de 1849, pág. 154), que comienza con la estupenda especie de *haber nacido Mondragón en un pueblo de Vizcaya.* De aquí debió sacar el incógnito autor del artículo *Mondragón*, inserto en el *Diccionario Geográfico de Madoz*, á D. Cristóbal de Mondragón y Otálora, que sirvió á S. M. en las

guerras de Flandes, es decir, que el capitán Juan de Mondragón y Otálora y el coronel Cristóbal de Mondragón y Mercado se han fundido, formando una sola y fantástica persona... ¡Guerree usted para eso sesenta años, y pase la boca del Escalda con agua hasta el pecho!... ¡Oh, la gloria póstuma!... ¡Oh, la posteridad!... *Et vidi quod hoc quoque esset vanitas.*

Está, pues, por hacer la biografía del coronel Mondragón. Afortunadamente, no faltan elementos para emprenderla, y he aquí una ligera noticia de los que nosotros hemos utilizado:

Archivo de Simancas.—Copiamos de la muy amable, y por nosotros agradecidísima carta que el Director del Archivo, Sr. D. Julián Paz, tuvo la bondad de dirigirnos, á 22 de Julio de 1903: «... seguramente que usted se cree con derecho á un arsenal de datos de »Mondragón, como, en efecto, lo tiene, y muy legítimo, y ahora va »usted á desilusionarse al ver cuán escasos son los que he podido »allegar, á pesar de mi buen deseo. Son éstos: un privilegio de juro »de 187.000 maravedises concedido al coronel Cristóbal de Mondragón, castellano del castillo de Amberes, en Madrid á 19 de Diciembre de 1591. En él consta que era su hija D.^a Margarita de »Mondragón, y que ella y su padre tenían situados dichos 187.600 »maravedises de merced de por vida, con cláusula de equivalencia, »por cuatro reales cartas de libramiento. En una de éstas, fecha en »Midelburg año 1559, constaba que la merced fué hecha por sus »buenos servicios al Emperador y á Felipe II, y en recompensa de »su asiento de Capitán ordinario. En otro privilegio de 60.000 maravedises de juro, fechado en Madrid á 3 de Octubre de 1582, otorgado por Felipe II en favor del coronel Cristóbal de Mondragón, »consta que era natural de Medina del Campo, y que pidió que se »le situase la renta de este juro en las alcabalas de dicha villa. Hay »también una carta de Mondragón escrita al Rey desde el Castillo »de Amberes, á 30 de Diciembre de 1595, en que pide á S. M. que »por estar en los últimos días de su vida, le haga merced de nombrar sucesor en el cargo de Castellano del Castillo de Amberes al capitán D. Alonso de Mondragón *su sobrino é hijo*, y en la compañía de lanzas de ésta á D. Cristóbal de Mondragón, *su nieto*. »En dos cartas fechadas en 21 de Enero de 1596, el capitán Alonso »de Mondragón escribe al Rey y al secretario Idiáquez suplicando »que puesto el coronel Mondragón, *su tío y padre*, escribió pocos »días antes de morir á S. M. pidiendo para él el cargo de Castellano del Castillo de Amberes y para su hijo el mando de la Compa-

»ñía de Lanzas, se les concedieran ambas cosas por haber servido
»el coronel Mondragón sesenta años continuos, y veinticuatro don
»Alonso. Hay además una copia de carta del coronel Mondragón
»al Duque de Pastrana, del campo de Frisia, á 2 de Septiembre
»de 1595, dándole cuenta de la victoria y de los heridos y prisione-
»ros que hubo, entre ellos el General de la Caballería enemiga,
»Conde Felipe de Nasau, con heridas mortales, y una Relación de
»la gente que fué con el Coronel Mondragón al socorro de Grol.
»Estos son los datos que con toda mi buena voluntad he podido
»allegar, que seguramente no son todos los que usted espera de un
»Archivo como éste. Pero, francamente, los sesenta años de servi-
»cios de Mondragón, meten miedo á cualquiera, pues habría que re-
»correr hacia atrás todos los legajos de la correspondencia diplo-
»mática en que quizás se encontrarían menciones de él.»

Muy poco debe de haber en Simancas de correspondencia diplo-
mática referente á los Países Bajos, y por tanto, á servicios y cam-
pañas de Mondragón, que no esté publicado por Gachard en los
cuatro tomos de su monumental *Correspondance de Philippe II
sur les affaires des Pays-Bas*. Las páginas de esta magnífica co-
lección de documentos, son fuente copiosa de interesantes noticias
sobre Mondragón.

Archivo Histórico Nacional.—Aún interesan más, por ser des-
conocidos y por referirse á pormenores de familia, los papeles que
se hallan en este Depósito. El coronel Mondragón, su sobrino y
yerno Alonso y su biznieto Cristóbal, obtuvieron del Rey merced
del hábito de Santiago, y no pudieron llegar á vestirle por haber-
les sido desfavorables las pruebas practicadas. Ya se dirán en el
texto los motivos que hubo para ello; baste ahora indicar que los
expedientes de pruebas, instruídos por caballeros santiaguistas, y
á que se llevaron multitud de documentos familiares y las declara-
ciones de innumerables testigos, favorables unos y adversos otros
á los candidatos, constituyen rico arsenal de noticias genealó-
gicas y de la condición social en que nació y vivió el coronel
Cristóbal de Mondragón. Puntos interesantísimos en toda biogra-
fía, y que en muchas quedan oscuros absolutamente, muéstranse
en ésta, merced á tal controversia documental y testifical, á com-
pleta luz; tanta como pudiera lograrse, si se tratara de un con-
temporáneo. Del Coronel no llegaron á instruirse *pruebas*; pero las
de Alonso y las de Cristóbal (el biznieto del Coronel), reprobadas
aquéllas en 1591, es decir, viviendo todavía el héroe de Midde-

bourg, y las segundas que se dejaron sin concluir en 1624, corren unidas en un solo legajo; y hay en él papeles de tanto valer como el testamento de la madre de Mondragón y otros no menos importantes. La luz que arrojan es vivísima, no sólo para la biografía, sino para conocer el estado social de la España del siglo XVI; son documentos inestimables de historia interna.

Sin salir del Archivo Histórico Nacional, ni aun de su sección de Ordenes militares, encuéntranse otros expedientes que complementan los citados. Es el principal de ellos el instruido igualmente para el ingreso en la Orden de Santiago, y esta vez con resultado favorable, de D. Juan de la Barrera y Mondragón, biznieto del Coronel, nacido en Septiembre de 1616. Y para terminar de formarse idea cabal y exacta de la familia del Coronel, desvaneciendo errores y equivocaciones de genealogistas, y depurar algunos extremos, deben ser consultadas también las pruebas para el ingreso en la Orden de Calatrava de D. Juan Bautista Mercado y Oquendo, natural de Mondragón, practicadas en 1694; y las de la misma clase de Alonso de Mercado y Vázquez, natural de Medina del Campo (año de 1533), y de D. Miguel José de Mondragón y Topete, hermano del Marqués de Villa Sierra, natural de Ronda (año de 1772).

Biblioteca Nacional.—Agraviado el Capitán Alonso de Mondragón por el mal éxito de las Pruebas de 1591, que atribuyó él á maquinaciones y envidias de sus émulos, recurrió en queja á S. M., que era ya Felipe III, por medio del correspondiente Memorial de agravios, acompañado de árbol genealógico y otros papeles de familia. Este recurso está en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Colecciones impresas de documentos.—Ya hemos citado, á propósito de la correspondencia diplomática de Simancas, la obra monumental de Gachard; añadiremos ahora que el tomo cuarto de la *Correspondance de Pliilippe II sur les affaires des Pays Bas* contiene dos interesantísimas series de cartas de Cristóbal de Mondragón, una la dirigida al Consejo de Estado durante el sitio de Zierikzée, y la otra sobre los motines de soldados españoles y valones que siguieron á la toma de la citada plaza. Lamenta Gachard que no se conserve la correspondencia de Mondragón con el Comendador Requesens, que fué quemada por Roda en Julio de 1576. También hay noticias de Mondragón en otra obra de Gachard: la *Correspondencia de Alejandro Farnesio*.

Y tampoco faltan en varios de los tomos de la *Collection de Memoires relatifs á l'histoire de Belgique*, especialmente en los 3.º, 7.º y 12.º, que contienen las tan apreciadas *Memorias anónimas sobre los tumultos de Flandes* (de 1565 á 1580), y en los 8.º y 17.º, que son la traducción de Mendoza, sabiamente anotada por el general Guillaume.

No hay que desdeñar nuestra *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, ni los pocos tomos publicados de la *Nueva Colección*; en el 3.º de los últimos (pág. 230), hay una *Relación de los españoles en Flandes*, fechada el 3 de Julio de 1574, que fija la verdadera data del nacimiento de Mondragón.

Con estos elementos cabe intentar una biografía de Mondragón, aunque sin la pretensión de hacerla completa; puntos importantes como son, entre otros, el referente al primer matrimonio del Coronel, número y destino de sus hijos, excepción hecha de Margarita, única que, según parece, le sobrevivió, fecha de su segundo casamiento y cuándo enviudó, han escapado á nuestra investigación. Seguramente que un examen minucioso de los archivos parroquiales y civiles de las ciudades que constituyeron los antiguos Estados Bajos, heredados por Felipe II, daría resultados satisfactorios; pero tal examen no hemos tenido medios ni ocasión de practicarlo.

Por eso no podemos aspirar más que á ofrecer al público ó, mejor dicho, á los aficionados á la Historia, unos *Apuntes para la biografía de Mondragón*. Y aún ha de dar más este carácter á las cuartillas que siguen una consideración que se nos ocurrió desde que comenzamos nuestro trabajo, y que nos ha servido de guía en todo él; la de la conveniencia de prescindir de lo muy conocido y sabido, esto es, de lo relatado por los historiadores antiguos y modernos de las guerras de Flandes, ó lo que es igual, de lo mejor y más substancial de la biografía de nuestro héroe; sólo cuando hemos estimado la necesidad de rectificar ó ampliar alguna noticia histórica, trabajamos sobre los textos clásicos de Mendoza, Vázquez ó Coloma, limitándonos por lo común á ligeras referencias de lo indispensable para que resplandezcan el carácter y hazañas principales del personaje, objeto de nuestro estudio.

Y no es que juzguemos inútil ni poco interesante la tarea de volver á escribir la historia de nuestras guerras de Flandes, coordinando y depurando los antiguos textos á la luz de los documentos modernamente publicados y de los indudables progresos de la crítica, sino que, aparte de reconocer nuestra incompetencia para

pintar tan vasto cuadro histórico, es labor esa que por legítimo derecho de ocupación y conquista corresponde al más laborioso, competente y modesto de nuestros escritores militares, ó sea á don Francisco Barado, que ya nos ha dado tan excelentes frutos de erudición y literatura en su *Sitio de Amberes* y en su *D. Luis de Requesens*, sabrosos anticipos de su *Historia general de las guerras de Flandes* que aguardan con impaciencia los estudiosos y los amantes de las glorias nacionales.

NATURALEZA Y PADRES DEL CORONEL MONDRAGÓN.—ESTADO SOCIAL
DE MEDINA DEL CAMPO EN EL SIGLO XVI.—APELLIDOS MONDRAGÓN
Y MERCADO.

Cristóbal de Mondragón y Mercado nació en Medina del Campo. *Era un hidalgo medinés*, escribió Alonso Vázquez. *Fué*, dice Coloma, *natural de Medina del Campo, aunque de origen vizcaíno*. Se complacia él en recordar su procedencia vascongada. Uno de los principales testigos de la información de 1591, y por cierto muy poco afecto á la familia de Cristóbal, Sebastián de Caraballo (1), *oyó decir muchas veces al coronel Mondragón, cuando vino á esta villa el año 60, que los Mondragones eran de Vizcaya*.

Su padre, Martín de Mondragón, había nacido también en Medina. Este punto quedó esclarecido por completo en las Pruebas citadas. Dos testigos, Pedro de Castañeda y Pedro Ruiz Manjón, depusieron que Martín era de la villa de Mondragón, en Vizcaya; pero Alvaro Pérez de Mercado dijo que *nació en Medina, habiendo venido su padre de Mondragón*, y Diego Ordóñez de Bracamonte que *era medinés, porque de más atrás vinieron los Mondragones de Vizcaya*. Los santiaguistas informadores, para resolver esta discrepancia entre los testigos, hicieron constar por diligencia que *habían visto un pleito sobre prescripción de unos heredamientos en Gómez Narro, de que aparece claramente que Martín nació en Medina*».

En la época del esplendor de las ferias de Medina eran grandes las relaciones mercantiles entre Mondragón, de Guipúzcoa, y el

(1) Este Sebastián de Caraballo, encarnizado enemigo de los Mondragones, era hijo de *los muy nobles y principales hijosdalgos Diego Fernández de Caraballo y Alderete y Doña Beatriz de Escobar y Villacorta, fallecidos respectivamente en 17 de Marzo de 1590 y 22 de Octubre de 1584*, según consta de la inscripción sepulcral en Santo Tomás, de Medina.—Véase Rodríguez, *Historia de Medina*, pág. 510.

Emporio castellano. «*Muchas familias de ferrones mondragoneses tentan en Medina sus corresponsales; y no pocas las que establecían allí tiendas propias, enviando algunos de sus hijos al frente de ellas*» (1). Es de presumir que el abuelo del Coronel fuese á Medina como ferrón; pero los documentos de Pruebas parecen desmentirlo, toda vez que ningún testigo, ni aun de los más empeñados en deslustrar á los Mondragones, hablan de ferrerías, ni tiendas, y varios presentan á Martín como hidalgo que vivía de sus rentas patrimoniales. Uno de los más contrarios, el clérigo Tesorero de San Antolín, *siempre tuvo á los Mondragones por hidalgos*. Otro, el agustino Fr. Juan de Gutiérrez, le declara *persona muy principal, de aquellos hidalgos que no se casaban con parientes de relajados*. Otro, el regidor Hernando de Álamos (2), *sabía por referencia que había sido criado de los Reyes*.

Conviene tener presente, para el aprecio debido de estos datos, el estado social de Medina del Campo en aquel período. Aunque villa tan mercantil, había en ella un núcleo nobiliario, coto cerrado de todas las preocupaciones aristocráticas. Teníanse los hidalgos por casta superior, y vivían apartados moralmente del resto del vecindario, muy orgullosos de sus confusas y ordinariamente fantásticas genealogías, de no tener que servir en la guerra como peones, sino como caballeros, y de no pechar como la gente ordinaria. Desdafiaban el tráfico, á no ser el indirecto por medio de préstamos á los comerciantes, con garantía hipotecaria—el oficio de prestamista no parecía entonces desdoroso para un hidalgo, y aun los grandes acrecentaron así su patrimonio en aquella época, adquiriendo, no sólo fincas, sino señoríos,—hacíanse clérigos, ó soldados, ó se licenciaban en Valladolid ó Salamanca con la mira de alcanzar puesto en la magistratura. Los que no abrazaban tan honrosas carreras, ó en las vacaciones de ellas, permanecían en sus casas solariegas, mal construidas y mezquinas por lo común; pero con el inevitable escudo de piedra sobre la puerta de entrada, viviendo en la ociosidad apacible de aquel otro Hidalgo inmortal que sorprendió Cervantes en la Mancha; leyendo, como él libros de caballerías, ó romances viejos, ó vidas de santos, ó en constan-

(1) Guerra. Carta á Echegaray.

(2) Persona principalísima en Medina, nieto de Juan de Álamos *el Bueno*. Estuvo casado con doña Isabel Barrientos. Su nieto fué Baltasar de Álamos, Secretario del Rey, Consejero de Indias, Hacienda y Estado, y que casó con doña Ana Colón, nieta del Almirante.—Rodríguez. *Hist. de Med.*, pág. 845.

te charla con cualquiera de los innumerables *curas* y *barberos* que había en todos los lugarés de España, departiendo, ya sobre los asuntos públicos, á la sazón tan interesantes por ser tiempo de glorias, descubrimientos y conquistas; ya sobre las ocurrencias y chismes locales, que son iguales en todos los tiempos. Argumento preferido de sus conversaciones eran la calidad y grados de hidalguía de las familias de la villa, y solían ensañarse cruelmente, ya con los presumidos que, sin ser nobles, querían aparentarlo, ya con los que, siéndolo realmente, habían tenido la desventura de que cayese alguna mancha en la limpia tela de su linaje.

Martín de Mondragón casó en Medina con Mencía de Mercado, la madre del Coronel, de familia rica, y tan hidalga, que se la consideraba como parte de uno de los siete linajes, constitutivos del patriciado medinense. «*Todo lo bueno desta villa, dice López Ossorio, se precia, ser destes linages.*» Los Mercados ufanábanse de venir de un capitán Mercado, inglés de nación, que, con otro capitán francés, llamado Polino ó Pollino, ayudó á los medinenses en una guerra municipal contra los de Avila, allá por los principios del siglo XIII (1); es lo cierto que Pollinos y Mercados tuviéronse siempre por linajes hermanos, aunque con armas diferentes: los Pollinos tenían tres bandas azules en campo dorado, y los Mercados cuatro cuarteles con un águila y una torre quemada, y en el medio cuartel las mismas armas encontradas (2). Los Pollinos celebraban sus juntas gentilicias en la Parroquia de San Salvador, y los Mercados en la Iglesia Mayor (3). Este uso de las asambleas de linaje que, aun referido á los comienzos de la edad moderna, sabe á rancio, y que recuerda los tiempos primitivos del Derecho romano, cuando la gentilidad era institución viva, organismo social intermedio entre la familia y la ciudad, parece que no estuvo en observancia durante la centuria décimosexta; pero al principio de la siguiente revivió, haciéndose entonces listas seleccionadas de cada linaje que se depositaron en los protocolos de los escribanos de la villa (4). Ossorio las trae (5), y no deja de ser extraño que la descendencia del Coronel, su nieto Cristóbal, figure con otros de ape-

(1) Ossorio, lib. I, cap. XXVIII. Los linajes primitivos fueron cuatro: Benito, Ibáñez, Castellano y Morejón. Añadiéronse luego Mercado y Pollino; y á mediados del siglo XV el de Barrientos.

(2) Ossorio, lib. I, cap. XXXII.

(3) Idem *id.*

(4) Así se afirma sin contradicción en las Pruebas de La Barrera.

(5) Lib. I, cap. XXXIII.

lido Mercado, en el linaje de los Pollinos, mientras que en el linaje de los Mercados vemos varios que se apellidan diversamente.

Que todo esto de los linajes era confusísimo, fabuloso en sus orígenes, é imposible de fijar auténticamente en el siglo XVI, no hay para qué decirlo. Lo único cierto es que existían en Medina del Campo familias muy de antiguo establecidas en la población, de mucho antes que las ferias atrajesen numeroso concurso de advenedizos; familias que habían monopolizado el gobierno municipal siglos antes, y que al tener luego que compartirlo con los forasteros, conservaron la vaga tradición de su primitivo predominio, considerándose algo especialmente indígena, y más ilustre que el resto del vecindario. Pero las ausencias, los enlaces, la ruina de algunos y la misma multiplicación de los linajes, habían llevado las cosas á punto de no haber ya clasificarlas con acierto. Los Mercados eran indudablemente de los que con más claridad ostentaban su condición de gentes de linaje; pero había muchos con semejante pretensión. *En esta villa—dice Ossorio,—hay tres casas de apellido Mercado que parecen diferentes porque están separadas, y se tiene por cierto proceder todas de una, y todas muy calificadas, por ser unos y otros Mercados muy caballeros y muy nobles y antiguos hijos de algo* (1). Cada una de estas tres casas ó grupos gentilicios, comprendía dentro de sí buen número de familias. Y, por otra parte, con la licencia que reinaba entonces en la constitución y uso de apellidos, muchos plebeyos adoptaban ó eran apodados *Mercado, ó del Mercado ó Mercader*, (aludiendo á su profesión ó residencia), originándose indescifrables confusiones, explotadas por la vanidad en ocasiones, y que hacían perder la pista al más atrevido genealogista.

La familia de la madre del coronel Mondragón pertenecía, incuestionablemente, á uno de los grupos que se tenían por Mercados legítimos y patricios. Así declaraba en la información de 1591 el testigo Alvaro Verdugo: *Los Mondragones son de los buenos Mercados de Medina, que hay otros que son confesos*.

Las Pruebas ponen también de manifiesto que no había parentesco entre Martín de Mondragón y su mujer, Mencía de Mercado. Y ni uno ni otro tenían tampoco que ver nada con otra familia Mercado, igualmente ilustre, y con solar precisamente en la villa de Mondragón, de Guipúzcoa. La genealogía de estos Mercados

(1) Lib. III, cap. XV.

guiúzcoanos consta en las Pruebas para el ingreso en la Orden de Calatrava de D. Juan Bautista Mercado y Oquendo, nacido en Mondragón el año de 1633. Ni la menor referencia se hace en esta copiosa y seria genealogía vascongada de los Mercados, ni de los Mondragones de Medina.

Para concluir esta materia, hemos de apuntar que el apellido Mondragón no era insólito en la época en que lo llevaba el padre del Coronel. Otro expediente de Pruebas para ingreso en la Orden de Calatrava, el de D. José Miguel de Mondragón y Topete, instruido en 1772, demuestra que, por lo menos desde la conquista del reino de Granada, se apellidaron así ilustrísimos caballeros de Ronda, establecidos en esta ciudad por los más insignes Monarcas que hubo jamás en nuestra patria.

II

ALGUNOS PORMENORES GENEALÓGICOS INDISPENSABLES.—RUY MARTÍNEZ DEL MERCADO.—LOS ESCRIBANOS DE MEDINA DEL CAMPO Á FINES DEL SIGLO XV Y PRINCIPIOS DEL XVI: UN DICHO DE LA REINA CATÓLICA.—HIJOS DE RUY MARTÍNEZ.—RUY GÓMEZ DE ZALAMEA.—LA MANCHA Ó SOMBRA DE UN HONRADO LINAJE.

La familia Mercado, á que pertenecía el coronel Mondragón, tenía por inmediato tronco á Ruy Martínez del Mercado, bisabuelo de nuestro héroe. Este Ruy Martínez floreció en la segunda mitad del siglo XV, y era escribano del Concejo de Medina, y hombre riquísimo, tanto en propiedades rústicas y urbanas como en numérico, de que prestó considerables cantidades á los comerciantes, y al mismo concejo de la villa, que, en 1475, le adeudaba 70.000 maravedises. Tenía fincas en Medina y en Valladolid, y también en Pollos, lugar que debía de ser el originario del linaje de los Pollinos; lo cierto es que, á mediados del siglo XVII, la posesión de tierras en este pueblecito era considerada como vehemente indicio de rancia hidalguía (1).

No sorprenderán estas circunstancias á quienes sepan que los escribanos de Medina constituían en tiempo de Ruy Martínez y los inmediatos siguientes, un cuerpo de funcionarios, cual no había quizás otro en España del orden civil; el tráfico mercantil proporcionábales las más pingües ganancias, pues su oficio comprendía entonces los de secretario, notario y agente, es decir, que no había transacción importante que no pasara por sus manos, dejando en ellas algún provecho. Carrera tan lucrativa había sido abrazada por los hidalgos medinenses de mejor cepa, y así los escribanos eran en aquella villa la flor del patriciado local. Ellos eran el alma de los deportes y ejercicios caballerescos, de los juegos de caña y

(1) Pruebas de La Barrera.

de los toros y también de las encamisadas y máscaras. *Los juegos de caña que se hacen en Medina del Campo, de muchas leguas los vienen á ver por la gran traza y concierto con que se hacen; verdad es que la famosa plaza les da ocasión para hacerlo bien* (1). Para las justas á caballo guardábase una tela magnífica en un aposento bajo del Convento de San Francisco.

Del carácter é importancia social de los escribanos medinenses, coetáneos de Ruy Martínez, nada da mejor idea que una anécdota de la Reina Católica, recogida por Ossorio. Celebrábanse toros y juegos de caña en la Plaza Mayor. *Fueron tan solemnes y gustosos que al tiempo que se iban acabando, estando la Reina en su balcón de su Palacio, mandó llamar á uno de los escribanos que andaban en el regocijo, que se llamaba Juan Ruiz del Corral, y le dijo: «habeislo hecho como muy nobles caballeros»; y por modo de entretenimiento, para significar el grande gozo que con las fiestas había recibido, añadió: «quiero que me deis por testimonio las suntuosas fiestas que se han hecho». Harelo como V. A. me lo manda, respondió el escribano, que tanto me precio de ser escribano como caballero, y diciendo esto levantó la marlota en ademán de querer sacar las escribanlas, y esto dió tanto gusto á la Reina, que le dijo: «yo os tengo por tan buen caballero como escribano, y me holgara mucho que Dios me diera de mi Fernando tres hijos que el uno fuera heredero de mis Reinos, y otro arzobispo de Toledo, y el otro escribano de Medina del Campo». Esto fué muy celebrado en aquel tiempo, y hoy día lo es en esta villa, que los viejos y los niños lo refieren* (2).

Fina cortesanía de la Reina Católica, con su agrídulce fondo de sátira muy propia del carácter nacional, y por tanto de la incomparable mujer en que brilló, condensado, purificado y ennoblecido, ese carácter de la nación, ó mero invento popular, la historieta referida pinta con admirable colorido á la opulenta y caballerisca clase social, á que perteneció el bisabuelo del coronel Mondragón.

En las Pruebas del capitán Alonso hay dos testimonios literales del testamento del rico escribano, otorgado á 31 de Octubre de 1475; es documento voluminoso, y lleno casi todo con lista de los que

(1) Ossorio. Lib. I cap. XXXIV.

(2) Lib. II, cap. XXIII. El Sr. Rodríguez omite todo este interesante pasaje en el texto de Ossorio. Quizás falta en la copia manuscrita de que se haya valido. Pueden verlo nuestros lectores en la copia existente en la Academia de la Historia.

le debían; abundan entre los deudores los judíos, muy numerosos en Medina antes del edicto de expulsión.

Ruy Martínez tuvo dos hijos, á quienes dejó su caudal por partes iguales: Pedro, que fué oidor de Valladolid, y Diego, del que no consta la profesión. Lo que se sabe de él es que casó en Medina con Francisca González de Gudiel (1), y que de este matrimonio nació Mencía, la mujer de Martín de Mondragón y madre del Coronel.

Pedro, el oidor de Valladolid, tuvo á su vez otra hija que se llamó Marina, y ésta casó con el licenciado Ruy Gómez de Zalamea, *«hidalgo, cristiano viejo, y que, como tal, hubo oficios de mucha honra en Medina del Campo, y fué escribano de número y ayuntamiento en tiempo que los linajes daban los oficios de la república»* (2). Pero este Licenciado hubo de caer en la mayor de las aberraciones, que, sobre costarle carísima, desafortunó á toda su parentela; tal fué la de judaizar, cosa por otra parte no insólita en aquella época, pues según refiere Menéndez Pelayo en la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, el proselitismo judaico fué muy activo y causó estrago entre los cristianos viejos, en los tiempos inmediatamente anteriores á la expulsión; el Edicto de 1492 alegaba, como uno de los fundamentos de la radical medida, *«el daño que á los cristianos se sigue é ha seguido de la participación, conversación é comunicación que han tenido é tienen con los judíos, los cuales se precian que procuran siempre, por cuantas vías é maneras pueden, de subvertir de nuestra sancta fe católica á los fieles, é les apartan della, é tráenlos á su dañada creencia é opinión»*.

El infeliz Zalamea fué, sin duda, víctima de esta propaganda judaica. Lo positivo es que, denunciado á la Inquisición, y seguido su proceso en Valladolid, lleváronle un día á Medina del Campo, y allí le quemaron vivo, no excitando tan lastimoso fin otro sentimiento que el del horror inspirado por un crimen que consideraban entonces las gentes, como el más abominable que puede cometer un sér humano.

No hemos conseguido puntualizar la fecha en que ocurrió esta catástrofe. Los papeles de la Inquisición de Valladolid, existentes,

(1) La testigo doña Ana Manrique, ponderando la nobleza de esta señora, dijo que *«un primo de Francisca González de Gudiel había sido alguacil de corte en la del Emperador»*.

(2) Nota de los Santiagufistas informadores en las Pruebas del capitán Alonso.

pero todavía no catalogados, en el Archivo Histórico Nacional, no nos han dado la luz apetecible; en los índices actuales no figura el nombre de Ruy Gómez de Zalamea. Los testigos de la Información de 1591 sólo dicen que el suplicio del relapso *fué como unos cien años atrás*, y á pesar de que el sambenito de Zalamea estaba colocado en San Antolía, conocían el hecho por tradición tan vaga, que uno de los que presumieron de mejor enterados, y puso más saña en deslustrar la honra de los Mondragones, el ya citado Sebastián de Caraballo, dijo que el quemado Ruy Gómez había sido morisco. Realmente, á últimos del siglo XVI, perdida ya la memoria de los judíos, un cristiano viejo, y por contera hidalgo, judaizando, parecía un tipo inverosímil; en el período en que declaraba Caraballo, los que, por decirlo así, estaban sobre el tapete, eran los moriscos, y de ahí la confusión de un hombre más atento á saciar sus rencores que á evitar anacronismos.

Pero los Santiaguistas informadores no se contentaron con tan equivocadas é interesadas referencias, y fuéronse á Valladolid y sacaron del Tribunal de la Inquisición notas del proceso de Zalamea, que hicieron constar en las Pruebas. Ya hemos apuntado la que se refiere á las circunstancias personales del relapso: también consignaron que éste, al tiempo de sufrir el suplicio, tenía dos hijos pequeños: un varón que se llamaba Gómez, como su desdichado padre, y una hija, llamada Mencía, como su tia, la madre del coronel Mondragón. Esta igualdad de nombres había de ser para los Mondragones una desdicha más en este desdichadísimo asunto.

La descendencia del judaizante vivió en Medina y otras poblaciones, y fué como sigue: el hijo de Zalamea que firmaba Gómez Ruy de Mercado, se estableció en Almazán. La hija, Mencía, casó con el bachelero Pedro de Avila, maestro de Gramática en Medina, y tuvo tres hijos: Antonio y Esteban, que fueron clérigos, y Alonso, que fundó casa en Medina; en 1591 vivían dos biznietas de Zalamea: una en Avila y otra en Arévalo.

Quizás parezcan nimios estos pormenores genealógicos; pero conviene advertir que para el coronel Mondragón y sus hijos y nietos fueron interesantísimos... Zalamea, y la descendencia de Zalamea, fueron el ángel malo de los Mondragones. ¡Un judío relajado al brazo secular y quemado en público cadalso, pariente tan próximo!... ¡Ahí era eso nada para una familia castellana del siglo XVII! «La manía de la limpieza de sangre (dice Menéndez Pelayo) llegó á un punto risible. Cabildos, concejos, hermandades

»y gremios consignaron en sus estatutos la absoluta exclusión de
»todo individuo de estirpe judaica, por remota que fuese. En este
»género nada tan gracioso como el estatuto de *los pedreros* de
»Toledo, que eran casi todos mudejares, y andaban escrupulizan-
»do en materia de limpieza. Esta intolerancia brutal, que en el si-
»glo XV tenía alguna disculpa por la abundancia de relapsos, fué
»en adelante semillero de rencores y venganzas, piedra de escán-
»dalo, elemento de discordia.» La familia de Mondragón hubo de
comprobar en sí misma, y á costa de sufrimientos morales indeci-
bles, la verdad de estas afirmaciones.

III

TESTAMENTO DE LA MADRE DEL CORONEL MONDRAGÓN.—LOS HERMANOS DE ÉSTE.—¿CUÁNDO NACIÓ EL CORONEL?

Precioso documento guardan las Pruebas de 1624, por el que son conocidos todos los hijos de Martín y Mencía. Tal es el testamento de la segunda, ya viuda, otorgado en Medina del Campo, á 23 de Marzo de 1545. Los aficionados á la lectura y cotejo de documentos, pueden verlo en el Archivo Histórico Nacional. Aquí sólo transcribiremos extractados los párrafos más interesantes á nuestro propósito. Dicen así:

La presente carta de testamento, etc.... Como yo, Mencía de Mercado, muger de Martín de Mondragón, difunto, vecina de la villa de Medina del Campo, estando como estoy sana de mi cuerpo é seso é juicio... Que mi cuerpo sea enterrado en el Monasterio de sanct Francisco desta villa, en la sepultura donde está enterrado é sepultado el dicho Martín de Mondragón mi marido... Que me lleven á enterrar el cabildo é cofrades de las Animas del Purgatorio desta capilla, donde yo soy cofrada, é con su lecho é con su cera... Item mando por mi ánima é por las ánimas de mis padres Diego de Mercado y Francisca González de Gudiel den en limosna lo que se acostumbra... Nombro albaceas testamentarios á Miguel Ruis Enebro mi primo y Alonso de Ávila mi sobrino, vecinos de Medina.

Nombro universales herederos á Magdalena de Mondragón, muger de Diego González del Castillo, vecinos de Medina; é á Catalina de Mondragón, muger de Francisco de Deza, vecinos de Medina; é á Cristóbal de Mondragón, mis hijos legítimos é hijos legítimos del dicho Martín de Mondragón.

É á Martín de Beamonte, hijo de mi hijo Juan de Mondragón, difunto, y de D.^a Beatriz de Beamonte su muger. É á Antonio, Martín y Bernardina, hijos de mi hija María de Mondragón, difunta, é de su marido Juan de Alamos. É á Isabel é Francisco,

hijos de mi hijo Alonso de Mondragón, difunto, é de doña Teresa de Cárdenas su muger.

En la cláusula de repartición de bienes, hace constar la testadora, al efecto colativo, que Magdalena había recibido en dote 250.000 maravedises, María más de 400.000, y que había dado á Juan en diferentes ocasiones más de 260.000.

Resulta, pues, que el coronel Mondragón tuvo dos hermanos varones: Juan y Alonso; y tres hermanas: Magdalena, Catalina y María, de todos los cuales sólo vivían en 1545, Magdalena y Catalina, casadas ambas en su villa natal.

Uno de los testigos de las primeras Pruebas, Andrés Gutiérrez, añade á estas exactas noticias que Cristóbal fué el menor de los varones, y es de conjeturar que también lo fuese respecto de Magdalena y Catalina, cuando es nombrado después de ellas en el testamento de su madre; de Juan de Álamos, el viudo de María, dice el mismo testigo que era capitán, y de Alonso que había pasado á Indias, donde probablemente habría muerto, dejando en Medina á su mujer é hijos.

Y ocurre preguntar ahora: ¿cuándo nació el coronel Mondragón? No existiendo, como no existe, ó por lo menos no se ha encontrado partida bautismal, ha sido necesario hacer sobre este punto una investigación especial.

Consta de un modo positivo el año en que comenzó á servir nuestro héroe. El capitán Alonso, en las dos cartas escritas al Rey y al secretario Idiáquez en el Castillo de Amberes, á 21 de Enero de 1596, es decir, dos días después de la muerte de su suegro, consigna que los servicios de éste fueron *sesenta años continuos*. Según esta cuenta, Mondragón debió de alistarse en 1536. Pero al regresar á Medina el Capitán, y elevar al Rey su primer memoria, de agravios, escrito con todo reposo, y teniendo á la vista, sin duda los documentos de su difunto suegro, rectificó la cifra consignada en las cartas particulares, afirmando que *su tío y padre* había servido *sesenta y cuatro años*. Hay, pues, que colocar el alistamiento de Mondragón en 1532.

Compruébase esta data, que ya por sí se recomienda con la superioridad de un documento solemne, oficial, redactado con reposo y posterior á la indicación de unas cartas escritas en momentos de turbación, de un modo que no deja lugar á ninguna duda. En la enumeración de los servicios de Cristóbal, contenida en el *Catálogo de la Armada del Archiduque Fernando*, consígnase que

servió primero en Italia, y fué después á la expedición de Túnez. Ahora bien; esto no hubiera podido ser así, de alistarse Mondragón en 1536, año de la expedición. Los cuatro anteriores fueron, por tanto, los que prestó servicio en Italia.

¿Qué edad tenía, en 1532, al abrazar la carrera de soldado? *Murió—dice Coloma—el 4 de Enero de 1596, á los noventa y dos años de edad, de los que asistió más de cincuenta en Flandes.* Mondragón nació, pues, según Coloma, en 1504. Pero este texto del clásico historiador no merece crédito en cuanto á las fechas y cuentas: es notoriamente falso que Mondragón sirviera en los Países Bajos más de cincuenta años; hubiera ido entonces á Flandes en 1546, y en este año y los siguientes consta que militaba en Alemania. Cristóbal no aparece en aquellos Países hasta 1557, es decir, con ocasión de la guerra entre Felipe II y Enrique II, lo que concuerda exactamente con la referencia de Cabrera de Córdoba: *Servió en Flandes treinta y nueve años continuos.*

El cómputo de Coloma ha sido, empero, el más seguido. D. Manuel José Diana, p. e., señala esa fecha de 1504 como la del nacimiento del héroe; pero Moyano, ignoramos con qué fundamento, le da dos años más de vida; y Forneron, escritor á la vez erudito é irreflexivo, aprovecha la indicación para frasear á la francesa: *Había nacido Mondragón—dice—dos años después que Carlos V, y murió dos años antes que Felipe II* (1). El citado *Catálogo de la Armería* rebaja la edad marcada por Coloma en seis años. No hay que maravillarse de tales discrepancias entre los contemporáneos, tratándose de una época en que Granvela, p. e., no sabía la edad del gran Duque de Alba.

Pero tenemos un documento oficial en que consta la de Mondragón. Tal es la *Relación de españoles en Flandes*, fechada el 3 de Julio de 1574, y publicada en el tomo III de la *Nueva Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*. En ella figura nuestro héroe con los siguientes datos auténticos: *Mondragón= Castellano de Gante= Coronel de Valones= Sesenta años= Casado con una dama de Lorena= Natural de Medina del Campo.*

En resumen: Cristóbal de Mondragón nació en 1514, puesto que en 1574 tenía sesenta años, y empezó á servir en 1532, á los dieciocho de edad, la más propia entonces, como ahora, para vestir el hábito de *la religión de la milicia*, que dijo Calderón de la Barca.

(1) *Historia de Felipe II.*

IV

LAS COMUNIDADES.—INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE MONDRAGÓN.—LOS HIJOS DE ZALAMEA.—LA INFANTERÍA ESPAÑOLA EN LA ÉPOCA DEL ALISTAMIENTO DE MONDRAGÓN.

Seis años tenía Cristóbal cuando aquel terrible incendio de Medina del Campo, espantoso incidente del levantamiento de las Comunidades. Es probable que su familia sufriese algún daño en sus intereses por aquella gran catástrofe; pero nada se dice referente á esto en las Pruebas, aunque se quejaron en ellas los Mondragones de habérseles perdido con tal ocasión algunos importantes papeles de familia (1). Á principios de 1527 no se conocían ya en la villa los estragos del incendio, á no ser porque la mayor parte de las casas eran nuevas (2).

Caudillo principal de la Comunidad de Medina fué Francisco de Mercado, capitán, sujeto nobilísimo, y de tan gran prestigio, que por aclamación eligiéronle jefe los medinenses al alzarse contra el Gobierno imperial; y cuando, vencidos los comuneros, resultó Mercado condenado á muerte, y exceptuado del perdón general, el Concejo y vecinos pidieron con muchas instancias su indulto (3). Este personaje, así como Alonso de Mercado, Caballero de Calatrava, que debía ser hermano ó primo suyo, no pertenecían al grupo familiar de los Mercados parientes de los Mondragones.

El período comunero fué agitadísimo en Medina, y fecundo en

(1) Citaron especialmente el testamento de Diego de Mercado, padre de Mencía y abuelo materno del Coronel; pero los Informadores hicieron constar por nota que no era creíble la quema de este documento, existiendo incólume el testamento de Ruy Martínez, más antiguo. Quizás en el de Diego se hicieran referencias á Zalamea y su descendencia, que los Mondragones quisieran ocultar.

(2) Así lo dice Andrés Navajero en su Viaje: *Las calles (de Medina) son buenas, y por haberse quemado en gran parte en tiempo de las Comunidades, las más de las casas son nuevas.*

(3) De este Francisco de Mercado hay copiosas noticias en Danvila: *Historia de las Comunidades de Castilla*, y en la *Corte de Carlos V*, que está publicando el Sr. Rodríguez Villa en el *Boletín de la Academia de la Historia*.

todo género de peripecias bélicas y revolucionarias. Aparte del famoso episodio del incendio, y ataque simultáneo de la hueste de Fonseca, rechazado por los populares, hubo allí de todo: entradas y salidas frecuentes de ejércitos, prolongada estancia del grueso de los Comuneros con su General, Juan de Padilla; combates y escaramuzas en los alrededores, constantes asonadas, motines y bullangas, batallas callejeras y dictaduras demagógicas del peor cariz: Un cajero de Segovia, llamado Rodrigo de Pálcios, alborotó al populacho en Enero de 1521, y acusando de traidores á los hidalgos de la villa, promovió extraordinario desorden, en que se cometieron los más lamentables excesos, entre otros, el asesinato de Hernando de Carrasco, persona noble y revestida de autoridad. Los vecinos más calificados declararon contra el demagogo en una información que se hizo al efecto, figurando en ella el apellido de Mondragón, llevado entonces, sin duda, por el padre de Cristóbal (1).

Aunque tan niño éste, ó, mejor dicho, por serlo, debieron de impresionarle mucho estos aparatosos sucesos; eran las primeras imágenes de la guerra que se reflejaban en el teatro de su fantasía. Más nobles espectáculos ofrecióle la estancia de Carlos V en Valladolid y su comarca durante el año de 1522; pocas veces desplegó la corte del Emperador mayor magnificencia que en aquella ocasión, mostrando reunida á casi toda la grandeza de España, á magnates y embajadores extranjeros y á los más célebres caudillos de los ejércitos imperiales de Italia; hubo allí torneos, desafíos y aventuras que fueron célebres en la crónica cortesana; y brillantes alardes de los soldados que iban escoltando á la Corte; Carlos V había traído con ellos de Alemania el mayor tren de artillería conocido á la sazón, comparadas con cuyas piezas hacían triste papel las que se habían utilizado en la conquista de Granada, y las que, guardadas en la Mota de Medina, fueron causa del incendio de 1520. Todo era combustible adecuado para incendiar la imaginación de un mozo como Cristóbal, que se iba despertando á la vida en el seno de una familia hidalga, es decir, con aficiones cabalrescas y guerreras, y de una nación que tocaba entonces en el cénit de su grandeza.

Los años que corrieron hasta el de 1532, en que arrancó nuestro héroe de su villa natal para seguir las banderas del Rey, fueron

(1) Danvila: Obra citada, tomo III, pág. 131.

señalados por los más gloriosos acontecimientos: en 1524 se recobró á Fuenterrabia, suceso que se celebró en España extraordinariamente; porque, como escribió Sandoval, *tentan estos reinos por afrenta que franceses tuviesen un palmo de tierra en ellos*. Y en el mismo año se ganó la batalla de Pavía. En 1527 fué Roma tomada por el Duque de Borbón. Y á casi ninguno de aquellos años faltó su acontecimiento militar ó político de primera magnitud, y todos venturosos.

De la infancia y adolescencia de Mondragón sólo puede decirse en concreto que al abandonar su tierra vivían aún su padre Martín de Mondragón y su abuela Francisca González de Gudiel, y que vivieron años después; porque á 11 de Mayo de 1539 otorgó la segunda, ya viuda, escritura de poder á favor de su yerno Martín, al que, por cierto, se llama en este documento Alonso Martín, ante el escribano Juan de Carmona, para que cobrase 37.000 maravedises que se le debían por resto de dote (1).

Los hijos del desdichado Zalamea no se ausentaron de Medina, como andando el tiempo quisieron hacer creer los Mondragones, negando hasta que tuvieran parentesco con ellos; sino que, como ya se ha dicho, vivieron allí, probablemente en la misma casa que sus parientes, y tratándose como hermanos, con los hijos de Martín y Mencía. Esta circunstancia, de que después se hizo tan terrible uso contra los sucesores del Coronel, y aun contra éste mismo, recordábala perfectamente Andrés Gutiérrez, testigo septuagenario, en 1591. Gómez Ruy, el hijo del relapso, una vez establecido en Almazán, iba de cuando en cuando á Medina, y siempre se hospedaba en casa de su tía Mencía. La hija de Zalamea casó en la villa, donde su marido Pedro de Avila tuvo escuela de Gramática. Los dos hermanos vendieron á Martín de Mondragón y su mujer la parte que tenían en unas casas junto á San Antolín (2). Las relaciones no se interrumpieron nunca; el Alonso de Avila que figura como albacea en el testamento de la madre del Coronel, es hijo de Pedro, y nieto, por tanto, del Judaizante. Alonso casó en Medina y tuvo dos hijas, Agustina Verdugo, establecida en Avila, y otra en Arévalo (3). A fines del siglo XVI ya no quedaban en Medina descendientes de Zalamea.

(1) Pruebas de La Barrera: Folios 77 y siguientes.

(2) Consta por nota de los Santiaguistas informadores en las Pruebas de 1616, sin que se especifique la fecha de la escritura.

(3) Declaración de Andrés Gutiérrez.

Dadas las preocupaciones de la época y las circunstancias de la familia de Mondragón, este trato con sus parientes sambenitados indica una generosidad de sentimientos y natural elevación de espíritu que no pueden por menos que inspirar afectuosa simpatía. Tanto más, cuanto que participaban los Mondragones de la preocupación general contra los manchados por la fea nota que les había caído tan cerca, y así procuraban disimularla con toda suerte de tapujos y misterios, no consiguiendo, como es ordinario en tales casos, sino dar á fantaseadores y maldicientes pretexto para fingir historias y cuentos que habían de perjudicarles mucho en adelante.

Parece que Martín de Mondragón y su mujer ocultaron á sus yernos el parentesco con Zalamea. El capitán Juan de Álamos, marido de María, y, según el Abad de Medina, *uno de los principales y más calificados desta villa*, manifestó gran extrañeza cuando los Santiaguistas informadores le preguntaron en Madrid, donde residía ya viudo, por el pariente de su difunta mujer que había sido quemado en Medina. Y ¿cómo había de saber esta historia Diego González del Castillo, el marido de Magdalena, por lo menos al contraer matrimonio en 1524 (1), siendo, como era, uno de aquellos hidalgos que llevaban hasta la exageración más ridícula y menos caritativa la manía de la limpieza de sangre? *Era tan enemigo de confesos*, declaró Alvaro Verdugo, *que rehusaban de venir con él á plática; porque luego les decía la raza que tenía cada uno*. Y el ya citado Abad de Medina, D. Diego de Montalvo, añadió: *«era de los más rancios y antiguos hidalgos desta villa, y hombre tan enemigo de los que tenían tacha, que á muchas personas que pretendían probar sus hidalguías con poca razón, era el que más las contradecía y más claro les decía las verdades.»*

Es probable que Cristóbal de Mondragón saliera de su villa natal á los dieciocho años, ganoso de correr mundo y agenciar honra y fortuna en la guerra, ignorando en absoluto la tragedia que, cuarenta y tantos años atrás, hundiera en ignominia irredimible á sus parientes, alcanzándole también á él y á sus hermanos salpicaduras de lodo, muy difícil de limpiar en aquella sociedad y en aquellos tiempos. La perspectiva de tales miserias estaría sin duda eclipsada para él por la grande y magnífica de las glorias que alcanzaban á la sazón las armas españolas en uno y otro

(1) Pruebas de Alonso.

continente, en todas las regiones, puede decirse, del orbe conocido. Soplaban viento de aventuras heroicas, de portentosas conquistas y hazañas estupendas. La juventud hidalga dejábase arrebatar por aquel torbellino, é ibase á lejanas tierras á satisfacer el ansia de pelear, heredada de cien generaciones de incansables batalladores, movida por los cuentos del hogar y los cantares de la plaza pública, y excitada poderosamente por las noticias que se recibían de continuo en Castilla de nuevas campañas y de nuevos triunfos.

Hasta entonces los hidalgos habían hecho punto de honor el combatir á caballo; hacerlo á pie, ó como peones, teníanlo por afrenta. Durante la guerra de Granada, los Reyes Católicos pidieron á Medina del Campo cien peones para guarnecer Alhama; los hidalgos medinenses se negaron á responder á este llamamiento, diciendo *que Sus Altezas nunca llamaron á los caballeros é hidalgos de sus Reinos por peones* (1). Esta preocupación cesó con las campañas de Gonzalo de Córdoba. Puesto que los peones ó infantes vencían á los jinetes, como sucedió en el Garellano y en Ceriñola, ¿por qué había de tenerse en poco á la infantería? España fué sin duda la nación europea en que primero se consumó esta evolución militar; las gentes de linaje se percataron muy pronto de que había la misma gloria en combatir á pie que á caballo, y corrieron á llenar las filas de las legiones romanas, resucitadas con el nombre de regimientos ó tercios.

En la primera época del reinado de Carlos V, que fué cuando se alistó Mondragón, los hidalgos eran el nervio de la Infantería española. Los jóvenes de la condición de nuestro héroe, profesaban en la milicia, como dice Núñez de Alba, *por vivir é ganar honra en ella* (2), esto es, impulsados por los mismos móviles que llevan hoy á los muchachos de familias decentes á ingresar en las academias militares. La de soldado era una profesión; una verdadera carrera. La leva, y después el servicio obligatorio con redención á metálico, han envilecido en cierto modo el carácter social del soldado: la leva hizo de él un tipo sospechoso, por lo menos de vagancia; y la redención á metálico lo hace de mozo desprovisto en absoluto de bienes de fortuna, y, por tanto, rudo, ignorante, ineducado; pero estas lamentables degeneraciones son muy posteriores

(1) Rodríguez. *Hist. de Medina*, pág. 749.

(2) *Díálogos de la vida del soldado*.

á la época en que Mondragón fué alistado; entonces el soldado era tan hidalgo ó caballero como el oficial, y á veces más; porque la función técnica del mando ni constituía un estado permanente de condición social, ni se había aún asociado, como sucedió después, á distinción ó preeminencia de rango.

En el mismo siglo XVI, ó, mejor dicho, en el mismo reinado de Carlos V, ocurrió, sin embargo, un cambio que marca un paso más en este interminable proceso evolutivo, á que la condición de los soldados está sujeta, como todo, en el mundo. Al principio, los hidalgos predominaban en las filas, y, como dice también Núñez de Alba, *sembraban en el campo tanta virtud que los que de su condición no eran como ellos, por competir con ellos procuraban parecerles*. Pero después (este después hay que referirlo al decenio 1540-50), empezaron á pasar de España *aquellas barcadas de mozos de espuela y de caballos, oficiales y pastores* que democratizaron la infantería, cosa que los técnicos de la época consideraban como un mal muy grave, porque *sin nobles y señores no se puede hacer cosa bien hecha en la guerra, pues la hacen animosamente por cumplir con su honra, y tienen posibilidad para gastar, y la gente baja no tiene presunción, y con su pobreza no atiende á otra cosa que á mantenerse de las pagas y hurtar las que puede* (1).

Atribuía Núñez este cambio á la supresión de *las ventajas*, ó sea, sueldo extraordinario y más crecido á los soldados nobles, y con razón; porque el gran militar de aquel siglo, el Duque de Alba, era del mismo parecer, y en su expedición á Flandes se apresuró á restablecerlas, no sin resistencia de Felipe II. *A esta jornada de Flandes, decía al Rey, han salido muchos caballeros españoles y otros capitanes y gente honrada, soldados muy beneméritos que solían tener sus ventajas, que estaban retirados, y ahora por servir á V. M. debajo de mí, salen en esta jornada, los cuales pretenden tener entretenimientos, y yo, por tener la infantería como conviene, estoy resuelto hacerles poner todos debajo de bandera; á los cuales es imposible dejar de dar ventajas; y gente desta calidad es la que da la victoria en las facciones, y con la que el general pone en la gente la disciplina que conviene; y en nuestra nación ninguna cosa importa tanto como introducir caballeros y gente de*

(1) Colección de Documentos inéditos para la Historia de España, tomo II, pág. 145. Apuntamiento á Felipe II, sobre la armada de mar que se envía para socorro de Flandes.

bien en la Infantería, y no dejalla toda en poder de labradores y lacayos (1).

El alistamiento de Mondragón, repitámoslo, pertenece á la primera época, á la que bien puede ser llamada *período eminentemente patricio de la infantería española*. Fué Cristóbal un *señor soldado*, un honrado hidalgo medinés que llevó la pica y el arcabuz honradamente, defendiendo á su Rey, y enaltecendo á su nación por casi todas las regiones de Europa.

(1) *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo IV. Carta del Duque al Rey; 27 Abril 1567.

TRECE AÑOS DE SOLDADO RASO.—PASO DEL ELBA.—MONDRAGÓN
ALFÉREZ.—EL FAVOR DEL GRAN DUQUE DE ALBA

El *Catálogo de la Armería del Archiduque Fernando*, enumera los servicios de Cristóbal de Mondragón, señalando que militó primero en Italia, (1) después en Túnez y en la jornada de Provenza, y por último en la guerra de Alemania contra los confederados de Smakalda. Pero de estas campañas no se destaca la figura de Mondragón con claridad histórica. El Catálogo sólo dice que mereció ser recompensado *auctiori stipendio virtutis ergo*, lo que puede significar, ó que le daban menos soldada que la correspondiente á sus méritos, ó que no le ascendieron como era debido á su valor y servicios. Teniendo en cuenta las costumbres de la época, y lo que afirma Herrera de la falta de ayuda ó valimiento con que hizo Mondragón su carrera, cabe afirmar que nuestro héroe no pasó, durante quince años, de soldado raso, y que hasta la batalla de Mulberg no comenzó á sonreírle la fortuna.

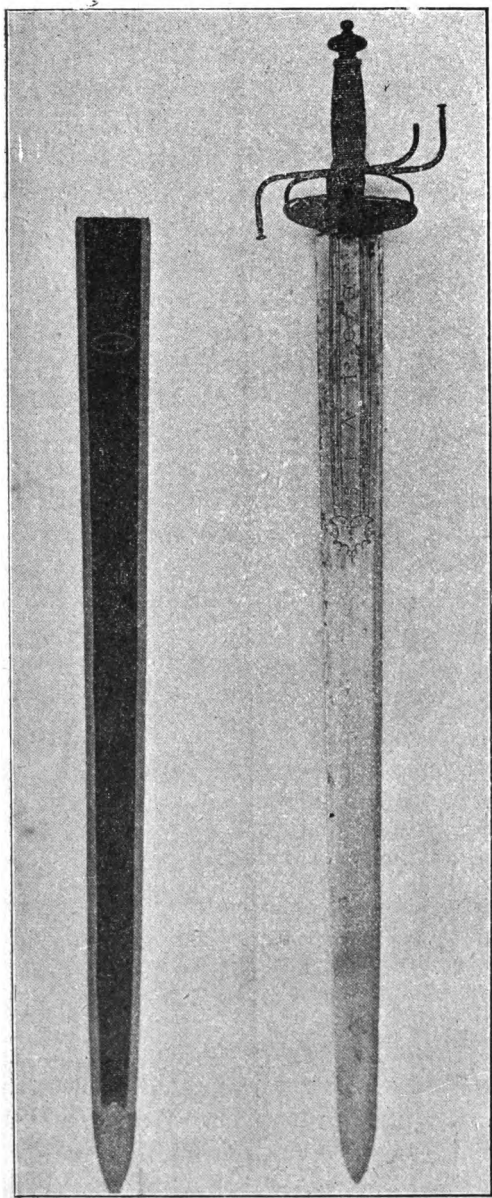
Entre los episodios de la memorable jornada, hubo uno que llamó extraordinariamente la atención, y fué celebradísimo como muestra del temple militar de nuestra raza en el siglo XVI. Persiguiendo al Elector, llegó la Infantería española, que iba de vanguardia del Ejército imperial, á la orilla izquierda del Elba. Acampaban los sajones en la derecha, y tenían recogidas todas las barcas que por allí había, no sólo para impedir el paso á los nuestros, sino para transportar fácilmente su equipaje. En cuanto aparecieron los infantes españoles en la siniestra ribera, la hueste protestante se puso en movimiento río abajo, llevándose la impedimenta

(1) En 1325 militaban en Italia dos compañías de infantes españoles, mandadas, una por don Juan de Mercado, y otra por Pedro de Mercado. (*Colec. Salazar*). Estos Mercados siguieron figurando hasta la expedición de Túnez. Véase Cereceda.—*Tratado de las campañas de Carlos V.*

en las barcas, que, navegando al amor de la corriente, lo hacían con suma velocidad. Si los nuestros no hallaban pronto un medio para cruzar el Elba, el enemigo estaba salvado. Un paisano señaló un vado; pero no era posible ganarlo sin pasar á la ribera opuesta por otros parajes, porque sobre ser sólo practicable para caballería, y muy estrecho, una fuerte retaguardia de los sajones con piezas de cañón, defendía su salida. Era menester, por tanto, apoderarse de esta salida del vado, y para ello no había más camino que construir un puente. Pero, ¿cómo hacerlo sin barcas? Unos soldados que habían ido á reconocer las aldeas de la ribera, volvieron con unas barcas. Creyóse por un momento resuelta la dificultad; pero al ponerse la obra en ejecución, se halló que las barcas encontradas no daban, ni con mucho, para la anchura del río. Faltaban cinco ó seis para completar el puente.

Los sajones, vista la dificultad de sus contrarios, y temerosos de que á nado ganasen los nuestros algunas de sus barcas, bajaron en gran número á la ribera, y acribillaron la corriente á tiros de mosquete y de cañón. Mientras tanto, y para su mayor seguridad, pusieron á incendiar su flotilla. Los momentos no podían ser más críticos. Un instante más, y el enemigo estaba en cobro. Cuando llegara el grueso del Ejército imperial, mandado personalmente por Carlos V y el Duque de Alba, los sajones, protegidos por la caudalosa y anchísima corriente del Elba, podrían á placer burlarse del Emperador, y ganar sus plazas fuertes, que muy cerca estaban de aquellos parajes. Pero se vió entonces un maravilloso espectáculo. Y fué que un soldado español adelantóse á la orilla que abrasaban los protestantes con sus fuegos; con admirable rapidez se despojó de sus ropas, y enteramente desnudo, como un atleta griego, sujetando la espada con los dientes, se lanzó al río y nadó hacia las barcas que incendiaban los enemigos. En seguida nueve infantes más, según Núñez de Alba, ó diez según Ávila, imitaron al temerario iniciador de la empresa, y entre todos apoderáronse de las barcas que hacían falta para completar el puente.

Los historiadores de la guerra de Alemania omiten los nombres de los héroes que, aun en el ejército español del siglo XVI, parecieron varones de casta superior al común de los valientes; pero Méndez Silva, en su *Compendio de las más señaladas hazañas que obró el Alcides castellano capitán Alonso de Céspedes*, atribuye á este renombrado hazañero la iniciativa del paso, y tal era la tradición en nuestros campamentos, que Lope de Vega llevó al teatro,



Espada de Cristóbal de Mondragón.
Marca de Luis de Aiala.—Fotografía del Sr. Zabálburu

Fac-símil de la firma de Mondragón. Remitido de Simancas,
por el señor Paz.

haciéndola argumento de su patriótica comedia *El valiente Céspedes*. La tradición añadía otro nombre al del Alcides castellano: el de Mondragón. *Cristóbal de Mondragón*—cuenta Strada—*había servido al emperador Carlos V, militando á la sombra de sus imperiales águilas en las guerras de Italia, Túnez y Alemania, y dicen que fué uno de aquellos diez varones españoles que con admirable arrojo de valor, pasaron á nado el Albis con las espadas en la boca, y arrebatadas unas barcas de pasage que había junto á la ribera, volviendo con ellas, entre un torbellino de balas enemigas, al César, y hecha una puente, por la cual pasaron los imperiales, fueron la principal causa de conseguir con celeridad la victoria de Sajonia.* El general belga Guillaume, también señala la batalla de Mulberg «como la función de guerra en que llegó nuestro heroe al máximum de los títulos gloriosos».

Los cuales no fueron sólo de orden moral, sino que se tradujeron en adelanto positivo de su carrera. Carlos V recompensó, como era justo, sobre el mismo campo de batalla, á los valientes que tanto habían contribuído á la espléndida victoria. He aquí cómo lo refiere Lope de Vega:

- CARLOS V. Mil escudos le daréis
 al villano que enseñó
 el vado.
- DUQUE DE ALBA. Bien mereció
 que su humildad estiméis.
 ¿Y á los que el Albis pasaron
 con las armas en la boca?
- CARLOS V. Honrarlos á los dos toca,
 pues como estrellas guiaron;
 dad á los nobles oficios,
 y á los que no, cubrid de oro.

Oficio fué lo que obtuvo Mondragón. «*Bello deinde quod Sma-caldicum vocant* (se lee en el catálogo de la Armería) *sub Albae Ducis legione vexillarius, prelio quo Elector Saxo captus est interfuit.*» El vexilario ó signífero de la legión romana era el alférez de nuestros tercios; de suerte que en Mulberg, á los treinta y un años de edad y trece de servicios militares, alcanzó Cristóbal de Mondragón el empleo de alférez de infantería española.

Y logró también lo que para los hombres de su temple valió tanto en aquel siglo: el aprecio y protección del gran Duque de

Alba. Entre otros muchos méritos, tuvo este caudillo el de distinguir y procurar el adelanto de los que valían. Quería él, según ya hemos visto, que se estimulase á la nobleza para que sirviera en la guerra; pero dentro del ejército no admitía otra razón de ascensos y recompensas que el mérito personal. *En la soldadesca*, era una de sus máximas favoritas, *no miramos la sangre, sino al soldado que más se adelanta* (1). Y fué siempre tan escrupuloso en la selección de personas, que, cuando en su lécho de agonía, después de recibir los últimos sacramentos, hubo de visitarle Felipe II, dijo solemnemente al Rey que había tres cosas de las que no sentía remordimiento alguno en aquel supremo instante, y una *«es que nunca le propuse hombre para cargo que no fuese el más suficiente que yo conocía, postpuesta toda afición»* (2).

Semejante género de honradez en el gobernante es sin duda el más provechoso para la república. El favor del Duque de Alba, como basado, no en el capricho ó particular afición del protector, sino en las prendas de los protegidos, era igualmente honroso para uno y para otros, y el bien común sacaba la mejor parte. Así se formaron aquellas *hechuras del Duque de Alba*, que decía Alonso Vázquez, y que fueron casi todos los caudillos, maestros de campo, coroneles, sargentos mayores, castellanos y capitanes que mantuvieron, durante la centuria décimosexta, la hegemonía de nuestras armas; cuando desaparecieron, la hegemonía desapareció también, aunque los soldados continuaron tan sufridos y valerosos como antes. ¿Por qué? *«Yo he visto, dice un malogrado escritor moderno, que una misma recua de borricos, de los buenos borricos que usan los arrieros de la Alpujarra, ha enriquecido á un arriero y ha arruinado á otro. La razón dice que la inteligencia y hasta la suerte de los arrieros es la que decidió en estos casos; los burros se limitaron siempre á llevar la carga»* (3). Lo que significa que el *quid* de los que poseen muchas récuas, como sucede á los jefes de imperio y ejército, está en descubrir los que sirven y los que no sirven para arrieros. ¡Ay de los que por debilidad, tontería ó perversión, ponen en la pata de un burro la vara del arriero!

✓ (1) Carta del Duque á Zayas, 16 Noviembre 1580. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXXV.

(2) Carta de Fr. Luis de Granada á la Duquesa de Alba, 15 Diciembre 1583.—Vida de Fray Luis, por Muñoz.

(3) Ganivet: *Epistolario*, pág. 176.

VI

MONDRAGÓN, CAPITÁN DE CABALLOS LIGEROS.—PRISIONERO EN FRANCIA.
GOBERNADOR DE DAMVILLERS.—EL LUXEMBURGO EN EL SIGLO XVI.

Ya no hallamos á Mondragón hasta Enero de 1558, en que, como capitán de una compañía de españoles, guerreaba contra franceses en la frontera franco-belga. Ni Herrera, ni Cabrera de Córdoba declaran de qué arma eran estos españoles; pero el capitán Alonso, en su citado Memorial, nos descubre que la compañía era de caballos ligeros, y que su suegro la mandó mucho tiempo. Tales fuerzas de caballería ligera prestaban en las campañas del siglo XVI un servicio que apenas si hoy se concibe, ni suele practicarse semejante, á no ser en guerras irregulares, como las nuestras civiles, ó la de la insurrección de Cuba. Operaban casi siempre sueltas, independientes del grueso del ejército, y consistía su principal cometido en mantener constante alarma en el campo ó tierra de los enemigos, durante aquellos larguísimos períodos, á veces de años, en que los ejércitos grandes, ó se disolvían, ó permanecían inactivos en cuarteles de invierno. Las compañías de caballos ligeros llenaban estos enojosos paréntesis con excursiones por la tierra enemiga, soliviantándola de continuo, y castigándola y afligiéndola con una guerra de partidas. Los adversarios tenían á su vez otras de estas columnas, y de aquí una continua y terrible lucha fecunda en incidentes y peripecias, sin finalidad directa para el objeto de la guerra, que es obligar al enemigo á la paz que quiere imponérsele; pero que ponía de realce, quizás más que la guerra regular, el valor y resistencia de los soldados, y sobre todo la travesura ó ingenio de las caudillos.

Mondragón hizo con su compañía de jinetes esta guerra en las fronteras de Francia, como antes habíala ya hecho en Alemania, según exponía también á Felipe III su yerno Alonso. Y en esta campaña contra Enrique II, fué probablemente donde tuvo lugar

el combate de caballería, de que habla con mucho encarecimiento el *Catálogo de la Armería*, en que con quinientos jinetes de españoles derrotó Cristóbal á doble número de franceses. No encontramos sitio ni época más á propósito donde colocarlo. Lo que consta de un modo positivo, es que la guerra con Enrique II terminó mal para Mondragón. Al tomar el Duque de Guisa la pequeña ciudad de Guines, que, con la de Calais, poseían los ingleses en el Norte de Francia desde la guerra de los cien años, hizo prisioneros, además de la guarnición inglesa, á ochenta españoles y algunos borgoñones que, al mando del capitán Mondragón, había enviado de socorro el gobernador de Gravelinas (1). Sucedió esta prisión de nuestro héroe el 20 de Enero de 1558, y no sabemos cuánto se prolongaría el cautiverio; quizás durase hasta la paz de Chateau-Cambresis, ó quizás fuera en esta ocasión el hecho que refiere Ossorio de haberse descolgado de una torre ó castillo, en que le tenían prisionero, y vuéltose á los reales, burlando la persecución de los enemigos.

Al año siguiente, 1559, obtenía Mondragón merced de unos cuantos millares de maravedises *por sus buenos servicios al Emperador y Felipe II y en recompensa de su asiento de capitán ordinario*. Acumuláronse luego á esta cantidad otras igualmente concedidas á título de merced, llegando á constituir un juro vitalicio de 187.600 maravedises que Cristóbal, en 1582, solicitó de Su Majestad que le fuera situado sobre las alcabalas de Medina del Campo (2); lo que indica en nuestro héroe deseo y propósito de volver á su tierra natal, y reposar en ella de sus trabajos; ilusión común á todos los españoles que en los pasados, como en los presentes tiempos, han vivido y luchado fuera de la patria.

Pero por esta época no puso Mondragón por obra tales intentos. Fué de los pocos españoles que después de la paz de Chateau-Cambresis, permanecieron con cargo público en los Países Bajos; nombráronle gobernador de la villa de Damvillers en el Ducado de Luxemburgo, puesto que había de conservar muchos años.

De todas las provincias de aquellos Estados, conocidas por los españoles de los siglos XVI y XVII, Luxemburgo es la que ha sufrido más completa transformación política. El actual *Gran Ducado de Luxemburgo*, estado semi-independiente, aunque unido por

(1) Herrera.—Cabrera de Córdoba.

(2) Archivo de Simancas.

vínculo personal á la corona de Holanda, no es sino parte mínima del *Ducado de Luxemburgo* sobre que reinaba Felipe II, y que tenía en circuito poco más ó menos de sesenta leguas con veinte plazas fuertes, muchos y buenos castillos y mil ciento sesenta y dos aldeas (1). Luis XIV agregó á Francia toda la región meridional, desde entonces llamada Luxemburgo francés, y hoy Departamento del Mosa. El resto está dividido entre Bélgica (Luxemburgo belga), y el actual *gran Ducado*, también conocido con el nombre de Luxemburgo holandés.

Damvillers pertenece á la porción francesa, y es ahora un pueblo insignificante perdido en la inmensa selva de las Ardenas; en el siglo XVI, sin ser mayor su importancia civil, tenía extraordinaria en el orden militar; porque Carlos V, completando y mejorando las fortificaciones medioevales construídas por los Condes de Chimay, había hecho de Damvillers formidable plaza de guerra, uno de los principales baluartes de la frontera francesa de los Países Bajos. La fortificación de Damvillers era señalada en aquel tiempo como una de las maravillas de la ingeniería militar, y á mediados de la centuria decimoséptima, la citaban los ingenieros como demostración de lo mucho que había progresado su arte, toda vez que la plaza tan reputada en el reinado de Carlos V, servía ya para muy poco, es decir, que conceptuaban á Damvillers como ahora nosotros á las fortalezas que parecían mejores en tiempo de Napoleón I. Cuando Mondragón estuvo allí de *gobernador y preboste, alcaide mayor y gobernador de todos los bosques de Damvillers* (2), estaban en su punto las fortificaciones, y en paz y guerra tenía la plaza una guarnición relativamente numerosa de valones, y el cargo de gobernador se tenía por importante y delicado, no confiándose más que á militares de mucha reputación.

Se distinguía el Luxemburgo en el siglo XVI por su acendrado catolicismo y su lealtad á la Corona de España. Era la provincia de los Países Bajos leal á España por excelencia. Ni la herejía, ni la rebelión consiguieron penetrar en el Luxemburgo jamás. Para representar de un modo gráfico el estado de los espíritus con relación á la causa religiosa y política, defendida por nuestros antepasados, puede trazarse una línea recta del Nordeste á Sudoeste de los Países Bajos; el extremo superior, ó sea Zelanda, era el foco

(1) Mendoza.

(2) Epitafio de Mondragón.

del protestantismo y de las alteraciones, estando en esta región insular los católicos y realistas en insignificante minoría, y el extremo inferior, ó sea el Luxemburgo, representaba todo lo contrario que Zelanda; los luxemburgueses eran tan contrarios á la herejía y leales al Rey, como los mismos españoles. Cuando todas las provincias acordaron por base de concordia la expulsión de los españoles, el Luxemburgo se echó atrás, declarando solemnemente que jamás aceptaría dicho pacto.

Este sentir general de los naturales, personificábale el Gobernador del Ducado, que lo era desde la época de Carlos V, el Conde Pedro Ernesto de Mansfelt, «*oriundo de Sajonia, y por su ciencia militar y lealtad igualmente grato al César que á su hijo Felipe*» (1). «*Fué siempre muy aficionado á la nación española por conocer cuál era, y haberse criado en España*» (2). «*Su lealtad era tanta, que habiendo sorprendido á su hijo Carlos un papel sedicioso, se lo hizo comer*» (3). Residía este ilustre señor en la ciudad de Luxemburgo, que había defendido heroicamente contra el ejército de Enrique II, y era entonces, como ha venido siéndolo hasta 1863, una de las pocas plazas fuertes de Europa que se tenían por verdaderamente inexpugnables. Asentada sobre una peña, sólo accesible por uno de sus frentes, y éste cubierto de murallas, castillos y baluartes acumulados por varias generaciones de príncipes poderosos; y en los tres restantes defendida por la ingente mole del peñasco que forma pared de 60 metros de altura, Luxemburgo, aún desmantelada, sorprende al turista con los imponentes restos de sus muros y fortalezas, entre los que descuellan dos castilletes llamados todavía *torres españolas*.

Tampoco dejan de enseñarse al viajero dos puertas monumentales y algunos trozos de murallas destruidas, que *es cuanto se conserva del magnífico alcázar y admirables jardines del Conde Pedro Ernesto de Manfeld, Gobernador español* (4). En esta mansión regia tenía el Conde su corte, y como soberano recibía y agasajaba espléndidamente á huéspedes ilustres. Por allí pasó, cuando fué á la embajada de Inglaterra, el Conde de Feria, y el de Manfeld le tuvo alojado varios días; uno de ellos, dijo Manfeld á su huésped, que *holgara de tener cerca de sí algún español, persona co-*

(1) Strada.

(2) Biografía anónima del Coronel Verdugo, publicada por el Sr. Rodríguez Villa.

(3) Alonso Vázquez.

(4) Bedaker.—*Belgique et Hollande*.

nocida y de satisfacción, y el Conde de Feria le encaminó á Verdugo, diciéndole que si gustaba de quedarse, no sabía de otro tan á propósito por lo que tenía conocido de su persona, y que entrambos se lo pidiesen á ver lo que respondía. Llamáronle, y proponiéndole lo dicho, determinó de quedarse y así se quedó con el sueldo que antes tenía (1).

Mondragón fué también de los pocos españoles que á la sombra de Manfeld quedó en Flandes con cargo público, en este período comprendido entre la paz de Chateau-Cambresis y la ida del Duque de Alba. Más importante en categoría y cargo que Verdugo, no residía como éste en la capital del Ducado, asistiendo de continuo al Conde gobernador, sino que en su villa de Damvillers era él á su vez gobernador, y en ella tenía también su pequeña corte, y hacía la vida de gran señor, tan del gusto de los guerreros en todas las épocas. Quizás fueron estos años de paz los más tranquilos y felices de que disfrutó Cristóbal en su larga carrera.

(1) Biografía citada.

VII

MONDRAGÓN, CORONEL DE VALONES.—VALONES Y ESPAÑOLES.—INICIATIVA DÉ MONDRAGÓN, APLAUDIDA POR EL DUQUE DE ALBA.—LOS MENDIGOS DEL MAR.

Comenzadas las alteraciones de Flandes bajo el gobierno de Madama Margarita, alborotáronse también nobles y burgueses en el Luxemburgo; pero no como los de las otras provincias, sino, por el contrario, en son de protesta contra los rebeldes, y para defender la Religión Católica y el Gobierno establecido. Celebráronse con tal objeto juntas provinciales, y setomó desde luego el acuerdo de levantar tropas por el Rey. Y deuno de los regimientos valones que primeramente fueron organizados, se dió el mando al capitán Cristóbal de Mondragón, gobernador de Damvillers.

Demuestra esta elección lo bien quiso que estaba en el país nuestro medinés, y el aprecio que allí se hacía de sus prendas, cuando, no por nombramiento real, sino puede decirse que por sufragio popular, fué puesto, siendo extranjero, al frente de unos soldados cuyos oficiales pertenecían á la primera nobleza de la provincia. Por lo demás, para un capitán español no era entonces gran ascenso el de coronel de valones. Alonso Vázquez explica cómo los empleos en la *nación* ó milicia española se consideraban superiores á sus equivalentes de las otras tropas del Rey Católico. «*Un español, dice, capitán de valones, no puede ser capitán de españoles, sin haber sido antes alférez destos; pero un alférez de españoles puede mandar como capitán de valones; y juntos un capitán de valones y un alférez de españoles, éste ha de mandar á todos; porque la nación española ha de tener en todo el primer lugar, y así le han de tener sus oficiales.*» Vemos observada esta regla en la biografía de Mondragón; cuando, en efecto, operó con Sancho Dávila, aunque como coronel era más antiguo que Dávila como maestre de campo, el mando ejercíalo siempre Dávila y no él; porque por más que fueran equivalentes, en cuanto á empleos, la coronelía valona y la maestría de campo española, el empleo valón tenía que ceder al español.

Pero en el siglo XVI, como en todos los siglos, los hombres hacen á los cargos, y no éstos á aquéllos. Mandando valones adquirió Mondragón tanta gloria, cual hubiera podido alcanzar mandando españoles. Los regimientos que dirigió él, en nada diferían por su disciplina y valor de los mejores tercios de la vieja infantería española. Tenía nuestro héroe, y no hay historiador contemporáneo suyo que no lo señale como una de sus principales prendas de caudillo, ese temperamento de mando que podríamos llamar *imperial*, por consistir en una singular adaptación al gobierno de las gentes más diversas entre sí: en Carlos V había brillado tan rara cualidad como pocas veces se ha visto en la historia: flamenco, en Flandes; español, y muy español, en España; alemán, en Alemania; italiano, en Italia, el gran Emperador era castizo, indígena en todas partes; su maravillosa facilidad para hablar todos los idiomas, hasta el punto de no conocerse cuál era el suyo propio, manifestaba otra más profunda ó íntima flexibilidad: la de acomodarse perfectamente al modo de ser de todas las gentes. Si es difícil y rarísima la adaptación para obedecer, ¿cuánto más no ha de serlo para mandar?

En Cristóbal de Mondragón se dió la misma cualidad, aunque sólo aplicada naturalmente al caudillaje militar. Mandando españoles era español, y mandando valones, valón. Y cuenta que hasta en los más insignificantes pormenores, difería el carácter de ambas naciones. Vázquez refiere, p. e., que los españoles soportaban que sus oficiales los castigasen, golpeándoles con la espada; pero no toleraban el ser golpeados con bastón ó palo. Y en cambio los valones admitían el bastonazo; pero no podían sufrir que les diesen con la espada (1). Y como en esto, en todo. Los españoles eran indudablemente, y en ello consistía su indiscutible superioridad, los más pundonorosos, los soldados de sentimientos más elevados que militaban á la sazón en Europa. Bien los retrató Calderón de la Barca, cuando dijo:

Estos son españoles; ahora puedo
hablar encareciendo estos soldados,
y sin temor, pues sufren á pie quedo
con un semblante, bien ó mal pagados.

(1) Los italianos sentían en esto como los españoles, y los alemanes como los valones. Vázquez da la razón de tan distinto modo de ver las cosas, diciendo que alemanes y valones veían en el bastón de mando el símbolo de la autoridad legítima, y españoles é italianos en la espada el símbolo de la jerarquía militar.

Nunca la sombra vil vieron del miedo,
y aunque soberbios son, son reportados.
Todo lo sufren en cualquier asalto;
sólo no sufren que les hablen alto.

Mucho más humildes los valones, contentábanse por lo común con que se les diera cuanto les correspondía, con arreglo á las cláusulas ó condiciones de su enganche; pero en cambio su oficialidad, compuesta casi exclusivamente de señores de la primera nobleza del país, exigía un trato delicadísimo, caballeresco y familiar, como era el de buen tono en los Países Bajos; un jefe mal educado, grosero en sus modales ó que quisiese hacer sentir á los inferiores la superioridad de su jerarquía, no hubiera sacado ningún partido de aquellos capitanes valones, aristócratas de nacimiento, acostumbrados á que los príncipes y hasta los reyes les trataran con sin igual llaneza. Aun la masa de los soldados pedía de suyo, por tendencia ingénita de su carácter nacional, esta llaneza en el trato, cuyo cultivo era uno de los secretos de la inmensa popularidad del Príncipe de Orange.

Hasta en los vicios diferían españoles y valones. Despuntaban los nuestros por enamoradizos y pendentieros, y los de allá por borrachos. La incontinenencia en el beber era entonces el vicio capital de los naturales de Flandes. Alonso Vázquez describe con prolijidad de gráficos pormenores, y no sin gracia, las múltiples manifestaciones de tal exceso, y concluye diciendo: *«no hay que maravillarse de semejante afición al vino, pues lo maman desde niños al pecho de sus madres, y el rato que las dejan, les ponen en las manos unas tetas de madera contrahechas, llenas de vino ó cerveza, y maman en ellas de la misma manera que de las naturales, como si fuera leche, hasta que los destetan.»*

Con sus cualidades y defectos, los valones fueron de los primeros soldados de la época. Su reputación sólida y brillante conserváronla incólume durante todo el siglo XVII, mereciendo cumplidamente aquel magnífico elogio de Schiller, en la descripción del campo de Wallestein: *«ese es un valón; respetadle.»* (1)

(1) El Conde de Villermont, en su precioso estudio *Tilly ou la Guerre de Trente ans*, afirma en redondo que «los valones eran en aquel tiempo los primeros soldados de Europa.» Esta es la opinión común de los belgas modernos. Pero el mismo ilustre Conde se contradice, aunque indirectamente, al referir que Tilly «se formó en el sitio de Amberes, militando á las órdenes de Farnesio, en las costumbres severas de la disciplina española.» No es orgullo patrio, sino verdad histórica, el hecho de que la infantería española fué durante el siglo XVI y parte del XVII, la primera del mundo: Así lo reconocen los escritores extranjeros, incluso los franceses, á excepción de los belgas.

El primer regimiento de valones que mandó Mondragón, compuesto de seis banderas ó compañías de arcabuceros, no parece que llegara á entrar en campaña, ni aun que saliera del Luxemburgo; pero debió de ser el núcleo del que levantó después, por patente del Duque de Alba, y con el que acudió, al principiar el mes de Septiembre de 1567, al ejército de 16.000 infantes y 5.500 jinetes, reunido por el Gran Duque para su segunda campaña contra el Príncipe de Orange. La concentración tuvo lugar en Bois-le-Duc, que nuestros antepasados, en su afán de castellanizar todos los nombres, llamaban Bolduque; y desde que comenzaron las operaciones, encontramos testimonios de la inteligente iniciativa de Mondragón, y del justo aprecio que hacía de sus prendas el Duque de Alba. «*El Obispo de Lieja, escribía el Duque á Felipe II el 4 de Septiembre, me ha ofrecido el castillò de Huy, y he enviado á Mondragón con cuatrocientos arcabuceros valones, el cual está ya dentro, y con aquello no ternían ya el paso (del río Mosa) tan desembarazado como piensan.*» Dos días después, el 6, volvía á escribir al Rey: «*Habiendo entendido Mondragón el cuidado que á mí me tentan las cosas de Lieja, sin orden mía envió doscientos soldados, que fué muy acertado y muy á tiempo; porque aunque los burgueses y el clero estaban con muy buena determinación de defender la villa y sus haciendas, todavía les arrimó mucho la presencia destes pocos soldados.*» (1) Se ve por este ejemplo que el espíritu de iniciativa, hoy tan recomendado en los ejércitos, era en el español del siglo XVI, alentado y tenido en mucho por tan insigne çaudillo como el Duque de Alba, quien al dar cuenta al Rey de la medida tomada por Mondragón de poner un destacamento en Lieja, no se olvida de apuntar que lo hizo *sin su orden*, y que fué acertada y oportuna. Y también es de notar que el Duque, conociendo las aptitudes de nuestro héroe para obrar por su cuenta, procuró, siempre que las circunstancias lo pedían, darle mando independiente.

Concluida la campaña con la completa derrota de los enemigos, que hubieron por entonces de abandonar el país, Mondragón fué destinado con su regimiento á guarnecer á Deventer. Está esta ciudad á orillas del Issel, que, corriendo hacia el norte, desemboca, pocas leguas más allá, en el mar interior de Holanda, ó sea el Zuyderzée. El punto era muy á propósito para vigilar la costa, de con-

(1) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXXVII.

tinuo amenazada por *los mendigos del mar (geneses de mer)*, es decir, por los rebeldes dispersos y proscritos, que se habían refugiado en sus naves, y hacían con ellas una *guerra pirática*, según los documentos oficiales de Madrid y Bruselas en aquel tiempo; *religiosa y patriótica*, según ellos mismos proclamaban y ha confirmado la posteridad holandesa. Impotentes los rebeldes para resistir en campo raso al ejército del Duque de Alba, y decididos á no someterse á un gobierno que aborrecían con odio implacable, apelaron al recurso de la guerra irregular, como nuestros abuelos en 1809, después de batidos los ejércitos de la Junta Central, se dispersaron en partidas ó guerrillas. Tampoco faltaron en los Países Bajos verdaderos guerrilleros ó partidarios, que se llamaban *mendigos de tierra* por operar en ésta; pero la extensión y topografía de la comarca no se prestaba mucho á que semejante género de guerra terrestre tomase vuelo.

En cambio, por mar todo contribuía allí á que fuera eficacísima. El comercio había desarrollado la marina mercante en proporciones enormes; las naves matriculadas en cada ciudad de alguna importancia, se contaban por millares. Una población numerosísima vivía del ejercicio de la marinería. En general, todos los flamencos eran marineros; porque, según observó D. Bernardino de Mendoza, *en este oficio nacen y se crían, teniendo los navíos por casas más seguras que las otras, por ver con las inundaciones y roturas de diques anegarse muchas veces las de tierra*. Fondeando en islas deshabitadas, ó poco conocidas aún, de los mares del norte, ó en los puertos de Inglaterra bajo la secreta protección de Isabel, con cuyos corsarios sostenían íntimas relaciones, los *geneses de mer* aparecían de súbito en el punto más desguarnecido de la costa, ó, envueltos en la niebla, penetraban audazmente por los ríos y canales, y allí donde menos se les esperaba, desembarcaban en número de doscientos ó trescientos hombres, se apoderaban de los ganados y de cuanto les hacía falta, entraban en pueblos, castigaban cruelmente á los católicos, y después de correr la tierra algunos días, volvíanse á sus barcos antes de que llegasen las fuerzas encargadas de perseguirlos. En el mar estaban al abrigo de todo peligro; porque el Gobierno sólo contaba para combatirlos con escuadras organizadas en los mismos puertos de los Países Bajos, y tripuladas por marineros naturales de ellos, y en la gente de mar habían hecho tales estragos la herejía y el espíritu de rebelión, que, ó se negaban terminantemente á tripular las flotas del Rey, ó pe-

«dan exorbitantes salarios, ó, si no tenían más remedio que embarcar, hacían traición avisando á los enemigos de los movimientos de la escuadra realista, ó dejándolos escapar en el momento crítico.

Agréguese á todo esto que el Duque de Alba, tan excelente caudillo para la guerra terrestre como hábil diplomático para entender en negocios de Estado, en punto á cosas de mar, decía de sí mismo: «yo soy tan ruin marinero que lo que sabría decir de la mar son los accidentes que suele tener el mareado, que es el oficio que he tenido la mayor parte de lo que he navegado» (1). Limitábase, pues, el Duque á dar órdenes para que se organizaran flotas en Amberes; pero oponiéndose á la ejecución de sus mandatos las dificultades ya indicadas, imposible casi de vencer, y no interviniendo directamente para removerlas la voluntad imperiosa, característica de su genio, había de ser en este orden el resultado inferiorísimo al que solía obtenerse en lo demás. Todo indica que el Duque no sospechó nunca que en *los mendigos del mar* estaba el *quid* de la cuestión de Holanda; que jamás se le ocurrió que aquellas naves, en que se habían refugiado los proscriptos, que llamaba él despreciativamente *de piratas*, eran el cimiento de un poder formidable que se iba levantando en los brumosos mares del norte, y no con lentitud, sino con maravillosa rapidez; poder que, no sólo había de emancipar á Holanda, sino hacerla la primera potencia marítima del mundo, y traspasar el cetro del Océano, es decir, del globo terráqueo, de la gente latina á la germánica y sajona. Tan sorprendentes é inesperadas peripecias iban á suceder muy pronto; pero el Duque de Alba, con ser el primer político de su tiempo, ni las entreveía, y tampoco el Príncipe de Orange, á pesar de su admirable astucia.

El primero limitábase á procurar la defensa de las costas, repartiendo á lo largo de ellas destacamentos de soldados de infantería, y encomendando sumo cuidado de vigilarlas á jefes experimentados y del valer de Mondragón. Este, sin dejar su gobierno de Damvillers, residía por este tiempo en Deventer con su coronela. En Octubre de 1569, D. Fadrique, hijo del Duque de Alba, hizo un viaje de inspección, correspondiente á su cargo de capitán general de toda la infantería del Ejército, por el oriente del Zuyderzée. Delante de Delpheil, en Frisia, encontró diez ó doce baje-

(1) Carta del Duque á D. Juan de Austria, Bruselas 3 de Mayo de 1571, *Doc. Inéd.* Tomo III.

les de *mendigós del mar*, ancorados á tiro de cañón de la playa; dos ó tres veces intentaron echar gente á tierra, y D. Fadrique dispuso que acudieran para rechazarlos trescientos arcabuceros de Mondragón. A éste dió orden de proceder á la construcción de una ciudadela ó castillo en Deventer (1).

1) *Doc. Inéd.*, Tomo XXXVIII.

VIII

MONDRAGÓN EN MEDINA DEL CAMPO.—DOS CLASES DE HÉROES.—BREVE RESUMEN DE LA VIDA DE CRISTÓBAL DE SAN VICENTE.—SAN VICENTE Y MONDRAGÓN.

La reina doña Ana, de Austria, cuarta mujer de Felipe II, vino á España por los Países Bajos, en una flota mandada por el Conde de Bossu, que arribó á Santander el día 30 de Octubre de 1569. Por orden del Duque de Alba vino escoltándola en su viaje el coronel Mondragón con su regimiento de valones, lo que indica el buen aspecto de tales soldados, cuando fueron escogidos para jornada de tanto lucimiento. No sabemos si nuestro heroe acompañó á la Reina durante todo su viaje por Castilla y si asistió á las bodas reales que se verificaron en Segovia, ó si, con la venia de S. M., torció en su camino, y se fué á Medina del Campo. Lo cierto es que el año de 1570 amaneció para Cristóbal en su villa natal.

Quizás esperara él que sus paisanos le recibieran, si no con arcos triunfales, que por entonces reservábanse tales honores para las personas augustas, con el agasajo y entusiasmo que á un conterráneo de tan eminentes servicios á la patria parecen corresponder. Su empleo de coronel, aunque de valones, equivalía á mucho más que el de general ahora; era realmente el más elevado de la milicia, por cuanto el generalato no constituía empleo propiamente dicho, sino comisión ó función temporal que se confería á un coronel, ó á cualquier persona que por sus circunstancias de clase social ú otras libremente apreciadas por el Rey, parecía idóneo para el caso. Eran muy pocos los militares que podían anteponer á su nombre este título de coronel ó maestro de campo, y seguramente que no había medinés á la sazón, fuera de Cristóbal, que lo tuviese. Y estaba el título además justificado y ennoblecido con tantos y tan singulares servicios, que cualquier extremo de buen recibimiento por parte de los medinenses, habría estado muy justificado.

Hacia poco tiempo que había llegado á Medina otro natural de ella, hombre de armas como nuestro heroe, que se llamaba

también Cristóbal, y todo había parecido poco para honrarle y manifestarle admiración por sus hazañas. Las de este Cristóbal de San Vicente, que así se llamaba el tal, eran, sin embargo, de orden y clase diversos que las de su paisano y tocayo Cristóbal de Mondragón. Hijo de un hidalgo de Medina, Cristóbal de San Vicente era hombre de fuerzas hercúleas, y tan alto, que pasaba su cabeza por encima de las de los mejores mozos del tercio. Italia fué teatro de sus proezas y aventuras. El solo defendió un puente, donde le habían puesto de centinela, contra muchos enemigos, y cuando llegaron á socorrerle, le hallaron rodeado de siete cadáveres. Estando en Nápoles un soldado se atrevió á murmurar de San Vicente; lo supo éste, fué á buscarlo, y en desafío le cortó la mano derecha de una cuchillada. Un francés majadero le mesó la barba, y San Vicente lo mató en un periquete con un golpe de daga; para evitarse lances semejantes en lo futuro, se rapó barba y bigote, y así estuvo toda su vida.

Su fama de valiente llenó la ciudad de Nápoles, y acudían á él los agraviados que no se atrevían á cobrar por sí mismos la apetecida venganza ó la reparación adecuada. Sobre todo de mujeres tenía numerosa clientela de menesterosas agraviadas. Una señora se acercó á él llorando, y le pidió que remediara el agravio inferido por un soldado á una hija suya con palabra de casamiento que no quería cumplir. Cristóbal le dijo gravemente:

—Avisadme, buena señora, cuando estén juntos, que yo haré por vos todo lo que pudiere.

La madre incitó á su hija para que citase al soldado, y cuando éste habíase encerrado con ella en su cuarto, acudió Cristóbal. Estaba la puerta del cuarto cerrada por dentro; pero ¿qué era obstáculo semejante para San Vicente? Dice á la madre que prepare una luz, y entretanto él se sale á la calle, pone una escala y entra por la ventana, no sin romper su puerta con un tremendo puñetazo. Abre la puerta del cuarto, por donde penetró la madre con la luz. Cualquiera puede suponer el espanto del soldado cogido en la madriguera de su torpe deleite, y ante un hombretón de las fuerzas y costumbres de San Vicente. Este le dice:

—Los hombres honrados han de cumplir las palabras que dan; habéis de desposaros con esta señora, ó dejaréis la vida.

El soldado, temiendo la cólera de Cristóbal, dijo:

—Señor San Vicente, yo lo quiero hacer de muy buena gana, porque basta quererlo vuestra merced.

Pero no bastó la promesa. El desfacedor de entuertos no se apartó de allí hasta que vino el párroco y celebró el desposorio. Concluída la ceremonia, San Cristóbal dijo: «Señor soldado, aquí me tenéis á vuestro servicio y para haceros placer; que no disgustéis á la madre ni á la hija, porque lo sentiré mucho». *Él se lo prometió, añade el historiador de Medina, y así lo hizo, porque vivieron muy bien casados.*»

Por este tenor llevó á cabo Cristóbal de San Vicente innumerables proezas.

Un soldado joven se quejó á él de agravio que le había inferido otro veterano. San Vicente se va con él á la hostería donde se holgaba el veterano con otros camaradas y algunos capitanes. Entran, y San Cristóbal grita:

—Venid acá, soldado agraviado: ¿cuál de los que están aquí es la persona que os agravió?

El soldado la señala, y San Cristóbal añade:

—Pues matadle, y que no se mueva nadie, que le pesará.

Dichó y hecho. *Loş capitanes que allí estaban no hablaron palabra, ni se movieron. Saliéronse del aposento sin que ninguno alzase los ojos. Sonó mucho esto por la ciudad de Nápoles, y todos querían á Cristóbal por amigo, por valerse de él en lo que se les ofreciese* (1).

Cuatro alemanes acometiéronle una vez en la calle. Empezaron por reirse de él, y Cristóbal les dijo:

—¿De qué es la risa, gentiles hombres?

—¿Eres tú el español valiente?—replicáronle mofándose.

—¿Quiérenlo saber?—preguntó él, y sin esperar respuesta, mató á dos, y á los otros desjarretó las piernas.

Un hermano de San Vicente, llamado Juan, agravió á una dama y le pusieron preso en el castillo de Pie de Cabra. Cristóbal reunió á los soldados de su compañía y otros amigos, asaltó el castillo y libertó á su hermano, que se volvió á Medina. *«El alcaide, sólo en ver que San Vicente era el que intentó este hecho, se acordó de tal modo, que no supo defender el castillo, ni hacer diligencia alguna* (2).

Felipe II quiso conocer á Cristóbal. Este fué á Palacio; como se prolongase mucho la antecámara, subiósele la cólera, y gritó:

(1) Ossorio.—*Historia de Medina*, de la que extractamos la vida de Cristóbal de San Vicente.

(2) Idem.

—¡Cuerpo de Dios, con tanto aguardar! Digan al Rey que ya volveré.

Y se salió de allí echando pestes; pero no sin que Su Majestad se enterase de todo, y dijera que no había en San Vicente la prudencia necesaria para ser capitán. Le volvió á mandar llamar, y le recompensó con 500 ducados anuales de ventaja y 1.000 para el viaje de vuelta á Nápoles.

Cuidaba este Cristóbal su fama de valiente hasta el extremo *que porque no le atribuyesen aquellos súptos y cóleras que tenía, que procedían de beber vino, se privó de él, y nunca lo bebió* (1).

No hemos intercalado aquí este breve resumen de las proezas de Cristóbal de San Vicente á humo de pajas, sino para que se adviertan los dos tan diferentes géneros de héroes que suelen brillar en todas las sociedades, y que con extraordinario fulgor brillaron en la española del siglo XVI. Cristóbal de San Vicente y Cristóbal de Mondragón son dos tipos, el uno de la fuerza individual, de la osadía y del valor indisciplinado y aventurero, y el otro de la verdadera fortaleza del ánimo regulada por la ley, y puesta al servicio de ésta y de grandes causas sociales. San Vicente pertenece á un género del que son variedades extremas el paladín y el chulo, y él una especie intermedia, ya muy degenerada, porque aparecen en ella muchos rasgos del *bravo*, tan admirablemente descrito por Manzoni en *I Promessi Sposi*, y que fué calamidad europea y en especial de Italia, durante todo el siglo XVII. Mondragón, por el contrario, es del género de los militares honrados, inteligentes y pundonorosos, tan comedidos en sus relaciones sociales, como resueltos y atrevidos cuando el deber lo exige. El progreso en las humanas sociedades, por lo que se refiere á las gentes de armas, consiste en la desaparición ó anulación del tipo San Vicente, y en la correlativa honra y empinamiento del tipo Mondragón. Las instituciones militares de un pueblo sólo serán perfectas, cuando sus hombres sean Mondragones, y no tengan nada de San Vicentes. Y un pueblo sólo merecerá el título de civilizado cuando los hombres como San Vicente, careciendo en absoluto de atmósfera social para desarrollar su sér, ó tengan que reportarse, ó que pasar en la cárcel la mayor parte de su vida.

(1) Ossorio.—*Historia de Medina*, de la que extractamos la vida de Cristóbal de San Vicente.

Y sin embargo, la sociedad española del siglo XVI, y algo también la actual, suele regatear á los hombres como Mondragón el aprecio que dispensa á los hombres como San Vicente. Para los medinenses, el regreso de Cristóbal de San Vicente que tuvo lugar á últimos de 1568, es decir, poco más de un año antes que el de nuestro héroe, fué un gran acontecimiento. *«Luego que se supo en la villa — dice el historiador de Medina del Campo— desde el Corregidor, que era D. Diego de Santillán, y todos los caballeros más principales del pueblo le fueron á visitar; mayormente D. Juan de Bobadilla, que fué la primera persona por quien San Vicente preguntó; estuvo holgándose en esta villa cosa de un mes, pues todos los caballeros le rogaban y convidaban, y cuando no comía con alguno, comía siempre con D. Juan de Bobadilla. Venía vestido de negro y rapada barba y cabeza; con una gorra de Milán. Hacía corro con los caballeros en la plaza, y otros, preguntándole cosas de guerra y sucesos de su tiempo »*

El mismo historiador nada supo por tradición local de la ida á Medina del coronel Mondragón; prueba terminante de que la tradición local no había registrado en sus archivos aquel suceso. Para el pueblo, para la masa social, el regreso del verdadero héroe fué un incidente sin importancia.

IX

MONDRAGÓN EN MEDINA DEL CAMPO.—UN SAMBENITO TARDÍO.—CÓMO SE TRANSFORMÓ LA HISTORIA DE ZALAMEA.—LO QUE SUFRIÓ MONDRAGÓN EN SU PUEBLO NATAL.

Y Mondragón hubiese seguramente agradecido que su presencia en Medina no hubiera sido más que inadvertida. Pero los documentos que nos sirven de guía, obligan á creer que esta su estancia en la villa natal fué de las etapas más dolorosas de su vida. Su madre y sus hermanos, á excepción de Magdalena, habían muerto ya. Pero no era esto lo más triste. Poco antes de llegar el coronel Mondragón, se habían presentado allí los alguaciles de la Inquisición de Valladolid con el encargo de poner en la Iglesia Colegiata el sambenito de Ruy Gómez de Zalamea, quemado por judaizante en las postrimerías del siglo precedente. Cabe censurar y defender á la Inquisición española por diferentes conceptos y desde distintos puntos de vista; lo que ni adversarios, ni panegiristas pueden poner en duda es la precipitación de sus procedimientos; la parsimonia era la regla de sus pasos judiciales.

Habían transcurrido muchos años desde que el escribano Ruy Gómez pereciese achicharrado en castigo de su apostasía. La generación que presencié el pecado y el suplicio, no existía ya. De Zalamea sólo quedaba una vaga memoria, mortificante para la honrada descendencia de Ruy Gómez de Mercado; pero la mortificación se iba sin duda debilitando con la memoria. Y he aquí que de pronto surgen los alguaciles, y fijan en San Antolín el cuadrito que al apóstata no podía ya causar daño alguno; pero que se lo había de inferir muy grande á su cristiana parentela.

El revuelo de maldicientes y murmuradores fué, como es lógico, extraordinario. Tuvo comidilla para muchos días la crónica local. Doña Ana Fernández, que contaba sesenta y cinco años al finalizar el siglo XVI, oyó decir entonces á mucha gente: *¡Mirá la familia de los Mondragones, que les han traído un sambenito!* Doña Ana, que no sabía en qué grado era el parentesco con el

sambenitado, recordó, excitada su memoria por la popular maledicencia, que cuando murió doña Beatriz de Biamonte, la mujer de Juan de Mondragón, sus parientes no quisieron enterrarla en el panteón familiar de su marido, por haber sido propiedad de Zalamea. Otro testigo de la información de 1591 había oído decir en el mismo tiempo y ocasión que doña Ana: *Los Mondragones han perdido la honra*. El Tesorero de San Antolín, añadió: *«es en este barrio muy público, y en todo Medina, que cuando pusieron los sambenitos que fué hace años, se trató de las personas que descendían deste Zalamea, y se decía que el coronel Mondragón y la Margarita de Mondragón.*

Los Mondragones no parece que se supieron defender en este trance con la inteligencia y serenidad que les hubiera convenido. Bien es verdad que el golpe debió de aturdirles. En vez de arrosstrar la situación con calma y valor, acudieron á recursos tan inocentes é inadecuados como influir con el Abad de San Antolín para que mudase con frecuencia el sambenito, y concluyese por colocarlo en sitio donde nadie lo pudiese leer. *Por su influencia—depuso uno de los testigos—andaban mudando siempre el sambenito de Zalamea, y últimamente lo pusieron encima de la puerta principal, donde nadie lo podía leer* (1).

Pero aún fué para ellos más perjudicial otro recurso defensivo. Por quitarse del todo la mancha, negaron audazmente que tuvieran parentesco alguno con Zalamea, y para eso rompieron ú ocultaron algunos importantes papeles de familia, en que constaba de un modo indubitado el grado tan próximo del vínculo; así los Santiaguistas instructores del primer expediente, no pudieron hallar el testamento de Diego de Mercado, abuelo materno del Coronel, *diciendo los Mondragones que se había prendido fuego cuando lo de las Comunidades; cosa muy extraña habiendo el testamento de Ruy Martínez de Mercado más antiguo.*

Conviene advertir que esta versión había de prevalecer al cabo oficialmente. Á mediados del siglo XVII, cuando al fin consiguió cruzarse D. Juan de la Barrera y Mondragón, no faltaron testigos que sacasen á relucir de nuevo á Zalamea; pero los instructores de entonces, ó deliberadamente por complacer al aspirante, ó por no haber consultado los dos primeros expedientes, admitieron de buen grado que Ruy Gómez de Zalamea fué un judío portugués, que-

(1) Sebastián de Caraballo.

mado en Medina, y que su hija Mencía se había marchado de la villa en cuanto ajusticiaron á su padre, no sabiéndose más de ella, sino que no había dejado descendientes. Esta falsa y absurda *verdad oficial* del siglo XVII, no podía sostenerse, sin embargo, á mediados, ni á fines del XVI, en que aún vivían ancianos que conocieron á los hijos, nietos y biznietos del relapso, y lo que era más grave, que les habían visto tratarse como parientes próximos, mejor dicho, como hermanos, con los hijos de Martín de Mondragón. Á lo que únicamente podía contribuir entonces, es á que aumentaran las confusiones y las sombras, y á dar más cómodos asideros á la maledicencia.

Y, en efecto, así sucedió. Algunos, para vengar agravios reales ó supuestos, inferidos por los Mondragones, como el testigo Sebastián de Caraballo, que tenía el resquemor de que un hermano suyo llamado Alonso, siendo niño el año de 64, había sido muerto en una pedrea con otros muchachos, entre los que se hallaba el después capitán Alonso de Mondragón (1); y Antonio de Mercado, que tuvo en Milán un desafío con un hermano de este Alonso (2); y otros, como el anciano Andrés Gutiérrez, por confusión de recuerdos, no de los hechos mismos, sino de las referencias del vulgo, echaron á volar la especie de que Mencía, la madre del coronel, había sido hija de Ruy Gómez de Zalamea, y este rumor cobró tal crédito en Medina, que llegó á ser para el vulgo cosa ciertísima y comprobada.

Era, empero, sencillamente absurdo. Si el aturdimiento de los Mondragones había hecho desaparecer ú ocultado el testamento de Pedro de Mercado, quedaban papeles de familia más que suficientes, para desvanecer la calumniosa especie; tales eran, por ejemplo, el testamento de la misma madre del Coronel y una escritura de venta, por la que Gómez Ruy y su hermano, los desgraciados hijos de Zalamea, vendieron á Martín de Mondragón y á su mujer Mencía, la propiedad de unas casas junto á San Antolín. Quedaba una prueba testifical abundantísima, constituida por testimonio de varones intachables, personas graves y de suposición, y conocedoras de muy antiguo de la familia vilipendiada. En cambio, los testigos adversos, además de tachables por su animadversión, demos-

(1) Declaración de Caraballo.

(2) Exposición en queja á S. M. del capitán Alonso existente en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional.

traron que no estaban enterados absolutamente de lo que afirmaban. Ya hemos dicho que uno de ellos hacía morisco á Zalamea.

Todas estas miserias, consignadas en los expedientes, son hoy de indudable utilidad para la ciencia histórica; si no hubieran existido, no poseeríamos, probablemente, los documentos que nos permiten biografiar á Mondragón; pero ¡qué dolorosas debieron ser para el héroe, víctima inocente de tan injustificados rencores!

Cuando fué á Medina, con ocasión del viaje regio de doña Ana de Austria, estaban allí en su punto agudo las murmuraciones provocadas por el sambenito. Y para mayor desgracia suya, uno de los objetos especiales que le llevaban, era el reunir papeles y antecedentes de familia para solicitar la concesión del hábito de Santiago, ó para obtenerlo por habérselo ya concedido el Rey en premio de sus eminentes y ya tan dilatados servicios militares; gracia que para los hidalgos guerreros de aquella edad constituía la meta de las aspiraciones de la vida (1).

Con tal intento, forzoso fué al Coronel entrar con sus paisanos en conversación de linaje y nobleza, y no pudo, por tanto, evitarse las desvergüenzas de rigor en aquellas circunstancias. El testigo Sebastián de Caraballo, lo refiere: *«el coronel Cristóbal (dijo) vino á Medina el año 70 á hacer probanza para que le diesen un hábito por sus servicios. Pero personas graves le desengañaron, diciéndole que por parte de padre estaba muy bien; pero que por parte de madre tenía lo de Zalamea. Y él dió las gracias de que le hubieran desengañado, y se volvió á Flandes.*

Reflejan estas lacónicas palabras un no sé qué de grandeza moral en el Coronel; la expresión de un carácter que no desmintió, sino que confirmó Mondragón en otros actos, aún más solemnes de su carrera. No volvió jamás á insistir en la pretensión del hábito, y aun es posible que no volviese nunca por Medina. El respeto debido á sus antepasados y á los infortunados parientes, sus primos, con quienes había jugado de niño; la noble altivez del verdadero hidalgo y del guerrero, junto con la modestia del militar subordinado que brilló en él siempre, excepto cuando en el campo

(1) En ocasiones, pero raras, concedía el Rey el hábito relevando de la información. Así cuenta Baltasar Parreño que hizo Felipe II con otro militar insigne, Julián Romero. *«Hacia mercedes (dice) á la sangre vertida, antes que á la heredada, y á esta causa por haber derramado tanta Julián Romero. Maese de Campo, natural de Cuenca, le dió el hábito de Santiago, sin información de sus cualidades, aunque las tenía».* (Dichos y Hechos de don Felipe II.)

de batalla fué menester desplegar la iniciativa salvadora del jefe, todo esto se juntó en aquella exquisita delicadeza con que ahogando la cruel amargura de su corazón, dió las gracias á *los graves majaderos* de Medina, escarnecedores de su gloria, y volviendo desdefiosamente las espaldas á las ruines mezquindades de campañario, síntomas ciertos de la decadencia de la raza, tornóse á Flandes. Pero no es aventurado suponer, conociendo lo que es la naturaleza humana, que en estos malhadados incidentes sufriera lo indecible. ¡Su pueblo natal, que para el chulo bravucón Cristóbal de San Vicente tenía las palmas y vítores de una admiración estupenda, para el militar de positivo y grandísimo mérito sólo tenía los alfilerazos de los chismes locales y las estocadas envenenadas de la maledicencia! Todo se paga en la historia, y la España del siglo XVI había de sufrir el castigo de no dejar á sus sucesoras muchos hombres del tipo de Mondragón, é innumerables, en cambio, del tipo de San Vicente.

NUEVA INSURRECCIÓN FLAMENCA.—MONDRAGÓN EN AMBERES.—LOS ZELANDESES.—LUCHAS HEROICAS.—LA SEGUNDA MUJER DE MONDRAGÓN.—CARÁCTER DE ÉSTE.

En la primavera de 1570 estaba ya Mondragón de regreso en Flandes, ó al frente de su regimiento en Deventer, ó, una vez disuelto aquel cuerpo, en su gobierno de Damvillers. Esto último es lo probable; porque al estallar la segunda y definitiva rebelión de Holanda, entre las medidas tomadas por el Duque de Alba para reprimirla, se cuenta la de haber mandado á *Cristóbal de Mondragón, gobernador de Damvillers, que levantase otra coronelia de diez banderas* (1).

Antes de este tiempo, el Duque de Alba, probablemente á instancia suya, había tratado de darle otro gobierno de más importancia. Así consta de una carta de Felipe II al gran Duque, fecha 4 de Julio de 1571: «*apruebo—decía el Rey—que á Cristóbal de Mondragón, caballero, gobernador y capitán de Dampvillers, se dé el gobierno de Mariembourg; para el de Dampvillers, que dejará libre, veréis si hay un español que sea propio, y si no lo hay, un soldado del país* (2). Pero el traslado no llegó á efectuarse, toda vez que Mondragón no salió del Luxemburgo, hasta que se hubo de nuevo levantado, para no extinguirse jamás, el incendio de la rebelión.

El 2 de Abril de 1572, día glorioso para Holanda, funesto para España, y para el mundo entero memorable, *los mendigos del mar* apoderáronse de La Brielle. La Musa popular flamenca sigue todavía celebrando en festivo tono el trascendental acontecimiento:

Den cersten duch von april,
verloos duc d'Alba synen bril (3).

(1) Mendoza.

(2) Gachard: *Correspondance de Philippe II*, tomo I.

(3) Literalmente dicen estos versos: *el 1.º de Abril el Duque de Alba perdió sus anteojos. La gracia está en el juego del vocablo Brielle ó Bril, que significa la ciudad de que se apoderaron los rebeldes, y anteojos. (Véase Van Kasselt: Histoire de Bel i ne et Hollande.)*

La toma de la Brielle fué la señal de la insurrección general. Todo el condado de Holanda, excepto Amsterdam, entonces mucho menos importante que lo había de ser muy pronto, alzóse casi á la vez. Los zelandeses tomaron las armas en masa contra la Religión y el Rey. El Conde de Berg entró con un ejército de protestantes en el Over-Isel, y el Príncipe de Orange con otro en Gueldres, apoderándose de muchos lugares, mientras que Luis de Nassau, obrando de concierto con Genlis y los hugonotes franceses, ganaba por sorpresa la ciudad de Mons. En menos de tres meses perdió España más de setenta ciudades, y á nadie parecía posible que pudiese conservar las restantes.

Para dominar tan formidable alzamiento hubiera sido menester un ejército, doble, por lo menos, del que acaudillaba el Duque de Alba, y una escuadra poderosa que batiese á la naciente marina de guerra de las Provincias rebeldes. Con estos elementos habría sido fácil atacar á la vez á Mons, donde se habían atrincherado Luis de Nassau y los hugonotes franceses, y á la Holanda propiamente dicha, aunque no tenía para su defensa más que milicianos, muy ardorosos, sí, y muy decididos á sacudir el que consideraban ellos insoportable yugo del Papa y del Rey de España; pero milicianos al fin y al cabo, impotentes para resistir en campo raso á los españoles, valones, alemanes é italianos, todos soldados de oficio, y la mayor parte veteranos, que formaban en las filas del ejército católico. La escuadra, entretanto, habría limpiado de rebeldes costas y canales, y contenido á Zelanda.

Pero no había escuadra, ni la hueste del Duque de Alba daba de sí para emprender simultáneamente dos grandes empresas militares: ó reconquistar á Mons ó reconquistar á Holanda; no era posible intentar ambas cosas á un tiempo. Imponíase la acción sucesiva, y el Duque, como tan consumado estratégico, decidió desde luego acudir á Mons, que era lo más urgente; porque la pérdida de Mons significaba la de la frontera y comunicaciones de los Estados Bajos con el reino de Francia. Fué, por tanto, sobre Mons la flor del ejército, y mientras que se tomaba la plaza, quedamos reducidos en la comarca septentrional á una guerra defensiva, sostenida por guarniciones y cortos destacamentos.

Amberes era la principal ciudad de Flandes. Su población ascendía, según Griffet, á 200.000 habitantes, cifra babilónica para el siglo XVI; su comercio, al decir de Marino Cavallo, sólo podía compararse al de Venecia. El Duque de Alba, para dominar y guardar

á tan populosa y opulenta metrópoli, había hecho construir aquella formidable ciudadela que ha durado hasta nuestros días, y que fué reputada desde su principio por la primera y mayor fortaleza de todo el mundo (1). A Sancho Dávila, el lugarteniente predilecto del gran Duque, había sido encomendada la castellanía de esta ciudadela, tenida por el mayor de los prodigios de la ingeniería militar que se había conocido hasta entonces. Con Sancho Dávila había en Amberes una guarnición de españoles.

La insurrección simultánea de Holanda y Zelanda dejó á la ciudad de Amberes en la más peligrosa de las situaciones; casi bloqueada por los rebeldes. Por eso mandó el Duque á Mondragón y su coronela de valones, á reforzar aquel importantísimo presidio. Entre los de Dávila y los de Mondragón contábanse unos 4.000 soldados, y con esta fuerza tenían ambos jefes que guarnecer la ciudadela, sujetar á una población numerosísima, en que abundaban los descontentos, y oponerse por un lado á la insurrección que bajaba del Norte, y por el otro á la que avanzaba por el Oeste, arrancando de las islas de Zelanda; dueña y soberana, desde que se inició, de medios marítimos formidables con que dominaba la desembocadura del Escalda, y amenazaba de continuo á la gran ciudad flamenca.

Entre los rebeldes de los Países Bajos, no los había tan fanáticos por la religión protestante, tan unánimes en la causa que habían abrazado, tan decididos y valerosos, y tan tenaces en la lucha, como los zelandeses. Este misterioso Archipiélago, oculto al viajero que recorre los ríos, estrechos y canales, que en mil vueltas y revueltas separan unas de otras sus islas, detrás de los altos diques amparadores de sus húmedas campiñas (2); formado de mal constituidos pedazos de continente que, ya surgen de las embravecidas olas, ya se sumergen con ciudades y campos (3), justificando

(1) «El castillo de Anvers es la mejor ciudadela y la más acabada que no sólo tiene el Rey en sus estados, sino que hay en el mundo entero.» (Requesens á Felipe II, 13 Febrero 1574.)

(2) Los diques en Zelanda son cuestión de vida ó muerte; durante la marea alta toda la región está más baja que el mar. Quien quiera formarse idea de lo que es el país, lea Amicis, *Holanda*. . . «Aquellas islas—díces—no se veían, se adivinaban. A derecha é izquierda del río, no se veía más que la línea recta de los diques, como una faja verde á flor de agua; y aquí y allá, detrás de esta faja, copas de árboles, veletas de campanarios y chimeneas encarnadas que parecían asomar la cabeza para vernos pasar.»

(3) Hace tres siglos se sumergió la isla de Schouwen con sus habitantes y ganados. Poco después, la de Noord-Bebeland, quedando fuera del agua las puntas de los campanarios. En el año 1825, se sumergió Tholeu. En 1808, llegó el agua á los tejados de Middelburg, etc.

en esta perenne lucha del hombre con el Océano el arrogante mote de su escudo: *luctor et emergo* (1), era el foco inextinguible y voraz de la herejía y de la guerra contra España. El Príncipe de Orange, señor de muchos pueblos en aquellas islas, disfrutaba en todas ellas, antes de la insurrección, de gran popularidad; pero esta circunstancia no explica por sí sola el ardor y fiereza con que tomaron los zelandeses la causa de la rebeldía.

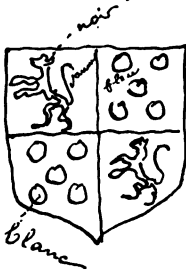
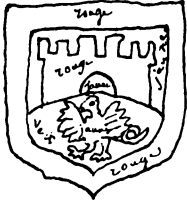
Son los habitantes de Zelanda hombres sencillos, laboriosísimos, con más sentido práctico que imaginación, flemáticos, serios, sombríos como el cielo color de ceniza que cubre sus islas, y como el mar, jamás azul, que no las baña, sino que las bate y azota de continuo. Este imponente y tristísimo espectáculo del cielo y del mar siempre obscuros, de llanuras encharcadas y de horizontes velados por la neblina, ha entenebrecido el espíritu de aquellas gentes robustas, trabajadoras y valerosas, hasta un extremo inconcebible; los zelandeses son los más supersticiosos de todos los europeos; allí todavía, en nuestro tiempo, las campesinas inmolan un gallo al demonio echando vivo al pobre animal en una caldera sin agua, puesta á un fuego violento; allí se cree aún que vienen los espíritus á golpear en las ventanas anunciando la muerte de alguno de la casa; allí se curan las heridas con *polvos de la Sagrada Pasión*, se tiene por hechiceros á los gatos negros, y á los botones de plata por talismanes contra la hechicería.

La mitad de las supersticiones zelandesas bastaría á cualquiera de los librepensadores que ahora privan, para describir la psicología de una muchedumbre sierva, como dicen ellos, de la Iglesia de Roma; y tales gentes, sin embargo, fueron las más ardientes protestantes del siglo XVI. Pues, por otro aspecto, aquellos implacables rebeldes constituían y aún constituyen una de las sociedades europeas más influidas por las preocupaciones nobiliarias; existe todavía en Flessinga el *Café de la Bolsa*, donde de once y media á dos está prohibido entrar á todo el que no sea noble. Si esto es ahora, ¿qué sería hace trescientos cincuenta años?

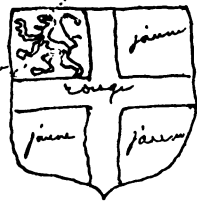
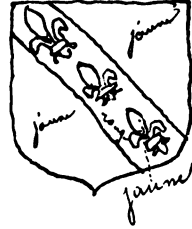
Este pueblo agricultor y marinero, industrioso y mercantil, sin nada de arte y sin nada de alegría, supersticioso y sometido, cual ninguno, á la ley de las jerarquías sociales, parece como que halló en el rígido y sombrío calvinismo la fórmula religiosa más adecuada á la perenne tristeza de su alma; y en la lucha sangrienta y te-

(1) El escudo de Zelanda es un león nadando, con la inscripción citada.

Mondragon



Chastelet



Escudos de armas de Cristóbal de Mondragón y de su mujer Guillemette de Chastelet, según un cuadro existente en la Biblioteca de la Universidad de Gante.

(Remitidos por Mr. Paul Frederig, catedrático de Historia).

naz una como tregua ó respiro al archisecular aburrimiento de su existencia. Protesta semejó aquélla de gentes desesperadas contra las más felices que habitan países bañados de sol, y circundados de mares ordinariamente azules y serenos. El genio del septentrión refugiado en unos islotes brumosos, se revolvió con furia, en un acceso de ardentísima fiebre, contra la civilización y raza latinas.

Es lo cierto, que en ninguna región de los Países Bajos el alzamiento fué tan rápido, tan general y tan vehemente como en Zelanda. Ciudades y campos subleváronse á la vez, y los innumerables buques de alto y bajo bordo fondeados en los puertos, tremolaron como á una señal el estandarte orangista. En Flessinga estaba construyéndose una ciudadela por orden del Duque de Alba; los burgueses dispersaron á los operarios, y al ingeniero lo ahorcaron; todavía se enseña, como preciosa reliquia histórica, la piedra que fué patíbulo del infeliz ingeniero. Con las piedras reunidas para la obra, edificaron un palacio para el Príncipe de Orange; también subsiste aún este edificio, aunque convertido en *Café de los Marinos*.

El ímpetu de la insurrección zelandesa fué tal, que las guarniciones realistas, casi todas españolas, sólo pudieron sostenerse en Middebourg y Goes, y eso estrechamente sitiadas por tierra y por mar.

Estas guarniciones, aisladas y apretadas constantemente por el enemigo, cada vez más pujante, pedían socorro á Sancho Dávila y Mondragón, establecidos en Amberes. ¿Adónde, si no, habían de pedirlo? Pero, ¿cómo podían prestárselo nuestros caudillos con los elementos de que disponían?

Para ir á socorrerlas, era menester barcos. Y barcos había, si, muchísimos, ancorados delante de Amberes. Pero, ¿y los marineros que los tripularan? Casi todos los del oficio estaban con los rebeldes. Sancho Dávila y Mondragón no se desanimaron por tan poca cosa; con inaudita diligencia reclutaron algunos marineros, y cubriendo las faltas con soldados de infantería, armaron una flota. Esta escuadra salió dos veces de Amberes, protegida en su navegación por el Escalda, por destacamentos de tropa que marchaban paralelamente por ambas riberas, desalojando á los enemigos de los diques en que se hacían fuertes, y adelantándose siempre á los buques para batir á los contrarios desde las riberas. ¡Lucha extraña de que habrá muy pocos ejemplos en la historia! Un libro, y muy largo,

sería menester para contar siquiera sus principales peripecias.

Basté decir que Mondragón era el que solía llevar en tan singular campaña la parte más ruda; porque Dávila, como jefe superior, quedaba de ordinario en Amberes, ó iba en la retaguardía, ó embarcado en los navíos, para poder dirigir el conjunto de aquellas complicadísimas operaciones, á la vez marítimas y terrestres. Á Mondragón tocaba el acaudillar las columnas de ataque; tomar á viva fuerza, frecuentemente al arma blanca, los diques; marchar por aquellas calzadas, hechas un lodazal, en que se enterraban los cañones, los caballos y los hombres, bajo el fuego que venía del río y de la tierra, dirigiendo, enardeciendo y animando á los soldados con el espectáculo de su ancianidad vigorosa é imperturbable; el primero siempre á sufrir aquellos inauditos trabajos, y á desafiar aquellos terribles peligros.

Que sus servicios eran apreciados como merecían, y que su reputación crecía constantemente, demuéstrole la correspondencia del Duque de Alba con el Rey. El 13 de Julio de 1572, escribía el Duque proponiendo al Monarca para la castellanía de Utrecht, *á una persona muy capaz y á quien S. M. tiene grandes obligaciones: tal es el coronel Mondragón.* Y al margen de la carta, puso Felipe II, siguiendo su costumbre, esta expresiva y para nuestro medinés muy honorífica nota: *Puédesele escribir que nombre á Mondragón, aunque cierto mejor estaría en frontera que tan adentro* (1). ¡Qué concepto tendría el Rey del Coronel, cuando ni para recompensarle, quería que lo sacasen de los puestos de más compromiso!

En la misma carta del 13 de Julio, añadía el Duque de Alba los siguientes detalles, que hoy son preciosos para la biografía de Mondragón: *Confiriéndole este cargo* (la castellanía de Utrecht) *y gratificándole con una renta para una hija que tiene en los Países Bajos, de su primera mujer, estará en disposición de dejar trescientos escudos de pensión que recibió en España sobre las lanas. Yo, á pesar de haberme pedido Mondragón dejar á Dampvillers, no he podido conseguir dél que renuncie á lo de las lanas* (2).

Tenemos, pues, que en 1572, estaba ya Mondragón casado en segundas nupcias, y conservando de su primera mujer una hija.

(1) Gachard, *Correspondance de Philippe II*, tomo I.

(2) Idem.

¿Era esta hija la Margarita de Mondragón, mujer de Alonso, y única superviviente del insigne caudillo? No lo sabemos. Es chocante que en tantos documentos acumulados por los descendientes de Cristóbal para obtener el hábito de Santiago, no haya ninguno, ni aun referencias de los interesados, que citen el nombre de la madre de Margarita. Esta es llamada siempre á secas *hija del coronel Mondragón*, dando que sospechar, si se tratará de una bastarda; porque en el estilo de aquel tiempo, así solían ser designados los hijos naturales. D. Juan de Austria, v. gr., es llamado siempre *el hijo de Carlos V ó del César*, y el Prior D. Hernando de Toledo, *el hijo del Duque de Alba*. *Á los bastardos de los grandes señores* (escribía D. Juan de Zúñiga) *conviene obscurecer el nombre de sus madres* (1).

La segunda mujer de Mondragón fué aquella dama de Lorena, de que habla la *Relación de españoles en Flandes*, señora muy principal, y famosa en las historias belgas por lo que más adelante se dirá. De Guillemette de Chastelet se conserva el escudo de armas, orlado nada menos que con flores de lis, en la biblioteca de la Universidad de Gante, copia del que estuvo durante siglos en la iglesia de Santiago de la misma ciudad (2). Es probable que los títulos de *señor de Remercicourt* y otros, con que figuró Mondragón en la capitulación de Zierikzée, viniéranle por esta señora. Los caudillos españoles en Flandes solían hacer bodas brillantes; Verdugo se casó con una hija del Conde Pedro Ernesto de Maresfeld, y aun los soldados encontraban buenos acomodos en aquel país; no todos los flamencos eran como aquel feroz orangista Mores de Prat, que marcó á su hija Arcila con un hierro candente en el rostro, y la vendió como esclava, por haber amado al gallardo español don Alonso de Vera (3).

La carta del Duque de Alba descubre además rasgos interesantes del carácter de Mondragón. No es de notar la firmeza con que defendía sus legítimos derechos y ganancias; pero sí el empeño mostrado en conservar lo poseído en España, en su querida é ingrata Medina, y sobre todo, que lo sostuviera contra persona tan

(1) *Nueva Colec. de Doc. Ined. para la Hist. de España*, tomo I.

(2) M. Paulo Frederig, catedrático de la Universidad de Gante, ha tenido la bondad de remitirnos un facsímil, dibujado por él mismo, de la acuarela con los escudos de Mondragón y de su mujer Guillemette, existentes en la biblioteca de la Universidad, y otras preciosas indicaciones de los recuerdos mondragonenses en Gante.

(3) Lope de Vega, comedia *Don Juan de Austria en Flandes*.

superior á él, y á la que tanto debía, como el Duque de Alba; aquí se ve de cuerpo entero al Mondragón de *condición seco y extremadamente libre* de que habló D. Carlos Coloma, es decir, á uno de esos hombres de poderosa individualidad, que ponen su fuerza en obras y méritos, y no en la complacencia cortesana. Y también alcanza esta luz al carácter del Duque de Alba, mostrándolo como un superior, apreciador justo de sus subordinados, en los que respeta escrupulosamente los derechos adquiridos, discute con ellos, y aunque no se presten á sus exigencias, no deja por eso de reconocer y proclamar su valía. Es muy hermosa esa frase del Duque: *persona á quien S. M. tiene grandes obligaciones*. Y eso que no había llegado aún Mondragón á la cumbre de sus méritos, á que había de arribar muy pronto.

Volvamos á contemplarle en aquellas riberas del Escalda, teatro de homérica lucha, y que iban á serlo ahora de su inmarcesible gloria.

XI

EL PASO DEL VADO

Guillermo de Orange, que, si como militar no pudo competir con muchos de los que lucharon con él y contra él, como político fué quizás el más astuto de su siglo, comprendió que la Zelanda era la base natural ó baluarte inexpugnable de la rebelión que tan sagazmente acaudillaba, y puso desde luego la mano en la empresa de librarla definitivamente del dominio español, aprovechando las circunstancias de hallarse lejos de allí el Duque de Alba con el grueso del ejército, ocupado en el sitio de Mons, de la cortedad é insuficiencia de nuestros medios marítimos y de la insurrección general de los paisanos zelandeses.

A este fin reunió una flota de más de cincuenta navíos, la mayoría de *los mendigos del mar* que llevaban tantos años haciendo la guerra pirática, y un ejército de 7.000 hombres, cual él solía reclutarlos, esto es, de protestantes franceses, ingleses y alemanes que, ó tomaban esto de guerrear en los Países Bajos contra *los papistas* á modo de cruzada, ó que movidos por más bajos impulsos, iban sencillamente á ganarse su soldada; en esta ocasión el grueso de la hueste de Orange se componía de hugonotes, fugitivos de la Saint-Bertholemy.

Juntos ejército y escuadra en Flessinga, se tomó el acuerdo de acometer á Goes, en la isla de Zuid-Baveland, poniéndola un sitio en regla; en Goes se sostenían, á fuerza de improbables trabajos y de valor heroico, una compañía española y algunos valones, mandados todos por el capitán Isidro Pacheco.

La flota orangista fué á situarse cerrando la desembocadura del Escalda, ó sea, sus dos bocas ó brazos; y el ejército, auxiliado por multitud de paisanos, cercó á Goes, levantando trincheras y poniendo cañones en torno de la plaza.

Pacheco pidió con urgencia socorro á Dávila. Pero, ¿cómo ir á prestárselo? Se movió la escuadra con tanto esfuerzo equipada en

Amberes; pero sólo para experimentar fracaso sobre fracaso. En aquellos estrechos canales empezó para el pabellón español, en su lucha con las gentes del Norte, esa serie de derrotas navales, que no había de concluir sino por nuestro aniquilamiento en Trafalgar, para no citar desventuras más recientes.

Recurrióse á ingeniosas estrategias. Habiéndose observado que en uno de los canales guardaban el bloqueo cinco urcas grandes, que podían ser batidas á cañonazos desde uno de los diques de la ribera, organizóse una expedición nocturna contra este dique, con la esperanza de coger por sorpresa las urcas, é imposibilitarlas de oponerse al paso de una flotilla de socorro que se preparó al efecto. Pero hubo de frustrarse la operación por la lluvia torrencial que cayó aquella noche, y obligó á la columna de ataque á volverse á la ciudad, no sin dejar un cañón enterrado en el lodo del camino.

Sancho Dávila y Mondragón estaban ya descorazonados, no viendo la manera de socorrer á Goes, cuando unos paisanos, según Mendoza, ó el capitán flamenco Plumart (1), según Bentivoglio, vinieron á decirles que entre la isla de Zuid-Baveland y el continente, antiguamente unidos, había un paraje que en las más bajas mareas podía servir de vado. Pero era vado de tal naturaleza, que sólo utilizaban, y eso con mucho peligro, los atrevidos pescadores de aquellas costas; porque tenía de anchura tres leguas y media, cruzábanlo tres corrientes impetuosas, y había que atravesarlo con la celeridad impuesta por el flujo y reflujo, pues habiendo en la bajamar sitios en que llegaba el agua cerca del cuello de un hombre de regular estatura, á poco que subía la marea cubría enteramente á los mejores mozos.

Intentar que por este vado pasase un ejército, y de noche para burlar la vigilancia de los numerosos bajeles enemigos que andaban de ronda por aquellas encrucijadas de la tierra y del Océano, era ciertamente idea que tocaba en lo descabellado, y más que de hombres prácticos, propia de un autor de libros de caballerías ó de cualquiera otra clase de cuentos fantásticos. Pero Avila y Mondragón, resueltos á socorrer á Goes, y con absoluta confianza en sí propios y en la gente que mandaban, no sólo la concibieron, sino que la pusieron inmediatamente por obra.

Aprestáronse para la empresa tres mil infantes, españoles, va-

(1) Mendoza también hace intervenir á un capitán que llama Blommart, aunque con posterioridad al aviso de los paisanos, Cabrera de Córdoba dice capitán Blemmardt.

lones y alemanes, á los que se repartieron sendos saquitos de lienzo con pólvora y bizcocho. No se les dijo adónde eran conducidos, cosa, por otra parte, que á tales soldados preocupaba muy poco, y en la noche del 20 de Octubre de 1572—eternamente memorable en los fastos de las humanas proezas—halláronse formados en la playa, delante del brazo oriental del Escalda, junto á un molino llamado Ostendreche.

Era obscurísima la noche, y en la vasta negrura del mar sólo se veían vagas fosforescencias fantásticas, atronando los oídos el rugido estruendoso de las corrientes, y de las olas estrellándose contra los diques. Mondragón manda formar en columna de á cuatro, muy apretadas las filas y con la cabeza en el punto en que venían á morir las oleadas. Entonces saben los soldados lo que se pretende de ellos, y sin rechistar, como si se tratase de una marcha ordinaria, se descalzan, cuelgan del cuello los saquitos de lona y se colocan todas las armas al hombro, esperando la señal de emprender aquella extraña jornada, sin otro precedente en la historia que el paso de los israelitas por el mar Rojo, y ni aun éste, porque en el mar Rojo abrió Dios previamente las aguas, y aquí las aguas estaban cerradas como de ordinario.

El Cardenal Bentivoglio, que tomó la relación de tan prodigioso suceso de labios de uno de los que cruzaron el vado, Juan de Rivas, *hombre* (dice el Cardenal) *venerable, no menos por el aspecto que por los merecimientos*, gobernador de Cambray cuando Bentivoglio era Nuncio en Bruselas, y que recordaba este singular episodio como el culminante de su larga carrera militar, añade algunos detalles, v. gr., que Mondragón se descalzó antes de entrar en el agua, y que el capitán Plumart iba á su lado guiándole.

Sancho Dávila quedó en el molino con una reserva relativamente numerosa, esperando el resultado de la temeraria empresa. Cinco horas duró la travesía. Los de corta estatura tuvieron que hacer á nado muchos trozos. En algunos parajes tocaba el agua á las barbas de casi todos. Al cruzar las corrientes tenían que cogerse unos á otros, formando masa compacta para resistir el empuje. Pero tales fueron el orden y la fortuna, nunca como entonces favorecedora de los audaces, que sólo se ahogaron nueve soldados. Amanecía cuando la cabeza de la columna tomaba tierra en el dique de Zuid-Baveland (1).

(1) El desembarco fué por la aldea de Yerseke. (Guillaume, *Coment. á Mendoza*.)

Recompensó la Providencia valor tan extraordinario infundiendo el pánico en los enemigos. No habían llegado aún los tiempos en que los holandeses, aleccionados y dirigidos por Mauricio de Orange, se atrevían á refir batallas campales con nuestros infantes; en este período de las guerras de Flandes batíanse muy bien los rebeldes, pero siempre al abrigo de los muros de sus ciudades y fortalezas, ó por mar, en que desde luego adquirieron la indisputable superioridad que fué tan funesta para la causa española; en campo abierto, el prestigio del tercio estaba todavía immaculado.

Impuso este prestigio á los sitiadores de Goes, y aún más la sorpresa de ver la isla que juzgaban ellos inaccesible á los nuestros, con tantos soldados que caían allí como llovidos del cielo. Es el caso que desde que se percataron del suceso, ya sólo pensaron en levantar el campo, sin disputar á los hombres que no se arredaban ante el Océano, las trincheras que habían levantado. Tan precipitada fué la fuga y dispersión de los orangistas hacia el sitio en que tenían sus buques, que Isidro Pacheco, creyéndolo estratagemata, no quiso salir de Goes á picarles la retaguardia.

Desde el paraje por donde Mondragón entró en Zuid-Baveland hasta Goes había dos leguas, y de tierra muy llana como es toda la Zelanda. Pronto advirtieron, por tanto, los sitiados la presencia del socorro, y por prisa que se dieron los enemigos en el reembarque, hubo tiempo de acometer á setecientos rezagados; pocos quedaron con vida; dos capitanes hugonotes murieron en la playa, y otro cayó prisionero.

Así se remató esta proeza, y ninguna otra de las guerras de Flandes ha dejado recuerdo semejante al suyo en la memoria de las gentes. Han transcurrido los siglos; desapareció por completo el imperio español en el norte de Europa; otros imperios y otros guerreros triunfaron ó sucumbieron en las bocas del Escalda; pero no hay ribereño de aquellos mares, ni zelandés, ni holandés, ni belga que no sepa que en 1572 un jefe español, apellidado Mondragón, atravesó al frente de sus soldados, en obscura noche, tres leguas y media de Océano, con el agua más arriba del pecho; y en aquella tierra de audaces marinos y de costeros habituados á la lucha perenne con el mar, la audacia de Mondragón encuentra siempre admiradores entusiastas (1).

(1) *«Fué (la de Mondragón) de las más señaladas acciones militares que se leen en todas las historias antiguas y modernas».* (Bentivoglio).

XII

ATAQUE DE THOLEN.—DILIGENCIA DE MONDRAGÓN: SU INDOMABLE BRAVURA.—CAE HERIDO.—PLAN ADMIRABLE PARA RECUPERAR LA CABEZA DEL DIQUE, Y NO MENOS ADMIRABLE EJECUCIÓN.—ESPLÉNDIDA VICTORIA.

La insigne hazaña de Mondragón no tuvo más resultado práctico que la momentánea liberación de Goes, y aunque no resulta muy claro de historias y documentos si hubo que levantar entonces la guarnición y dejar á Goes y la isla entera de Zuid-Baveland en poder del enemigo, ó si quedó allí por algún tiempo más enhiesta la bandera española, la situación general de las cosas continuó siendo la misma, pues sin medios marítimos suficientes era imposible cambiarla. La escuadra de Orange, á cuya retaguardia se había realizado el prodigio del paso, siguió guardando las bocas del Eßcalda, y manteniendo el estrecho bloqueo de las plazas que aún conservábamos en Zelanda. Sancho Dávila y Mondragón siguieron también verificando maravillas, ya teniendo en jaque con los buques que habían armado á los del enemigo, ya pasando en barcazas, al menor descuido de los bloqueadores, de isla en isla, y llevando socorro á los fuertes y ciudades presidiadas por los nuestros; la lucha era incesante, tan cruel como pintoresca, fecunda en episodios é incidentes variadísimos. Había batallas navales en los canales grandes, combates de barco á barco en los estrechos, expediciones terrestres para conquistar este ó el otro dique, sorpresas nocturnas, escaramuzas, aventuras individuales más propias del romance ó de la novela caballeresca que de la historia.

Pasaban así las semanas, los meses y los años. Los soldados que acababan de tomar un dique, solían embarcar en seguida en navíos, y convertidos en marineros, daban combates navales; uno y otro elemento, la tierra y el agua, habían llegado á serles igualmente familiares, como á los antiguos legionarios romanos. Los marineros zelandeses, á su vez, desembarcaban de sus buques para batir-

se cuerpo á cuerpo con los nuestros en los diques; cuando no tenían arcabuces ni lanzas, hacíanlo con los grandes cuchillos que llevaban de ordinario al cinto envainados en cuero, arma terrible que habían heredado de sus abuelos los germanos (1). Y era regla constante ó invariable de este batallar sin tregua, que por tierra triunfaban siempre los nuestros, y en el agua siempre los orangistas. Según observó D. Bernardino Mendoza, en todo el primer período de las guerras de Flandes, *«haciéndose muchedumbre de facciones, sitios y asedios de villas, batallas así de mar como de tierra, no tuvieron en éstas ningún buen suceso los rebeldes fuera de la rota del Conde de Aremberghe, lo cual no fué en las de mar, porque no se ganó otra victoria de parte de S. M. que la del Conde de Bossu en el Flaerlemermer, habiendo acreditado bien los holandeses y zelandeses el ser grandes marineros y cuánta industria y destreza tienen en este ejercicio, en el cual nacen y se crían, teniendo por casas más seguras los navíos que las otras, por ver con las inundaciones y roturas de diques anegarse muchas veces las de tierra.»*

La experiencia de serles tan favorable el agua, y tan adversa la tierra firme para combatir, sugirió á los holandeses la idea de agrandar aquel elemento y disminuir éste, cosa que en cualquier otro país habría sido locura sólo pensarlo; pero que en Holanda es de posible, y aun relativamente fácil ejecución. No hay más que romper un dique para que se inunden vastas llanuras, y puedan navegar buques, y no pequeños, por donde la víspera pastaban ganados, y se dedicaban los campesinos á las faenas agrícolas. Así se produjo uno de los aspectos más singulares y característicos de las guerras de Flandes: las inundaciones intencionadas como medio estratégico, ya para llevar socorro á una plaza sitiada del interior, ya para aislar á otra plaza que se quería sitiar.

Conviene advertir que, á fines del siglo XVII, cuando la invasión de Luis XIV, los holandeses rompieron todos ó casi todos los diques del país entre el Escalda y el Mosa; entonces hubo verdaderamente una inundación general; no fueron así las que tanto se utilizaron en nuestras famosas guerras, sino parciales y endereza-

(1) Estos cuchillos, que fueron los *machetês* de las guerras de Flandes, ó mejor dicho, de la insurrección de Zelanda, son usados todavía por los paisanos zelandeses, y con ellos se baten en desafío, ya á toda la hoja, ya á la mitad ó á la tercera parte, según la gravedad de la ofensa ó la saña de los contendientes. Mr. Fluytens ha escrito una interesante monografía sobre estas terribles armas populares.

das al éxito de operaciones determinadas. En esta campaña de Zelanda empezó á usarse tan peregrino instrumento bélico.

La isla de Tholen está tan próxima al continente, que sólo la separa de tierra firme un estrecho canal, fácilmente dominable aun para las baterías del siglo XVI. Frente á la Isla corre la costa de Norte á Sur hasta la ciudad de Bergen-op-Zoom, que es la cabecera de la comarca, y en el tiempo á que nos referimos, residencia de una guarnición española; y á todo lo largo del canal, había dos series de puestos ó destacamentos que se daban las manos ó cruzaban los fuegos de sus piezas de artillería, comunicándose también con otra tercera línea, repartida en los lugares más estratégicos de la isla. Todos estos destacamentos eran de valores de la coronela de Mondragón.

Los enemigos concibieron el plan de lanzarse atrevidamente por sorpresa y con fuerzas considerables contra los fuertes del canal, dominar ambas costas, romper el dique que resguarda la playa continental, é inundar así la campiña de Bergen-op-Zoom. Los resultados que se proponían conseguir con esta empresa, eran importantísimos, pues por Tholen era por donde solían los nuestros socorrer á Middebourg, la cual sin aquel apoyo quedaba muy apartada de nuestra base de operaciones, y, privada de socorros, en inminente peligro de caer en seguida en poder de sus tenaces sitiadores.

El 1.º de Mayo de 1573, surgieron de improviso los enemigos en Tholen, sorprendiendo un puesto de treinta valones que, á las órdenes de un cabo de escuadra, presidiaban la aldea de Pontolie. Hiciéronse fuertes los nuestros en la iglesia del lugar, y allí perecieron todos abrasados con el edificio, y aterrado un destacamento próximo de cuarenta y cinco hombres, mandados por un sargento, capituló, sin que su debilidad valiera para salvar las vidas, toda vez que los orangistas tiraron al mar á los rendidos (1). Abierta brecha de este modo en la línea de nuestros destacamentos, llegaron los enemigos á una de las cabezas del dique de Bergen-op-Zoom (2): la defendida por el capitán Corriwila (3) con su compañía. Valerosamente se portaron los valones; pero eran tantos los

(1) Mendoza así lo refiere; pero el Duque de Alba, en carta á Felipe II (Gachard: *Correspondance*, t. II, pág. 354), dice que eran sesenta soldados, de los que treinta se rindieron, veintidós se pasaron al enemigo, y ocho fueron muertos.

(2) «*La Cabeza de Berg ó Berghes-Hoof* (dice Guillaume) es una parte avanzada de Bergen-op-Zoom del lado del mar, donde hoy está edificado un fuerte.»

(3) Su verdadero apellido, según los historiadores flamencos, era Cortevoyle,

acometedores, unos en buques, y otros desembarcados, rodeando el malecón y atacándolo por tierra, que el capitán, para evitar que lo copasen, se retiró con los suyos á unas salinas que por allí había, y desde este punto continuó hostilizando á los enemigos dueños de la cabeza del dique.

Voló á Amberes la nueva de tan desagradables sucesos. Sancho Dávila había salido días atrás con una expedición á la isla de Valcheren, por ruta distinta de la de Tholen, circunstancia tenida en cuenta por los rebeldes para su empresa; Mondragón estaba solo, y con fuerzas muy escasas; porque en aquellos días había ordenado el Duque de Alba que todos los soldados disponibles, entendiéndose por tales cuantos no fueran absolutamente precisos para cubrir las guarniciones, se corriesen desde la costa hacia el Mosá, á reforzar el grueso del ejército que, á las órdenes de D. Fadrique, había emprendido ya la reconquista de Holanda.

Pero en estos casos y momentos críticos, era cuando más brillantemente se revelaba el genio militar de Mondragón. Al punto despachó mensajeros á todas las ciudades y puestos guarnecidos por soldados de su coronelía, portadores de esta sola orden: que todo el mundo, tal, cómo y dónde se encontrara, se pusiera en camino inmediatamente hacia las salinas, á que se había retirado el capitán Corriwila. Uniendo á la orden el ejemplo, salió el Coronel de Amberes con veinte arcabuceros, única gente que pudo allegar. Ya los orangistas habían puesto mano á la obra de romper el dique, y para proteger á los centenares de trabajadores que abrían el boquete, parapetáronse con trincheras y cañones en la misma cabeza.

Llegado Mondragón con sus veinte arcabuceros á las Salinas, únicamente halló la compañía de Corriwila y media del capitán Giles (cien soldados, los demás se habían ido á Holanda); es decir, un puñado de hombres contra enemigos parapetados que se contaban por miles; pero eran las circunstancias de tal gravedad y urgencia, que no vaciló el heroico viejo en cometer una temeridad más en su vida. Formando con su desmedrada hueste una columna de ataque, ó, como entonces se decía, un solo escuadrón, lanzóse sobre las trincheras enemigas. Los valones hicieron prodigios; pero desde lo alto del dique y desde las embarcaciones, tiraban tan copiosamente los orangistas, que no se podía dar un paso. Mondragón, á caballo y espada en mano, adelantase hacia las trincheras, intentando un esfuerzo supremo; pero en aquel punto su caballo

cayó herido de muerte, y tomando debajo al Coronel, que quedó herido en la frente, y tan molido por el peso de las armas y caída, que con dificultad le pudieron sacar del caballo, á tiempo que venía una bandera de enemigos para cortarle la retirada (1).

El león herido no se retiró, sin embargo, de la pelea. Apenas le pusieron en pie, chorreando sangre por la frente, ordenó que se diese á la desesperada otro ataque. Tuvo que decirle el capitán Giles que apenas si quedaban ya soldados sanos; entonces se fué á Bergen-op-Zoom, no sin dejar en el campo patrullas de arcabuceros que hostilizaran al enemigo, para esperar allí los refuerzos que ya no podían tardar en llegarle.

Los mensajeros habían recorrido, en efecto, toda la región circunvecina, y cumplido la orden de Amberes; pero las circunstancias generales de la guerra en aquel momento habían opuesto á la rápida concentración prevenida por el Coronel, dificultades imprevistas. En Breda, por ejemplo, había 200 arcabuceros de la Coronelia; pero muy poco antes de llegar el mensajero de Mondragón había llegado otro del Duque de Alba con orden terminante de que aquellos 200 arcabuceros, fueran las que fuesen las órdenes de su Coronel, salieran inmediatamente para Romedenne, y para que fuesen más de prisa, que hiciesen la jornada en carros. El gobernador de Breda, señor de Saint-Remy (2), tuvo, pues, que hacer salir á los arcabuceros hacia Romedenne, aunque comprendiendo la importancia del intento de Mondragón, dispuso enviarle 50 jinetes, arqueros de la compañía de hombres de armas del Duque de Archost, que había en la plaza.

Incidentes parecidos detuvieron en casi todos los puntos la salida de los refuerzos. Mondragón, entretanto, encerrado en Bergen-op-Zoom, veía cómo los orangistas iban adelantando en su obra de cortar el dique. Ya eran los boquetes abiertos suficientemente profundos, para que en las mareas altas entraran en la llanura corrientes de agua, y las partes más bajas de la campiña se habían ya convertido en lodazales; durante la pleamar, la *Cabeza de dique*, tan furiosamente disputada, surgía de las aguas cenagosas como un islote fortificado; por fortuna, empero, las mareas no

(1) Mendoza: Lib. X, cap. II; Cabrera, tom. II, pág. 198.—Esta herida de Mondragón, aunque leve, desmiente el aserto de Coloma: *en tantos años de guerra no le sacaron jamás gota de sangre*.

(2) Mendoza le llama Mr. de Saint-Remy; pero su nombre era *Mr. D'Estournel, seigneur de Saint-Remy*.

eran muy altas en aquella estación, y el dique, de los buenos del país, ofrecía mucha resistencia al esfuerzo de sus demolidores.

Estas circunstancias favorables dieron ocasión á que llegasen, si no todos, algunos de los refuerzos esperados. Fueron, entre ellos, los 200 arcabuceros de Breda, pues en cuanto el Duque de Alba se percató de lo que sucedía en el Canal de Tholen, dispuso que, volviendo apresuradamente sobre sus pasos, corrieran á incorporarse á su Coronel.

Mondragón no esperó más, El 7 de Mayo combinó la operación para el día siguiente, resuelto, como dice Mendoza, *á desalojar á los enemigos de la Cabeza del dique ó perderse.*

Con objeto de engañar á los enemigos, formó una numerosa columna de paisanos, mochileros y criados de su regimiento, la cual, dirigida por seis soldados, salió, entre las sombras de la noche, de Bergen-op-Zoom, y se situó en las Salinas, de donde había partido el primer ataque.

Las compañías, acaudilladas por el mismo Mondragón, salieron á la vez; pero en dirección opuesta, y describiendo en círculo de marcha una legua, llegaron al dique sobre cuya cabeza se quería operar. Todas estas maniobras se basaban en el exacto y perfecto conocimiento de aquellos singulares y difíciles terrenos que el mar cubre y descubre alternativamente en sus crecientes y bajadas; había sido todo tan bien calculado que, al tocar la columna en el dique, como una hora antes de amanecer, la bajamar estaba en su punto máximo, con lo que, no sólo quedaba en seco la tierra resguardada por el dique, sino que hacia la parte de afuera se hacía un playazo, estrecho es verdad, y de vez en cuando cortado por el agua, pero que no podía intimidar á soldados que habían hecho la jornada nocturna de Zuid-Baveland.

Dividió Mondragón sus trescientos soldados en dos trozos: el uno marchó por el playazo, y el otro por el interior, pegado al dique. Con este segundo fué el Coronel; acompañábalo el capitán español Esteban de Illana que, pocos días antes, había sido herido, y llevaba el brazo en cabestrillo; pero enterado de lo que se proyectaba, no se había resignado á perder aquella ocasión de gloria.

Rompió el día, y los protestantes descubrieron con el alba la tropa de paisanos campeando en las salinas, y tomándola por de soldados, se pusieron al arma por aquel paraje, creídos que iba por allí á repetirse la acometida. Eran mil doscientos entre obreros y

soldados, y algunos de estos últimos destacáronse hacia las salinas, para reconocer mejor al que se figuraron grueso de nuestras fuerzas. Pero en aquel momento, Mondragón, que había llegado al pie de la *tabesa del dique*, lanza el grito de guerra: *Santiago y á ellos*, y suben á las trincheras los valones, lanzas y espadas en mano, precipitándose como furias sobre los desprevenidos defensores. El pánico fué terrible; y aún aumentó, cuando vieron surgir por la otra parte del dique á otros soldados, no menos inesperados y no menos furiosos en el acometer. Hubo espantosa confusión. Seguramente que el número sólo les sirvió de más estorbo y para mayor desorden, y los centenares de obreros especialmente, que debieron de ser, teniendo en cuenta la manera de desarrollarse los sucesos, los primeros en sufrir la arremetida, los que con su terror y gritos imposibilitaron toda defensa. El caso fué que no la hubo; tirábanse en racimos de cabeza al canal, y los que no, dejábanse matar inmovilizados por el miedo; los valones hartáronse de herir. No fué batalla, sino degollina; entre ahogados y muertos á filo de acero, perecieron todos, menos unos veinte (1). De los nuestros sólo hubo un soldado muerto y un alférez herido. Allí pereció con los suyos el caudillo orangista Rollet, que era uno de los mejores jefes de la insurrección zelandesa.

(1) Mendoza.—El Duque de Alba, en carta á Felipe II (*Gachard, Correspondance*, tomo II, página 357), dice que murieron de los enemigos 700 hombres y algunos cabos, y entre ellos algunos oficiales del Ejército real, que se habían pasado á Orange.

XIII

MONDRAGÓN, CAPITÁN GENERAL DE ZELANDA.—SITIO DE MIDDEBURG.—
HEROICA CONSTANCIA DE LOS SITIADOS.—CAPITULACIÓN DE LA PLAZA.
¿FALTÓ MONDRAGÓN Á LO CAPITULADO?

En la isla de Valcheren, principal de las de Zelanda, sólo conservábamos la plaza de Middeburg, y algún que otro fuerte aislado. Todo lo demás estaba por el Príncipe de Orange, que en Flessinga tenía su corte y el cuartel general de la insurrección. En esta ciudad, ya entonces de gran importancia marítima, famosa por haberse embarcado en ella Carlos V cuando vino á encerrarse en Yuste, y Felipe II, en 1559, al regresar para siempre á España, no había más que furibundos orangistas; todavía es allí el Príncipe el personaje histórico popular por excelencia, y los flemáticos zelandeses cuentan á los forasteros con entusiasmo mil anécdotas y recuerdos referentes á su persona. Refiérese, y esto lo confirman algunos historiadores, que antes de embarcar Felipe II, tuvo en Flessinga un consejo con los señores del país; el *Taciturno* estaba pronunciando un discurso acerca de las fortalezas que convenía presidir con más cuidado, y de repente, le interrumpió el Rey diciéndole, á la vez que le miraba con mucha fijeza:

—Bien, bien; pero la seguridad de estos Estados más que de esas prevenciones, depende de vos (1).

De Flessinga partía el impulso de la rebelión, y la fuerza que tenía bloqueada constantemente á Middeburg. Adolfo de Borgaña, señor de Vaken, Gobernador de la isla por el Rey Católico, fué muerto el 21 de Junio de 1572, en un ataque desgraciado contra un fuerte de los rebeldes, sobre el dique de Flessinga. Sucedióle Mr. de Beauvoir, que vió caer en poder del enemigo el castillo de Ramèkens; el Duque de Albá atribuyó á negligencia suya esta pérdida (2), y también una de las expediciones de socorro á Midde-

(1) Las palabras atribuidas á Felipe II se cuentan en muy distintos términos; pero la sustancia ó sentido es éste.

(2) Gachard.—*Correspondance*, Tomo I, pág. 398.

burg (1), por lo que le destituyó del mando, nombrando en su lugar á Cristóbal de Mondragón, con el título, que las circunstancias hacían más honorífico que real, de *gobernador y capitán general del país de Zelanda*.

Middeburg, á cuyo recinto se reducía casi toda la jurisdicción del capitán general de Zelanda, está situada en el centro de la isla de Valcheren (2), y es desde la Edad Media la capital de toda Zelanda. En el tiempo en que llegó allí Mondragón á encargarse del mando, burlando á las flotas orangistas en una de aquellas expediciones de socorro que tan hábilmente y con tanta perseverancia organizaba Sancho Dávila, Middeburg era como un gran depósito de todas las cosas sagradas y profanas que restaban en el Archipiélago á la Religión Católica y á la causa del Rey.

En Middeburg se habían refugiado los sacerdotes y las comunidades religiosas con las santas imágenes y reliquias, tan veneradas en otra época por los devotos zelandeses, y que entonces, convertidos aquellos naturales en feroces iconoclastas, eran el objeto de su furor y saña. Allí estaban también cuantos no habían renegado de su antigua fe, y con los que la herejía victoriosa se mostraba tan intolerante y cruel, como podía serlo la Inquisición española con los herejes. En Middeburg se guardaban inmensas riquezas, ya de los católicos refugiados en la ciudad, ya las del Rey que se habían podido salvar y meter allí, en los momentos de la insurrección, ya las que se habían podido embargar á los protestantes, consistentes por su mayor parte en cargamentos de comercio.

Para custodiar tan rico depósito había una guarnición relativamente numerosa, auxiliada por los mismos naturales y refugiados; en momentos de apuro acudían á la muralla todos los habitantes— los protestantes, ó habían sido expulsados ó estaban prisioneros,— sin exceptuar sacerdotes ni frailes. Con estos elementos y un jefe como Mondragón, Middeburg no corría ningún riesgo de ser tomada por asalto; antes por el contrario, ya cuidaban los orangistas de no acercarse mucho á las murallas, porque los defensores hacían frecuentes salidas, corriendo en todas direcciones la campaña, sin rehuir combate; antes bien, apeteciéndolo siempre.

Pero la suerte de Middeburg no había de decidirse en un asalto. Dependía única y exclusivamente de la comunicación con Am-

(1) Idem *id.*, pág. 403.

(2) El nombre de Middeburg significa *ciudad del centro* ó del interior.

beres, ó en otros términos, de la guerra marítima. ¿Predominaban las escuadras realistas? Middeburg estaba salvado. Sin predominar, ¿tenían medios y habilidad para ir introduciendo con periodicidad, ó á intervalos no muy largos, víveres en la plaza? Middeburg se sostenía indefinidamente. ¿No podían hacerlo? Pues Middeburg sucumbía sin remedio.

El papel de los defensores reducíase, pues, á tener paciencia, soportando con resignación las penalidades y sufrimientos de un bloqueo constante. La guarnición arribó en esto á las cumbres de lo heroico. Los socorros se fueron haciendo cada vez más raros, y acabaron por no llegar nunca. Entonces empezó el hambre. Consumiéronse primero las vacas, echóse mano después de los caballos, y, por último, de los perros y gatos. Comiéronse las pieles de estos animales (1) y hasta las suelas de los zapatos (2). La ración de pan de los soldados, que era de libra y media, hubo que rebajarla pronto á dieciséis onzas, y sucesivamente, á doce, á ocho, á cuatro y á dos, faltando luego en absoluto (3). Dispuso Mondragón que se confeccionasen unas tortas de linaza, que fueron el único alimento de soldados y habitantes; para vencer la repugnancia de esta comida, había, por fortuna, en los almacenes, vino de España que se repartía equitativamente todas las mañanas.

Los sitiados de Middeburg llegaron á no saber nada de lo que ocurría fuera de la plaza. Fueron sorprendidos con un mensaje ó aviso del Comendador Mayor al Gobernador, autorizándole para capitular; pues no se habían enterado de la partida del Duque de Alba, que fué á 19 de Diciembre de 1573, ni de su relevo por don Luis de Requesens. Por este tiempo los padecimientos habían llegado á su colmo; desarrolláronse las enfermedades de tal modo, que desde el día de Navidad hasta el 6 de Febrero de 1574, murieron en la ciudad mil quinientas sesenta y ocho personas.

El Comendador intentó un esfuerzo supremo para socorrer á Middeburg. Dos escuadras, una con numeroso convoy y mandada por Sancho Dávila, y otra de combate á las órdenes del maestre de campo Julián Romero, aprestáronse á salvar la plaza sitiada marchando en combinación por las dos grandes bocas del Escalda. El resultado fué desastroso. Julián Romero, que tantas proezas había

(1) Gachard.—*Corresp. de Felipe II*, tomo III, pág. 26.—Requesens hizo publicar en Flandes y en Inglaterra que se darían grandes recompensas al que lograra introducir granos en la ciudad sitiada.

(2) Del Rfo.—*Memorias*.

(3) Mendoza.

hecho en la guerra terrestre, lo perdió todo en la marítima, menos la honrada sinceridad con que dijo á Requesens, al desembarcar derrotado: *Vuestra excelencia bien sabía que yo, no era marínero, sino infante; no me entregue más armadas, porque si ciento me diese, es de temer que las pierda todas* (1).

Middeburg estaba perdida. El Comendador Mayor pudo hacer llegar á Mondragón la orden de que capitulase, procurando que los enemigos *sacasen poco fruto de la villa*. Mondragón intentó cumplir esta orden y evitarse la vergüenza de la rendición, destruyendo las mercancías y efectos, y embarcando la tropa y refugiados en las naves surtas en el canal, y en la costa al abrigo del castillo de Ramua; calculó que, aprovechando la marea, podría irse á Berglien en seis horas; pero los capitanes le dijeron que los soldados no estaban con ánimo para tal empresa. El Príncipe de Orange les había hecho saber que respetaría su vida y libertad si dejaban intactas las riquezas almacenadas en Middeburg, y esta comunicación les desmoralizó. Por otra parte, todo induce á creer que la tentativa de Mondragón no hubiera tenido éxito; porque los barcos enemigos, dueños de los canales y enardecidos por su reciente victoria decisiva, hubieran dado buena cuenta de aquellos fugitivos, debilitados por el hambre y los padecimientos.

Hubo que ceder á la necesidad. La capitulación se firmó en el castillo de Ramekin, el 18 de Febrero de 1574, comprendiendo á Middeburg y á la pequeña fortaleza de Ramua, que, aseguraba por la costa norte de Valcheren las comunicaciones marítimas de la capital de Zelanda. D. Bernardino de Mendoza extracta el tratado con su fidelidad acostumbrada, y que podemos hoy comprobar por haberse publicado íntegro en la *Gran Crónica de Holanda*; lo único que del texto hay que añadir al extracto de Mendoza, es la firma y títulos de Mondragón, que son así: *Cristóbal de Mondragón, caballero, señor de Remerchicourt, de Luz, Gusanville*, etcétera, títulos que respondían indudablemente á efectivos señoríos, que no sabemos si procederían de concesiones hechas al Coronel, ó, lo que parece más probable, serían de su esposa Guillemette de Chastelet. La descendencia medinense de Cristóbal, no hizo nunca mención de tales títulos y señoríos.

Por la capitulación hubo que entregar al Príncipe de Orange la ciudad y sus castillos, sin deshacer las fortificaciones, artillería,

(1) Mendoza.

municiones, navíos, mercancías y bienes; los soldados salían libres con sus armas y bandéras, cajas, ropa y bagajes, é igualmente quedaban en libertad los empleados civiles, y los clérigos y frailes, concediéndose á éstos, como favor especialísimo, que salieran *con sus vestidos y hábito clerical*. Lo más singular del pacto fué la promesa que hizo Mondragón, *sobre su fe y palabra, de entregar dentro de dos meses entre las manos del Príncipe de Orange á Felipe Manrique, caballero de San Aldegonde, el capitán Jaque Simon y un italiano preso en el Haya, llamado Citadella, y el teniente del capitán Willeken, Van Augeren y Peteyu. Y donde no, sea obligado el dicho Mondragón á volverse á poner en las manos del de Orange* (1).

Admírase Estrada de que la rendición de Middeburg no amenguara en nada el crédito del Coronel. «*Quedó desde entonces—dice—el nombre de Mondragón, que la entregó, más esclarecido, y consiguiendo en la misma pérdida tales logros de alabanza, cuales rara vez se leen en las historias.*» Opinión ciertamente justa, pues nuestro Cristóbal no puso de su parte en la pérdida de Middeburg sino lo necesario para que fuese gloriosa; durante más de un año se sostuvo allí, soportando y haciendo soportar á la guarnición y naturales las más estupendas privaciones, y ni aun cuando estuvieron los defensores extenuados por el hambre, atreviéronse los enemigos á dar el asalto. Los soldados salieron de Middeburg con su honra intacta. Tuvieron que abandonar la ciudad por efecto de circunstancias generales de la guerra, en las que no tenían ellos culpa ni responsabilidad alguna, pero no fueron vencidos. Los mismos enemigos rindieron á su valor, á su disciplina y á su constancia en soportar las adversidades, el homenaje merecido.

Y lo propio hicieron el Comendador mayor D. Luis de Requesens y Felipe II. El 24 de Febrero escribió Requesens desde Amberes una larga carta al Rey, relatándole los tristes sucesos «*Ayer - le decía - llegó Mondragón con toda su gente, con banderas, armas y bagajes, y los religiosos y eclesiásticos de la ciudad; pero sin la plata, ni ornamentos de iglesia y sin haber quedado los víveres y efectos, valuados en 300.000 escudos.*» Refiere

(1) He aquí el encabezamiento de la célebre capitulación: «*Nous, Guillaume, par la grace de Dieu, prince d'Orange, comte de Nassau, etc., d'une part, et moy, Christophe de Mondragon, chevalier, seigneur de Remerchicourt, de Luz, Gusanville, etc., d'autre part, ayans veu et leu ce que de nos volontez à été fait, capitulé et conclus, par le traité ci-dessus, l'accordans, agreans et ratiffians, à vous promis et promettons par cestes en parole de prince et foy de gentilhomme respectivement... etc.*»

luego que había dirigido á los soldados una proclama, ó carta que se decía entonces, enalteciendo su valor y asegurándoles que el Rey estaba enteramente satisfecho de su conducta. Termina contando á S. M. la conferencia que había celebrado con Mondragón acerca de todo lo sucedido en Zelanda; y lo que más chocó al Comendador fué lo que le dijo el Coronel del entusiasmo de los zelandeses en general, y especialmente de la clase marinera por el Príncipe de Orange; cuando éste armó su escuadra, doce mil marineros se le ofrecieron para tripularla, de los que escogió el Príncipe cuatro mil. *Por cuanto oro se ofresca, no se halla un marinero para los barcos del Rey; y en cambio, sin que el Príncipe les pague, le sirven con la mayor satisfacción del mundo* (1). Felipe II contestó á Requesens *«que sentía mucho la pérdida de Middeburg, pero que Mondragón ha hecho todo lo que podía, y habéis hecho bien en consolarle.»*

Lo que no consintieron el Rey, ni el Comendador mayor es que nuestro héroe se constituyera prisionero voluntario, en réhenes de Marnigh de Santa Aldegonda, el feroz calvinista que representa en la insurrección flamenca el tipo del fanatismo sectario, así como Orange el de la astucia política. La vida de Marnigh estaba muy segura, pues respondía de ella la del valiente é infortunado almirante Conde de Bossu, prisionero de los rebeldes; hizo muy bien el Comendador mayor en no satisfacer esta parte de la capitulación de Middeburg, pues ni aun para el objeto que pretendía Orange era necesaria. Los rebeldes acusaron, sin embargo, á Mondragón de faltar á su palabra; pero un ilustre literato y erudito flamenco, desgraciadamente arrebatado muy joven al estudio de la historia (2), le vindica: *Requesens—dice—no consintió á Mondragón constituirse prisionero de Orange, lo que causó un disgusto cruel á este anciano veterano del ejército español, que las cartas del Príncipe acusan de faltar á sus promesas* (3).

(1) Gachard: *Correspondance de Philippe II*, tomo II.—Publica también la proclama ó carta de Requesens, referida en la carta, y otra carta contando la llegada á Amberes de los capitulados de Middeburg, escrita por Tomás Wecht, sargento mayor del regimiento de Mondragón.

(2) Tal es Mr. Blaes, publicador y anotador de los primeros tomos de las *Memorias Anónimas* (tomo XX y siguientes de la *Collection de Mémoires relatifs á l'histoire de Belgique*). Mr. Blaes murió á los veintiocho años.

(3) Tomo I de la obra citada. Requesens decía á Felipe II en su carta del 24: *«Los enemigos han cumplido la capitulación. Yo no sé cómo podrá cumplir Mondragón la libertad de Santa Aldegonda, porque yo se lo tengo prometido á los parientes del Conde de Bossu para el canje, y además yo no he de permitirle ir á constituirse prisionero, como ha prometido, si no se liberta á Aldegonda.»*

XIV

BATALLA DE MOOK.—MONDRAGÓN, CASTELLANO DE GANTE.—“LE CHATEAU DES ESPAGNOLS”.—SEGUNDO VADEO Y TOMA DE FINARD.—GRAN OPERACIÓN EN LA ZELANDA CENTRAL.—TERCERO Y ÚLTIMO VADEO DIRIGIDO POR MONDRAGÓN.

Después de la capitulación de Middeburg, asistió nuestro héroe, al frente de su regimiento, á la gloriosa batalla de Mook, y llevó la parte más recia en el asalto de las trincheras enemigas. *Julio Rolin, alférez del Coronel Mondragón, ganó en la misma trinchea una bandera, al cerrar con los doscientos valones, que arremetieron animosísimamente, y con la osadía que en otras muchas facciones lo habían hecho con su Coronel combatiendo con los rebeldes* (1). Y á primeros de Noviembre de 1575, sabedor Requesens de que el partido orangista, muy numeroso en Amberes, tenía todo preparado para levantarse con la ciudad, envió á Mondragón á parar el golpe; con su celeridad acostumbrada entró el Coronel por la ciudadela en la Metrópoli flamenca, al frente de su Coronela y seis banderas de españoles; y el despliegue de estas fuerzas en la Plaza Mayor de Amberes bastó para intimidar á los conspiradores y prevenir la inminente insurrección.

Por entonces obtuvo Cristóbal *la castellanía de Gante*, ó sea el gobierno de aquella magnífica ciudadela, mandada construir por Carlos V después del motín de 1540, para tener sujeta á la poderosa y turbulenta burguesía de la gran ciudad en que había nacido, y de la que dijo con orgullo á Francisco I: *Mon Gant, Paris danserait dedans*. Los ganteses tascaban el freno que les había puesto su augusto paisano con mal reprimido furor, y miraban, ceñudos é iracundos, al castillo que sus documentos municipales del siglo XVI califican de *le tombeau de leurs privilèges et du bien-être de la ville*. Esta ciudad de Gante, que contaba orgullosa sus treinta y cinco mil casas y setenta mil habitantes; de tan activo

(1) Mendoza.

tráfico mercantil, que mantenía quinientas naves para el comercio con Noruega, y veinte para el de Moscovia, mientras que otras muchísimas hacían las carreras de Guinea, Angola y el Brasil (1), era un foco terrible de oposición contra el Gobierno español; como en Amberes, había en Gante muchos protestantes ocultos; pero por esta época los católicos no eran menos enemigos nuestros que los herejes. *El más católico desta provincia*—escribía Requeséns á Felipe II—*no tiene el odio que debería á los herejes, y le parece que no se ha de hacer en ellos rigoroso castigo* (2). En otra carta: *En cuanto á echar á los españoles de aquí, están conformes los rebeldes con los que se llaman leales* (3). Y en otra: *Hanme certificado que algunos de estos Abades, y aun Obispos brabançones, han dicho que no saben si les está mejor estar debajo de los herejes ó de los españoles* (4). Estos sentimientos generales del país tenían en Gante su expresión más ardiente. De Gante había salido aquella historieta, probablemente inventada por el odio, pero que contribuyó tanto á la impopularidad del Duque de Alba, y de que no se hace gracia todavía á ninguno de los viajeros que visitan la elevada y gallarda Torre de la ciudad: dícese que, contemplando la población desde aquella Torre Carlos V y el Duque de Alba, aconsejó éste al Emperador que la destruyera enteramente, y que Carlos V respondió: *Combien faudrait il de peaux d'Espagne pour faire un Gant de cette grandeur?* (5)

Lo cierto es que Carlos V, para tener á raya á sus turbulentos paisanos, hizo demoler la Abadía de San Bavon, uno de los monumentos religiosos más venerables de Bélgica, fundado, según la tradición, en la primera mitad del siglo VII por San Amando, apóstol de Flandes (6), y sobre su emplazamiento se construyó la ciudadela, que ha permanecido en pie casi hasta nuestros días,

(1) Manuscrito de la Biblioteca de París, extractado por Forneron.—*Hist. de Felipe II.*

(2) *Nueva Colec. de Doc. Inéd.*—Tomo IV.—Carta de 16 Agosto 1574.

(3) *Idem id.*—Carta de 2 Julio 1574.

(4) *Idem id.*—Carta de 25 Julio 1574.

(5) Estrada y otros historiadores clásicos de las guerras de Flandes señalan esta anécdota como una de las causas del odio popular contra el Duque. Hay fundados motivos para creer que la anécdota es muy anterior al gobierno del Duque; porque consta, en efecto, que ya era éste aborrecido allí en el reinado de Carlos V, pero no significa esto que sea exacta. Quizás el Duque aconsejase á Carlos V temperamentos de rigor para prevenir nuevas insurrecciones como la de 1540; pero el consejo de destruir una ciudad tan populosa no encuadra en el carácter histórico del gran Duque de Alba.

(6) La Abadía no fué destruída por completo, pues aún quedan ruinas imponentes de ella. Carlos V, para compensar esta demolición, hizo dedicar á San Bavon la Catedral de Gante, en que había sido el bautizado, y que antes se llamaba de San Juan Bautista.

ostentando en sus últimos tiempos el nombre de *Château des Espagnols* (1). Fué la primera fortaleza con bastiones que se vió en los Países Bajos, y hasta que el Duque de Alba hizo levantar la de Amberes, era la obra de ingeniería militar más importante construída en el siglo XVI.

Un grabado de la época, que también debemos á la amabilidad del docto profesor de Historia de la Universidad de Gante, monsieur Paul Frederig, nos da completa idea de la ciudadela, tal como estaba cuando Mondragón era su gobernador ó castellano. Formaba casi un perfecto cuadrilátero de muros altos con explanada y parapeto, y en el centro de la plaza levantábase un conjunto de construcciones separadas, ó, mejor dicho, aireadas por grandes patios y jardines; estos edificios interiores eran iglesia, parques, polvorines, cuarteles y pabellones; el castellano tenía un verdadero palacio. En él aposentábase la familia de Mondragón, ó sea su mujer, la ilustre Guillemette de Chastelet, y dos hijas, ya mozas, que por entonces vivían con sus padres. Cristóbal sólo residía allí á cortos intervalos de tiempo, pues como, además de su oficio de castellano de Gante, conservaba el mando de su coronelía de valones, amén del título, á la sazón ilusorio, de Capitán General de Zelanda, salía frecuentemente á operaciones activas de guerra.

Una de estas salidas fué memorable por haber originado magnífica victoria, conseguida merced á la repetición de la estupenda proeza del paso del vado. Sobre la Isla de Finart (2) fué Mondragón con dos compañías de españoles, dos de alemanes, mil arcabuceros valones y siete piezas de cañón (3); habíanse atrincherado allí los rebeldes, y reconocidas con el mayor secreto las crecientes y menguantes de las mareas, según era el uso preliminar obligado de estas extrañísimas maniobras acuáticas, *se arrimó con su gente al dique, mandándoles quitar las calzas y saragüelles y los demás vestidos, quedando sólo con jubones, camisas y zapatos, y dió á cada soldado un saquillo de pólvora en unas alforjuelas para poner al cuello, llevando en la de delante comida para dos*

(1) Primitivamente, y durante toda nuestra dominación, se llamó *ciudadela*; pero construída después otra ciudadela primitiva, tomó el nombre de *Castillo de los Españoles*. Baecker apunta que esta interesante reliquia histórica fué demolida después de 1831; pero la *Guía Richard*, de 1845, la describe todavía como existente.

(2) Guillaume la llama isla de Finard. Gachard, tomo III, pág. 337, dice que fueron tomadas las islas de Finard y de Klundert.

(3) Son los datos de Requesens en su carta de 27 Junio.—Mendoza dice mil alemanes y dos compañías de españoles.

días, diciéndoles la facción que convenía ejecutasen; y al momento se echó el primero á la mar al tiempo que la menguante se acababa, y tras él los trescientos españoles con sus Capitanes, y luego la infantería valona, sin reparar en la hondura del canal ni daño que les podrían hacer nueve navíos armados, que con mucho cuidado tenían los rebeldes á la guardia del y de la isla, siendo fuerza pasar á tiro de piedra dellos, ni á las trincheas que los rebeldes tenían á su frente en los diques de la propia isla y algunos fuertes (1). Diez hombres murieron ahogados en la fantástica travesía; pero, como en Tholen, el efecto moral fué inmediato y decisivo; huyeron los nueve navíos holandeses, y la guarnición de la Isla se sobrecogió de tal modo ante hombres que verificaban tales maravillas, que, sin oponer resistencia, se dió prisionera.

El buen éxito de estos pasos por agua, hizo pensar al Comendador Requesens en una gran operación de guerra, que tuviera por objeto la reconquista de Zelanda, y en que el vadear el Océano, merced á las menguantes de las mareas, fuera uno de los principales elementos ofensivos. Puso la mirada desde luego en la isla de Schouwen, que es la más avanzada de las tres que forman la Zelanda Central, y que son, además de la Schouwen, las de Tholen, todavía en nuestro dominio, y la de Duiveland. Si llegáramos á poseer estas tres islas, dividiríamos por en medio á la insurrección, dejando á Valcheren al Mediodía y á Holanda al Norte, dificultando extraordinariamente sus comunicaciones marítimas, cerrándole por completo el gran canal de Keeten, y entorpeciendo el tránsito por el brazo septentrional del Escalda. Para no tener superioridad marítima era cuanto podíamos hacer, y Requesens demostraba, concibiendo esta maniobra, que era un consumado estrategia, digno del siglo de oro de nuestras armas. El intento era de los varios que se han efectuado en la historia, ninguno, por desgracia, con éxito, para dominar al mar desde la tierra, ó sea para vencer escuadras con ejércitos; pero la justicia obliga á reconocer que éste de Requesens fué de los mejor ideados, y de los que más cerca estuvieron, ó parece que estuvieron, de llegar al resultado apetecido.

Lo difícil era la ejecución. Sólo con soldados como los que militaban en Flandes por el Rey Católico, en 1575, y sólo después de

(1) Mendoza.—Bentivoglio puntualiza la extensión de este vado en una milla italiana

las admirables experiencias de Mondragón en Thølen y Finard, cabía pensar en realizarlo. Porque se trataba de una serie complicadísima de maniobras á que habían de concurrir muchos soldados y todos los barcos de que disponíamos, en que había que vadear, no uno, sino dos canales sucesivamente, y no por sorpresa, sino entre la escuadra enemiga, y sufriendo su cañoneo, y habiendo de salir á tierra firme, tras la marcha larguísima por las aguas, frente á trincheras y fuertes que los rebeldes habían de defender hasta el último trance. Para lisonjearse con la esperanza de un resultado satisfactorio, era preciso realizar una serie de maravillas de cálculo y otra serie de maravillas de valor y resistencia personal en los jefes y soldados; era menester que llegasen á su punto máximo las cualidades de los directores y de los ejecutores de la empresa, y aun había que confiar mucho en la loca fortuna.

No vamos aquí á describir esa serie de maravillas que Mendoza cuenta con precisión y claridad sumas en el Libro XIV de sus Comentarios, siendo su relato, á nuestro juicio, uno de los mejores trozos, no ya de su obra, ni aun de la literatura militar española, sino de la literatura militar del mundo entero. Baste apuntar á la ligera los principales episodios: para la empresa se prepararon en Amberes muchos barcos á propósito, y se juntaron los soldados más aguerridos y los más expertos capitanes que había en Flandes; Sancho Dávila fué comandante general de la escuadra, Mondragón de los valones y alemanes que iban á su bordo, y Juan Ossorio de Ulloa de los españoles. La operación hubo de desarrollarse en varios periodos sucesivos; el primero fué pasar de la isla de Thølen á la de Philipsland, á la sazón enteramente anegada, y por la que únicamente podía andarse, aunque siempre con agua por encima de las rodillas, en las grandes menguantes; no era, pues, una isla, sino un bajo, que recorrió en toda su extensión Juan Ossorio de Ulloa con mil quinientos soldados de las tres naciones. El segundo período consistió en cruzar el canal hondo que separa á Philipsland de Duiveland, tomando los fuertes con que los rebeldes tenían defendidos los diques. También dirigió Ossorio esta difícilísima maniobra en que cruzaron los nuestros por entre las naves enemigas, que no podían acercarse á cortarles el paso, á causa de la bajamar, pero que les disparaban cañonazos, y les gritaban desde las cubiertas de sus naves: *¿dónde váis, malaventurados, que os hacen ser perros de agua y tal locura como hacer trincheas y cestones de vuestros cuerpos para resistir nuestra artillería?*

En el tercer período de la operación, ó sea el paso de la isla de Duiveland á la de Schouwen, tocó á Mondragón dirigir el vadeo; el canal era entonces de un cuarto de legua de ancho, hoy es mucho más estrecho, porque en Zelanda el Océano y el hombre, en su lucha incesante, varían constantemente la forma de la tierra y la anchura de los estrechos y canales, justificándose así el arrogante adagio de aquellos naturales: *Dios hizo el mar y nosotros hacemos las costas*. Hay que decir que estas singularísimas maniobras, iniciadas en 1573 por nuestro héroe, habían alcanzado tal resonancia en el ejército de Flandes, que no había capitán ni soldado que no aspirase á galardonar su hoja de servicios con un paso marítimo; parecía á todos que no estaba completa y en su punto la honra militar, sin haber llevado á cabo este género de hazaña. En esta ocasión, Juan Ossorio, aunque acababa de cruzar un vado de tanto ó mayor peligro que el que ahora se iba á emprender, y Sancho Dávila, aunque nada tenía que hacer ya, para acrecentar una reputación inmortal, quisieron ser de la partida. «*Llegaron al dique, dice Mendoza, á tiempo que el coronel Mondragón se desnudaba para entrar en el paso de mar.*»

La característica de este tercero y último vadeo, dirigido por Mondragón, la dió el suelo del vado, cubierto de lodo y lama; los dos mil hombres que pasaron, sufrieron con esta dificultad infinito trabajo, y al llegar á la isla tuvieron que arremeter con quinientos orangistas, parapetados en el dique; pero el mismo deseo de salir cuanto antes del agua parece que les infundió más vigor, y el combate fué breve y decisivo; los protestantes que escaparon con vida metiéronse á todo correr en Zierikzée, la ciudad principal de la isla de Schouwen.

De este modo la difícilísima operación ideada por Requesens tuvo dichoso remate, ocupando nuestros soldados la isla de Schouwen, y Mondragón, que en 1573 cruzó á pie el brazo occidental del Escalda, cruzó en 1575 el oriental, dejando en uno y otro el recuerdo insigne de una gloria imperecedera, perenne testimonio del arrojo y valer militar de nuestra raza (1).

(1) «... la embarcación entraba en el canal de Kecten que es famoso por el vadeo de los españoles en 1575, como lo es el trazo occidental por el vadeo de 1572. (Amicis, *Holanda*). Becqueder y todos los autores de Guías y Viajes por Holanda, señalan unánimes estos grandes recuerdos de nuestras antiguas glorias.

SITIO DE ZIERIKZÉE.—NOTABLE CORRESPONDENCIA DE MONDRAGÓN, PUBLICADA POR GACHARD.—CARÁCTER DE MONDRAGÓN QUE REVELA ESTA CORRESPONDENCIA.

Aún restaba, sin embargo, lo principal; porque tenían los enemigos muy fortificados á Zierikzée y otros lugares. Hace notar Mendoza que Sancho Dávila, comandante en jefe de las fuerzas realistas, no siguió el parecer de Mondragón respecto del método que había de seguirse para conquistar la Isla, sino el de Juan Ossorio; Mondragón opinaba que lo primero que debía embestirse, era Zierikzée, y Ossorio que Bommenée. Pero el desarrollo de los sucesos dió la razón al experimentadísimo capitán medinés; *el parecer de Mondragón, dice, aprobó el suceso de la empresa, conociéndose con cuánta mayor brevedad se acabara de cobrar enteramente la isla si se siguiera su voto.*

Mientras se ganaba, en efecto, Bommenée, que los holandeses defendieron muy bien, otros enemigos, inundando la tierra en torno de Zierikzée, pusieron esta pequeña ciudad en excelente situación defensiva. Ya no fué posible tomarla por un golpe de mano, ni por un ataque brusco, sino que hubo que poner un sitio en regla. El Comendador Mayor y Sancho Dávila volviéronse al continente, dejando á Mondragón, en su calidad de Capitán general de Zelanda, la tarea larga y penosa de rendir á Zierikzée.

«Entre los acontecimientos militares que han hecho célebres las guerras de los Países Bajos, dice Gachard, el sitio de Zierikzée es justamente considerado como uno de los más notables.» En un estudio de índole más técnica que el presente, vendría muy bien el examen circunstanciado y analítico de aquella gran operación; porque allí jugaron todos los elementos de que disponía el arte de la guerra en el siglo XVI, y tanto por parte de los sitiadores y sitiados como de los auxiliares de la plaza, se hizo cuanto humanamente era posible hacer entonces. La ingeniería y la artillería dieron todo lo que podían dar de sí en aquella época; los infantes

de las diferentes naciones compitieron en bravura y paciencia para soportar las penalidades de la campaña, y la marina jugó también con todos sus medios ofensivos y defensivos.

La escuadra holandesa tenía cercada constantemente la isla de Schouwen, es decir, que tenía sitiados á los sitiadores de Zierikzée, sin dejarles más vía de comunicación con su base de operaciones que la insegura é irregular de los vados, la cual sólo era tal vía en las bajas mareas; cuando subían las aguas, los enemigos, dueños del mar, éranlo naturalmente de los canales. Para impedirlo no había otro medio que la construcción de fuertes en todos los puntos estratégicos de aquellas encrucijadas del océano y del continente; en cuantas salientes de la roca, en cuantas islitas de medio palmo de tierra cabía poner una docena de soldados y una pieza de artillería, se construía un fortín, y así se formaban líneas, ya para mantener las comunicaciones con Amberes, ya para reducir á los sitiados dentro de la plaza, ya para impedir la aproximación de los socorros. Enlazábanse los fortines entre sí por medio de fuerzas navales sutiles muy numerosas, y que había que manejar con suma destreza, para que se sostuvieran ventajosamente contra las escuadras enemigas. Había todos los días batallas marítimas, batallas terrestres; batallas marítimo-terrestres, ataques y defensas de fortines y de líneas; los diques tomados, perdidos, vueltos á tomar y á perder; fuego de cañón y de mosquetería, horribles combates cuerpo á cuerpo, gritos de guerra en holandés y flamenco, en castellano, en francés, en italiano, en alemán, en valón; corrientes de agua que entraban en la isla por los boquetes que abría el enemigo en los diques para inundar la tierra, y chorros de sangre que caían de los diques al mar; tal era el aspecto del sitio de Zierikzée.

Aspecto de horrible confusión y espantosa carnicería que los grabados contemporáneos de Haremborg, y los que forman la pintoresca colección, historia gráfica de las guerras de Flandes, titulada *De Leone Belgium*, reflejan con espeluznante exactitud. Pero la confusión no es más que aparente, y producida en las estampas como lo fué en el original, por la muchedumbre de pormenores y episodios; en el fondo, las múltiples y complicadísimas operaciones del sitio de Zierikzée eran llevadas con un método admirable; allí no se daba un solo paso por la hueste sitiadora, ni se acometía ó sostenía un puesto, ni se disparaba un mosquetazo que no fuese útil para conseguir el objeto propuesto; hacíase todo, absoluta-

mente todo, con arreglo á plan, desarrollando y ejecutando el programa trazado. El genio de Mondragón nunca brilló como entonces; nunca pudo desplegar con la amplitud que en aquella ocasión lo hizo, su solidez, su flexibilidad de recursos, su maestría en el conjunto y en las partes todas del arte bélico; era él á la vez general en jefe, ingeniero, artillero, infante, marino, administrador y negociador habilísimo con las gentes sometidas y con los enemigos.

No es esto escribir por escribir, ó por el deseo de ensalzar al héroe biografiado. Todo lo dicho consta de cierto en la correspondencia del insigne medinés, ó en la parte de correspondencia que se conserva del caudillo sitiador de Zierikzée, y que ha publicado M. Gachard en el tomo IV de su obra monumental *Correspondance de Philippe II sur les affaires des Pays-Bas*. El sitio empezó en el otoño de 1575, y duró hasta 1.º de Julio de 1576. Durante tal período, á 5 de Marzo, murió en Bruselas el Comendador Mayor, sustituyéndole en el gobierno de los Países Bajos el Consejo de Estado. Las cartas de Mondragón publicadas por Gachard, son las correspondientes á la segunda época, ó sea las dirigidas al Consejo de Estado; la primera es de 7 de Marzo, fechada en Deisschoz, y la última de 7 de Julio, escrita ya, como las inmediatamente anteriores, en la conquistada ciudad. Las que escribió el Coronel al Comendador Mayor perecieron, según advierte el gran erudito belga, en la quema de papeles oficiales que hizo el secretario Roda en el mismo mes de Julio de 1576, para evitar que cayesen en poder de los flamencos sublevados.

No sin pena dejamos de transcribir estas cartas, que retratan, no de cuerpo, sino de alma entera, á Cristóbal de Mondragón, y cuya lectura fué para nosotros el primero y poderoso estímulo que nos llevó al estudio de tan importante y completa figura militar; Gachard no les escatima los elogios, tanto más sabrosos á nuestro paladar, cuanto que vienen de un extranjero, y persona de tal valía intelectual, y nada propenso además al ditirambo, como hombre que se había propuesto en sus investigaciones eruditas la rigurosa norma de una intachable y severísima imparcialidad histórica. Dice Gachard que las cartas de Mondragón nos hacen asistir día por día á todos los incidentes del ataque y defensa de Zierikzée (1), y

(1) En la relación de este célebre asedio, Mendoza es mucho más compendioso que en la de las operaciones preliminares, ó sea la de los dos famosos vadeos; lo que se comprende y explica perfectamente sabiendo que D. Bernardino asistió á las maniobras preliminares, y no al sitio.

que leyéndolas brota en el ánimo insensiblemente un sentimiento vivo de simpatía por aquel jefe español, único que no se atrajo el odio público en los Países Bajos. Las cualidades que, á juicio del eminente historiador, resplandecen más en el autor del interesante epistolario militar, son una franqueza absoluta que le llevaba á decir lo favorable y lo adverso, á reconocer lo mismo los defectos é inconvenientes de sus tropas y aun de sus propias disposiciones de caudillo, que los méritos y ventajas de los enemigos; una lealtad acrisolada, íntima, profunda, y una modestia sincera, reveladora de un carácter firme, pero verdaderamente disciplinado.

Se ve, en efecto, leyendo las cartas de Mondragón que este hombre singular, capaz de tan extraordinarios actos de heroísmo cuando la ocasión los demandaba, no tenía nada de teatral, ni de lírico, ni de orador, ni había en él rudimento siquiera de lo que los franceses dicen *posse*; era un castellano viejo de los que llaman al pan pan, y al vino vino, austero en su sencillez, y, como los campos de su tierra, pródigo de buen trigo, y avaro de flores y hierbas. Vuelve á descubrirse aquí por entero *al hombre de condición seco y poco atractivo* de D. Carlos Coloma; porque, realmente, estas inflexibles líneas rectas en el pensar y en el obrar, esta llaneza desprovista en absoluto de adornos y floreos, esta tendencia natural á lo verdadero y positivo, con su correspondiente aversión á todo lo superfluo, no son cualidades amables en el trato social, y han de andar unidas á una gran virtud ó á un mérito extraordinario, para que no hagan aborrecible á quien las posee.

Habiéndonos tocado vivir en época de decadencia, el carácter de Mondragón tiene que sorprendernos mucho más que á sus contemporáneos; porque esos tipos de tan positivo mérito, y que hacen cosas tan grandes con tal llaneza y modestia como si no hicieran más que lo debido, sólo aparecen en los momentos ó períodos de grandeza nacional. No es que no existan en los otros, pues la naturaleza humana produce siempre todas sus variedades, sino que no encontrando ambiente adecuado para desarrollarse, quedan achicados y en la sombra; los primeros puestos no son para ellos; gracias que les dejen vivir en un rincón. En el abatimiento de los pueblos, quienes predominan son los que saben ponderar lo poco que hacen, los que suplen con palabras sonoras su falta de méritos reales, los oradores y retóricos, en suma, tomando estos términos en su más amplio sentido, de significación no ya literaria, sino social.

Por otro aspecto son también interesantes las cartas de Mondragón. Escribía éste unas veces en francés y otras en castellano; pero su castellano era tan malo como su francés. Mezclaba bárbaramente los vocablos de uno y otro idioma, con palabras de procedencia para nosotros desconocida, y que era seguramente la de los muchos dialectos rinhianos que van marcando todavía, y en el siglo XVI más, el tránsito de la lengua germánica á las neo-latinas. Es todo ello una jerigonza internacional, lo que pudiéramos llamar *el dialecto del tercio español en el siglo XVI*, formado de un modo espontáneo por hombres iliteratos en su larga estancia en países extranjeros, casados muchos de ellos con extranjeras, y casi todos con criados de las más diversas naciones y de los más distintos idiomas. Si aquella situación se hubiese prolongado varios siglos, habría brotado indudablemente un nuevo romance, producto del *sermo vulgaris* de nuestros campamentos; algo parecido al español judaico que se habla hoy en el Oriente.

En este incipiente dialecto, corrupción de muchas lenguas, están escritas las cartas de nuestro héroe al Consejo de Estado, ó, como diríamos hoy, los partes oficiales diarios del sitio de Zierikzée. Aparte de los constantes, aunque á veces muy lentos adelantos del asedio, Mondragón se manifiesta en su correspondencia preocupado siempre con el estado del mar; el buen tiempo era un elemento favorabilísimo para los sitiadores, y por el contrario, las tempestades ayudaban eficazmente á los rebeldes; porque con el mar alborotado se dificultaban, hasta llegar á imposibilitarse á veces, las comunicaciones entre las islas, y no podían salir de sus fondeaderos las naves pequeñas con que contábamos; en cambio, aquellos endiablados marineros holandeses parece que maniobraban con tanto más desembarazo, cuanto las olas embravecíanse más. Había ya, pues, allí aquella variedad de temporales, de que todavía se hablaba en Inglaterra, á fines del siglo XVII, cuando fué destronado Jacobo II: el *viento papista* y el *viento protestante*.

Quejábase continuamente también Mondragón de la desproporción de sus recursos militares, pues tenía muchos cañones, y la necesidad le había obligado á construir innumerables fuertes— como que el asedio se desarrollaba entre dos líneas paralelas, una contra la plaza y otra contra los que querían socorrerla,—y faltábale gente para presidiarlo todo; era menester, por tanto, exigir á los soldados un servicio durísimo, casi sin intervalos de descanso, y para mayor dificultad, no había dinero con que pagarles. De esta

falta de dinero lamentábase siempre; no tenía casi nunca ni para las atenciones más perentorias del campo.

Y debía gastar mucho en espionaje. Revelan las cartas, en efecto, que este servicio tenía Mondragón perfectamente montado, hasta el punto de que operando en país tan enemigo, nunca dejó de saber con la conveniente antelación, no ya los movimientos, sino aun los proyectos de sus adversarios; indudablemente sus espías estaban muy cerca del Príncipe de Orange y de los otros jefes de la insurrección; sólo así acierta uno á explicarse muchas de las peripecias de aquella campaña, y cómo, á pesar de tener tan poca gente para cubrir sus extensas líneas, no pudieron nunca los holandeses cogerlo desprevenido.

Hubo de esta prevención ejemplos señalados, y que contribuyeron poderosamente al aumento del prestigio de nuestro héroe en el ejército. El 6 de Febrero, por ejemplo, entraron en Zierikzée varios navíos holandeses con socorro de vitualias: pocos días antes Mondragón había pedido urgentemente á Bruselas el envío de galeras pontones para cerrar el paso, por donde penetraron aquellas naves. El 25 del mismo mes hizo el Coronel trabajar á los soldados en levantar un fuerte en cierto paraje del canal, y puso en éste seis barcas chatas, al día siguiente se presentaron por allí los barcos enemigos, que ante obstáculos tan oportunamente colocados hubieron de retroceder. Así sucedió muchas veces; pero nunca con tal y tan visible efecto como en la ocasión decisiva, que fué, principios de Junio, cuando el Príncipe de Orange, haciendo cuestión de honra que no sucumbiese Zierikzée, fué personalmente á socorrerla con la más poderosa flota de guerra que habían puesto en el mar hasta entonces las Provincias Unidas. Los preparativos de esta expedición hiciéronse con sumo sigilo; pero Mondragón lo supo, como siempre, á tiempo, por un marinero de Martinsdik, y se apercibió inventando y haciendo construir rápidamente un nuevo género de trincheras; en lugar de parapetar los diques con barricadas ó cualquier otra obra de fortificación de campaña, hizo abrir una valla ó foso en el centro del mismo dique, y á todo lo largo de él, capaz de contener á sus arcabuceros, los cuales estuvieron así enteramente á cubierto del fuego de artillería de los buques; es el sistema de trincheras-zanjas que tan buenos resultados dió á los carlistas en las líneas de Somorrostro, durante nuestra última guerra civil, y que aplicaron después con el mismo éxito los turcos en la defensa de Plewna. Los holandeses, que confiaban sorprender á

los nuestros, fueron los sorprendidos, y sufrieron allí una de las mayores derrotas de la época; el formidable navío *Jopéhans* pereció encallado, y en él fué muerto Luis de Boisot, almirante de la flota, los demás buques huyeron con el Príncipe de Orange, y la plaza sitiada perdió toda esperanza de socorro.

El 20 de Junio iniciáronse las negociaciones para la capitulación. Concedióla Mondragón muy amplia y generosa; el gobernador orangista y su gente de guerra, que eran mil cuatrocientos soldados, salieron libres, y la ciudad hubo de pagar por rescate doscientos mil florines. El Consejo de Estado censuró duramente dos cláusulas del convenio: una, el haber exigido á los capitulados el juramento de no hacer nuevamente armas contra el Rey durante la guerra, y la otra, el haber consentido que salieran libres con la guarnición los pastores ó ministros calvinistas de Zierikzée.

Á estas censuras respondió Cristóbal con su carta de 6 de Julio, admiradísima por Gachard, y que revela, en efecto, con grado casi heroico, la modestia y disciplina del vencedor. Lejos de revolverse contra las censuras del Consejo de Estado, Mondragón las acepta, y respecto de lo de no haber pedido juramento á los soldados, se disculpa humildemente; pero en cuanto á lo de haber consentido la salida libre á los pastores protestantes, hace más: reconoce que ha faltado en materia grave, y concluye con estas notabilísimas palabras: *Los Señores me podrán dar el castigo que yo he merecido, en tanto que vean cómo S. M. resuelve.*

XVI

POR QUÉ NO SE SACÓ PARTIDO DE LA TOMA DE ZIERIKZÉE.—LOS SOLDADOS ESPAÑOLES DE FLANDES, SEGÚN LOS ESCRITORES Y LOS DOCUMENTOS CONTEMPORÁNEOS.—SUS CUALIDADES Y SUS DEFECTOS.—MOTÍN EN ZIERIKZÉE.

La toma de Zierikzée era en el orden militar un suceso importantísimo, y el más favorable á nuestra causa que había ocurrido en los Países Bajos, desde 1572. La Zelanda central había quedado sólidamente dominada; Valcheren, bloqueada entre nuestras líneas ofensivas, y amenazada por todas sus playas y desembarcaderos, y la escuadra enemiga, que nunca se había presentado tan formidable, había sido batida, con muerte de su Almirante y fuga del Príncipe de Orange; habíamos aprendido en aquella maravillosa campaña á contrarrestar la fuerza marítima de los rebeldes, burlándola perfectamente con el sistema de vadeos y de la fortificación costera, y á convertir los diques en fortalezas inexpugnables para el cañón holandés; habíamos creado, por último, una marina numerosa, que si no era capaz de batirse con los navíos orangistas en mar abierta, ponía á cubierto de aquellos navíos la tierra en que se operaba. Todo, considerado militarmente, resultaba favorable para la causa con tanta inteligencia y heroísmo defendida por nuestros ascendientes, y parecía llegado el momento de recoger el fruto de la sangre vertida, de los tesoros consumidos y de los trabajos pasados, y, sin embargo, ese momento no era el de recoger fruto alguno, sino el de perder de súbito toda la cosecha... Al entrar en Zierikzée, gallardas y vencedoras, las banderas españolas, valonas y alemanas, acaudilladas por Mondragón, el edificio de nuestro imperio en Flandes se venía al suelo con estrépito. Nada era ya suficiente para contener un derrumbamiento tan grande.

Si en la resolución de los problemas que se llaman guerras, no

entraran otros factores que los militares, ó sea la guerra propiamente dicha, la toma de Zierikzée hubiera sido acontecimiento decisivo en nuestro favor; pero, ¡ay!, en la guerra no es la guerra todo. El conjunto de circunstancias sociales y políticas, esa misteriosa corriente de sucesos que es la lógica de la historia, y en cuyo desarrollo, el más lerdo advierte algo superior al humano esfuerzo, desbarata las combinaciones mejor ideadas de los hombres de armas, y esteriliza sus sacrificios, y no hay victorias que valgan para detener ese majestuoso movimiento que la naturaleza imprime á todas las cosas. En Flandes, había sonado la hora en que la naturaleza de las cosas que habíamos intentado violentar, para servir ideales hermosos, pero de imposible realización en aquel medio social, reaccionase brutalmente contra nosotros, llevándose todo por delante.

En dos columnas se apoyaba el edificio de la monarquía española en los Países Bajos: una, la incomparable tropa que servía bajo las banderas de Felipe II, compuesta de soldados de diferentes naciones; pero cuya flor eran los tercios españoles; la otra eran los católicos de Flandes. En este período á que nos venimos refiriendo, ambas columnas flaquearon á la vez, y todo cayó en desmenuzados escombros.

Los soldados españoles, aunque tan valerosos como siempre, y conservando su indiscutible supremacía sobre los de otras naciones, no eran ya, en sentir de algunos técnicos, lo que habían sido en los áureos días de Gonzalo de Córdoba, Leiva, D. Alvaro de Sande y los Marqueses de Pescara y Marignán. Es probable que en esta opinión hubiese mucho del espejismo de los tiempos pasados, tan bellamente descrito por Jorge Manrique; pero es indudable que muchos notaban en la composición, organización y funcionamiento del tercio síntomas ciertos de decadencia. Los militares que habían hecho las campañas de Carlos V, es decir, los de la generación del vencedor de Zierikzée, decían que no eran los de entonces iguales ni con mucho á los del período anterior. «¿Qué se ha hecho—exclamaba un veterano—aquella polideza y curiosidad de estar bien armado un soldado, aquella destreza en jugar las armas, aquel ejercicio de actos y virtudes corporales, en tirar, saltar, correr y luchar? Pues agora treinta años no se veían, sino desafíos entre gente de guerra de estas honrosas empresas, apuestas con gente de la tierra y forasteros, y por los caminos señales donde fué el salto de fulano, medidas de cuanto con una barra de

tanto peso, la tierra que con ella señoreó. Pues jugar picas, montantes, puñales, dos espadas, rodelas, lanzones armados y desarmados, era una gran fuerza de la profesión militar; agora todo se ha enterrado y olvidado por este infernal juego de dados; por él son malos cristianos, por él no tienen armas, por él son ladrones, por él pierden la obediencia á todo género y condición de hombres, por él están hambrientos y desnudos, por él faltan muchas veces á los guardias y centinelas y casos de honra que se les ofrecen» (1).

Pero no era sólo el juego de dados lo que corrompía á la milicia por este tiempo. Causas más hondas y generales señala el mismo Marcos de Isaba; parece ser, entre otras cosas que sería muy largo apuntar aquí, que no había ya en la elección de capitanes aquella justa y saludable imparcialidad de la época de Carlos V, y que aún conservaba como un principio de escuela, en su esfera de acción, el gran Duque de Alba. Solían darse las capitanías «por vía de ruegos y favores, hasta meterse sobre tal elección mujeres y hombres de haldas largas que en cosa de guerra no han de tener entrada ni voto» (2). ¿Qué había de resultar? Véase con relativa frecuencia que «un soldado que ha vivido por acá mal y dado ruin cuenta de sí, huyó de alguna batalla, se hizo enfermo por no ir á la guerra, ha recibido alguna afrenta, jugó las armas, fué principio de algún motín, gran blasfemador, sospechoso cristiano, y que de puro temor, ó desechado se vaya á España, y que cuando no se piensa venga por capitán con una compañía en Italia, Flandes ó Armada, que sea causa de grande espanto ó maravilla» (3). Y como las capitanías, solían darse las ventajas y todo linaje de recompensas. Cervantes, á pesar de sus dilatados servicios, de su heroísmo en Lepanto, de su admirable conducta en el cautiverio de Argel y de su soberano entendimiento, no pudo siquiera ser alférez, y véase lo que hace decir á un mozo que iba á engancharse de soldado: «Y ¿lleva vuesa merced alguna ventaja, por ventura?—preguntó el primero.—Si yo hubiera servido á algún grande de España ó algún principal personaje—respondió el mozo,—á buen se-

(1) Capitán Marcos Isaba. *Cuerpo enfermo de la milicia española*. Este libro fué impreso en Madrid, año de 1594, mucho después de haber sido escrito. De Isaba es también el fijar, como indicamos en el texto, los buenos tiempos de la Infantería española en la primera época del reinado de Carlos V.

(2) Id. id.

(3) Id. id.

guro que yo la llevara, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alférez ó capitanes, ó con algún buen entretenimiento; pero yo, desventurado, serví siempre á catarriberas y á gente advenediza de ración y quitación tan mísera y atenuada que en pagar el almidonar un cuello se consumía la mitad della, y sería tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura» (1). Añade Isaba á este cuadro, como cervantino de mano maestra, el rasgo de que cuando un señorón quería hacer alférez á un criado suyo, empezaba por hacer capitán á un soldado viejo, imponiéndole la carga de nombrar alférez al criado.

Los amantes de la milicia, y seguramente también los desairados en el juego de las influencias cortesanas, acusaban de este desorden nada menos que al Rey Felipe II, tildándole de no ser, como su augusto padre, soldado ni amigo de soldados, sino de letrados, es decir, *de los hombres de haldas largas* que decía Isaba. «Todo el favor real acapáranlo las gentes de letras, y de los soldados no se hace ningún caso». Esta queja era frequentísima entre los militares del reinado de Felipe II; Cervantes se refiere á ella en el discurso de las armas y de las letras que puso en labios de Don Quijote, aunque con su discreción de siempre, no se dejó llevar del enojo de los de su clase, sabiéndose poner en el medio justo y razonable. «... de faldas, que no quiero decir de enaguas, todos tienen en qué entretenerse; así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es más fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquéllos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesión, y á éstos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven» (2).

Pero quien expuso con más franca desenvoltura, rayana en la desvergüenza, este sentir de la soldadesca, fué el capitán ó alférez Barahona (3), en carta ó memorial dirigido al Rey (4): «¡Válame Dios! ¿Qué puede ser que siendo los españoles de su natura la gente más robusta, más belicosa y más codiciosa de honra de to-

(1) *Don Quijote*, segunda parte, cap. XXIV.

(2) *Don Quijote*, parte 1, cap. XXXVIII.

(3) Almirante (*Bibliografía militar de España*) le llama alférez; y capitán la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo L, donde se publica la carta conservada manuscrita en la Academia de la Historia.

(4) En 1562.

das, la vemos agora la más amiga de holgarse? Yo vos diré. Hánse quitado la honra y el premio á los virtuosos y valientes, y dídola á los viciosos y cobardes. Nunca más desearon honra los españoles que agora; pero viendo que no anda ya con la virtud, buscándola con los vicios, pintándose, procurando favor y huyendo los peligros, no se les da nada de hacer faltas. No se diga de tan gran mal como éste, sino que cuando Dios quiere castigar un pueblo por pecados de todos, priva de juicio sus gobernadores. No he visto escribano, ni bachiller que tenga oficio de V. M., ó trate en su real hacienda, que no se haga rico con ello en dos días, y que no deje mayorazgo ó rentas á sus hijos, aunque haya gastado en la vida tres doblado del sueldo que V. M. le dió. Al contrario, no he visto un soldado que deje una sábana con qué enterrarse cuando muera. ¿Quién echó los moros de España? ¿Quién descubrió las Indias? ¿Quién ha ganado los estados de Italia y defendido los de Flandes? Por cierto, no el bachiller con sus párrafos, ni el escribano con sus plumas, ni aun los galanes con sus invenciones.»

Es también un hecho que por esta época era ya excepcional la presencia de personas principales en las filas. Ni para capitanes quería Marcos de Isaba á los ricos: «Atrévome á decir que yo quería al capitán pobre de hacienda... Digo que si es rico estima en poco la compañía, teniéndola como por desdén y burla, diciendo que ha sido rogado, y aun casi forzado á servir en ella, que un hombre que tiene lo que él tiene, tan respetado y servido, ¿qué le movía armado, desvelado, rogando á este y al otro, pues podía mandar y ser obedecido sin trabajo? Y desta manera, cuando algo se le ordena apuesta y dice tantas cosas, que los demás que ha muchos años que están en la guerra, vienen á estimar y tener en poco los oficios y cargos de la milicia. Y si por suerte tiene algún pariente facultoso, ya que él no lo sea, eclesiástico ó seglar, luego dice que aquél ha de ser su abrigo y padre, y que si tomó la compañía, ha sido por un sonsonete de ganar nombre de capitán, para parecer delante de la que le ayude por sí y por otros para vivir en descanso.»

Habíase ya consumado, por tanto, la evolución en las costumbres militares que observó en sus comienzos Núñez de Alba, y la infantería estaba casi por completo en manos de «los mozos de espuela y de caballos, oficiales y pastores» que decía el autor de los *Diálogos de la vida del soldado*, ó de «los labradores y lacayos» que escribía el gran Duque de Alba; el tipo del recluta en este período es aquel mancebito encontrado por Don Quijote, que sentaba plaza

«porque más quería tener por amo y por señor al Rey y servirle en la guerra, que no á un pelón en la corte», y que iba cantando:

A la guerra me lleva
mi necesidad,
si tuviera dineros
no fuera en verdad (1).

No es, pues, de maravillar, y aun menos si se recuerda que el sistema administrativo, ó la falta de sistema característica del siglo XVI, no consentía ninguna regularidad en el percibo de haberes, que el merodeo fuera vicio habitual de tales soldados. El más famoso de todos ellos escribió, pintando, como él solo supo hacerlo, el tipo de la clase: «...no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbear por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia» (2). Y lo que es de garbear no se descuidaban. Acababan de llegar á Flandes, y ya el gran Duque tenía que escribir de ellos á Felipe II: *La gente, como otras veces he escrito á V. M., está mal disciplinada, que no puedo valer con ella, venían tan avezados á robar, que no era costumbre ya hacerlo secretamente* (3). Y como el Rey trasmitiese á su General algunas de las quejas que continuamente recibía del comportamiento de sus tropas, el Duque hubo de responderle que había hecho ya, y hacía cuanto en lo humano era posible para reprimir los desmanes; pero que había que tener en cuenta que *los soldados no son cartujos*.

Aun no siéndolo, ni mucho menos, aquellos soldados, con todos sus defectos, eran los mejores de la época, y no sólo en punto á valor y pericia, sino por la plena posesión del sentimiento caballeresco, único capaz de ennoblecer la carrera militar; porque si éste falta, el guerrero más experto y audaz queda reducido á la inferior condición moral de hábil cazador de hombres, ó de lúgubre y repulsivo profesional del homicidio. Todos los grandes é íntimos sentires de la raza española se reflejaban gallarda y heroicamente en sus soldados. El odio á la herejía era en ellos vivísimo, terrible, fulminante. Todos y cada uno podían decir con *El Valiente Céspedes*:

(1) *Don Quijote*, segunda parte, cap. XXIV.

(2) *Don Quijote*, primera parte, cap. XXXVIII.

(3) *Documentos inéditos para a Historia de España*, tomo XXVII.—Carta de 6 Enero de 1568.

Y ¡vive Dios! Don Hugo, que en hallando hereje donde pueda sacudille, destes que no se quitan el sombrero al Pan á quien los ángeles se humillan, que le pongo las piernas como á toro para que siempre de rodillas quede.

Tratando de las guerras de Alemania, escribía uno de aquellos soldados: *El aire me parece que corrompo en tratar de tan perversa criatura* (Martín Lutero), *y que la boca me ensucio en nombrarla* (1). La idea de que las guerras que sostenían eran esencialmente religiosas, verdaderas cruzadas, estaba en sus corazones arraigadísima. Uno, antes del asalto de Mastroque, en que murió, escribía á su padre: *Cerrando ésta, tocan apriesa el arma para que se dé el asalto. Á mí me cabe lugar de que es casi imposible escapar con vida, y así hago cuenta que ésta es mi testamento, en que á vuestra merced dejo por albacea. Consuélese vuestra merced; que aunque muero con sola la cruz de mi espada en la mano, muero por la cruz de nuestro Señor Jesucristo, y espero tener más honrado entierro en el foso de Mastroque que en el sepulcro de mis padres y abuelos. Muero castigando á herejes y á vasallos de mi Rey rebelados. Y así, confío en que me dará Dios su gloria* (2). Y un tratadista militar, resumiendo el sentir de la gente de armas, decía en el prólogo de su libro: *Hagamos diligencia para que en nuestro oficio, matando é hiriendo, enderecemos nuestras acciones á hacer esto en defensa de la fe de nuestro Señor Jesucristo; para que con su favor y en su servicio, á lanzadas y cuchilladas ganemos el cielo. Amén* (3).

Con este sentimiento religioso juntábase el nobiliario ó hidalguil, lo que no era entonces presunción tan vana como lo sería hoy, porque no concibiéndose á la sazón persona noble sin ascendencia esclarecida, echárselas de linajudo era tenerse por hombre distinguido y de ideas elevadas. Los soldados españoles, aun los de más humilde nacimiento, alardeaban de hidalgos y caballeros. Bien lo expresó esto Lope de Vega, poniendo en labios de un soldado que era realmente noble:

(1) Núñez de Alba.—*Diálogos* ..

(2) Fr. Luis de Rebolledo.—*Primera parte de cien oraciones fúnebres*.

(3) D. Simón de Villalobos.—*Modo de pelear á la gineta*.

No soy de los españoles
que nacieron en la tierra
hechos un sol de trabajos
en las montañas primeras;
y siendo su mayor honra
guardar dos vacas y ovejas,
con abarcas y curados,
vestidos de tosca jerga,
en empuñando una pica,
ó una alabarda ó gineta,
con una cadena al hombro
y una pluma á la francesa,
dicen que fueron sus padres
Anquiés, Didos, Eneas,
y que es su solaz Guevara,
y comen diez mil de renta (1).

Brantome hubo de admirarse de estos pujos de hidalguía de todos los soldados españoles; cuenta que les oyó decir repetidas veces: *Somos hidalgos como el Rey, dineros menos* (2). Y añade que llevaban á tal punto la presunción de su dignidad personal, que, habiendo sido condenado uno de ellos por ladrón á que se le cortara una oreja, pidió con vivísimas instancias, y hasta conseguirlo, que se conmutara esta pena por la de cortarle la cabeza; porque, en efecto, perder la cabeza era cosa que sucedía frecuentemente á los caballeros en aquella edad; pero la ignominia del desorejamiento estaba reservada á malandrines, follones y gente ordinaria, de esa que, según explicaba Don Quijote á su sobrina, por carecer de linaje, *sólo sirve para aumentar el número de los nacidos*.

Personas que así ponían la vida muy por debajo de la honra, tenían que ser necesariamente insignes militares. Interesábanse, como ningunos otros soldados de su época, por la causa que defendían, apesarándoles como infortunios propios las derrotas, y entusiasmandoles los triunfos de sus armas, aunque no sacasen de ellos ninguna ventaja personal: *los soldados viejos tienen por proverbio: la victoria nunca viene sola. Y está bien dicho; porque el orgullo de un triunfo hace los ánimos invencibles, y los arriesga y dispone para emprender nuevas hazañas* (3). Este orgullo

(1) *Los españoles en Flandes*.—Comedia.

(2) *Bravatas españolas*.

(3) *La Pícara Justicia*.

nacional era inmenso, y en virtud de él, creíase el español, donde quiera que estuviese, como refiere Marcos de Obregón, superior á los hombres de las otras naciones. Por eso, aunque, por ejemplo, murmuraran ellos de sus capitanes, no consentían nunca que viniera ningún extranjero á corearles. También es Lope de Vega quien nos pinta de mano maestra este aspecto singular del carácter de nuestros antiguos soldados. Llegó á noticia del gobernador flamenco de Maastrique que ardía en murmuraciones contra el Príncipe de Parma el campamento de los españoles, y quiso aprovechar esta actitud, que le parecía tan favorable para su causa; pero uno de los suyos, le dice:

Eso de quejarse dél,
no engañe tus pensamientos;
que á Carlos quinto decía
en Túnez un capitán;
«los españoles están
murmurando todo el día»;
y él respondióle: «Pues id,
y para vengarme en ellos
murmurad delante dellos,
mal de mis cosas decid.»
Fué el alemán, y no había
del Emperador hablado,
cuando cayó por un lado
de una puñalada fría.
Experiencia dellos hice,
no créas que se le irán;
dicen mal del capitán,
y matan á quien lo dice (1).

Había, pues, en los soldados españoles de la segunda mitad del siglo XVI una singularísima mezcla de buenas y malas cualidades, de altezas y ruindades. Nadie mejor quizá ha sabido definirlos sintéticamente que nuestro gran Menéndez Pelayo, cuando habla, en el prólogo á las *Comedias históricas de Lope*, de la *psicología de aquellos conquistadores injertos en pícaros*. ¡Frase sobre toda ponderación admirable; porque no creemos pueda darse psicología más complicada que la que estudie el alma de unos hombres que casi á la vez parecen héroes y ladrones!

Cuando estos soldados tenían al frente un general justo, enér-

(1) *El asalto de Maastrique por el Príncipe de Parma*

gico, severo y conocedor de sus costumbres y necesidades; un caudillo, en suma, como el gran Duque de Alba, ó como más adelante lo fué Alejandro Farnesio, los malos gérmenes que había en ellos, sin dejar de obrar y manifestarse, estaban, sin embargo, dominados por los buenos; la faz heroica era entonces la que resplandecía; pero cuando faltaba ese freno acontecía lo contrario: las cualidades malas eran las predominantes. D. Luis de Requesens, hombre bonísimo, técnico de la guerra, ó, mejor dicho, consumado en el arte, hábil negociador ó diplomático y gobernante dulce, carecía de aquella voluntad firmísima, independiente, avasalladora, que caracterizaba al Duque de Alba; no se le había mandado á Flandes para reprimir, sino para preparar una decorosa transacción, y es natural que se buscasen en él las prendas adecuadas á tal intento político. Gachard hace notar la profunda diferencia de tono y estilo entre sus cartas y las de su antecesor. El gran Duque no solía dar cuenta al Rey, sino en conjunto, y rara vez consultaba; decía lo que había ya hecho, y si en Madrid desaprobaban su conducta, era igual que si la hubiesen aprobado, porque él obraba siempre, no como le indicaban, sino como juzgaba que convenía; su estilo era llano, pero resuelto, sin oraciones incidentales ni distingos; para todo tenía una solución precisa, única, insustituible. Requesens, por lo contrario, era de los que viendo con suma claridad las ventajas y los inconvenientes, el pro y el contra de cada cosa, á fuerza de ponderarlas y medirlas, tardan mucho en resolverse y tomar su partido; sus cartas están llenas de *peros*, *aunques*, *sin embargos*, *puede ser*, y otras palabras y frases semejantes, reveladoras de la constante vacilación de su pensamiento; al revés del Duque, consultaba hasta las cosas más pequeñas, y en todo veía y proponía una dificultad.

Con un caudillo como Requesens, la disciplina de unos soldados como los españoles de Flandes, no podía mantenerse al punto que con el Duque de Alba. Pero otras causas contribuyeron también á tan funesto resultado; la prolongación de la guerra; la enemistad, cada vez más declarada, del paisanaje flamenco, el cambio de dirección política, en que los nuestros veían un signo de debilidad cuando no de traición, y sobre todo, la falta de regularidad en los pagos, desmoralizaron enteramente á la soldadesca. Con el atraso de las pagas, el robo tomó proporciones enormes. *Es tanto lo que han hurtado los capitanes*, escribía Requesens á Felipe II, en 30 de Abril de 1574, *en los socorros y contribuciones de tantos años, que*

no sólo no vendrá á debérseles ningún sueldo, tomándoles bien la cuenta, pero á alcanzárseles grandes sumas, y para remediallo han de querer pasar muchas plazas (1). Con la licencia de costumbres, olvidáronse los soldados hasta de las prácticas religiosas. Agora—escribía también el Comendador Mayor al Rey—no sé lo que me crea con lo que en esta gente veo, y acbrdándome que me certifican que no hay diez hombres entre ellos que se hayan confesado y comulgado esta cuaresma, ni los veo entrar aquí en las iglesias á oír misa, ni hacer otra demostración de cristianos (2).

La indisciplina fué creciendo constantemente bajo el gobierno de Requesens; pero á la muerte de éste, llegó al colmo. Mientras que Mondragón llevaba adelante, con tanta inteligencia como perseverancia, el sitio de Zierikzée, los tercios, ya juntos, ya por compañías, vagaban por las provincias continentales, convertidos en verdaderas bandas de salteadores, semejantes á las de *condottieri* de la Edad Media en Italia, saqueando, ora una comarca, ora otra, cometiendo en todas partes horrores sin cuento. *Las Memorias Anónimas* pintan un cuadro terrible de la situación del país, cruzado y recruzado sin cesar por aquellos soldados sin freno, que, llevando consigo sus mujeres é hijos, y también mujerzuelas, á que se daba el poético pero impropio título de *enamoradas*, y gran séquito de criados, esclavos (3), vivanderos y todo linaje de gente allegadiza, constituían, más que cuerpos armados, tal y como ahora los concebimos, tribus guerreras como las de los bárbaros del Norte que asolaron el Imperio Romano en el siglo V.

Mondragón consiguió mantener disciplinados á los españoles que llevaba consigo, durante todo el sitio de Zierikzée. Seguramente que contribuyó á ésto aquel pundonor militar, propio de tan singulares soldados, y que, según cuenta D. Bernardino de Mendoza, les impedía, no sólo amotinarse, sino aun reclamar sus pagas antes de la batalla, dejando el hacerlo para después de conseguida la victoria; al revés de los alemanes, que pedían lo que se les adeudaba en el momento de acometer, y con la amenaza de no hacerlo si no se les satisfacía cumplidamente antes. Mendoza refiere tan notable pormenor á propósito de la batalla de Mook; pero como dice que tal era la costumbre habitual, cabe afirmar que en

(1) Gachard.—*Correspondance...* Tomo III.

(2) Gachard.—*Correspondance.*

(3) Hurtado de Mendoza (*Guerra de Granada*), refiere que el cuidado de los caballos correspondía á esclavos, propiedad de las compañías ó del tercio.

Zierikzée sucedió lo propio. En efecto, mientras que hubo que pelear con el enemigo, no se levantó la voz motín en el campo de Mondragón: pero en cuanto se hubo entrado en la rendida ciudad, en el mismo día, subleváronse los soldados españoles, y no fué reclamando pagás atrasadas, sino para irse al continente de los Países Bajos; sin duda les atraía, con irresistible impulso, la vida errante y aventurera que allí llevaban sus camaradas.

Así resulta de la siguiente carta que Mondragón incluyó en otra suya al Consejo de Estado:

«Al muy ilustre Señor Crystóbal de Mondragón, coronel de Valones y gobernador de Zelanda por Su Magestad mi señor.

»Muy ilustre señor: Los señores soldados estan de parecer de »dejar estos fuertes, y visto esto, lo que e podido acabar con ellos, »fué que dejasen cincuenta soldados de los que estaban de guarnición, y otros cincuenta de los demás, asta que vuestra merced »provea de la guarnicion necesaria, y vuestra merced responda »luego con breveda, y probea, porque los soldados no quieren estar mas de aquesta noche, y á esta causa me ubieran de matar. »Yo e ablado aquí con el teniente de los Alemanes q'estan aquí de »guarnicion, á causa de q'allé el nombre que vuestra merced suele »le dar por una semana concluido, y me pidió la órden q'él avía de »tener en lo de la guardia, y asy le dí un nombre por esta noche, »en tanto que no byniere el de vuestra merced, porque venido el »de vuestra merced á tiempo, no balga nada el mío.=Nuestro Señor la ilustre persona de vuestra merced guarde.=Beso las muy »ilustres manos de vuestra merced.=Alonso de Ribera» (1).

Y los *señores soldados* hicieron como decían. Dejaron los fuertes en poder de los alemanes y valones, y por aquellos mismos estrechos y canales que tan gloriosamente habían atravesado en su acción ofensiva, volviéronse al continente de Flandes. ¿Qué provecho había de poder sacarse de la toma de Zierikzée, con una conducta semejante? Pero lo sucedido, oon ser tan grave, no era más que el principio del desastre. Al motín de los españoles iba á suceder en seguida el de los valones, originado de causas más elevadas y generales—como que fueron políticas,—pero que había de poner fin definitivo á la causa católica y española en el archipiélago de Zelanda.

(1) *Esté Alonso de Ribera sería un oficial, ó quizá, y parece lo más probable, un *elegto* de los soldados.

XVII

RESUMEN DE LAS CAUSAS DE LA GRAN INSURRECCIÓN FLAMENCA DE 1576 QUE ESTERILIZÓ LA VICTORIA DE ZIERIKZÉE

Del calamitoso período de los motines tenemos también una interesante colección de cartas de Mondragón; ó, mejor dicho, son estas otras cartas continuación de la correspondencia del Coronel con el Consejo de Estado, sobre el sitio de Zierikzée, aunque Gachard las publica aparte de aquéllas, y con fundamento, puesto que se refieren á diferente asunto. Con la ida sediciosa de los españoles quedaron á nuestro héroe para guarnecer la recién conquistada ciudad y demás puntos de la isla, así como para guardar su larga línea de comunicaciones, algunas compañías de alemanes y todo su regimiento de valones. Muy poco era, pero algo hubiera podido hacer con ello un jefe como Mondragón; estaba lo peor en que entre los valones reinaba extraordinaria agitación, y cabía, desde luego, asegurar que no habían de perseverar mucho tiempo en la fidelidad. Debíanse á esta tropa cinco pagas, y á ejemplo de los españoles, á quienes tomaban ellos por modelo, reclamábanlas los soldados á voces, y recorriendo en pandillas tumultuarias las calles de Zierikée y los campos vecinos. No tenía Cristóbal para pagarles; pero con ser esto tan grave, resultaba bagatela comparado con lo que corría por el fondo de todo aquello. Porque los gritos de la soldadesca valona pidiendo sus pagas, no eran sino cobertera de más transcendental espíritu de revuelta que animaba entonces á todos los flamencos, incluso los nobles y los obispos y sacerdotes. Todos á una, en efecto, habían resuelto echar á los españoles de los Países Bajos, pareciéndoles que eran nuestros compatriotas los causantes de todos sus males, y creyendo, aun los católicos más fervorosos, que mejor les iría componiéndose ó aliándose con los protestantes rebeldes que dejando encomendada la defensa de su fe á nuestros gobernadores y soldados.

Por extremo curiosa é instructiva suele ser la historia de todas las revoluciones; pero esta de los Países Bajos excede á cuanto se pudiera ponderar. Las causas religiosas, combinándose con las políticas de orden interior y con las rivalidades nacionales y con el carácter de los principales personajes de aquel gran drama, produjeron una serie de fenómenos sociales, especialmente de cambios de opinión pública, sorprendentes y maravillosos para quien no penetre muy en lo hondo de aquellos sucesos.

La política de Felipe II en Flandes tuvo siempre un fin religioso. Se necesita ser un sectario entontecido por el odio, ó un francés, aunque erudito, tan ligero en sus juicios como Forneron, para sostener en serio que el Rey Prudente aborreciese á los flamencos, ni aspirase jamás á la destrucción de los Países Bajos. Felipe II, sincera y profundamente católico, quería para Flandes, lo mismo que para España, la conservación de la unidad católica, considerada por él, con harta razón, como el mayor bien de que puede disfrutar toda sociedad humana.

Esta política suya no encontró en España dificultad alguna, porque era entonces la política de todos los españoles. El Rey no era en este punto sino uno de tantos; si estaba dispuesto, como cuentan que dijo en el auto de Valladolid, á llevar al quemadero á su propio hijo si cayera en herejía, la totalidad de los padres de familia castellanos y aragoneses de aquella época pensaban y sentían lo mismo que él. Si en España se hizo á Felipe II algún reproche por su política religiosa, fué por no ser tan severa como creían nuestros antepasados que debiera ser. Santos prelados, como el Patriarca Arzobispo de Valencia, Fr. Juan de Ribera, vieron en el desastre de la *Invencible* un castigo de Dios por no haber castigado á los moriscos según ellos merecían; y Fr. Lorenzo de Villavicencio elevó á S. M. un memorial desde Brujas, proponiendo, mucho antes de estallar las revueltas, y como medio preventivo de ellas, la ejecución en masa de 2.000 herejes (1).

Pero en los Países Bajos encontró esta política una oposición formidable. Hiciéronla en primer lugar los muchos que allí abrazaron la herejía, que en algunas provincias, Holanda y Zelanda especialmente, llegaron pronto á ser la mayoría de los habitantes. Con ser tantos, sin embargo, los herejes, parece indudable que Felipe II habría conseguido dominarlos, y aun destruirlos ó expulsar-

(1) Gachard.—*Correspondance*, tomo II.

Los del país, si los católicos de aquella tierra pensarán y sintieran en punto á represión de la herejía como sus hermanos los católicos españoles. No era así, y la actitud que desde el principio tomaron los católicos brabantinos y flamencos, fué, sin disputa, el obstáculo mayor que halló Felipe II para devolver á los Países Bajos la perdida unidad religiosa. Católicos, y muy observantes y fervorosos los más de ellos, eran los belgas de aquel tiempo, como han continuado siéndolo hasta hoy día; pero entendían sus deberes para con los enemigos de la Iglesia de muy diferente manera que los españoles de entonces. No entraban por la Inquisición, y no ya por el modo como estaba organizado este tribunal en España, sino que el principio mismo de la pena de muerte por delitos de religión, fué siempre singularmente aborrecible y repugnante. La doctrina de la tolerancia política ó civil con los herejes brotó en Bélgica, mucho antes de comenzar allí las alteraciones, y no brotó en el campo protestante, sino en el católico; católicos fueron, en efecto, los primeros que la sustentaron y defendieron, sin encontrar eco en sus compatriotas protestantes que, como calvinistas, profesaban aquella cruel y antipática intolerancia de que fué Servet víctima en Ginebra. En cambio, entre los católicos hizo la idea tal camino que maravillaba, con razón, á nuestros antepasados.

Mientras que F. Lorenzo de Villavicencio, párroco de la colonia española de Brujas, escribía, según hemos dicho, á Felipe II, que para prevenir mayores males, era menester matar, desde luego, á dos mil herejes, los nobles y burgueses más católicos propalaban que no se debía matar á nadie por crimen de herejía. *El primero que trató que no se habían de castigar los herejes, fué el Marqués de Bergas (1), el cual, no ha muchos días que, hablando con el deán de Santa Gula (2), le dijo: ¿En qué lugar de la Escritura halláis que los herejes han de ser castigados con fuego, ó con pena capital? Y estando los otros días en Achisgran, en los baños, le envió una dama á demandar consejo, cómo se habría con los herejes que en su tierra tenía, y respondió: al que se convierte no se le ha de dar pena, y al obstinado, yo no lo mataría, porque podría convertirse (3). Doce años después, escribía Requesens á Felipe II:*

(1) Berghes era el nombre de su título, según Gachard.

(2) Santa Gudula, ó más bien dicho, *San Miguel y Santa Gudula*, iglesia principal de Bruselas.

(3) *Relación de cosas que pasan en los Estados de Flandes, importantes al servicio de Su Majestad.*—7 de Febrero de 1566.—Gachard, *Correspondance...*, tomo I.

respecto de la libertad de conciencia debe de haber aquí muy pocos que no la deseen (1).

Parece seguro que en estas ideas liberales de los católicos flamencos, influían de un modo decisivo sus preocupaciones nacionales. Alarmáronse y alborotáronse los españoles, al principio del reinado de Carlos V, por ver á su Rey rodeado de flamencos y dando á flamencos los oficios públicos, y aun beneficios eclesiásticos del fuste del Arzobispado de Toledo; en el reinado de Felipe II volviéronse las tornas, y eran entonces los flamencos quienes se alarmaban y alborotaban, temiendo que pasase á españoles el gobierno de su país. Y como quiera que una política de severa represión religiosa, obligaba de suyo á sufrir la intervención española, medio insustituible de dominar á los protestantes, de aquí que por repugnarles el medio, repugnárales también el fin. Por lo menos, esta causa contribuyó poderosamente á determinar un estado de opinión que en el siglo XVI no podía ser más extraño; pero también coadyuvarían el temor de que se arruinasen los Países, entonces tan florecientes en agricultura, industria, comercio y comodidades y reglas de vida, y el carácter de aquellos naturales, más pacífico y dulce que el nuestro.

Lo cierto y positivo es que los católicos flamencos no querían Inquisición, ni á la española, ni á la flamenca, ni de ningún modo ó manera, y que los españoles los juzgaban por no querer Inquisición malos católicos, cómplices y amparadores de los herejes, y aun herejes solapados é hipócritas, más dañosos á la causa de Dios que los enemigos francos y declarados. Llegó á ser unánime opinión española que nada se adelantaría contra los protestantes de Flandés, si no se hacía previamente á los católicos de aquel país católicos buenos, es decir, católicos españoles, ó á la española, y surgió naturalmente la idea de *españolizar* los Países Bajos. El Duque de Alba fué allá con estos pensamientos, y su gobierno y su política no fueron sino esta tentativa vigorosamente acometida, y continuada con el mismo vigor por una serie asombrosa de esfuerzos inauditos ó extraordinarios.

Pocas veces se ha seguido un sistema de gobierno con más severa fidelidad á los principios que se habían aceptado como buenos. Hacían ascos los flamencos á los españoles, y el Duque se los dió hasta en la sopa. «*El Duque*—escribió D. Juan Zúñiga al Cardenal

(1) Carta de 8 de Marzo de 1574.—*Nueva Colec. de Doc. Inéd.*, tomo I.

Granvela—*desconfiaba de los flamencos, de unos por el parentesco y amor que tenían con algunos de los rebeldes, aunque fuesen ellos leales á S. M.; de otros por el odio que tenían á su propia persona y á la nación, y de otros por no tenerlos por muy soldados, y por muy blandos de condición para mandar. Daba por todas estas causas más autoridad que conviniera á los españoles.*» (1) Casi todos los cargos de alguna importancia, políticos y militares, fueron puestos por el Duque en manos de españoles. Cómo los ejercieron muchos de ellos, nos lo dice uno de los españoles más insignes y de superior espíritu que ha dado nuestra raza, que residiendo por entonces en Flandes, en el desempeño de una gloriosa comisión literaria, asistió como desinteresado espectador á muchos de los sucesos políticos que allí se desarrollaban; tal fué Arias Montano, el cual escribió: «*La soberbía de nuestra nación es intolerable, y su poco término que tiene en cariciar las naciones extranjeras, porque en España los extranjeros muy bien tratados son de los españoles, empero en sus mismas tierras no guardan á mi parecer la equidad que se requería en tratarlos, y no digo esto de los principales ministros de nuestra nación, sino de los medianos y de los menores* (2).» Y Zúñiga añadía: «*No hay duda sino que es pecado originario de nuestra nación querer mandar tanto los ministros como la cabeza, y atribuirse á sí todo lo bueno que se hace* (3).»

No es de maravillar que la malquerencia de los flamencos contra lo españoles fuera creciendo siempre bajo el gobierno del Duque hasta tomar las proporciones de un odio desahogado é implacable, ni que hasta los mismos obispos y abades, según escribía Requesens á Felipe II, dijeran que no sabían si les estaría mejor el yugo de los herejes que el de los españoles. *No faltó en el interin que esto pasaba quien persuadiese al Rey Católico que el haberse alterado de nuevo los flamencos era por la crueldad que había usado el Duque de Alba en castigar los delincuentes y la instancia que hacía en cobrar el décimo y veinteno de dinero, y por las insolencias de los soldados* (4). En España fué tan impopular

(1) Carta de 20 Junio 1574. *Nueva colección de documentos inéditos*, Tomo JI.

(2) *Advertimiento de Arias Montano*.—*Colección de documentos inéditos*, Tomo XXXVI, página 89.

(3) Carta citada á Granvela.

(4) Antonio Martín Río (Rolando Martín Miriteo).—*Comentarios de las alteraciones de Flandes*.—Traducido del latín al castellano por D. Rodrigo Medina.—En la *Colec. de memorias para la Hist. de Bélgica* figura esta obra, Tomos I, II y III, con el título de *Memorias de Río*.

la separación del Duque de Alba del Gobierno de Flandes, que los buenos españoles atribuyeron á esta medida la pérdida definitiva de Holanda y Zelanda y la temporal de las otras provincias; «mas el Rey deseaba tanto la reducción de los Países Bajos, que igualmente la desplacían sus daños y los de sus ejércitos. Y no se debe creer le hizo retirar al Duque el deseo de su vida, bien importante para la autoridad y conservación de su Monarquía, sino cierto desabrimiento que mostró en el tratarle después, y en préndelle adelante, por haberle persuadido contra razón que su imperiosa y seca condición, y la codicia de los que le asistían, le rebelaron los Países la segunda vez» (1).

Los documentos confirman las aseveraciones de los historiadores panegiristas de Felipe II. Por todos los conductos llegaban al Rey informes contrarios á la política del Duque de Alba, y de la necesidad urgente de cambiarla, si no se quería perder completamente los Países. El embajador de S. M. C. en Roma, escribiale en 27 de Enero de 1574: *El embajador de Suecia ha dicho aquí que en Alemania todos tienen por cierto que no podía V. M. conservar los Estados de Flandes, si no se muda totalmente el modo del Gobierno pasado, porque los pueblos están desesperados, y se han perdido mucho las voluntades de los aficionados que V. M. tiene en Alemania con el término que el Duque de Alba ha tratado lo de aquella nación* (2). Granvela, en cuya poderosa inteligencia tanto fiaba el Rey de España, desaprobaba absolutamente la política del gran Duque: *si no se cobra la voluntad de los vasallos (flamencos) aunque se envíen veinte mil españoles, no harán nada* (3). Tal era su modo de ver las cosas. Insistía siempre en esta idea: *asegurarle á S. M. los dichos Estados, como he escrito hartas veces, no se hará jamás por la fuerza sola, y poca fuerza y mucha negociación y maña es lo que hace al caso* (4). El Duque hubo de resentirse de la oposición de Granvela: *Díjome ayer el cardenal Pacheco—escribía Zúñiga á Granvela—que cuando habló en Génova con el Duque de Alba, éste se quejó de que V. S. había hablado mal de él públicamente en su mesa, y que el Duque se maravillaba, porque decía que había sido siempre muy buen amigo de V. S. Yo le dije que siempre había oído hablar á V. S. bien del Duque, á no ser*

(1) Cabrera de Córdoba.—*Hist. de Felipe II*, lib. X, cap. XIII.

(2) Zúñiga á Felipe II.—*Nueva colec.*, t. I.

(3) Granvela á Zúñiga (carta desde Nápoles, á 22 de Marzo de 1574).—*Nueva colec.*, t. II.

(4) Granvela á Zúñiga (carta de 19 de Mayo de 1574).—*Idem id.*

que el camino de la fuerza, que en las cosas de Flandes no era el que convenía. Replicó Pacheco que esto no importaba, que V. S. se lo había escrito al Duque, pero que eran otras cosas (1). Y Granvela contestaba á esto: ... yo, verdaderamente, y en público y en secreto, siempre he hablado muy bien del señor Duque de Alba, y alabándole por el más prudente príncipe que yo conozca; pero es verdad que de la forma con que se han tratado los negocios de Flandes, he tratado como hombre de diferente opinión, y esto no es hablar mal, pues quizás soy en esto engañado, ni porque diga otra cosa digo mal dél...; pero sé que, sea por quien quiera, se han arruinado los Estados de Flandes debajo de su Gobierno, de manera que está el Rey en peligro de perderlos, y si no me engaño, ha habido ocasiones para acomodarlo todo con gran facilidad, y que con mejor reputación del Rey que por lo que está entre manos... Y torno á decir que si no se ganan las voluntades de los súbditos y no vuelven los negocios al antiguo camino, poco firme durará cuanto se hiciera, y que aquellos Estados ternán á S. M. en perpetua inquietud y desabrimento. Plegue á Dios que me engañe (2).

Las cosas de Flandes se habían puesto de tal modo con el gobierno del Duque de Alba, que el mismo Papa hubo de indicar que se abandonasen aquellos países: *El Papa*—escribía Zúñiga,—*tiene miedo de que se pierda la Goleta, y habiendo dicho que por qué el Rey no había metido más gente, le respondió una persona que las necesidades de S. M. eran la causa, y replicó el Papa que dejase S. M. los Estados de Flandes, y atendiese á estotro, que me pareció la más inicua é indigna palabra que podía decir un Pontífice, siendo aquel negocio que tanto importaba á la Religión* (3).

Felipe II hubo de ceder al clamoreo general, y por eso reemplazó al Duque por Requesens. Pero, por una parte, ya era tarde para ganar las voluntades de los flamencos católicos, y por otra, el Rey, aunque dispuesto á entrar por la vía de las transacciones, estaba resuelto á transigir lo menos posible. Todo indica que creyó que bastaría para recobrar el afecto de los súbditos, el simple cambio de personas, y si así fué, engañábase absolutamente. *Aunque todos huelgan de ver al Duque de Alba en España*—escribía en aquella sazón un hábil diplomático,—*todavía hay algunos á quien*

(1) Zúñiga á Granvela (carta de 9 de Agosto de 1574).—*Idem.* t, IV.

(2) Granvela á Zúñiga (carta de 11 de Agosto de 1574).—*Idem.*

(3) Zúñiga á Granvela (carta de 13 Agosto 1574).—*Idem.* id.

parece que si el Rey no ha de tomar otro medio para asentar las cosas de Flandes, ni mudar el Gobierno, sino llevarlo adelante como hasta aquí, que fuera mejor dejarlo en aquellos Estados; porque, en fin, aunque era odiado de todos, temieranle también todos, y le respetaran mucho más que harán á otros (1).

La observación era exactísima. Para seguir la política del Duque de Alba, no había mejor agente que el mismo Duque. Imponíase, no un cambio de personas, sino de sistema. Pero ¿cómo había de ser el nuevo que se implantase? Felipe II tenía decidido el no ceder en un ápice en la cuestión religiosa, y precisamente á los católicos belgas se había metido en la cabeza el principio de la tolerancia civil con los herejes, cosa que repugnaba al Rey de España tanto ó más que la herejía misma. Tampoco quería el Rey, juzgándolo indecoroso para la Corona, entrar en conciertos con los rebeldes, y he aquí que los católicos belgas juzgaban que lo primero y principal que había que hacer era entrar en conciertos con ellos. *El Comendador Mayor*—escribía Zúñiga á Granvela—*pide parecer en todo á los señores flamencos; pero todos le dicen que no hay remedio, si no es concertarse con los rebeldes, y especialmente con el Príncipe de Orange (2).*

No había, por tanto, fórmula ó base para la transacción que se apetecía, ó, mejor dicho, que se juzgaba inevitable; y así, el gobierno de Requesens, en vez de ser conciliador, fué vacilante y débil, lo cual es muy distinto, y agravó los males en lugar de remediarlos. Da pena leer la correspondencia del Comendador Mayor; el disgusto de los flamencos iba creciendo siempre, é ibase con él haciendo mayor el vacío en torno de nuestro gobierno; y mientras que la multitud miraba con torvo ceño á las autoridades y á los soldados, los magnates huían de la Corte, retirándose á sus antiguos castillos señoriales, ó á las vecinas naciones extranjeras. Los pocos que permanecían en Bruselas, perdido el miedo que siempre les inspiró el Duque de Alba, tomando por pusilanimidad la dulzura de carácter de D. Luis de Requesens, y por falta de medios para otra cosa su sincero deseo de una reconciliación verdadera, usaban un lenguaje insolente que ya se hubieran guardado ellos de permitirse ante las barbas del gran Duque. El Duque de

(1) Dietristan á Ruiz de Azagra (carta de Viena á 27 Mayo 1574).—*Nueva Colección*, tomo II.

(2) Zúñiga á Granvela (carta de 13 Junio 1574).—*Nueva Colec.*, tomo III.

Arshcot, que nuestros antepasados llamaban Duque de Ariscot ó de Hariscote, gran señor, dueño de inmensas propiedades territoriales, ferviente católico y leal realista, había sido hasta entonces uno de los más firmes pilares de la causa española en Flandes, que había servido con sus riquezas y el prestigio de su posición, aunque no con sus talentos, pues parece que fué en este orden persona muy adocenada. Era antiguo amigo personal del Duque de Alba, y á propósito de esta amistad, contábase una anécdota de la época de la batalla de San Quintín, que no deja de tener gracia.

Reclamaba el Duque de Arshcot, como derecho de su casa, el ser tratado con la misma ceremonia que los Príncipes y Grandes de España; pero en la Corte no le reconocían esta preeminencia. Así estaban las cosas, cuando hubo un día función en la Capilla Real de Bruselas, tocando oficiar de Mayordomo Mayor al Duque de Alba. Entró su amigo el Duque flamenco, y sin pedir permiso á nadie, fué y tomó asiento en el banco reservado á los Grandes. Notólo Felipe II, y no bien concluyó la fiesta, llamó al de Alba, y en tono severo le dijo: «¿Cómo no habéis castigado al Duque de Hariscote por haberse asentado donde no le correspondía?—Señor—respondió el de Alba,—yo sé castigar, y castigaré siempre á los que se levanten ante S. M.; pero á los que se asientan, no sé qué castigo les he de poner» (1).

El gran señor flamenco permaneció siempre fiel á la amistad del Duque español, y en una carta de éste al Rey, decíale que el único amigo verdadero que quedaba á España entre los señores de los Países era el Duque de Ariscot, y *ese sabe V. M. lo que vale*. Pero en la calamitosa época de Requesens hasta este Duque nos levantó el gallo: «aunque yo tengo al Duque de Ariscot por católico—(escribía el Comendador Mayor)—y sé que no tendrá inteligencia con los enemigos, es tan inconsiderado, y está tan puesto á reprobarnos cuanto de ocho años á ésta parte aquí se ha hecho, y es tanto el odio que tiene á los forasteros, y habla públicamente de manera en todas las cosas, que creo que es gran causa del descontento de los otros» (2).

La opinión era, pues, unánime. Y la astucia del Príncipe de Orange aprovechábala diestramente. Decía á los católicos que no había él tomado las armas, sino para echar á los españoles de los

(1) Zapata: *Miscelánea*, pág. 395.

(2) Requesens á Felipe II (carta de 8 Marzo 1574).—*Nueva colec...*, tomo I.

Países Bajos, y que si se fueran los españoles habría paz, respetándose la religión católica en todas las provincias donde dominaba. Y á la vez decía á los protestantes que no habría acomodamiento alguno, ni entraría él en tratos con las provincias católicas, si no admitían éstos como base de concordia la expulsión de los españoles. Esta expulsión fué, pues, la fórmula ó aspiración de todos: «Orange ofrece á los suyos que no admitirá ningún acomodamiento mientras que los españoles estén en Flandes, y les dice que no se fien de ningún español, porque nuestra nación tiene la opinión del Concilio de Constanza de que no se ha de guardar fe á los herejes. Pero en cuanto á echar los españoles de aquí están conformes los rebeldes con los que se llaman leales, y mucho más con los mismos españoles, según desean irse» (1). Así resumía Requesens la situación de las cosas.

En tal estado los espíritus, ¿qué podía resolver favorablemente para la causa española un suceso militar, aunque fuese tan importante como la toma de Zierikzée y derrota de la escuadra holandesa? Y cuenta que cuando se logró tan señalado triunfo, otros dos sucesos habían agravado extraordinariamente la situación: uno, los motines de los soldados españoles, y otro, la muerte del Comendador Mayor, no dejando sucesor en el gobierno, del que se apoderó con anuencia del Rey el Consejo de Estado, es decir, la representación de la nobleza flamenca, que nos era tan hostil.

Véase lo que son en política la hipocresía ó los contrasentidos. Aquel mismo Consejo de Estado que reprendía á Mondragón por haber dejado salir libres de Zierikzée á los pastores protestantes, estaba en tratos con el Príncipe de Orange, y resuelto á expulsar del país, no á los ministros de la herejía, sino á los españoles, que eran sus más temibles enemigos.

(1) Requesens á Felipe II carta de 2 Julio 1574) —*Nueva colec.*., tomo III.

XVIII

MONDRAGÓN PRISIONERO DE SUS SOLDADOS EN ZIERIKZÉE.—SUCESOS EN EL CONTINENTE.—SITIO DE LA CIUDADELA DE GANTE.—HOROICA DEFENSA DE LA FORTALEZA POR LA MUJER DE MONDRAGÓN Y EL CAPITÁN ÁLAMOS.—MONDRAGÓN NO ACOMPAÑÓ Á LOS ESPAÑOLES EN SU VIAJE Á ITALIA.

Precipitáronse los sucesos con la rapidez y confusión que son propios de las revoluciones. Los españoles, que se habían marchado de Zierikzée, encontráronse pronto en el continente con otros camaradas del tercio de Valdés, á que ellos pertenecían, y juntos todos, se alzaron con la villa de Alost, cabeza del condado del mismo nombre, y población fortificada; constituyeron allí la más singular república guerrera, gobernada por *electos*, es decir, por soldados elegidos tumultuariamente por sus compañeros, y enviaron mensajeros á Bruselas con la intimación de que, ó se les pagaban inmediatamente cuantos sueldos les eran debidos, ó procederían ellos á cobrárselos *manu militari*. Inmenso terror se apoderó de la ciudad y de todo el país. El pueblo de Bruselas levantóse pidiendo arma, para defenderse de los españoles, y comb fuese asesinado en el tumulto un criado de Jerónimo Roda, y la plebe amotinada, loca ya por la vista de la sangre, solicitase las cabezas de todos los españoles, la parte indígena del Consejo de Estado, excepto Mansfelt que no salió nunca del camino de la fidelidad, aprovechó la ocasión para desprenderse de los españoles que había en él, y que eran es citado Roda, Julián Romero y D. Alonso de Vargas. Con pretexto de salvar sus vidas de las iras del populacho, el Consejo los redujo á efectiva prisión.

Apellidando al Rey, protestando de que todo lo hacían por su servicio, en bien de la Religión Católica, y para salvar al país, amenazado por la soldadesca, atribuyendo á nuestros compatriotas cuantos males venían sufriendo, todas las provincias, menos la lealísima de Luxemburgo, pronunciáronse al grito de *afuera los soldados españoles*. Pocas veces en la historia habrá llegado á ser tan aborrecida nuestra nación, como lo era entonces en los Países

Bajos. *El nombre de español les hace asco; se empeñan en que hasta los galgos han de salir, y llamarían al Turco antes que á los españoles* (1). *Esta gente quiere resolutamente dar la ley, no recibilla; quieren que salgan los españoles, ó morir en la demanda* (2).

Mientras que en las provincias continentales se desarrollaban estos transcendentales acontecimientos, Mondragón permanecía en Zierikzée, abandonado de los españoles y tratando en vano de someter á sus valones, á estos soldados que había él formado y conducido tantas veces á la victoria. El regimiento se componía en esta época de 1.600 hombres (3), todos veteranos, constituyendo el más excelente cuerpo que había en los Países Bajos á la sazón; su oficialidad era de nobles, siendo varios de los capitanes señores titulados, y otros secundones de grandes casas. A todos inspiraban profundo respeto las canas, los servicios y el carácter del Coronel; pero había llegado ese momento en que las pasiones nacionales ó políticas se sobreponen á todo otro afecto; el coronel tenía para ellos entonces un defecto insubsanable, el de ser español. Tratáronle, sin embargo, con la consideración posible en aquellas extraordinarias circunstancias, y muy cortésmente le dijeron que ellos obedecían á los Estados, y que los Estados no querían que mandaran españoles regimientos valones, que deploraban esta determinación porque le estimaban y respetaban de veras; pero que no podían remediarla, y así, lo mejor que podía hacer, era quedarse en Zierikzée, donde no habían de faltarle la mejor casa por alojamiento, los mejores manjares en su mesa, los mejores caballos para pasear y á todos ellos, sus capitanes, alféreces, sargentos y soldados para servirle y agasajarle. Quiso Mondragón salir de la ciudad; pero ya esto no se lo consintieron. Y así, por extraña peripecia de la fortuna, este caudillo quedó prisionero en la misma plaza que acababa de conquistar tan gloriosamente, y por los mismos guerreros que acababa de conducir á triunfo tan señalado. ¿No pasan estas aventuras de los límites usuales de la historia, para tomar carácter de novela caballeréscas, y no de las más razonables ó verosímiles?

(1) *Carta de D. Juan de Austria á Felipe II.*—*Correspondance*, tomo IV.

(2) *Carta de Escobedo á Felipe II*, 8 Diciembre 1576.—*Colec. de Doc. Inéd.*, tomo L.—Al margen de la frase copiada, puso Antonio Pérez: *Habla bien claro Escobedo.*

(3) *Colección de documentos inéditos.*—Tomo, XXXI.

Terrible debió de ser para Mondragón este cautiverio, aunque fuese tratado con tanta consideración personal por sus inferiores, *por estos diablos alterados*, como decía él en una de sus cartas al Consejo de Estado; porque mientras estaba él prisionero en Zierikzée, la ciudadela ó castillo de Gante, de que era castellano, y donde residían su mujer é hijos, había sido atacado por los flamencos y sufría terrible asedio.

Los sucesos que se desarrollaban entonces en Gante, y por los que alcanzó tanto relieve histórico la mujer de Mondragón, Guillemette de Chastelet, son interesantísimos, y su exposición crítica llenaría muchas páginas, tanto por la magnitud y complicación de los mismos acontecimientos, como por lo muy estudiados que han sido, y lo son aún por los eruditos belgas. Todavía en las academias y en las clases superiores de Historia (1) del reino de Bélgica, es asunto preferido de investigaciones y examen la *Pacificación de Gante*, ó sea el solemne acuerdo tomado por los Estados Generales de las Provincias flamencas y valonas, el día 8 de Noviembre de 1576, de restablecer la paz con las Provincias de Holanda y Zelanda, sobre la base del más escrupuloso respeto á los antiguos fueros del país, y de la expulsión de las autoridades y tropas españolas (2); *la Pacificación de Gante*, de que fué celebrado el centenario, hace veintinueve años, con grandes festejos, y entre ellos una lujosa cabalgata histórica representando los tipos y personajes del siglo XVI, se hizo á nombre de Felipe II; pero fué la condenación de la política seguida por Felipe II en los Países Bajos desde el comienzo de las alteraciones hasta su fecha. Enséñase aún en el *Hotel de Ville*, grandioso edificio de fines del siglo XV, reformado y embellecido en el siguiente, *la sala de los Estados*, con un magnífico artesonado, dos chimeneas monumentales y una lápida que recuerda al visitante que allí fué donde los abades, señores y burgueses afirmaron y proclamaron la personalidad política de los Países Bajos con una especie de *declaración de derechos*, que al cabo hubo de aceptar el mismo Rey de España.

La *Pacificación de Gante* fué, por decirlo así, la cúspide ó el momento culminante de la revolución flamenca; pero para llegar á él hubo que recorrer largo camino, á través de los episodios y pe-

(1) Véase la interesantísima obra *L'Enseignement Supérieur de l'Histoire.—Notes et impressions de voyage*, par Paul Fredericq, professeur á l'Université de Gand.—Gand, 1899.

(2) Mendoza (Lib. XVI, Cap. III) trae la traducción española del texto francés de la *Pacificación de Gante*.

ripecies que son naturales en períodos revolucionarios. El más dramático de todos esos episodios fué el sitio de la ciudadela, con la heroica defensa que hicieron de ella los soldados españoles, mandados por el teniente de Mondragón, Antonio de Álamos Maldonado, y enardecidos por la misma mujer del castellano, Guillemette de Chastelet.

No hemos de referir aquí este asedio, cuya narración hicieron ya perfectamente Mendoza, Strada, Bentivoglio y demás historiadores clásicos de las guerras de Flandes, habiendo además muchos pormenores en las historias locales de Gante, y en las nacionales de Bélgica (1). Baste con apuntar lo más importante. Agitado el elemento popular en Gante, por el temor á los soldados españoles amotinados y dueños de Alost, muy justificado sin duda, pero también extremado para los fines de la revolución que se proyectaba, se armó y organizó en seis banderas ó compañías, cosa relativamente fácil existiendo una regular milicia ciudadana, ó concejil como se decía en España; desde luego trataron los ganteses de ocupar la ciudadela, pretextando que los españoles que la presidiaban, abrirían las puertas á los amotinados de Alost, para que saqueasen la ciudad. Como no se accedió á sus pretensiones, rodearon en seguida el Castillo, tanto por la parte interior de la población como por la del campo, y empezó el sitio.

La guarnición española era de doscientos hombres. En ausencia de Mondragón mandábala su teniente Antonio de Álamos, el cual sería, según todas las probabilidades, sobrino carnal del Coronel, hijo de su hermana María y del capitán Juan de Álamos, que figura en el testamento de Mencía de Mercado (2), porque aunque usaba de segundo apellido Maldonado, y no Mondragón, es sabidísimo que en el siglo XVI no se observaban en esto de los apellidos las reglas fijas actuales. Otros sobrinos carnales del Coronel militaban también en Flandes, á las órdenes de su tío: Alonso, el hijo de Magdalena, servía desde 1571, y D. Luis de Beaumonte ó de

(1) *Vlaenesche Kronn 'le of Daglegis te (1566-1585), van Phde Kempenaere. — Gand 1839. — Cours d'histoire nationale, par M. l'abbé Nameike.* Ha tenido la bondad de remitirnos un extracto de la parte más interesante de esta última historia, referente al sitio de la ciudadela de Gante, el Rdo. P. Dominico belga Fr. José Vuss, del Convento de Aubange, á quien enviamos desde aquí la expresión pública de nuestro reconocimiento. Mr. Paul Fredericq nos ha mandado á su vez lo substancial de la *Notice sur la défense soutenue au Château de Gand, par madame de Mondragon en 1576*, publicada en el Boletín de la Academia Real de Bélgica, tomo XXIII. — Bruselas, 1856.

(2) Véase el artículo III.



GENDT ist ein großes Gut
 Der Spieß hat gefahren fast
 Aus dem Citadell mit großer Macht
 Geschossen hat es viel und nicht
 Der Stadt wohl schaden angerhan
 Darin hat sich sein Leben verthan
 Das die Bürger und Prioren kriegte
 Haben sich müssen kühn und recht
 Nimm es in mit großer Macht
 Und streifen auf die Spinnen kühn

Anno Dñi M. D. LXXVI. IX. Novemb.

Prisión de la mujer é hijas de Mondragón en la ciudadela de Gaute.

(Grabado de la época).

Beamonte, hijo ó nieto probablemente de Juan de Mondragón (1), el cual, años adelante, según refiere Osorio (2), reclutó en Medina trescientos infantes, los más naturales de la villa, y con ellos fué á Flandes, tomando parte muy activa en la guerra de Francia (3).

El Castillo, aunque tan fuerte, como le había mandado construir Carlos V, tenía por este tiempo muchas deficiencias para resistir con ventaja en un obstinado asedio. Consigna Mendoza que los sitiados tuvieron que improvisar parapeto en las murallas, porque no lo había; que el foso, de malas condiciones en la parte que miraba al arrabal de San Bavón, era todo él de suerte que podía sangrarse, y quedar seco, como lo hicieron los flamencos abriendo hondos cauces por dicho arrabal; y, finalmente, que había casas altas hasta en el mismo borde del foso, y desde varias de estas casas, así como desde algunos campanarios y torres de la ciudad, se registraba todo el interior de la fortaleza. Añade Strada que cogieron los sucesos al castillo de Gante mal proveído de municiones y vituallas.

A pesar de todo, los doscientos hombres de Antonio de Álamos, no sólo se sostuvieron gallardamente contra los milicianos de Gante, sino que dominaban el arrabal, y no dejaban aproximarse al castillo á los enemigos, los que habían de contentarse con hacer fuego á distancia, de poco ó ningún efecto en aquel siglo. Pero pronto cambió esta situación. De todos los puntos de Flandes acudieron milicianos y soldados, de los que hasta entonces habían peleado con los nuestros; del regimiento de Mondragón fueron á Gante desde Zierikzée varias banderas, y los defensores de la ciudadela tuvieron contra sí, no una milicia concejil numerosa y bien armada, sino un ejército. El Conde de Reulx, buen católico, y hasta este tiempo amigo de españoles, era su general en jefe, y la fuerza de que disponía para tomar el castillo, estaba distribuída en más de treinta y cinco banderas (4), con un tren de caballería formidable para la época. Atrincheró el Conde cinco compañías en el arrabal de San Bavón (5), empezó los trabajos de ingeniería para

(1) Hijo de Martín de Beamonte, que lo era á su vez de Juan de Mondragón y de doña Beatriz de Beamonte, según el testamento de la madre del Coronel.

(2) Cap. XVIII del lib. III (pág. 277 de la *Hist.* del Sr. Rodríguez).

(3) Siendo capitán cuando las guerras de Francia, es natural que en 1576 fuera ya soldado.

(4) De 35 á 40. dice Mendoza.

(5) Cuando empezó este atrincheramiento. Álamos envió al sargento Quirós con cuatro soldados á preguntar que con qué orden hacíase aquello, y los flamencos respondieron que no era para atacar el castillo, sino para poner á cubierto la ciudad de los amotinados de Alost, que podían entrar por aquella parte.

dejar el foso en seco, y por tres partes colocar su artillería, batiendo tan bien el interior del castillo, que no podía caminarsé por él sin notorio riesgo. Pero nada desanimó á los doscientos héroes allí encerrados, que, como dice Mendoza, no podían apartarse un momento de sus puestos, por ser tan pocos, y *serles necesario estar siempre con las armas en la mano á la guardia y defensa de las murallas.*

Tan enérgica y prolongada era la defensa, que el Conde de Reulx y los ganteses, desesperando de poder rendir la ciudadela con más de veinte mil hombres, entre milicianos y soldados, que tenían empeñados en la empresa, prescindiendo de todo escrúpulo, llamaron en su auxilio á los orangistas, y entregándoles la villa de Nieuport en rehenes, obtuvieron de ellos poderoso socorro de artillería y nueve compañías de infantes. Así la revolución iba, como todas, haciendo su camino, y cayendo rápidamente del lado á que se inclinó desde su principio; los flamencos católicos no podían por sí solos arrojar á los españoles, sino que huyendo de ellos, caían fatalmente en manos de los holandeses protestantes.

Con el refuerzo de los holandeses fué combatido el castillo con cuantos elementos y medios podían ser empleados en el siglo XVI para expugnar plazas de guerra. En la noche del 7 al 8 de Noviembre, ya enteramente seco el foso, y batida la muralla desde altas plataformas, dieron un furioso asalto, moviendo al efecto nueve mil hombres. Los defensores eran tan pocos, que en cada batería sólo se contaban veinticuatro, en los baluartes un cabo de escuadra con ocho soldados, y en cada cortina del muro un soldado de centinela, *que era muy poca gente* (dice Mendoza) *para guardar las baterías y tan gran plaza, principalmente siendo la distancia que había de la una batería á la otra de más de mil y quinientos pasos, y sin poderse ver de una parte á la otra.* A pesar de todo, los nuestros, no sólo rechazaron el asalto de la noche del 7 al 8, que duró hasta las tres de la madrugada, sino otro terrible que dieron el 8, que duró dos horas.

Pero esta hermosísima victoria, como suele ocurrir á las de su clase, no podía ser definitiva. La ciudadela de Gante, aislada é in-comunicada del resto del país, sin ninguna esperanza de socorro, faltándole la pólvora, y á punto de acabarse también los víveres, hubo de capitular el día 11 de Noviembre, es decir, después de haberse firmado en la ciudad la famosa Pacificación. Mientras que los abades, señores y burgueses, reunidos en Estados Generales,

acordaban y subscribían el célebre documento, especie de carta magna de la revolución belga, tenía lugar el segundo asalto, rechazado, como el anterior, por los sitiados.

No aparece más en la historia este capitán Antonio de Álamos Maldonado; pero esta página de la defensa del castillo de Gante que escribió, es de las más bellas de las guerras de Flandes, y, por tanto, de los anales militares de nuestra raza; es también, como la de los vadeos de Mondragón, de las que no se han olvidado. Los Álamos de Medina del Campo eran, según ya se ha dicho en este estudio, de las familias verdaderamente nobles, no sólo de la villa, sino de España en el siglo XVI. Sancho Panza, para ponderar la principalía de aquel hidalgo de su pueblo que convidó á comer al labrador que no quería sentarse á la cabecera de la mesa, por lo que tuvo que dir aquello de *sentáos, majagranzas, que adonde quiera que yo me sienta será vuestra cabecera*, dice de él: *un hidalgo muy rico y principal, porque venía de los Álamos de Medina del Campo*. De la misma cepa brotó el heroico defensor de la ciudadela de Gante.

Mendoza no cita más en tal concepto que á Álamos; pero todos los demás historiadores ponen á su nivel, y algunos más alta, á la mujer de Mondragón. Strada afirma de un modo resuelto que la mujer del caudillo fué alma de aquella brillante defensa, y Bentivoglio dice en una nota: *La mujer de Mondragón, que se hallaba en el Castillo cuando lo atacaron las tropas de los Estados, se defendió con un valor heroico, reemplazando á su marido de una manera extraordinaria en su sexo* (1). Las historias flamencas conceden el primer puesto á Guillemette de Chastelet, y muy significativo es el hecho de que, ajustada en la capitulación la libre salida de los españoles sitiados, y cumplida esta cláusula por los vencedores (2), no quisieran éstos, sin embargo, soltar á la esposa del Coronel; por lo contrario, es hecho contado por todos y que dice muy poco en favor del Conde de Reulx, que la ilustre y valerosa señora fué llevada y paseada, como un trofeo, por las principales ciudades de Flandes, celebrando el populacho su cautiverio é insultando su infortunio con la insolencia y la crueldad propias de las pasiones po-

(1) No podemos afirmar categóricamente si esta nota es de Bentivoglio ó del canónigo de Orleans, Mr. Loiseau, traductor francés del Cardenal italiano, puesto que se halla en la edición francesa de 1770.

(2) La guarnición con armas y bagajes fué conducida hasta la frontera de Francia.

líticas, excitadísimas en aquellos terribles días de entusiasmo y de odio (1).

El grabado de Hogenberg que publicamos, también debido á la amabilidad de Mr. Paul Fredericq, representa el momento de la capitulación del Castillo, en que salen los soldados y son hechas prisioneras por los flamencos la mujer y las dos hijas de Mondragón. M. Prudetvan Duyse, en su *Notice sur la défense soutenue au Chateau de Gand, par Mme. Mondragón en 1576*, refiere, basado en documentos de la época, que, *una vez que hubo capitulado madame de Mondragón, y fué sacada del Castillo, se confiscaron sus dos vajillas de oro y de plata, y se dispuso sacarlas á pública subasta; pero habiendo llegado al país D. Juan de Austria, reclamó de los Estados Generales la suspensión de la venta, y que las vajillas fueran devueltas á su dueña, en recuerdo de la heroica defensa que había hecho en el Castillo.*

¿Qué había sido entretanto de Mondragón? Las *Memorias Anónimas* puntualizan que su regimiento hallábase en Amberes el 13 de Noviembre de 1576, donde hizo acto solemne de adhesión á los Estados Generales, lo que no quiere decir ciertamente que de mucho antes no hubiese abrazado dicha causa, y sin fijar fecha, dice: *el Capitán Dragón fué sorprendido por el Conde de Hohenloe, sobre el Martens-Dyck.* Estos dos datos inducen á creer que mientras se desarrollaban los sucesos de la revolución en las provincias de Flandes, los valones, si no juntos, por compañías, fueron abandonando á Zierikzée, y que Mondragón se vendría también, ó solo, ó con una escolta de soldados fieles, quizá alemanes, siendo detenido en el camino por el Conde de Hohenloe (2). Lo que parece cierto de todo punto es que nuestro heroe no fué en esta ocasión á verse con D. Juan de Austria, sino que estuvo prisionero, aunque no quepa precisar si de los belgas ó de los orangistas.

Es, pues, absolutamente inverosímil la arenga ó parlamento que Lope de Vega puso en labios de Mondragón despidiéndose de D. Juan de Austria; discurso, por otra parte, poco en armonía con el carácter seco del Coronel, y que sólo demuestra, por tanto, el desconocimiento de dicho carácter por el gran poeta. Creemos, sin embargo, que agradará recordarlo aquí:

(1) Del Río lo cuenta así: *Un titulado de Flandes, antes de dar libertad á la mujer del Castellano (Mondragón) la llevó por algunas villas, como en triunfo, por señal de la victoria.*

(2) Cabrera de Córdoba refiere que Mondragón y su mujer, presos de los Estados, fueron canjeados al darse el Edicto Perpetuo.

Ved, señor, cual vuestra Alteza
ordena, dispone y manda
salgamos los españoles
de Flandes para ir á España,
las rodelas en las fundas,
las espadas en las vainas,
las trompetas en los hombros,
en los bagajes las cajas.
Ya se libró la cerviz
Flandes, de la dura carga
de la opresión española
que tanto la ofende y cansa;
ya quedan con vuestra Alteza,
encargados de su guarda,
sus fuerzas en sus presidios,
con sus soldados sus plazas:
lloremos, que vuestra Alteza
es prenda importante y cara,
del Rey vuestro señor es,
del honor de España el alma;
es el sol de la milicia,
el laurel guardado de Austria,
gran defensor de la fe,
mar de nuestras esperanzas,
y queda el mar suelto al viento
y el sol entre nubes pardas,
y la prenda en un empeño
de sospechosa ganancia (1).

Bien es cierto que ni Mondragón ni ningún español se despidió de Don Juan, como supone Lope de Vega, porque precisamente cuando partieron de Flandes, no para España, sino para Italia, el mayor sentimiento que llevaban, según Del Río, *es no haber visto al Señor Don Juan*. Certísimo es también que Mondragón no se fué con los españoles. Ni Del Río, ni Mendoza, ni ninguno de los contemporáneos lo cita entre los que partieron. Es lo probable, casi lo seguro, que una vez publicado el *Edicto Perpetuo*, y libres, en su virtud, nuestro héroe y su familia, retiráranse á la Lorena, de donde era Guillemette y tenía sus posesiones familiares. Aunque muy en breve había de volver Cristóbal á los Países Bajos, ya no había de volver á pisar aquel Archipiélago de Zelanda, donde había hecho tan grandes cosas, y dejado, no sólo la memoria in-

(1) Comedia *Don Juan de Austria en Flandes*.

marcesible de sus hazafías, sino también su espada, si hemos de creer á la tradición popular. Edmundo de Amicis, en efecto, al enumerar las rarezas y singularidades que observa el viajero en las misteriosas islas zelandesas, dice: *¿En qué otro país, como en Wameldinge, la espada del Capitán español Mondragón sirve de pararrayos á una torre?* (1).

(1) *Holanda.*

ANTECEDENTES DEL GOLPE DE ESTADO DE NAMUR.—LLAMAMIENTO A
LOS ESPAÑOLES.—ALEJANDRO FARNESIO EN FLANDES.—MONDRAGÓN.
SU AUTORIDAD EN ESTA ÉPOCA.

Es fácil hacer una revolución; muy difícil regularla, y contener sus efectos en los límites consentidos por la realidad histórica. Los católicos belgas creyeron de buena fe en el establecimiento de la libertad religiosa y de la autonomía política de sus provincias, bajo la autoridad, más honoraria que efectiva, del Rey de España, representada por su Gobernador general en los Países Bajos, y ni una cosa ni otra era posible en las circunstancias que á la sazón atravesaban.

En lo religioso comenzaron á practicar la libertad de conciencia con un alcance y descaro no consentido por los términos de la Pacificación de Gante, y que escandalizó profundamente á D. Juan de Austria. *Por política y conveniencia*, escribía D. Juan al Rey, *para que creciese el trato y comercio de que se sustentan, era necesaria esta libertad, y como son tan interesados, generalmente abrazan todo aquello que se encamina á este fin, sin acordarse de Dios ni de V. M.* (1). Escobedo añadía: *Veo ciegos preladados; los clérigos olvidados de todo lo que no es beber y vivir en libertad; los caballeros, muy aficionados á sus abadías; los artesanos, que su Dios y su Madre es solo el trato. Y está esto admitido en tanta manera, que con saber ellos quién es hereje, sin ningún escrúpulo, casan sus hijos los unos con los otros sin distinción, como lo de la hacienda se acomode, que es el último mal á que se puede llegar, porque los unos y los otros, con ésto, muestran claro que no creen en nada, sino en hacienda* (2).

• Pero los mayores enemigos de esta libertad de conciencia con que soñaban tan á deshora los católicos de Flandes, eran los protestantes. Había entre los rebeldes dos partidos ó tendencias: uno,

(1) Don Juan á Felipe II.—Carta de 26 de Mayo de 1577.—*Correspondance*, tomo V.

(2) Idem, idem.

el sectario propiamente dicho, que tenía por jefe al lúgubre y feroz calvinista Felipe Marnix de Santa Aldegonda; el otro, el político, dirigido por el Príncipe de Orange. Ambos estaban conformes en no respetar la tolerancia, tan querida por los católicos; uno, por odio sectario, y el otro, por temer que la paz destruiría su influencia revolucionaria. Santa Aldegonda quería que fuesen condenados á muerte, no sólo los católicos, sino los anabaptistas. El Príncipe era, por sus mismos parciales, acusado de ateo, y es indudable que profesaba un cristianismo vago y acomodaticio á sus pasiones y á sus intereses; si hubiera nacido en tiempos como los actuales, en que el escepticismo ambiente relega las cuestiones religiosas á segundo término, él hubiera unido á católicos y protestantes en un solo estado, y constituido una gran potencia con los Países Bajos; en el siglo XVI sólo alcanzó á separar á unos de otros para siempre. Cuantas fórmulas discurrieron entonces, y se han ideado luego para juntar la parte católica y la parte protestante han sido infructuosas. A últimos del siglo que vió la emancipación de Holanda, un gran político holandés, Oldenbarnevelt, convencido ya de que no podrían nunca marchar unidos, formuló un plan, que no se ha realizado hasta mediados del siglo XIX: constituir al Norte una república holandesa protestante, y al Mediodía, una república belga católica. Guillermo de Orange tenía dos hijos: el mayor, enviado al principio de las alteraciones, como prisionero ó rehén, á España, por el Duque de Alba, había sido educado muy católicamente por los Padres Jesuítas, en la Universidad de Alcalá; el menor era Mauricio de Nassau. Oldenbarnevelt se lisonjeó con la idea de que el hijo católico de Guillermo fuera *stadhouder* de la Bélgica católica, mientras que Mauricio, el hijo protestante, lo fuese de la protestante Holanda (1). Pero no era tiempo todavía para que pudieran realizarse estas cosas.

Los protestantes holandeses no querían ser libres, sino, como los jacobinos de la revolución francesa y de nuestros días, dominadores y tiranos; sus predicantes les presentaban á los católicos como cananeos idólatras, usurpadores de la Tierra prometida, que

(1) Este plan fué reproducido en el siglo XVII por el gran Pensionario de Witt, y en el fondo, es el realizado después de la revolución belga de 1830, con el Reino de Bélgica, bajo una monarquía católica, y el de Holanda, bajo otra protestante. Y véase cómo persisten los caracteres históricos: el reino católico es, políticamente, más liberal que el protestante. Véase Fruin, catedrático de Historia nacional en la Universidad de Leyden, *Explicación sobre Witt y situación de Holanda en 1660*, en la citada obra de M. Paul Fredericq (pág. 179).

ellos, el pueblo escogido de la Nueva Alianza, debían exterminar, sin que hubiera perdón ni para los niños de teta. Según la doctrina calvinista, *un pueblo que oía misa no tenía derecho á la libertad* (1). Así, los Estados Generales de Holanda se apresuraron á pedir á Guillermo el juramento de no tolerar en ninguna parte el culto católico. Las más atroces persecuciones empezaron en seguida: en Alkmar, un rico burgués que había permanecido fiel á la Religión Católica, fué sometido al tormento con tanta barbarie, que murió en él; su hijo fué descoyuntado en la tortura, y se le dejó luego seis semanas en la cárcel para que recobrase fuerzas, al cabo de las cuales, se le sacó otra vez al suplicio, se le tendió en el suelo, le pusieron sobre el vientre una caja que la carne del desgraciado cerraba, llena de ratas hambrientas; las mordeduras le hicieron padecer horriblemente, pero no le mataron, y para que concluyese, se le quemó vivo (2). A tan *cristianos* (?) entretenimientos se abandonaban en todas las ciudades de que eran amos aquellos implacables *libertadores* (?) que tanto habían declamado contra la Inquisición española.

Los católicos belgas que en busca de libertad y tolerancia se habían ido con los rebeldes, y abandonado á sus naturales aliados, y defensores los españoles, viéronse chasqueados, y no bien triunfó la Revolución, empezó en los espíritus un movimiento de reacción, vago y lento al principio; pero que el tiempo y los sucesos y desengaños ulteriores fueron aumentando y precipitando cada vez más. Este movimiento determina la segunda época de las guerras de Flandes, tan gloriosa como la primera en el orden militar, y harto más cuerda en el político; porque ya no se trató, como en el gobierno férreo del Duque de Alba, de españolizar á los flamencos, sino de ayudar á los católicos de aquellos países en su empresa de libertarse de los herejes que trataban de tiranizarlos, y de restablecer allí el orden con un gobierno respetuoso hasta el escrúpulo de los fueros y libertades políticas tradicionales. Alejandro Farnesio fué quien llevó á Flandes este sentido y espíritu de pacificación, y por eso, no menos que por sus proezas militares, merece

(1) Macaulay, exponiendo la conducta de los puritanos ó calvinistas ingleses, en sus relaciones con los irlandeses católicos. Según el gran historiador inglés, hasta fines del siglo XVIII no empezó á declinar la feroz intolerancia de los discípulos de Calvino.—Véase *Hist. de Guillermo*, caps. VII, XLIX.

(2) Forneron, á pesar de su parcialidad anticatólica y antiespañola, cuenta este hecho (*Hist. de Felipe II*), tomándolo de documentos de la época.

los más justos elogios de la posteridad; pero injusto sería no reconocer, como reconoce Mr. Gachard, que el impulso iba de Madrid; era del Rey Felipe II. Y exige también la justicia declarar que esta política que tanta gloria dió á Farnesio, no pudo ser la política del Duque de Alba; porque en tiempo del Duque los flamencos católicos alimentaban la ilusión de la libertad religiosa, principio con el que nunca quiso transigir Felipe II, ó, mejor dicho, la nación española; y en el tiempo de Farnesio la libertad religiosa era para los católicos de Flandes una ilusión cruelmente desvanecida, esto es, un amargo desengaño. Prodújose, pues, espontáneamente, no por fórmulas de diplomáticos, sino por la fuerza misma de las cosas, una profunda conciliación, renunciando los flamencos católicos á sus inoportunos pujos de tolerancia religiosa, y Felipe II á sus intentos de hacer á sus súbditos de Flandes españoles ó semi-españoles, y la paz fué un hecho, quedando únicamente fuera de ella, y como enemigos de unos y de otros, los rebeldes protestantes.

Todo esto, que sintéticamente se cuenta en tan pocas palabras, tardó en desenvolverse y verificarse muchos años, y fué resultado de una evolución de sucesos larga y complicada que no nos incumbiere referir á nosotros. Bástanos con indicar aquellas etapas del proceso histórico en que tocó intervenir á Cristóbal de Mondragón.

Partidos los españoles de Flandes, el grueso á Italia y algunos sueltos á las regiones limítrofes, quedándose también varios más ó menos ocultos en el país (1), D. Juan de Austria permaneció en Bruselas intentando gobernar á gusto de los Estados generales. Pero en aquellas circunstancias las facciones triunfantes no querían un gobernador, sino un juguete, y no era hombre D. Juan para prestarse á papel semejante. *Yo ando entre ellos—escribía—como pelota en el juego, que uno me toma, otro me deja* (2). El vencedor de Lepanto se queja, con modestia suma, de que los holandeses conservan, á pesar de la pacificación de Gante, auxiliares extranjeros, ingleses y alemanes. Guillermo de Orange responde cínicamente: *¿No conserva el Sr. D. Juan á Escobedo á pesar de que la pacificación excluye á los españoles?* (3). Los holandeses

(1) *Los Estados pidieron á D. Juan que cometiese el cargo de buscar á los forasteros que de secreto estaban en Flandes y no podían estar.* (Del Río. Libro III).

(2) Gachard: *Correspondance*, tomo V, pág. 248.

(3) Id. (pág. 810). Esta respuesta demuestra la escrupulosidad con que fué observada por nuestra parte la *pacificación*; porque se ve que Orange no podía echar en cara á D. Juan la permanencia en el país de otro español que su Secretario.

preparan otra revolución: el populacho de Bruselas, excitado por agentes orangistas, acomete á los mosqueteros de la guardia de D. Juan, y los desarma, mientras que el gobernador estaba en un banquete (1). En varios lugares á la vez se conspira para coger á D. Juan y reducirle á cautiverio en Holanda. Entretanto cunde con suma rapidez la anarquía, y la gran ciudad de Amberes se declara en cantón independiente (2).

Don Juan tuvo un arranque digno de su genio. Con pretexto de ir á cumplimentar á la Princesa Margarita de Valois, que tomaba los baños de Spa, salió de Bruselas, fué á Lieja, y organizó con su fiel Berlaymondts y algunas compañías valonas, la sorpresa de la ciudad de Namur. Encontró á la Princesa cerca de Lieja, y tan galante como siempre, quiso diferir el golpe de Estado; *pareció que era bien dejarlo para después que la dicha Princesa fuese partida por hacer con ella el cumplimiento que era razón* (3). Entró en Namur, y mientras comía con el gobernador belga, los soldados de Berlaymondts, mandados por los hijos de éste, apoderáronse, primero de las puertas, y en seguida de toda la ciudad (4).

Namur, situada en el punto de confluencia del Sambre con el Mosa, era en el siglo XVI una de las plazas que, por su posición geográfica y la fortaleza de su castillo, á que sirven de foso los dos anchos y profundos ríos, pasaban por inexpugnables. Con los pocos valones de Berlaymondts estaba Don Juan allí seguro de un golpe de mano. Jerónimo y Alonso de Curiel, banqueros españoles de París, suministráronle fondos (5), y la fidelísima provincia de Luxemburgo soldados y territorio. Don Juan en Namur era un poder pequeño y débil, pero era un poder, y no un juguete de las facciones como en Bruselas. Desde Namur dirigió, á 15 de Agosto de 1577, aquella famosa carta á los soldados españoles idos á Italia, suplicándoles que volviesen á Bélgica, carta que comienza con las tan citadas palabras: *Á los magníficos, amados y amigos míos, los capitanes y soldados de la infantería española que salió de los Estados de Flandes*. Los españoles acudieron al llamamiento del

(1) Cabrera de Córdoba.—*Colec. Groen-Van Prinsterer*.—Forneron.

(2) *Memorias Anónimas*.

(3) *Colec. de Morel-Fatio*, pág. 145, carta de D. Juan de Austria.

(4) Esta sorpresa ó golpe de Estado de Namur fué uno de los acontecimientos que más llamaron la atención por su atrevimiento y traza novelesca en el siglo XVI, y que más realizaron la figura legendaria de D. Juan de Austria. Todos los escritores contemporáneos lo cuentan, pero no hay dos que estén contestes en los detalles ó pormenores.

(5) *Documentos inéditos*, tomo LI.

romancesco Príncipe como una banda de caballeros andantes, saliendo entusiasmados de Lombardía, para cuyos habitantes eran una plaga, el día 15 de Octubre.

Llamó igualmente Don Juan á cuantos caudillos y guerreros podían serle útiles en aquella ocasión, y á ninguno con el amor y vehemencia que á su sobrino Alejandro Farnesio. Nacido en Roma, en 1544, hijo de Octavio Farnesio y de Margarita de Austria, otra bastarda de Carlos V; Alejandro se había educado en Madrid con su tío Don Juan y su sobrino el infortunado Príncipe Don Carlos, y salió tan español, según escribía Tomás Armentero á Gonzalo Pérez, *que no sólo por la lengua (hablaba en castellano siempre), sino por sus maneras y costumbres, no parecía educado, sino nacido en España* (1). El 11 de Noviembre de 1565 casó en Bruselas con la Infanta María de Portugal, hija del Príncipe Eduardo y nieta del Rey Don Manuel, y seis años más tarde, teniendo él veintisiete, comenzó á guerrear; su bautismo de fuego no pudo ser más glorioso: fué en Lepanto (2).

La invitación de su tío don Juan cogió al nieto de Carlos V en el Palacio de Parma, é inmediatamente, sin hacer provisiones, ni preparativos de ninguna especie, ni avisar á nadie, se puso en camino para Flandes. Reducíase su comitiva al capitán español Pedro de Castro, *entretenido* suyo (3), al barbero Tudesquin y al maestro de postas de Plasencia. Iba el Príncipe *tan en particular*—dice Alonso Vázquez,—que en Alejandría, estando en la posada rezando de rodillas ante una imagen, como era su costumbre, el mochilero del alférez vizcaíno Orrío le tomó por un ladrón que había robado á su amo un herreruero. Avisado el Alférez, preséntase ante Alejandro, y le dice: *Me habéis robado el herreruero, y voto á tal, que me lo habéis de pagar*. Con suma modestia respondió Farnesio: *Busque á quien se lo haya hurtado, porque yo no soy ladrón*. El alférez salió del aposento á llamar á la justicia para que detuviese al forastero, y mientras tanto, éste se bajó á la calle; había delante de la posada un corrillo de oficiales españoles, y Alejandro

(1) Gachard: *Correspondance d'Alexandre Farnese*.—Première partie.—Introducción.

(2) Saltó á una galera turca, y como los suyos no pudieran seguirle inmediatamente, quedando aislado en la nave enemiga, á fuerza de audacia, valor y fuerza física se apoderó de ella.

(3) Se llamaban entonces *capitanes entretenidos* á los que sin tener mando de compañía, estaban á las órdenes inmediatas ó servicio especial de un General ó Príncipe, como los actuales ayudantes. Conviene advertir que esta comisión, considerada hoy como indispensable, y que lo es efectivamente, era mirada como una corruptela por los técnicos del siglo XVI.

se acercó á ellos y les preguntó si tenían nuevas de Flandes, sobre todo si había aún paz en aquellos Estados.

¡Pas!—exclamó el alférez Chavarría, también vizcaíno.—*¡Por vida de tal, que moriría desesperado si no me hallase en quemar á la villa de Bruselas con todos los herejes que hay dentro della!* Replicó el Príncipe: *¿Y cómo, queriéndolos tan mal, no se ha ido con la infantería?* Contestó el alférez que por falta de salud, dineros y licencia, y Alejandro le dijo entonces: *Salud no os la puedo dar; pero le llevaría conmigo á Flandes de muy buena gana.* El alférez se volvió á sus camaradas, exclamando: *¡Por vida de tal, que éste debe ser espía de los Países Bajos, y si no, miradle las lechuguillas, que las trae á la flamenca.*

Llegó en esto al corro el capitán Pedro de Castro, y le dijo Farnesio: *«A buen punto he comenzado mi jornada, pues en el mesón me han tenido por ladrón, y estos señores por espía.»* No había terminado de decirlo, cuando se presentaron allí la justicia, llamada por el alférez Orrio, y el capitán D. Diego de Córdoba, gobernador de la ciudad. Reconocido el Príncipe, quedaron confusísimos cuantos habían equivocado su persona tan desgraciadamente; pero Chavarría acreditó que no eran fanfarronadas sus dichos de querer ir á Flandes, porque allí mismo pidió y obtuvo acompañar á Farnesio, y éste (añade Vázquez) *le hizo merced.*

Llegó Alejandro á Luxemburgo, donde á la sazón se hallaba D. Juan de Austria, el 17 de Diciembre. Era tan de mañana, que D. Juan, aunque gran madrugador, no estaba levantado todavía, y salió á la escalera en camisa, y abrazó á su sobrino, jurándole que jamás había experimentado alegría igual á la que le producía su llegada. *«Vistóse de prisa D. Juan, y fuéronse juntos á misa; vueltos á casa, comieron con suma brevedad, como los dos lo tenían por costumbre»* (1).

Encontró Farnesio, repartidos entre Luxemburgo y Namur, á los soldados españoles que habían vuelto de Italia, en número de unos seis mil combatientes, y con ellos otros valones, alemanes é italianos, que completaban un ejército, si bien inferiorísimo numéricamente al que tenían los Estados, de muy superior calidad. Allí se hallaba también nuestro Cristóbal de Mondragón, que debió de

(1) Vázquez: *Sucesos de Flandes*, del que hemos extractado estas anécdotas y pormenores del viaje de Farnesio.

ser de los primeros en acudir al llamamiento de D. Juan de Austria, desde la Lorena ó desde el punto en que pasara la temporada de ostracismo, y que, á pesar de sus sesenta y ocho años, venía á emprender esta nueva, difícil y larga campaña, con el entusiasmo de un mozo; acompañábale su amigo y antiguo subordinado Verdugo, diecisiete años más joven que él, y también coronel de valones, que había estado, durante la época de la expulsión de los españoles, guarneciendo la villa y fortaleza de Thionville, en el Luxemburgo, con su regimiento de valones, que no se había deshecho (2). Entre Mondragón y Verdugo existía, no sólo una gran semejanza de caracteres y de carrera, sino el vínculo de una amistad entrañable, robustecida por el agradecimiento; ambos estuvieron en el Luxemburgo con el Condé Pedro Ernesto de Mansfeld, hasta la llegada del Duque de Alba, y cuando se levantó el regimiento de valones, de que fué coronel Mondragón, Verdugo fué capitán de una de sus compañías. Y mandándola estuvo hasta la época del sitio de Harleu, en que ocurrió lo que cuenta el biógrafo contemporáneo y anónimo de Verdugo, en estos términos:

«Quiso el Duque de Alba, para esta jornada, crear un nuevo cargo en la milicia, no visto hasta entonces, que era sargento mayor de todo el campo y ejército; y aunque pudiera el Duque fiar de sí mismo la elección de la persona que fuese á propósito para regir este ministerio, ó por favorecer al coronel Mondragón, ó por lo que fiaba de su buen consejo, ó por todo junto, que sería lo más cierto, le comunicó este su deseo y le dió cuenta dél, ordenándole le avisase quién juzgaba que cumpliría con las obligaciones del nuevo oficio con la puntualidad que pedía cosa tan importante. Respondió Mondragón á S. E. que fiaba tanto de las buenas partes del capitán Francisco Verdugo, que en primer lugar se lo proponía para que echase mano dél para aquella ocupación, y que no sabía de otro más á propósito.» Verdugo fué sargento mayor por esta recomendación de su coronel, y el ascenso sirvióle de puente, y no largo, para pasar él también á coronel de valones.

Quien no se hallaba en aquellos momentos con D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio era el Conde Pedro Ernesto de Mansfeld, porque Juan Octavio Gonzaga, buen militar, pero envidioso é in-

(1) Esta circunstancia, que consta por la biografía anónima de Verdugo, publicada por el Sr. Rodríguez Villa, permite sospechar que tampoco Mondragón saldría de los Países Bajos, quedándose, como él, en Luxemburgo.

trigante, deseoso de obtener el mando en jefe de la caballería, le había indispuerto con D. Juan, hasta el punto de tenerle éste por traidor, y pensar en *castigarle secretamente*. Ya se sabe lo que en el siglo XVI significaba en política esto de *castigar secretamente á un traidor*; pero Alejandro Farnesio, más sereno y reposado que su heroico y romancesco tío, *templó la cólera de D. Juan*, dice Vázquez, evitando á su gloria una mancha repugnante, y prestando inestimable servicio á la causa española: no había flamenco más leal á la Corona que el insigne Conde.

Algunos historiadores modernos suponen á Mondragón y Verdugo, y aun á Mansfeld, mandando la infantería española en este ejército de D. Juan de Austria, reunido en Namur y Luxemburgo (1). No es exacto. Mansfeld no se hallaba en el campo entonces; Verdugo seguía al frente de su regimiento valón, con el que había guarnecido á Thionville, en el año de 1577, y Mondragón continuaba también con el título y oficio de coronel de valones. La infantería española, que había sufrido durante su ausencia dos pérdidas irreparables de caudillos: la de Sancho de Ávila, llamado á España, y la de Julián Romero, muerto de una caída de caballo en Cremona, venía bajo la conducta de sus jefes naturales: á Julián Romero, sucedió en el mando del Tercio viejo D. Fernando de Toledo, apodado *el Tío*, por serlo del Duque de Alba; y figuraban allí también el celeberrimo Francisco de Valdés, D. Gabriel Niño y, D. Pedro de Paz y otros maestros de campo muy notables, á los que pronto se unió D. Lope de Figueroa, que habiendo hecho tantas cosas grandes en la guerra, debe, sin embargo, la inmortalidad, no á sus hazañas, sino al genio de Calderón de la Barca que lo puso en frente del Alcalde de Zalamea. Como coronel de alemanes iba un portugués ilustre: Gaspar de Robles, Barón de Velli.

Pero ninguno de estos caudillos tenía entonces la autoridad é importancia de Mondragón. Después de D. Juan y de Alejandro Farnesio, era él la primera figura del ejército; nada se hacía sin consultarle previamente, y donde no se hallaban D. Juan y Farnesio, mandaba él en jefe.

(1) Así, v. gr.: Forneron, cuya ligereza no será nunca bastante censurada. (*Hist. de Felipe II*, parte II, caps. I-VI). Barado (*Sitio de Amberes*, pág. 60), también dice: *Mondragón, Verdugo, Mansfeld figuraban al frente de nuestra infantería*; pero conviene advertir que Barado sólo traza, en esta parte de su interesante y precioso libro, un cuadro sintético de los antecedentes del sitio de Amberes, y no hay, por tanto, que exigirle una rigurosa exactitud en los pormenores de cada período ó momento de la guerra.

DESPROPORCIÓN DE FUERZAS AL EMPEZAR LA CAMPAÑA DE 1578.—BATA-LLA DE GEMBLoux.—IMPORTANCIA DE MONDRAGÓN EN EL EJÉRCITO.—TOMA DE LIMBOURG.—VOLADURA DEL CASTILLO.

La campaña que iba á empezarse con el año de 1578, era de aquellas en que aparecen tan desiguales las fuerzas respectivas de los beligerantes, que nadie, en su cabal juicio, puede augurar al más débil la victoria. De las trece provincias ó regiones que, según Mendoza (1), componían los Países Bajos, sólo una, el Luxemburgo, nos pertenecía por completo, y en otra, el condado de Namur, dominábamos la capital, es decir, que nuestra posición reduciase al rincón sudoeste de los Estados, y teniendo allí fronterizos, á Francia, siempre recelosa y envidiosa de nuestra dominación en Flandes, y al imperio alemán, donde nos odiaban los protestantes por católicos, y los católicos por exagerados en nuestro celo religioso. En el reducido territorio en que se apoyaban nuestras armas, había cinco plazas fuertes (en el siglo XVI lo eran todas las ciudades y villas de alguna importancia), y dos que lo eran verdaderamente—Luxemburgo y Namur,—aseguraban nuestra posición defensiva. El ejército con que contaba D. Juan de Austria no pasaba de 10.000 hombres entre españoles, valones, alemanes, borgoñones é italianos; su calidad era, en cambio, inmejorable; lo mejor de lo mejor que en aquella época cabía juntar. La penuria económica, característica de nuestro siglo de oro, estaba por el momento remediada con los fondos que los banqueros españoles de París habían suministrado patrióticamente, según se dijo ya en el número anterior, á D. Juan de Austria.

En frente de tan reducidos elementos, ofrecían las once provincias sublevadas una fuerza inmensa en territorio, plazas fuertes, recursos, soldados del país, auxiliares extranjeros—ingleses, alemanes y franceses,—milicianos bien organizados y muy aptos para defender las ciudades, y en entusiasmo y ardor por la causa que

(1) Decimos según Mendoza; porque en la numeración de los Estados Bajos hay singulares discrepancias en los autores del siglo XVI.

habían abrazado. El odio contra los españoles y contra la política y el gobernador español, y contra todo lo que oliese á España, era vivísimo, lo mismo en los holandeses que en los brabanzones, en los católicos que en los protestantes. Pero un observador sagaz hubiese advertido que tal bloque presentaba ya más de una grieta, y que á poco que se le zarandease, se resquebrajaría: los nobles católicos que, á últimos de 1576, mostráranse tan decididos por la libertad religiosa, veían claramente á principios de 1578, que tal libertad no había sido más que un puente para pasar de la intolerancia católica á la protestante, todavía más dura que aquélla, por ser irregular y demagógica, y fieles á su fe, si no volvían aún los ojos á los españoles, apartábanlos ya de los holandeses. Sintiendo este desvío, Orange buscaba el apoyo de la plebe, y de aquí la demagogia triunfante en todas las ciudades de Bélgica: de muchas había apoderado ya la anarquía más desenfrenada, y gemían otras bajo innobles y violentísimas dictaduras plebeyas. A la ilusión de que la salida de los españoles significase la pacificación del país, había sucedido el desengaño, y he aquí el punto de apoyo que debían encontrar en su empresa los 10.000 veteranos reunidos entre Namur y Luxemburgo, á las órdenes del heroico bastardo de Carlos V.

Lo más urgente era desembarazar los alrededores de Namur del ejército de los Estados. Era este ejército numeroso, compuesto de católicos y protestantes; tenía un cuerpo auxiliar excelente de fanáticos calvinistas escoceses, mucha y buena caballería y un magnífico tren de batir; Juan de Nassau, en carta al Ladgrave de Hesse, decía que era el ejército de Israel, y su general, el señor de Goignies, no escaseaba las bravatas y fanfarronadas en sus partes á Bruselas: nada menos se proponía que tomar á Namur y arrojar del Luxemburgo al Sr. D. Juan y á cuantos con él estaban; pero al observar que las columnas realistas, lejos de esquivar su encuentro, avanzaban resueltas de Luxemburgo á Namur, lo primero que se le ocurrió, fué levantar el imperfecto bloqueo que tenía establecido en torno de Namur, y retirarse un poco en busca de mejor posición defensiva.

No eran D. Juan y Farnesio caudillos que dejasen escapar las ocasiones favorables, y así sorprendieron *al ejército de Israel* en su movimiento de retroceso, y en el momento y paraje más adecuados para batirlo. Alejandro, que iba persiguiéndolos al frente de la caballería, apreció, con la clarividencia del genio, el instante en que

la configuración del terreno tenía en hondó á la infantería enemiga, y á la caballería, empeñada parte en una pendiente, y otro trozo en la cúspide del gran barranco á que tenían todos que bajar. Dió inmediatamente la orden de carga, y aunque sólo llevaba consigo cien jinetes, lanzóse á su cabeza, espada en mano: la carga fué de las buenas que se han dado en el mundo, y su éxito inmenso; los escuadrones enemigos, no viendo al grueso de su ejército, juzgándose abandonados, se arremolinaron y huyeron, atropellando en su fuga á los milicianos belgas. Llegaron pronto el resto de nuestra caballería y los infantes, y la victoria fué tan rápida como decisiva; sólo los escoceses se batieron bien al abrigo de unas huertas; murieron de los enemigos seis mil, y perdieron los cañones, las banderas y todo el bagaje. Tal fué la batalla de Gembloux, librada el 31 de Enero de 1578.

Para D. Juan de Austria, tan espléndida victoria fué un laure digno de Lepanto; para Farnesio, su prestigio de gran guerrero y gran capitán; los soldados habían de seguirle ya con esa entusiasta confianza que sólo ponen los buenos veteranos en los caudillos dignos de su valer; para Orange y el Archiduque Matías, jefes á la sazón de los rebeldes, el descrédito como militares, pues huyeron de Bruselas, temerosos del ejército vencedor, buscando refugio en Amberes; para la causa española en general, la victoria era la primera piedra puesta en la obra de su difícil reconstrucción. Aún había que colocar muchas sobre ella; pero el sillar era de los que soportan todo el peso que se quiera.

No vamos nosotros á relatar, siquiera sea ligeramente, las gloriosas campañas, á la vez políticas y militares, de Alejandro Farnesio, *ese gran capitán*, como escribió Chateaubriand, *que fijó el moderno arte de la guerra*. Nos limitaremos á indicar la intervención que tuvo en las principales etapas de ellas nuestro Cristóbal de Mondragón.

Después de la batalla de Gembloux, el ejército mandado por D. Juan de Austria, su jefe, se dividió en dos trozos: uno dirigido por Octavio Gonzaga, y otro á las órdenes de Alejandro Farnesio, que atacó y tomó una porción de ciudades circunvecinas, muchas de las cuales resistieron heroicamente. Admira el valor con que se defendían los holandeses, flamencos y brabantones, sólo comparable al de los nuestros en el ataque; pero apena el relato de las inauditas crueldades que se cometían, como cosa corriente y ordinaria, en aquellas campañas del siglo XVI. Farnesio, que nunca pasó por

cruel, ni ha dejado mala fama en este punto, cuando decía: *allá voy*, no se quedaba atrás de ninguno.

Véase, por ejemplo, lo que hizo en la pequeña ciudad de Sichen, y no contado el suceso por los enemigos, sino por Alonso Vázquez, capitán español y entusiasta panegirista de Alejandro. Indignado porque la guarnición no se había rendido antes del asalto, no quiso acceder, como pretendieron, á que capitulasen á su merced, sino á la de la soldadesca, y luego que abrieron las puertas del castillo, mandó que todos los prisioneros entrasen en una sala, y se pusieran en hilera, y que con una gran maza les fuesen dando en las sienes, hasta matarlos á todos. Así perecieron más de trescientos, y algunos pocos, huyendo de tan bárbaro suplicio, se tiraron de cabeza al foso, donde murieron ahogados. Al gobernador subieron á lo alto de la torre para ahorcarle; él envió á decir á Farnesio que como caballero pedía que le cortasen la cabeza; pero no estaba el general aquel día en ánimo de hacer mercedes, y no accedió; el infeliz entonces se tiró de la torre abajo, cayendo en el foso lleno de agua, y no se mató. Volvieron á subirle, y ya tenía el cordel al cuello, cuando le propusieron que se confesara. Respondió que no, que el traía en el pecho quien había de consolarle en el último trance, y sacó un retrato de su dama, que miró y besó bruscamente, y arrojó en seguida en el foso, diciendo al verdugo que cumpliera su oficio.

Lo más triste para la naturaleza humana es que, leyendo atentamente la historia, se saca la dolorosa convicción de ser estas atrocidades útiles, no sólo á la causa que se defendía, sino en cierto modo á la humanidad misma, porque intimidaban á los enemigos, espantándoles de caudillos capaces de obrar de esa suerte, y les quitaban el ánimo para extremar su defensa. Así se vió en el sitio de Limbourg, plaza más importante que Sichern, y cabeza del condado de su nombre, que ya tomada la ciudad, al entrar en el castillo el emisario de Farnesio á proponer la rendición, halló al gobernador y su mujer *muy turbados, temerosos de ser tratados como los de Sichern*, y Farnesio, aprovechando este pavor, ordenó que Mondragón asegurase á todos los sitiados las vidas, como lo hizo, con lo que capitularon en seguida, evitándose así con el horror de la matanza de Sichern, el horror, que hubiera podido ser mayor en cantidad, de la matanza del asalto de Limbourg. Quizás la guerra no sea más cruel cuando se hace con más crueldad, sino al contrario; porque dependiendo esta calamidad llamada guerra, en

alguna parte al menos, de la voluntad de los hombres, todo aquello que aterre á esta voluntad es adecuado para impedirla, quitando el deseo de promoverla; y al revés, las guerras humanitarias, caballerescas y románticas, excitan los ánimos á seguirlas con el bello y atrayente espectáculo de la lucha, en sí misma peligrosa, pero no horrible y repugnante. Los amantes de la paz no deben apetecer sino que las guerras sean cada vez más mortíferas, costosas y bárbaras; así habrá menos.

La toma de Limbourg es importante en la biografía de Mondragón. Llegó el ejército delante de la plaza el día 9 de Junio, y acampó, por orden de Farnesio, donde indicó Mondragón, *á quien Alejandro quería mucho y respetaba por su edad, valor y experiencia* (1). Rendido el castillo el día 15, quedó en él alojado el Coronel, y llegada la noche, quedóse profundamente dormido. Mientras tanto unos criados suyos andaban revolviendo por las cámaras y estancias en busca de despojos, y con una vela entraron en el polvorín, donde había dieciocho barriles de pólvora; cayó una chispa en uno de los barriles, y se produjo la más espantosa explosión; voló todo el edificio, quedando en pie únicamente la pieza en que dormía Mondragón, aunque sin techumbre.

El ejército, que, cansado de las faenas diurnas, dormía en sus alojamientos á pierna suelta, despertó sobresaltado y se lanzó á la calle arma al brazo, creyendo quizás en una sorpresa del enemigo. Acudiendo todos al castillo, vieron allí el espectáculo de un inmenso montón de ruinas, de que salían como humaredas grandes nubes de polvo. Farnesio, que fué de los primeros en llegar, púsose á llamar á Mondragón á voces, y con general sorpresa, oyóse la voz del Coronel saliendo de las ruinas, y diciendo: *estoy vivo, pero no puedo bajar de donde estoy porque me hallo desnudo y no hay escalera*. Llevaron una de mano y un traje, y descendió Cristóbal del paraje en que milagrosamente se había salvado.

Farnesio le recibió en el suelo con los brazos abiertos y preguntó qué había ocurrido. Respondió Mondragón que *no sabía más, sino que se acostó en su cama debajo de techo y se despertaba viendo el cielo raso, y sin ver pared ni suelo en que ponerse de pie* (2). Maravillóse Farnesio, y, más cuando subió él mismo á ver el lugar en que estaba la cama del Coronel; dijo á éste que, *pues*

(1) Vázquez.

(2) Vázquez.

Dios le había librado de tan grave peligro, es que le guardaba para mayores cosas, y que le diése gracias. Mondragón fuese á la iglesia y no se hartaba de darlas á Nuestro Señor (1).

Todavía se conservan los restos del castillo en que sucedió tan singular incidente, y que era entonces una de las venerables ciudadelas belgas de la Edad Media (2). El suceso de la voladura hizo mucho ruido, y los rebeldes sacaron de él el partido posible. «La fama del caso (escribió Cabrera de Córdoba) aumentada, y el hecho crecido por los rebeldes, alharaquientos, invencioneros y mentirosos, verdaderamente discípulos del más astuto que valiente Príncipe de Orange, para sacar dinero y hacer olvidar la pérdida de Limbourg y la rota de los franceses cerca de Chinmay, lo extendieron por librillo impreso, refiriendo que mató el estrago al Príncipe de Parma, á Mondragón y á los más principales del ejército del Rey». Del librillo ó folleto impreso por los rebeldes con la falsa noticia de la muerte de Farnesio y Mondragón, hablan también Vázquez y todos los demás historiadores de las guerras de Flandes. Coloma confundió indudablemente las circunstancias del hecho, al referir, en la breve biografía de Mondragón inserta en sus Anales, que llegó la buena suerte del Coronel *á volarse una vez el castillo de Damvillers, de donde era gobernador en el ducado de Luxemburgo, y quedar él sano y salvo en el hueco de una ventana, de donde fué menester gran trabajo y tiempo para sacarlo, sin quedar ofendido del fuego ni de las ruinas*. No es verosímil que la ocurrencia de volarse el castillo que habitaba, se repitiera en la vida de Mondragón; hay que creer, por tanto, que esta voladura que Coloma refiere al castillo de Damvillers, fuese la que ocurrió en Limbourg; y falso debe ser también, que la mujer de Mondragón le acompañara en este caso, sucedido en la noche inmediata á la toma de una ciudad; además de que Alonso Vázquez, actor en el sitio de Limbourg, y por consiguiente, testigo presencial, nada dice de la mujer de Mondragón (3).

(1) Idem.

(2) Limbourg fué arrasada por los franceses en 1675, quedando sólo la ciudad ó barrio alto donde están las ruinas del castillo. Reedificada luego, tomó el nombre de Dolhain; pero el barrio alto sigue llamándose Limbourg.

(3) Cuenta, en cambio, varios incidentes curiosos de la catástrofe, v. gr., que al volarse el castillo entraba en Limbourg una mujer enferma, llevada en una silla por cuatro hombres, y la lluvia de cascote que parecía caer del cielo, mató á los cuatro, dejando en salvo á la mujer. Cabrera de Córdoba (lib. XII-V), asegura, en cambio, que la voladura sólo costó la vida á dos personas; cosa inverosímil, pues en el castillo no estaría alojado únicamente un jefe de la categoría de Mondragón.

TOMA DE DALHEM. — HUMANIDAD DE MONDRAGÓN. — SITIO DE MAESTRICH. — ÚLTIMO VIAJE DEL CORONEL Á ESPAÑA. — MONDRAGÓN, CONSEJERO DE FARNESIO.

Es curioso el episodio que cuenta Vázquez respecto del nombramiento de Mondragón para gobernador de la villa y ducado de Limbourg, hecho por Farnesio en el mismo día del memorable accidente que acaba de referirse. Dice que en cuanto nuestro Cristóbal salió de la iglesia, que sería probablemente la de San Jorge, primorosa joya del arte ojival no ha mucho entonces restaurada, de dar gracias á Dios por haberle salvado de la voladura del castillo, fuese al palacio ó alojamiento de Alejandro, y que éste, queriendo empezar á premiar los dilatados servicios del Coronel, díjole que iba á escribir inmediatamente á D. Juan de Austria, participándole la victoria, y que le dejaba á él por gobernador de todo aquel estado de Limbourg, mientras que S. A. no dispusiese otra cosa. «Mondragón le besó las manos por la honra y merced que le hacía; pero le rogó que no le encargase del gobierno hasta que S. A. confirmase la merced, y para que fuese más cumplida, se la hiciese de pedirla á S. M.» No gustaba, por lo que se ve, nuestro castellano viejo de los cargos interinos, ni se satisfacía con cualquier cosa, y él, que había disputado con el Duque de Alba, resistiéndose á ceder en lo que juzgaba de su interés legítimo, tampoco se dejaba seducir por el genio y encanto juvenil de Farnesio; quería las cosas bien hechas, positivas, y sucesos como el del castillo no eran suficientemente poderosos para modificar ó ablandar su carácter. Farnesio prometióle hacer cuanto exigía; pero le rogó, no sólo que tomase posesión desde luego del gobierno, sino que saliese al punto á campaña, para terminar la conquista del ducado de Limbourg que aún no estaba rematada.

Poseían, en efecto, los rebeldes el fuerte castillo de Dalhem, construído en alto, sobre peña viva, en posición inexpugnable casi para los elementos de guerra del siglo XVI. Sobre Dalhem marchó Mondragón con el más numeroso trozo del ejército y tres cañones de sitio: llevaba la orden de ver de apoderarse de la enriscada fortaleza por un golpe de mano, y si no podía conseguirlo en tres ó cuatro días, volverse rápidamente á Limbourg, sin dar tiempo al ejército enemigo, que no andaba lejos, de cortarle la retirada.

Llegó Mondragón al frente de las tropas de diferentes naciones puestas á sus órdenes, y con su celeridad de siempre, abrió las trincheras y puso baterías; pero pronto hubo de advertirse lo inútil del empeño; porque las balas rebotaban en la peña que servía de cimiento y aun de muro al castillo. Mandó suspender el cañoneo, y andaba dando la vuelta al recinto pára sorprender su punto débil, cuando sucedió el más singular é imprevisto incidente; sin saberse por qué, se armó gran gritería en el campo de los españoles, y creyendo los de Dalhem que se trataba de dar el asalto, acudieron en gran número á aquel paraje de la muralla; pero el Barón de Gibráo, coronel del regimiento borgoñón, acampado en la parte opuesta del recinto, también oyó las voces y también creyó en el inmediato asalto, y envidioso de la gloria y botín que iban á ganar los nuestros, ordena á los suyos que á escalas vistas suban á la muralla. Este golpe de inconsciente audacia tuvo un éxito completo: en menos que se cuenta quedó la villa por los borgoñones; derramáronse por las calles, y aquéllo fué un horror de saqueo y matanza: cadáveres de mujeres y niños, bárbaramente degollados, veíanse por todas partes. Un borgoñón que era criado del Coronel, abrió por dentro la puerta que caía frente al campo de los españoles, y entraron éstos también á participar de aquellos salvajes excesos.

Pero en aquellas circunstancias resplandeció la humanidad de Mondragón. *Quedó contento del suceso* — dice Vázquez, — *pero le pesó que hubiese sido á costa de tanta sangre inocente.* Y puso término enérgicamente á los desmanes de la soldadesca, mandando enterrar á los muertos y curar á los heridos. Sacó al ejército de Dalhem, dejando presidio mandado por uno de sus sobrinos que iban con él; probablemente sería Gaspar, que no sabemos de cuál de los hermanos del Coronel era hijo; pero sí que nació, como su tío, en Medina del Campo, fué alférez del maestre D. Sancho Martínez de Leyva, ascendido á capitán por Farnesio, y que des-

pués de haber servido muy bien en Flandes, desempeñó en Orán el importante cargo de sargento mayor (1).

Es también de notar que, tomada Dalhem, no volvió Mondragón á Limbourg, sino que se fué á Namur, donde residía D. Juan de Austria, lo que parece indicar que seguía en sus trece de no poseionarse del gobierno, para que había sido designado por Farnesio, sin un nombramiento superior y en toda regla. Y más digno de mención lo que ya observaron los historiadores católicos antiguos de las guerras de Flandes, y fué que cuando salió el *librillo* que dice Cabrera, ó *las relaciones impresas* que dicen Bentivoglio y Vázquez, con que los rebeldes anunciaban la muerte de Mondragón en la voladura del castillo de Limbourg, había ya tomado el supuesto volado y muerto otro castillo: el de Dalhem.

De Namur salió el Coronel con todo el ejército, acaudillado en persona por D. Juan de Austria, el 20 de Julio. Los enemigos estaban en este tiempo más fuertes que á principios de año, cuando se libró la batalla de Gembloux; porque, no sólo habían reorganizado sus tropas con auxiliares de todas las naciones, sino que contaban con el ejército alemán del Duque Casimiro y con el ejército francés del Duque de Alençon. Después de una gran batalla indecisa, y que si nuestros enemigos hubieran sido más emprendedores, pudiera haber sido desastrosa, hubo que tomar posiciones en un campo atrincherado, no muy lejos de Namur. Allí sufrieron nuestros soldados penalidades sin cuento; para ir de una barraca á otra, era menester meterse en el lodo hasta las rodillas, y para buscar el sustento, que merodear en trece ó catorce leguas de contorno. En esta triste temporada murió en Namur D. Juan de Austria (2).

Al año siguiente (1579), Alejandro Farnesio, gobernador general desde la muerte de su tío, y contando ya con un ejército de más

(1) Vázquez dice que Mondragón dejó por gobernador de Dalhem á *Fulano de Mondragón* su sobrino; pero compulsando los tiempos y circunstancias personales, parece que este Fulano debió de ser Gaspar, y no Alonso, el hijo de Magdalena, y después yerno de Cristóbal, que por esta época no debía de estar tan adelantado en su carrera.

(2) El 2 de Octubre, según Vázquez; pero la Relación, inserta en la *Colección de Documentos Inéditos*, tomo VII, pág. 543, dice que fué el 1.º: *la enfermedad de S. A. fué de tabardillo ó modorra, y una almorrana que le cortaron, de que murió á 1.º de Octubre de 1578, después de diecisiete de enfermedad*. El maldiciente Brantome apunta que el Príncipe murió de la peste que había tomado de la Marquesa de Havré. Esto, como lo de haber sido envenenado por medio de unas botas perfumadas, no son más que consejas. Y conseja debe ser también lo referido por Strada (libro V) de que trajeron su cuerpo al Escorial dividido en trozos, cada trozo encomendado á un caballero, y que en el Escorial se recompuso el cadáver, vistiéndolo de gala, para que lo viese Felipe II.

de 25.000 hombres, derrotó en batalla campal al Duque Casimiro, y puso sitio y tomó la ciudad de Maestricht. Monografía especial merece este célebre asedio, que duró cuatro meses, y fué concluido por un terrible asalto victorioso el 29 de Junio; suceso notable por todos conceptos, hasta por el literario, puesto que fué argumento para Lope de Vega de una de sus mejores comedias nacionales ó patrióticas (1).

Nosotros hemos de limitarnos á indicar la parte principalísima que tocó á Mondragón en esta gran empresa militar. Maestricht está situado, como saben nuestros lectores, sobre el Mosa; la ciudad propiamente dicha se asienta en la ribera izquierda del caudaloso río, y en la derecha se levanta el arrabal de Wyk; comunicando ambas orillas, ó sea la ciudad y el arrabal, hay un puente de nueve arcos, obra del siglo XIII, aunque hoy aparece, según la reformó, en el XVIII, el famoso hermano dominico Fr. Román, que era de Maestricht, constructor del puente real de París. Maestricht ha sido desde los más remotos tiempos uno de los principales pasos del Mosa; los romanos la llamaban por este concepto *Trajectum superius*, distinguiéndola de Utrech que era el *Trajectum inferius*.

La mayor dificultad que ofrecía para Farnesio el asedio de Maestricht era esta posición topográfica; no era posible mantener la unidad ni el contacto del ejército sitiador, cortado en dos mitades por el río, y si se ceñía el sitio á la ribera izquierda, los sitiados recibirían constantemente socorros por la derecha, y aunque fueran dosalojados de la ciudad, siempre les quedaría el puente para huir, y aun para fortificarse en él, privando al vencedor de la principal ventaja que le podía reportar aquella conquista, cual era la posesión de un paso seguro sobre el Mosa. No había, pues, más remedio que dividir en dos el ejército, encomendando á uno de los trozos el ataque de la ciudad, y al otro el de Wyk.

Así lo hizo Alejandro, reservándose las tropas destinadas á operar en la ribera izquierda y enviando á Mondragón á la derecha con un conjunto de soldados valones, borgoñones y alemanes; para gobernar esta gente y sostenerla en la comarca donde iban á acampar, se le dió el título de *gobernador del país más allá del Mosa* (2), región donde nada poseíamos, dominándola en absoluto los enemigos; Mondragón tenía, pues, que mantenerse allí, por de-

(1) *El asalto de Maastricht por el Príncipe de Parma.*

(2) Cabrera de Córdoba.

cirlo así, en el aire, muy pegado al arrabal de Maestricht para tenerlo en vigoroso bloqueo, y en las posiciones convenientes para impedir y prevenir los intentos de socorro del enemigo, que precisamente por la orilla derecha tenían lugar. Sólo un jefe de la iniciativa é inagotables recursos de Mondragón era capaz de desempeñar con lucimiento comisión semejante, como sólo un jefe de temperamento tan adecuado al mando de gentes diversas, era capaz de sacar partido de un ejército tan heterogéneo, como el que se le había dado para desempeñarla.

No hay que decir lo airoso que salió nuestro héroe de la difícil prueba. Ni nadie pudo entrar en la plaza sitiada, ni salir de ella forzando ó burlando la línea de bloqueo, y el día del asalto, los enemigos, perdida la ciudad, intentaron continuar la defensa en Wyk; pero las gentes de Mondragón asaltaron á su vez tan oportunamente el arrabal, que frustraron la tentativa. La entrada en Maestricht pareció espantosa, aun á los que llevaban muchos años guerreando en los Países Bajos, y habían asistido allí á muchas tomas de plazas; el saqueo dicen que duró nueve meses, y los soldados, enriquecidos, jugaban en las calles entre los escombros de los edificios, y observados por los grupos famélicos de los habitantes, reducidos á la mendicidad (1).

Mondragón no presenció estos horrores. Las penalidades del asedio, que soportó como cualquier otro soldado, determinaron en Farnesio una enfermedad tan grave, que se le creyó, y lo creyó él, á las puertas de la muerte; sin poder salir de su tienda, tendido en su lecho de campaña, hizo el heroico Príncipe confesión general, y recibió la extremaunción; un síncope hizo creer á los maestros de campo, coroneles y capitanes que le rodeaban, que había ya muerto; vuelto en sí, hizo señas á Mondragón para que se le acercase, y con voz muy queda, entrecortadas las palabras por la fatiga, que los circunstantes tomaban por estertor de agonía, díjole que partiese cuanto antes á España, y diese cuenta al Rey del estado de los Países Bajos, advirtiéndole los muchos amigos falsos que allí tenía, y sobre todo, que no accediese jamás á sacar las tropas españolas, como seguían pidiendo los brabantones y flamencos, y aun poniéndolo por condición de someterse, según estaban ya negociando.

(1) El sitio de Maestricht fué tan sangriento, que sólo de españoles perecieron más de 1.500, y entre ellos 26 capitanes y tres sargentos mayores.

En camino se puso inmediatamente Mondragón, pues en carta de Felipe II al Duque de Parma, fechada en el Escorial, el 12 de Septiembre de 1579, manifiesta el Rey que *le ha hablado Mondragón de las cosas de ahí* (1). No hay otra noticia de este viaje del Coronel, que fué seguramente el último que hizo á España, donde ya no debía volver, sino su cadáver, y es lo probable que no pasó, ó al menos que no se detuvo esta vez en Medina del Campo, porque ningún testigo de las Informaciones lo dice, aunque varios, según ya queda indicado, se refieren á su estancia en 1570, más antigua.

Durante este viaje, y tanto por efecto de la victoria de Maestricht, como de la política del Duque de Parma, las armas del Rey adelantaron prodigiosamente en los Países Bajos. Bien es verdad que la política de Farnesio no tuvo que hacer sino aprovecharse de las enormes faltas cometidas por los protestantes holandeses, los cuales, según se ha dicho ya, en cuanto se vieron libres y victoriosos, empezaron á tratar á los belgas católicos como á parias, pretendiendo imponerles su religión, y encendiendo en su país, á modo de castigo por no renegar de la fe, el fuego de las pasiones demagógicas. En el primer tercio del siglo XIX, después de la caída de Napoleón, se vió á belgas y holandeses formar un reino de los Países Bajos, bajo el cetro de un descendiente de Guillermo el Taciturno: los belgas, hartos de sucesivas dominaciones extranjeras, acogieron con entusiasmo aquella unión; pero, á poco, el espíritu intolerante y dominador de los holandeses provocó en Bélgica una reacción, y parecieron á los belgas peores amos sus *hermanos del Norte* que los mismos aborrecidos extranjeros. Este drama, desarrollado desde 1814 hasta 1834, en que consiguió Bélgica emanciparse, y constituir el pequeño y floreciente Reino que admira hoy el mundo entero por su buen gobierno y su industria, no fué sino pálida reproducción del grande y terrible drama desarrollado desde 1576 hasta 1582; entonces, como hace setenta y tantos años, al entusiasmo loco por la unión siguió el desengaño reflexivo de la servidumbre, y fué para el belga su hermano el holandés, el sér más aborrecible de la tierra. El protestantismo dividió para siempre á los Países Bajos en dos pueblos irreconciliables; ahora mismo preferirían los belgas una dominación francesa á una unión con Holanda.

La política de Farnesio consistió en aprovechar estas circuns-

(1) Gachard, *Correspondance d'Alexandre Farnese*, pág. 129.

tancias diestramente, y atraerse á los católicos; así, debe decirse que si la cuestión religiosa nos hizo perder los Países Bajos en 1576, esa misma cuestión nos los hizo recobrar años después, aunque sólo en parte, puesto que las regiones protestantes del Norte y del Oeste quedaron perdidas para siempre. Pero más que á la biografía de Mondragón pertenece esto á la de Alejandro Farnesio ó á la historia general de las guerras de Flandes. Durante los años de 1580 y 1581 aparece nuestro Coronel figurando en el consejo del Duque de Parma, que se componía de diez miembros, todos principales personajes; á la cabeza estaba el anciano Conde de Mansfeld, y el segundo era Mondragón.

XXII

MONDRAGÓN, MAESTRE DE CAMPO DEL TERCIO VIEJO.—LO QUE ERA EL TERCIO VIEJO.—SITIO DE NINOVE.—TOMA DE LINQUERQUE.—SITIO DE AMBERES.—ATAQUE DE LILLO: SUS CONSECUENCIAS HISTÓRICAS.—TOMA DE AMBERES.

Hsta 1582 siguió Mondragón mandando su regimiento de valones, cosa, en el siglo XVI, compatible y aun base natural de los oficios de general y consejero que también venía desempeñando; pero en el citado año, habiendo vacado, por regreso á España de D. Fernando de Toledo, el tío del Duque de Alba, la maestría de campo del *Tercio viejo*, nombró Farnesio para mandar este célebre cuerpo á nuestro Coronel, el cual dejó así de ser *coronel* propiamente dicho, para convertirse en *maestre de campo*, ó sea jefe de tercio español. Habíase hecho él tan famoso, sin embargo, con el título de coronel, que aunque oficialmente ya no lo fué, ni en el ejército, ni en el pueblo, ni en la historia perdió nunca esta denominación.

El Tercio viejo, que mandó Cristóbal desde 1582 hasta 1588, era la flor y nata de la Infantería española. Todos los cuerpos de infantes españoles que á la sazón militaban en Flandes, eran viejos, es decir, de antigua creación, y merecían el apelativo, no sólo por esto, sino por llevar dentro de sí un núcleo, mayor ó menor, pero en todos relativamente numeroso, de *soldados viejos*, esto es, de gran antigüedad en el servicio, núcleo que daba carácter ó tono al conjunto. Pero el antonomásicamente llamado *Tercio viejo*, era por uno y otro concepto el más viejo de todos; «el tercio viejo se llama así—dice Herrera,—porque en él había banderas del tiempo del Gran Capitán, del Emperador y del Duque de Alba» (1), en lo que se advierte que no se computaba entonces la antigüedad de los

(1) *Historia General del mundo.*

cuerpos por la del tercio mismo, sino por la de las banderas ó compañías que lo formaban, viniendo á ser el tercio, por este y otros aspectos de su organización, una unidad compuesta, más semejante á las actuales brigadas ó divisiones que á los modernos regimientos. Y corto se quedó Herrera al referir la antigüedad de algunas de las compañías del Tercio viejo á la época del Gran Capitán; porque Vázquez, que lo conocía mejor, la remonta nada menos que al reinado de Juan II (1). Pero sea de esto lo que fuera, es lo cierto que el *Tercio viejo* mantuvo hasta que fué reformado ó disuelto en 1590, una primacía de honor indiscutible sobre todos los demás de la Infantería. Refiriendo su *reforma* escribió Herrera: «*así se deshizo la más antigua y valerosa legión que jamás hubo en la nación española*»; y algo más adelante añade: «*era la verdadera escuela de la milicia española*»; y Vázquez por su parte puso al cuerpo disuelto este hermosísimo epitafio: «*cuando se supo en España la reforma del Tercio viejo no fué menor el sentimiento que en Flandes, donde los herejes de Holanda é Inglaterra hicieron muy grandes alegrías de ver desarboladas banderas que tanto les habían oprimido y sujetado por tan largos años.*» Coloma llama al Tercio viejo «*padre de todos los demás, y seminario de los mayores soldados que ha visto en nuestro tiempo Europa.*»

Los tercios no tenían por esta época denominación, título ni aun apodo oficial; en el período inmediato anterior á las guerras de Flandes eran designados por el nombre de las regiones que guarnecían, y así, los cuatro que llevó á los Países Bajos el Duque de Alba, se llamaban, respectivamente, de Lombardía, Nápoles, Cerdeña y Sicilia (2); este último era el *Tercio viejo*, entonces mandado por Julián Romero. En el transcurso de la guerra, pero sin que pueda precisarse cuándo, sustitúyense los nombres geográficos por los de los maestros de campo de cada uno, siguiendo en esto el uso de los regimientos valones y alemanes, y los cuatro tercios citados se llamaron entonces de Londoño, Ulloa, Bracamonte y Romero. El tercio viejo, ó de Romero, fué, á la muerte de este famoso maestro de campo, el tercio de D. Fernando de Toledo, y de 1582 á 1588, el *Tercio de Mondragón*.

Así se le designa en todos los documentos, estados, relaciones é historias de la época; pero los soldados tenían por costumbre

(1) «*Estas banderas—dice—estaban las más dellas arboladas en tiempo de Juan II.*»

(2) *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo IV, pág. 381.

distinguir cada tercio por un mote ó apodo, expresivo de la cualidad ó defecto que más les chocaba en él. Al Tercio viejo, ó de Mondragón, apellidaban *Tercio de los Vivanderos*, aludiendo á lo admirablemente que sabían aquellos veteranos buscarse la comida y cuanto les era menester; para ellos no había cerraduras, ni escondrijos, ni secretos en las paredes, ni cuevas; olíanlo todo como finísimos sabuesos, por retirado y oculto que estuviese. Con este mote alternaba el de *Tercio de los Sacristanes*, y era esto por vestir de negro sus soldados, y no porque tal fuese su uniforme, que á la sazón, ni en mucho tiempo después, se conoció tropa uniformada (1), sino porque se hacían el traje de la tela usada por las campesinas flamencas para los suyos; tela que les salía baratísima, toda vez que el uso inmemorial del Tercio viejo era, como dice Vázquez, garbearla.

Al Tercio de Pedro de Paz quiso Alejandro Farnesio que se le apodase, después de la campaña de 1583 en que cosechó innumerables laureles, *Tercio de las Victorias*; pero la soldadesca siguió llamándose *Tercio de los Almidonados*, por lo mucho que cuidaban sus infantes del atavío y adorno, especialmente de los cuellos, y también *Tercio de los Pretendientes*, por decirse que sus hombres estaban siempre echando memoriales y solicitudes. *Tercio del Cañuto* era el de Agustín Idiáquez, por conservar de noche encendidos en unos canutos de caña las cuerdas ó mechas de los arcabuces, buena costumbre militar adquirida en la guerra de Portugal, y que no perdió en la de Flandes. Al tercio de D. Antonio Manrique llamaron de *La Zarabanda*, por haber importado este baile á los Países Bajos; sus soldados, en que abundaban los andaluces, eran grandes bailadores y guitarristas. Los del Tercio de D. Antonio de Zúñiga llegaron á Flandes, haciendo el viaje por Italia y Alemania, sin que en todo el larguísimo camino recibieran otro socorro que un ducaton por plaza que les dieron en Milán; quejáronse con sus camaradas de la exigüidad del socorro; pero sólo sacaron, á fuerza de repetir lo del ducaton, que *Tercio del ducaton* fuera llamado el suyo para siempre.

Estos motes no indicaban menosprecio de unos soldados á otros, pues leyendo con atención las relaciones contemporáneas, adviértese que ni siquiera rivalidad existía entre los tercios; todos los

(1) Hasta la segunda mitad del siglo XVII no hubo uniformidad reglamentaria en el traje de la tropa.

infantes españoles formaban como un solo cuerpo, unido estrechamente por el vínculo del paisanaje y del más cariñoso compañerismo; lo que había que temer en los ejércitos de Flandes era la exageración de este mismo espíritu nacional, y la rivalidad entre las diferentes naciones. Merodeaban, v. g., unos soldados nuestros en el sótano de una taberna, y revolviendo los trastos, hallaron doce cadáveres de compatriotas; cogen al tabernero, y le hacen confesar que aquellos infelices, yendo heridos, camino del hospital, habían sido asesinados por los villanos de un lugar vecino; los soldados dan la noticia á sus camaradas de los dos tercios de Mondragón y de Paz, y aquella noche, cuando todo dormía en el campamento, los soldados de uno y otro se salen uno á uno sigilosamente, burlando la vigilancia de sus oficiales y cabos; reúnen en el sitio designado, van al lugar, le prenden fuego, y matan á todo bicho viviente.

Al frente de su tercio peleó Mondragón en la batalla que se dió junto á Gante al ejército del duque de Alençon, en 1582. Fué tan recia la lucha, y anduvo el nuevo maestre de campo tan metido en ella, que le mataron el caballo. Vino en seguida el sitio de Ninove, famoso por el hambre que allí se sufrió: muchos murieron de inanición; en la mesa de Farnesio llegó á faltar el pan; hubo capitán que dió una cadena de oro de doscientos ducados por treinta panes negros con que sustentar á su compañía; D. Sancho Martínez de Leiva pagó diez ducados por dos tortas, hechas con miel, ajonjolibre, clavos y canela, que solían usarse para desayuno en aquellos países y época; *las naciones* se desbandaron, y sólo triunfó de la terrible prueba la constancia española. Siete españoles que andaban forrajeando, muy apartados del campamento, llegaron á un molino, donde hallaron á cincuenta valones comiendo, y aun holgándose en una verdadera francachela; pidenles los nuestros participación en el festín, y los valones, no sólo rehusan, sino que los despiden de mala manera; los españoles se marchan bramando de coraje; pero no lejos. Embóscanse por allí cerca, y esperan la noche, y cuando calcularon que ya los valones, rendidos al beber y al cansancio, dormían á pierna suelta, vuelven al molino, le pegan fuego, y allí concluyeron aquellos malos camaradas, unos abrasados, y otros que se despertaron antes, á filo de espada.

Pero el más curioso de los episodios del sitio de Ninove es éste: D. Gonzalo Girón, sargento mayor del tercio de Paz, fué al alojamiento de Alejandro á recibir la cotidiana orden; dejó á la puerta

el caballo, y al salir hallóse con que los soldados de la guardia lo habían matado, y ya lo tenían dividido en trozos para ponerlo en las parrillas. Girón, lejos de incomodarse, pidió su ración y nada perdió, pues enterado Farnesio le regaló uno de sus caballos.

Tomada la plaza, mandó Farnesio á Mondragón que con su tercio, algunos valones y alemanes y seis cañones, fuese á tomar el castillo de Linquerque. Hacía tanto frío, que se heló el agua del foso de este castillo; fácilmente se rindieron los doscientos hombres que lo guarnecían. Y poco después empezaron las operaciones preliminares del sitio de Amberes, la gran operación militar del siglo XVI que el italiano Pedro Fea encuentra sólo comparable al sitio de París por los alemanes en 1870 (1), empresa que todavía estudian, no sólo los eruditos, sino los profesionales de la guerra, y de la que poseemos excelentísimas monografías y relaciones, desde la de Lothrop Motley (2) hasta la de nuestro insigne Barado.

No hemos de repetir, ni aun de extractar lo ya contado por tales maestros; únicamente diremos que, como en el sitio de Maestricht, Mondragón fué destinado á completar el cerco por el pasaje más peligroso, ó sea por la ribera derecha del Escalda; la hueste de nuestro medinés había de operar aquí, sin embargo, en condiciones harto más difíciles que en Maestricht, pues estaba encajonada entre el río que dominaban los enemigos con sus escuadras, y la tierra de Holanda que dominaban con sus fuerzas terrestres, teniendo además que conquistar ó que neutralizar la acción de varios fuertes, ó construídos ú ocupados por los holandeses en las riberas del Escalda. Sostenerse allí con cinco mil hombres, y no sólo á la defensiva, sino cooperando activa y eficazmente á la toma de Amberes, era cosa únicamente accesible al genio y á la consumada experiencia de un caudillo como Mondragón.

Entre los fuertes de que acabamos de hacer mención, había uno destinado á dejar tristísimo recuerdo en la historia de Amberes, y aun de toda la Bélgica; tal era el de Lillo, que el mismo Mondragón había hecho construir, cuando con Sancho Dávila tenía por misión defender contra los zelandeses á la gran ciudad flamenca.

(1) En su obra *Alexandre Farnese*.

(2) *Histoire des Provinces-Unies des Pays-Bas depuis la mort de Guillaume le Taciturne jusqu'à la trêve des douze ans (1584-1509)*.—Traduit de l'anglais par Ernest Rordy.—Paris, 1870.—«La narración del sitio de Amberes—dice Forneron—es la obra maestra de Lothrop Motley.»

Escogió tan admirablemente el lugar para edificarlo, que, no sólo resultó de mucha eficacia para impedir á escuadras enemigas el paso por el río, sino inexpugnable contra cualquiera que lo atacase, ya por agua, ya por tierra. Mondragón había de comprobar ahora, pero á costa suya y de la causa que defendía, el valer de su fuerte. Porque lo primero que le previno hacer Farnesio en la ribera derecha del Escalda, fué tomar á Lillo, por rebato ó sorpresa, que *la misma noche que llegara cerrase con el castillo, y procurase de improviso ganar la plaza, sin dar lugar á que los rebeldes advirtieran lo que debían hacer* (1). Órdenes semejantes se dan más fácilmente que se ejecutan, y á veces lo último es imposible. Así ocurrió entonces; Lillo no pudo ser tomado por sorpresa (2), y el ataque en regla fué infructuoso; los sitiados apelaron al supremo recurso defensivo que tenían, cual era el de abrir la exclusiva del Escalda, é inundar la campiña de improviso, soltando el agua sobre las columnas de asalto. Murieron unos dos mil soldados de los que acaudillaba Mondragón, y entre ellos los capitanes Luis Toledo y Pedro de Padilla.

Todo induce á creer, sin embargo, que si se hubiera insistido en el ataque, Lillo habría caído en poder de los nuestros, cosa que si no para el efecto inmediato del sitio, para el porvenir de Amberes y de todos los Países Bajos, habría sido de suma importancia. A pesar de la inundación, nuestros soldados salvaron sus cañones llevándoselos á brazo, buscaron nuevas posiciones, y ya estaba todo dispuesto para nuevo asalto, cuando llegó la orden de Farnesio de abandonar aquella empresa, y fortificarse un poco más abajo de Lillo, incomunicando á este fuerte con Amberes. No debe ser calificada de errónea esta determinación del Duque de Parma; porque, en efecto, para el objetivo de tomar á Amberes no era Lillo indispensable; y para impedir la navegación por el Escalda mucho más eficaz que la posesión de un fuerte ribereño que, con los cañones entonces en uso, no podía señorear la caudalosa corriente, sino de un modo muy imperfecto, era construir aquel gran puente fortificado, obra maestra del genio de Farnesio.

(1) Vázquez.

(2) Decirio así parécenos, no sólo más justo, sino más verosímil, teniendo en cuenta el carácter de Mondragón y las circunstancias generales de la campaña, que lo escrito por Barado: *el valor de Mondragón no corrió esta vez parejas con su diligencia, y á causa de la lentitud con que se moviera, dió lugar á que se apercibieran los del fuerte...* etc. Nada justifica, á nuestro entender, esta manera de apreciar los hechos.

Pero si no fué verdadero error militar, sí fatal en sus consecuencias históricas.

Dejar á Lillo en poder de los holandeses, fué matar el porvenir de Amberes. Llegamos á dominar la gran ciudad; pero en Lillo siguió tremolando, y cada vez más fortificada y cada vez mejor defendida por cañones de más alcance, la bandera de Holanda; esta bandera significó allí constantemente la clausura del Escalda para la navegación; Amberes fué una ciudad secularmente bloqueada. ¿No habían de decaer su comercio, su riqueza y su población? En Amberes no entraban, ni salían más barcos que los que quería, y con el cargamento que permitía el Gobierno holandés. Aun en 1830, cuando los belgas emancipáronse por última vez de los holandeses, siguieron éstos prohibiendo arbitrariamente la libre navegación por el Escalda, es decir, continuaron utilizando, contra la prosperidad de Amberes y de toda Flandes, el fuerte que Mondragón hizo construir en 1574, y que no pudo tomar en 1584. Nueve años duraron las negociaciones diplomáticas entre Bélgica, Holanda y las grandes potencias, acerca de la libre navegación, y hasta 1839 no se arrió de Lillo la siniestra enseña de la tiranía entonces, cuando Lillo dejó de ser una fortaleza holandesa, Amberes respiró, y volvió á encontrar la senda de su asombrosa prosperidad mercantil de los siglos XV y XVI; volvió verdaderamente á ser Amberes.

Claro es que nada de esto podía preverlo Alejandro Farnesio, al ordenar que se suspendiera el ataque contra Lillo; pero no por eso dejó su idea de tener tan larga y funesta transcendencia. ¡Gravísima responsabilidad de los que mandan ejércitos y dirigen imperios!... ¡Parece mentira que haya tantos hombres cegados por el espejismo seductor de las elevadas posiciones, en que se toman esas resoluciones aparentemente sencillas, pero que pueden trascender á los siglos venideros!

El mismo día que se retiró Mondragón de Lillo (10 de Julio de 1584) fué asesinado en Delf el Príncipe de Orange.

La intervención de nuestro Cristóbal en todo el sitio de Amberes fué activísima, y siempre gloriosa. El 4 de Agosto del mismo año de 1584 obtuvo en el Dique-maestro aquella magnífica victoria en que, con pérdida de veinte muertos y treinta heridos, hizo mil novecientas bajas á los rebeldes. Por su consejo se construyó el *punte ó estacada* que decidió la suerte de Amberes, un poco más abajo de Lillo, en el paraje más angosto del río. Él, finalmen-

te, cerró como con fortísima cadena las comunicaciones de la gran ciudad flamenca con Holanda, contribuyendo, como ninguno de los auxiliares de Alejandro, á la conquista de Amberes.

Llegó, por fin, el suspirado día, aquel 27 de Agosto de 1585, en que, con pompa de vencedor romano, entró en la rendida Metrópoli aquel romano hispanizado que se llamó Alejandro Farnesio. Pedro de Castro, el capitán que llevaba siempre consigo Alejandro, su ayudante que diríamos hoy, fué quien, puesto á caballo en la Plaza Mayor, delante del Ayuntamiento y dando frente á la maravillosa Catedral gótica, gritó: *¡Viva el Rey Católico nuestro Señor!*, y como si el eco transmitiese aquel grito, ibanlo repitiendo por todos los ámbitos de la ciudad los ciudadanos católicos, la mayoría de la población indígena, para quienes significaba el término de un verdadero cautiverio babilónico, y el principio de una era de libertad; Amberes, dominada por el feroz calvinista Marnix de Santa Aldegonda y por una turba de sectarios forasteros de todas las naciones, se sentía libre al verse conquistada; salían los burgueses católicos de los escondrijos en que gimieron tantos años, siempre temerosos de los esbirros del Gobernador, ó de los desmanes de la turba cosmopolita, que había sido dueña de la ciudad. Invadían las iglesias, cerradas ó convertidas en capillas protestantes, y sin aguardar á las ceremonias canónicas de la bendición, volvían á poner en los altares las santas imágenes, é improvisaban *TeDeums* y otros cánticos de triunfo. Entonces se colocó en la fachada del Ayuntamiento la estatua colosal de la Virgen Santísima, que allí está todavía.

Las fiestas triunfales duraron hasta el 2 de Septiembre. No fueron nuestros soldados quienes menos parte tomaron en ellas. Antes, por lo contrario, á sí mismos se excedieron en aquella ocasión memorable. El puente ideado por Alejandro para cortar el Escalda, máquina portentosa que aún admiran los ingenieros militares, fué convertido por los infantes que lo habían construído, en hermoso salón de fiesta. Los castilletes que protegían sus entradas se transformaron en arcos de triunfo, y otros de ramaje adornaron la plataforma, cuyo pavimento, regado con tanta sangre, fué alfombrado ahora de ricas telas, y de hierbas y flores. Columnas y pirámides de madera y cartón, forradas de blanco lienzo, mostraban inscripciones, jeroglíficos, epigramas y sonetos en loor de Alejandro. Preparado el salón en pocas horas, empezó la fiesta, que fué toda de comida, bebida, canto y baile, agasajando los vetera-

nos á las beldades del país, que *de su naturaleza son libres, y muy blancas, rubias, hermosas y corteses, poco limpias en el comer, y en el vestir muy aseadas* (1). Sonaba de continuo la mosquetería disparada en salvas, y también las cajas, pífanos y trompetas, á que se reducían las charangas entonces, mezclándose las coplas de la patria lejana con las de aquella tierra del peligro y de la gloria, que para muchos de los nuestros, allí casados y con hijos, constituía ya una segunda patria.

El alegre estruendo atrajo á Farnesio, y agradándole su obra maestra de poliorceta convertida en real de feria, ideó dar en ella un gran festival, al uso flamenco, á las damas católicas del país. Despacháronse al punto mensajeros á Gante, Brujas, Bruselas y otros lugares, y pronto viéronse sobre la plataforma de la estacada más de ochocientas señoras principales, lujosamente vestidas, la mayoría de negro para que resaltase mejor la blancura brillante de cuellos y manos, y aquel color de las mejillas, mezcla de leche con hojas de rosa, de que sólo Rubens había de sorprender el secreto artístico. Tendiéronse á lo largo del puente mesas con blancos manteles y rica vajilla de plata y oro, y los más sabrosos manjares, y los vinos más exquisitos del universo, diéronse cita en aquellas mesas para regalo de damas y galanes.

No hay que maravillarse de ello; porque Flandes era en aquel tiempo la tierra clásica de los festines y banquetes, paraíso de glotonos y golosos. Los mercados de aquellas ricas ciudades asombraban á los viajeros de países más pobres ó más sobrios; veíanse allí «liebres que costaban tanto como un cerdo, pollas cebadas que valían lo que cinco pollos, faisanes de precio igual á un carnero; un centenar de ostras costaba lo mismo que dos faisanes, y un rombo, un salmonete y un ciento de cangrejos, más que tres cerdos» (2). Amén de los pescados de agua salada y dulce, que eran objeto de activísimo comercio, y de las ricas carnes, leche y quesos, productos también del país, los barcos holandeses y belgas llevaban constantemente á Flandes lo mejor de lo mejor que se criaba en todas partes: de España iban el aceite de Andalucía, y azúcar, higos, pasas, almendras, piñones, naranjas, aceitunas, alcaparras, clavos, pimienta, ajonjibre y canela; de vinos: «el de Jerez, Alanis, Cazalla y Constantina, y Pedro Ximénez de Málaga, con las

(1) Vázquez.

(2) Vaudenesse.—*Sumario de viajes.*

rivadavias de Galicia y de Canarias y otros embarcados en Sanlúcar ó Sevilla y llegados á Flandes, son mucho mejores, porque como van más cerca del Norte, la frialdad los purifica y sazona mucho mejor que donde se crían» (1). Costaban entonces allí estos vinos españoles, menos que los aloques y claretos de Francia y que el vino del Rhin.

Siempre, naturalmente, eran caros, y para los soldados inaccesibles de ordinario. Su bebida usual, como para el común de los flamencos, era la cerveza, de que había tres clases: la doble, «hecha de oblón y trigo, que es rubia como lejía, y hace espuma cuando se echa en las vasijas» (2); la entredoble ó de cebada y la *petitabiera*, confeccionada con salvado, y que bebían á pasto los habitantes del país. Nuestros soldados echaban de menos el negro peleón de su tierra. Lope de Vega nos ha dejado también epigrafiado este sentir de la soldadesca española de Flandes, poniendo en labios de uno de nuestros infantes:

Aquí (que nunca lo viera)
aquel escudero ví;
aquí fué donde bebí
cerveza por vez primera.
Mal agüero, ó el peor,
pues desde entonces acá
traigo los bigotes ya
á lo flandesco, señor.
¿Cuándo beberé con nombre
más claro que el mismo sol,
aquel vinazo español
que hace barbinegro un hombre?
¿Cuándo aquel licor divino?
¡Que en fin, la cerveza es mujer,
y el vino es hombre! (3).

En las mesas del puente del Escalda había de cuanto más rico encerraba Flandes entonces. Y preparado como corresponde á un país que tenía la fama justificadísima de poseer los mejores cocineiros. Felipe II había escrito á Guillermo de Orange, muy poco antes de comenzar las revueltas, rogándole con gran encarecimiento

(1) Vázquez.

(2) *Idem*.

(3) Comedia *Pobresa no es vilesa*.—Parlamento de «Panduro».

que le cediese su cocinero maese Herman, de quien habían dicho al Rey que *era muy hábil en su oficio* (1).

Sentadas las damas, el Duque de Parma y los gentiles hombres de su corte, los maestros de campo, capitanes y alféreces envejecidos en todas las guerras del siglo, y nobles y aventureros de la cristiandad entera, trinchaban las viandas y escanciaban el vino, sirviendo á las señoras con los refinamientos de cortesía propios de una época tan ceremoniosa. No alargaban un plato, ni un jarro, sin doblar la rodilla y sin besar la blanca mano de la dama ó la seda de su vestido. Concluido un servicio, tirábase al Escalda la vajilla, y era de mucho contento y algazara el deporte de pescar con redes platos y vasos para utilizarlos en la siguiente tanda de manjares. Duró el festín tres días con sus noches, que hacían también día las antorchas y hogueras, encendidas en la plataforma, sobre los castilletes y en los vecinos campos; de lejos parecía un gran incendio reflejándose fantásticamente sobre las aguas del río. La música de la capilla real de Bruselas, compuesta de chirimías, clarines y cornetas, tocaba de continuo, á la vez ó alternando con las charangas de los tercios y con las guitarras de los soldados; en los intervalos del comer y beber, se bailaba; «las flamencas son grandes bailadoras, tan amigas de danzar como ellos de beber...» «Se están danzando dos ó tres días con el mayor gusto del mundo, y en faltándoles el son, lo hacen con la boca, y al compás de él, con algunas canciones amorosas que cantan, se entretienen y desvelan, y tan embebecidas en esto el tiempo que dura, que parecen atarantadas.» Nuestros guerreros enloquecían por aquellas beldades del Norte que parecían hechas de la nieve más pura de sus inviernos con rosados reflejos de aurora; pero la cándida frialdad de su temperamento enfadaba á hombres conocedores de las Doro-teas, Luscindas y Anas Félix de su tierra: «son tan simples en su trato y conversación amorosa (escribió el capitán Vázquez, de quien son la mayor parte de estos pormenores), que no se les conoce malicia.» Y los matrimonios de conveniencia, de puro interés, estaban allí á la orden del día: «Todo su amor, añade Vázquez, es como mercadería y cosa vendible; el que más da, ese goza lo que desea, porque jamás ellas se enamoran de buen talle, discreción, calidad, valor, ni nobleza, sino del que tiene más dinero.»

No era posible una unión duradera, perpetua, entre dos razas

(1) Gachard.—*Correspondencia de Guillermo el Taciturno*, tomo II.

de complexión tan diferente. Pero en aquella brillante concurrencia del puente de Amberes fraternizaban verdaderamente flamencos y españoles, y unos y otros creían que aquella hermosa fiesta significaba el término de las guerras de Flandes. No era más que una ilusión; pero como todas las que son halagüeñas, alegraba cual la realidad misma. Brindábase por el Papa, por el Rey de España y por Alejandro Farnesio; se comía, se bebía, y no cesaban la música ni el baile. Hasta el viejo y adusto Mondragón debió de echar en aquellos alegres días algunas canas al aire. Vázquez lo apunta entre los galantes servidores de las damas flamencas; y es de creer que la sequedad, reparada por Coloma, se refrescase algún tanto, en ocasión tan solemne.

XXIII

MONDRAGÓN, CASTELLANO DE AMBERES.—LAMENTABLE CAMBIO EN LA DIRECCIÓN Y OBJETIVO DE LA GUERRA DE FLANDES.—CONSPIRACIONES EN AMBERES.—CAMPAÑA EN EL PAÍS DE WAES.—ESPERANDO LA "INVENCIBLE".

El 2 de Septiembre mandó Alejandro Farnesio deshacer la maravillosa máquina del puente ó estacada, poniendo con esto término á las fiestas triunfales. Ya estaba nombrado nuestro Mondragón *castellano de Amberes*, esto es, gobernador de la ciudadela, ó mejor dicho, de la plaza y su territorio, pues á todo él alcanzaba su jurisdicción y mando como representante ó delegado de la autoridad real en el orden militar. No por eso dejó la maestría de campo del Tercio viejo, que conservó, según ya queda indicado, hasta 1588; pero ya no volvió á mandarlo, al menos personalmente, y así, aunque el *tercio de Mondragón* siguió figurando con tal título, y con él estuvo en Diciembre del mismo año de 1585 en la encerrona de la isla de Bommel, de tan memorable recuerdo en los fastos religiosos de nuestra Infantería (1), y en 1586 en los sitios de Grave y Venlóo (2), sus aventuras, servicios y proezas, ya no pertenecen á la biografía de Mondragón.

Permaneció éste en la castellanía de Amberes hasta su muerte, si bien hubo de hacer varias salidas para rechazar á los enemigos de las costas y regiones vecinas y algunas más lejanas, y tan importantes como las que hizo para mandar en jefe el ejército de aquellas provincias. Tampoco dentro de Amberes era su destino pasivo, ni mucho menos, como veremos en seguida.

Resumiendo Coloma la gloriosa vida de Alejandro Farnesio,

(1) Como que es el origen del Patronato de la Inmaculada Concepción. Este singular episodio, descrito detalladamente por Vázquez, ha sido objeto en nuestros días de varios estudios especiales: Casado le ha dedicado un precioso artículo, y el ilustrado capitán y profesor de la Academia de Infantería D. Alfredo Serrano un trabajo, premiado en el certamen que se celebró en Toledo para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada. (Diciembre de 1904).

(2) En estas operaciones mandaba el tercio de Mondragón el capitán Juan de Castilla, natural de Granada, y según Vázquez, «soldado de los viejos del Duque de Alba».

dice: «Cerca de quince años gobernó los Países Bajos con suma prudencia y valor, yendo siempre en crecimiento su fortuna hasta la presa de Amberes: puédense contar por estado de ella todos los años que vivió después, y finalmente, parece que comenzaba ya á entrar en la declinación, cuando salió de esta vida.» En todo el tiempo, en efecto, que corrió desde la llegada de Farnesio á Luxemburgo hasta que pudo decir Felipe II: *¡Nuestra es Amberes!*, admira considerar el encadenamiento sistemático de los sucesos, dirigidos sabiamente, por una inteligencia superior, á un fin concreto, y aunque difícil de conseguir, posible ó realizable; esa inteligencia superior, que era la de Alejandro, llevábalo todo al objetivo de reconquistar los Países Bajos, dividiendo, ó aprovechándose, mejor dicho, de la inevitable división entre católicos y protestantes, y libertando á los primeros de la tiranía de los segundos. Tan cuerda política, seguida con invencible perseverancia y habilidad exquisita en el empleo de sus medios más naturales y eficaces, y apoyada en una acción militar tan inteligente como vigorosa, había dado sus frutos: cuando llegó Alejandro, el territorio sometido al Rey Católico reducíase al Luxemburgo y parte del Condado de Namur, en 1585 dominábamos sólidamente todos los Países Bajos, á excepción de Holanda y Zelanda, y no como en las épocas del Duque de Alba y de Requesens, en que los naturales nos odiaban y no pensaban más que en ver el modo de sublevarse y echarnos de allí; la dominación de ahora era efectiva, íntima, no sólo de las fortalezas y del territorio, sino de los corazones de brabanzones y flamencos; todos los belgas odiaban cordialmente á sus hermanos holandeses, estaban desengañados de sus sueños de libertad religiosa, convencidos de que en aquel siglo no cabía ser sino opresores ú oprimidos, y hasta soportaban la presencia de tropas extranjeras como un mal menor é inevitable; en todas las ciudades belgas se había celebrado con regocijos populares la muerte del Príncipe de Orange.

¿Qué restaba, pues, por hacer? Completar lo poco que ya faltaba para concluir obra tan larga y costosa; es decir, atacar el Condado de Holanda, del que ya poseíamos las llaves, siendo dueños de Bommel y otras plazas de la orilla derecha del Mosa. Tal era el pensamiento de Alejandro, y tales los grandes temores de los holandeses y de todas las potencias protestantes. Pero una vez tomado Amberes, el encadenamiento de los sucesos se interrumpe bruscamente, falla la lógica política y militar, y se entra en un período,

glorioso sí, pero confuso; período de objetivos y fines múltiples, y hasta más grandes que el concreto del período anterior; pero por su misma grandeza, vagos, indeterminados y de realización moralmente imposible.

Es que Alejandro Farnesio dejó ya de ser el director de la política española en Flandes. La corte de Madrid, ilusionada por el señuelo de una política desmesurada, apartó su atención de los Países Bajos, fijándola nada menos que en la reducción de Inglaterra y de Francia. Error de más funestas consecuencias no se ha cometido en la historia. D. Carlos Coloma, de quien nadie puede sospechar parcialidad contra el Rey Prudente, lo califica de *consejo tan dañoso, como lo ha mostrado la experiencia, é indigno de que lo tome ningún príncipe prudente, por valeroso que sea* (1). Y esta es la opinión que forma cualquiera que, sin otro ánimo que conocer la verdad, estudia los acontecimientos: «á no haber distraído de los Países Bajos otros designios el pensamiento y el oro de España (ha escrito el general belga Herard), indudablemente hubiera conseguido Farnesio la sumisión de las diecisiete provincias á la soberanía de Felipe II; pero la política inquieta, vacilante y recelosa del Rey, lo decidió de otra manera» (2).

Es realmente inconcebible en un gobierno que, por deficiencia de medios marítimos no había podido mantener su soberanía sobre los islotes de Zelanda, la idea de conquistar á mano armada las islas Británicas. Y una de dos: ó tenía realmente esos medios, ó no los tenía. Si lo primero, antes de pensar en Inglaterra debió acudir á Zelanda; si lo segundo, no debió meterse en ninguna de ambas empresas. Sesenta y tres buques, de ocho á nueve mil hombres y cuatrocientos millones de reales nos costó el disparate de la *Invencible*; quizás la cuarta parte hubiera bastado para reforzar convenientemente á Farnesio, poniéndole en condiciones de someter á los holandeses.

Lo cierto es que éstos fueron los que cosecharon los frutos de la gran tentativa de Felipe II contra Inglaterra, y de su intervención armada en Francia. Mientras que los tercios de Alejandro Farnesio esperaban en vano, acantonados en la costa, la llegada de la

(1) *Guerra*.—Lib. I. Y en el III, añade: «Cada día causaba admiración el ver que por acudir el Rey á los negocios ajenos, dejaban él y sus ministros en abandono los propios.»

(2) *La estrategia de Alejandro Farnesio, Duque de Parma*.—*Revista belga*. Año de 1887 Traducido por Martín Arrue en la *Revista Científico Militar*, española.

Invencible para emprender la conquista de la Gran Bretaña, y mientras iban una vez y otra á Francia á pelear contra los del Bearnés, los holandeses, en lugar de tener contra sí al ejército formidable que acababa de tomar á Amberes, sólo tenían cortísimos destacamentos, incapaces hasta para la guerra defensiva; así hubieron tiempo sobrado para fortificar todas sus ciudades, y hasta las aldeas, sembrando además de castillos y fortalezas las riberas de los ríos y todos los parajes adecuados para la defensa; de organizar y armar sus milicias con tal perfección, que, según Bentivoglio, no se había visto hasta entonces en el mundo cosa semejante (1); y, finalmente, para levantar un ejército activo, con el que pronto habían de pasar de la defensiva á la ofensiva, y realizar las maravillas que han ilustrado el nombre de Mauricio de Nassau. Nada de esto hubiera sido posible, nada se hubiera realizado á continuar el vigoroso empuje de Alejandro, después de la toma de Amberes.

Pero ni esta conquista fué perfeccionada, ó mejor dicho, completada. Llegamos á tener guarnición en París; pero mientras tanto, Lillo, esto es, los arrabales y la llave marítima de Amberes, seguían, y siguieron siempre en poder de los holandeses. Por el Escalda no se podía navegar. Amberes, dominada por nuestras armas, se convirtió de la ciudad central de los Países Bajos, de la verdadera metrópoli de Flandes, del emporio donde todo se vendía y todo se compraba, en una población fronteriza, en un presidio. Aquellos numerosos bajeles que salían y volvían constantemente, llevando y trayendo los productos del mundo entero, amarrados ahora en los largos muelles, se iban pudriendo poco á poco. La ciudad, que en 1568 contaba con 125.000 habitantes, cifra enormísima para la época, y en 1584, con 85.000, en 1589 había descendido á 55.000. Casi todas las casas de comercio se habían cerrado; muchas se trasladaron á Amsterdam, que fué la heredera de la riqueza y prosperidad de Amberes.

Los escritores protestantes han atribuído á la intolerancia religiosa del Gobierno español esta triste decadencia de la Metrópoli flamenca; pero la misma intolerancia, aunque en sentido inverso, había en Amsterdam. Si en Amberes no eran tolerados los protestantes, en Amsterdam no lo eran los católicos. No; la decadencia de Amberes no fué producida por causas morales, sino materiales. La clausura del Escalda, y no la unidad católica, la motivó, y la

(1) *Relaciones del Cardenal Bentivoglio*, traducidas por Mendoza—Nápoles, MDCXXXI.

clausura del Escalda fué un efecto, material también, de no haber completado la toma de la ciudad con la del fuerte de Lillo, y sobre todo, de no haber conseguido desembarazar las bocas del río de las escuadras holandesas, y ésto á su vez fué natural y lógica consecuencia del gravísimo error político de nuestro Gobierno en el siglo XVI; el error de desentenderse de los negocios de Flandes, abandonándolos en el momento propicio para rematarlos, por empeñarse en las inoportunas empresas de Inglaterra y Francia.

Mero ejecutor parcial de una política funesta, Mondragón hubo de limitarse, en su puesto de castellano de Amberes, á ejercer una exquisita vigilancia, y desplegar toda su portentosa actividad, que no habían podido debilitar los años, para prevenir y reprimir las continuas intentonas de los enemigos interiores y exteriores contra la recién conquistada ciudad.

Por una de las cláusulas de la capitulación, habíase concedido á los protestantes libre residencia en Amberes por plazo de cuatro años, contados desde 17 de Agosto de 1585, para que pudieran en este tiempo vender sus propiedades. Esta población, refractaria y enemiga, conspiraba de continuo para librarse del destierro colectivo, y desconfiando de sus hermanos del Norte, á los que nadie podía suponer á la sazón en condiciones de resistir siquiera muchos meses á las victoriosas armas católicas, había puesto sus esperanzas en la Reina Isabel de Inglaterra. No desoyó ésta sus excitaciones; y soldados ingleses, no en corto número, había con los holandeses y hugonotes de Francia en Lillo, *el padrasto de Amberes*, como le llamaban ya entonces los nuestros, y siguiéronle llamando los belgas, de generación en generación, hasta 1830.

Con tales huéspedes á las puertas de casa, y tantos rabiosos enemigos dentro, no hay que decir si tendría que hacer el Gobernador. Contaba para cumplir su oficio con unos cuantos centenares de españoles en el castillo ó ciudadela, y con la población católica organizada en milicia concejil, dispuesta, es verdad, á todos los servicios y aún sacrificios que se le exigieran y fuesen menester para no caer de nuevo bajo el insoportable y sombrío yugo calvinista: sobaban estos elementos á un jefe como Mondragón.

Las conspiraciones se sucedían sin cesar unas á otras, y algunas fueron singularmente peligrosas. Tal, por ejemplo, la que urdió en Mayo de 1587 un español mulato, natural de Andújar, llamado Alonso Venegas, y que era hombre muy notable por su inteligencia y valor; había servido en los tercios con tanto lucimiento, que,

á pesar de su mancha de raza, obtuvo el empleo de alférez, y le tomó bajo su especial protección D. Fadrique de Toledo, el hijo del Duque de Alba. Pero llegó un día en que Venegas fué insultado por otro oficial, envidioso probablemente de su mérito y fortuna. Venegas desafió al insultador, y éste repuso que no media él sus armas con *un perro mulato*. Atroz injuria que debió ser castigada en el acto por los camaradas de ambos; pero que sin duda no lo fué, porque Venegas, desesperado y ardiendo en deseos de venganza, se pasó á los rebeldes. Acogióronle tan bien, que le hicieron de golpe capitán. Y este capitán Venegas fué quien, valiéndose de otro español, apellidado Llera, y pasado igualmente al enemigo, en cuyo campo tenía el empleo de alférez, sedujo á un soldado de la guarnición del Castillo, prometiéndole nada menos que hacerle gobernador ó castellano, si entregaba la fortaleza. Mondragón enteróse á tiempo y los traidores pagaron con la vida su delito (1).

Pero Alfonso Venegas y Llera, chasqueados en este intento, formaron una partida que, con otras de *mendigos de la tierra*, corría por los alrededores de Amberes, entorpeciendo las comunicaciones y sembrando el terror en los pueblos leales. Ordenó el Duque de Parma la organización de rondas volantes, mandadas por prebostes de campaña, para extirpar á tan molestos enemigos, pero sin gran resultado. Dispuso entonces Mondragón una gran batida, en que tomaron parte la guarnición y milicianos de Amberes, y se logró, en efecto, sorprender á la partida de Venegas cuando conducía un largo convoy que acababa de robar; murieron los más de aquellos atrevidos guerrilleros, y Llera quedó prisionero; los soldados españoles renunciaron á la presa, á cambio de que el traidor les fuera entregado, para pasarlo ellos mismos por las picas, como lo efectuaron (2).

Muy grave fué también la conjura urdida por los calvinistas de

(1) Vázquez, para limpiar de la fea nota de traidores á nuestros compatriotas, dice que no fueron más que dos soldados los que entraron en la conjura, y que probablemente no serían verdaderos españoles; porque en los tercios pasaban por españoles algunos que no lo eran, sino franceses del mediodía, criados en Aragón ó Cataluña, flamencos ó valones que habían servido de mochileros en los tercios, y aprendido nuestro idioma, y hasta moriscos de Valencia y Murcia que no habían querido pasar al Africa, y andaban vagando, como el Ricote de Cervantes, por las naciones europeas.

(2) Esta era la costumbre de nuestros infantes con todos los compatriotas pasados al enemigo que cogían prisioneros. Uno de los caudillos orangistas de la guarnición de Maestricht, que cayó prisionero en la toma de la plaza, fué también español, apellidado Manzano, natural de un lugar próximo á Ocaña, y que sirvió cinco años con los rebeldes; los nuestros preguntáronle que cómo quería morir, y él respondió que como soldado; entonces pasáronle por las picas.

la ciudad, durante el sitio de la Exclusa; pero también se frustró por la vigilancia del castellano, y los culpables fueron llevados á la Ciudadela, *no habiéndose vuelto á saber dellos*, dice Vázquez. Escaramuzas y aun combates formales con los rebeldes y extranjeros que guarnecían á Lillo, eran constantes; todas las noches se ponía una guardia de cien hombres en el camino de Lillo. Más importantes facciones ocurrían á menudo. Así, v. gr., habiendo desembarcado una gruesa columna de rebeldes en el país de Waes, Mondragón «con grandísima presteza y con el cuidado que él acostumbraba á hacerlo todo, como experimentado capitán, sacó de su castillo algunos españoles y otros de la guarnición de Torremunda, y fué la vuelta de los rebeldes—habiendo avisado antes á Mr. de la Motta que con alguna gente de las guarniciones del Condado de Flandes, se viniese á juntar con él—y llegó con dos mil hombres. Los rebeldes se reembarcaron, y Mondragón y la Motta dejaron presidiada la villa de Hasselt, y castigados los que tenían inteligencia con los rebeldes» (1). Cabreña de Córdoba amplía las noticias de esta breve campaña, apuntando que los holandeses, invasores del país de Waes, eran 3.500 infantes y 800 jinetes, mandados por Jorge Verardo; las fuerzas de Mondragón no pasaban de 2.000 infantes y seis cornetas de caballería.

En todas estas empresas salió triunfante Mondragón. Pero en las que no le acompañó la fortuna, fué en las de organizar escuadrillas para pelear por agua; elemento en el que parecía pesar siempre sobre nosotros un sino implacable. Por orden del Duque de Parma, preparó en Amberes una flota de dieciséis barcas chatas muy bien armadas, para que fuesen por los canales á coadyuvar al sitio de la Exclusa. Los holandeses las esperaron en un canal, y capturaron casi todas. Bien es verdad que luego los infantes españoles, metiéndose en el agua, no sólo recuperaron los barcos perdidos, sino que se apoderaron de un navío holandés, poniendo en fuga á los restantes.

En el año de 1588 apenas hizo el ejército de Flandes otra cosa que esperar la llegada de la *Invencible* para subir á su bordo, y emprender la fantástica conquista de Inglaterra. Reformáronse los tercios, y el de Mondragón fué puesto á las órdenes de D. Sancho Martínez de Leiva, el que en 1578 llevó á los Países Bajos una compañía de trescientos hombres, levantada por él en Nápoles, y toda

(1) Vázquez. —

de caballeros, capitanes y alféreces; los cabos de sus cinco escuadras eran capitanes; el alférez, un tío de D. Sancho, y el sargento, su hermano; la bandera era negra con su cruz roja de Borgoña, y tenía en una cara un Crucifijo y en la otra una imagen de la Virgen; decíase que D. Sancho había hecho poner tan divinas insignias en su bandera, para que no tuviese ésta que abatirse al paso de los generales. Por este tiempo ya no existía esta singular compañía, y D. Sancho, al ser promovido á maestre de campo, mandaba una de lanzas españolas.

Nuestros soldados, preparados para ir á Inglaterra, ofrecían un aspecto soberbio. Aquellos veteranos que una mala política desviaba de su verdadero objetivo, eran el primer ejército del mundo. Todavía los ingleses que conocen bien la historia de los tiempos pasados, alégranse de que tan incomparable tropa no hubiese llegado á tomar tierra en la Gran Bretaña. He aquí lo que dice lord Macaulay, el gran historiador inglés: «Tenemos ciertamente motivo para enorgullecernos del esfuerzo que los ingleses de todas las clases sociales, caballeros y labradores, aldeanos y burgueses, desplegaron en la gran crisis de 1588. Pero también debemos dar gracias de que con todo su esfuerzo, no hubieran tenido que hacer frente á los batallones españoles. Somers recordaba una anécdota, conservada por tradición en la noble casa de Vere. Uno de los hombres ilustres de aquella casa, capitán que había logrado experiencia y nombradía en los Países Bajos, fué llamado á Inglaterra por la Reina Isabel en el momento del peligro, é iba con la Reina á caballo entre las interminables filas de piqueros. Preguntóle la Reina qué le parecía el ejército. «Es un ejército valiente», contestó. Pero lo dijo en un tono que llamó la atención de Isabel, la cual insistió en que le hablase con toda sinceridad. «Señora, dijo el capitán, no hay duda de que el ejército de vuestra gracia es muy valiente; pero yo, que no tengo fama de cobarde, soy aquí el más cobarde de todos. Todos éstos piden á Dios que el enemigo desembarque y se dé una batalla, y yo, que conozco bien á ese enemigo, no puedo pensar sin espantarme en que tal cosa llegue á suceder.» De Vere estaba en lo cierto. El Duque de Parma, en verdad, no hubiera sometido á nuestro país; pero es muy probable que nuestra isla hubiera sido teatro de una guerra muy semejante á la que Aníbal hizo en Italia, y que los invasores no hubieran sido rechazados, sino después del saqueo de muchas ciudades, de la devastación de muchos condados y de la muerte de

multitud de valientes campesinos y artesanos que hubieran perecido en jornadas no menos terribles que las de Trasimeno y Cannas.»

¡Qué lástima que estos nuevos soldados de Aníbal no hubiesen sido dirigidos sobre Amsterdan, en vez de ser destinados á perseguir una quimera!

XXIV

MONDRAGÓN RESTAURADOR DEL CASTILLO DE AMBERES.—CAPITÁN GENERAL DEL BRABANTE.—LAS ÚLTIMAS CAMPAÑAS

Residió Mondragón en Amberes, durante este último período de su vida, en el *Castillo*, es decir, en aquella magnífica fortaleza ideada por Granvela en 1565 (1), que la Princesa de Parma hizo diseñar á Marchi, y el Duque de Alba mandó construir á Paccioto (2). Más que para defender la ciudad contra enemigos exteriores, había sido erigido el Castillo para sujetar á población tan populosa, heterogénea y levantisca; pero resultó la obra tan adecuada para el uno como para el otro objeto: era un vasto pentágono regular, cada uno de cuyos lados ó cortinas de muralla medía quinientos cincuenta pies, y con un baluarte en cada uno de los cinco ángulos; cortaba esta gran mole de piedra el circuito del muro de Amberes, de suerte que dos de los baluartes, los denominados de *Hernando* y de *Toledo*, miraban ó amenazaban á la ciudad, separados de sus casas por anchurosa plaza de armas, y los otros tres, el de *Paccioto*, el de *Alba* y el del *Duque*, miraban al río. Estos nombres españoles de los baluartes conservólos la Ciudadela de Amberes hasta su demolición; con ellos figuró en las heroicas defensas de Carnot contra los aliados en 1814, y de Chasse contra los franceses y belgas en 1832, últimas páginas gloriosas de la historia de aquel monumento militar, levantado para sostener la política y el imperio español en el Norte de Europa, y que ha sobrevivido centenares de años á la política y al imperio que lo hicieron construir.

En la época del terrible odio contra el Gobierno español, la Ciudadela, eficacísimo instrumento de la dominación aborrecida, fué odiada y maldecida por los flamencos, que la miraban como á la

(1) Las cosas que aquí hacen falta—escribió á Gonzalo Pérez,—son: *la presencia de Su Majestad, la construcción de un castillo y la reforma de la policia local.*

(2) Barado expone admirablemente la construcción y traza de la Ciudadela (*Sitio de Amberes*, págs. 163 y siguientes) con facsímiles de los planos que se conservan en Simancas.

férrea cadena que los tenía sujetos. Y con razón; no bien se alborotaban los burgueses de Amberes, entraban fácilmente por el Castillo las fuerzas encargadas de dominarlos, *que es*—escribía Mendoza—*uno de los efectos que hacen los castillos en las villas, el de poner gente dentro dellas sin que los vecinos lo sepan* (1). Por la Ciudadela entraron, y de la Ciudadela salieron los tercios el día eternamente memorable de *la furia española* (2). Y para mayor fomento de aquel odio, en la plaza de armas fué donde el Duque de Alba se hizo construir la inoportuna y orgullosa estatua, indiscreto y ridículo desvanecimiento de su genio, que lo representaba en la actitud altanera de tener vencidos y subyugados á los Países Bajos (3).

No es de maravillar que al triunfar la revolución, el demoler la Ciudadela fuera una de las satisfacciones más apetecidas por la masa de los vencedores. Y sumo trabajo costó á los caudillos inteligentes del movimiento, conseguir que sólo fuera derribada la parte que miraba al interior de la ciudad, ó sean los baluartes de *Hernando* y de *Toledo* y sus murallas correspondientes, dejando los otros tres y sus cortinas incorporados á la fortificación exterior. El derribo fué en Amberes fiesta popular; con el ardor de la venganza trabajaron allí los burgueses sin distinción de clases, ni aun de sexos ni edades. Y para mayor contento de los que se cobraban en las piedras lo que no habían podido cobrarse en los hombres, sucedió un incidente singular: Requesens, en su política conciliadora y prudente, había hecho quitar de la Plaza de Armas la provocativa estatua del Duque de Alba; pero, ecléctico en esto, como en todo, corrió la voz de que se quitaba por haberla pedido desde España la familia del Duque; lo que hizo fué sepultarla en uno de los sótanos del Castillo, y ahora, invadida toda la fortaleza por la enfurecida plebe, volvió á salir á luz la malhadada escultura, y ya puede suponerse lo que harían con ella aquellos diablos en libertad; arrastráronla á la Plaza, donde había lucido insolente, y hartáronse de oprobiarla y escarnecerla. ¡Así hubiesen cogido al original!

Mondragón encontró el Castillo como lo dejara la revolución de 1576, y durante su gobierno fué restaurado conforme al plan

(1) *Comentarios*, lib. XIII, cap. I.

(2) Ó días; porque el saco de Amberes por los tercios duró del 3 al 5 de Noviembre de 1576.

(3) Con el bronce de esta estatua se hizo en 1635 un gran Crucifijo, que se venera todavía en la Catedral de Amberes.

primitivo, construyéndose además edificios interiores, especialmente una iglesia ó capilla que debía de ser muy espaciosa. Á título de restaurador de la Ciudadela y fundador de su iglesia, esculpieron las armas de nuestro héroe en las fachadas de ambas, junto á las del Rey de España, preeminencia que tuvieron en mucho los inmediatos descendientes de Mondragón, consignándola como una de las más preciadas de su ilustre antecesor.

Vivia éste, según decimos, en el Castillo, con su hija Margarita, única que le sobrevivió, casada con Alonso de Mondragón, el hijo de Magdalena y de Diego González del Castillo, para el que *su tío y padre*—como escribía Alonso en sus cartas é instancias—obtuvo el cargo de *teniente de castellano*, ó sea segundo jefe de la fortaleza. Sin duda por respeto al suegro, Alonso nunca se apellidó González del Castillo, sino Mondragón, y en cambio, Cristóbal jamás usó su verdadero segundo apellido Mercado, quizá por repugnancia al parentesco con Zalamea, sino que se apellidaba Mondragón y Castillo, no teniendo más relación conocida con este apellido que ser el de su cuñado y consuegro; pero así andaban estas cosas en el siglo XVI, y así perseveran en los documentos para ejercitar la paciencia de genealogistas y biógrafos de buena fe.

Cristóbal Mondragón y Castillo es llamado nuestro héroe en el cartelón del retrato al óleo, poseído por la ilustre casa de Murga, descendiente del Coronel, de quien damos la copia fotográfica, regalada por el Sr. Zabalburu al Sr. Rodríguez Villa, y que éste ha puesto galantemente á nuestra disposición. Reza dicho cartelón que es retrato al natural, y debe de ser copia de alguno hecho en la época de la vida de Mondragón á que nos venimos refiriendo; represéntalo con un niño al lado, de diez á doce años, y de notable parecido en el rostro con el anciano caudillo; es indudablemente el nieto de Cristóbal, llamado así también, y que nació en el Castillo de Ambres, *estando su padre D. Alfonso sirviendo á S. M. de capitán de caballos, y su abuelo Cristóbal de castellano*, según se lee en las segundas informaciones, que fueron precisamente las provocadas por este nieto del vencedor de Zierikzée. Otros nietos nacieron asimismo á Mondragón en el Castillo de Amberes, y fueron el encanto y la corona de su ancianidad venerable y gloriosa.

Setenta y ocho años había ya cumplido Cristóbal; en nuestra edad, aun representando menos esta cifra por haber aumentado el tipo medio de la vida humana, Mondragón haría ya seis años que vegetara en la escala de reserva, suponiéndole con el empleo de

teniente general, que es hoy el equivalente á su jerarquía de entonces; en el siglo XVI, envejecía el soldado de Túnez y Mulberg en plena actividad de su carrera, ejerciendo un mando importantísimo; venerado por todo el ejército, que veía en él, como dice Bentivoglio, á un padre; querido, según apunta Coloma, de superiores, iguales é inferiores; el único caudillo español, en sentir de Gachard, que no era aborrecido en los Países Bajos; teniendo por residencia el mejor edificio militar de la época, y por pabellón un palacio; viviendo con una hija bien casada, y nietezuelos, herederos de su nombre; rico, porque á los emolumentos de su empleo juntaba el caudal situado en Medina del Campo. Su vejez no podía, por tanto, ser ni más congruente con los merecimientos de su carrera, ni más dichosa. Era como magnífica puesta de sol de un largo día de verano; ni un celaje amenguaba el resplandor del astro que descendía majestuosamente á su ocaso.

Pero aún había de lanzar este sol, en su hermoso y sereno crepúsculo, fulgores meridianos. Los holandeses no tenían ya sólo escuadras, plazas fuertes, milicias concejiles y auxiliares extranjeros, sino también un ejército activo numeroso, bien organizado, y á las órdenes de un caudillo que fué de los insignes de su época, y aun de toda la historia militar; tal era Mauricio de Nassau, el secundón del Taciturno, á quien aprovechó para obtener el primer puesto en la naciente República de las Provincias Unidas, la especie de secuestro de su hermano mayor, enviado á España por el Duque de Alba, y educado católicamente en la Universidad de Alcalá.

Mientras que Alejandro Farnesio dirigía sus admirables campañas en Francia, de 1591 y 1592, Mauricio guerreaba con tanta inteligencia como valor en las líneas del Mosa y del Issel, y no hacía expedición en que no nos arrebatase alguna plaza ó puesto fortificado. Su objeto especial entonces era señorear la Frisia, y aunque teníamos en esta provincia un caudillo del mérito de Verdugo, eran tan desiguales las fuerzas, que constantemente perdíamos terreno y ciudades. Y para evitar que llevásemos socorros á Verdugo, Mauricio, desplegando actividad extraordinaria y un talento estratégico de primer orden, y aprovechando admirablemente sus medios marítimos, hacía victoriosas incursiones por toda la Bélgica, en las que penetró muchas veces hasta el corazón del Brabante. Con razón había dicho Requesens, y eso que no conoció este calamitoso período de la guerra, que *un ejército dueño del mar es un*

ejército con alas (1). Alas tenía Mauricio en sus navíos y bergantines para transportar sus soldados por los ríos y canales que cruzan y recruzan los Países Bajos en todas direcciones, y para aparecer y desaparecer donde quería, ó donde y cómo podía causarnos más daño. Y como lo mejor de nuestro ejército estaba en Francia, sólo encontraba la oposición de cortísimos destacamentos, con los que era imposible formar ni una mediana columna de operaciones.

Tanto decayeron en Flandes las fuerzas del Rey por efecto de las malhadadas empresas de Francia, que hubo tiempo por esta época en que se reducían á dos tercios de infantes españoles, dos regimientos valones, uno alemán y alguna caballería. ¿Cómo sostener así tantas plazas, tantos fuertes y tan extensas líneas fluviales y marítimas? ¿Cómo juntar un campo capaz de hacer frente al de Mauricio? ¡Ni que éste nos hubiese aconsejado!

Al regresar el Duque de Parma de su segunda expedición á Francia, encontró tan mal los negocios de Flandes, y tan apretado á Verdugo en Frisia, que en los Baños de Spa, adonde le llevaron, las dolencias que habían de poner tan pronto prematuro fin á su gloriosa carrera, se aplicó á juntar algo de ejército con que llevar auxilios á Verdugo. A duras penas reunió dos mil valones, el tercio español de D. Alonso de Mendoza, y mil quinientos caballos, mandados por Ambrosio Labiano (2). Y como superior garantía de la eficacia de este supremo esfuerzo, hizo que Mondragón viniese de Amberes, á ponerse á la cabeza de la hueste tan trabajosamente reunida. Sitiaban á la sazón los holandeses la villa de Seternik, y se dió á Cristóbal la orden de socorrerla; pero en el momento en que se cruzaba el Mosa, llegaron simultaneamente la noticia de haberse ya rendido aquélla, y la orden de permanecer en la ribera izquierda del río. No queriendo Mondragón estar ocioso, invirtió su tiempo en tomar los castillos de Verló y Turnahaut, que poseían los enemigos en esta ribera. Fué esta breve campaña en el otoño de 1592, á fines del cual (2 de Diciembre) murió el gran Alejandro Farnesio.

Le sucedió en el mando supremo el Conde Pedro Ernesto de

(1) *Nueva Colec. de Doc. Ined.*, tomo V.—Carta á Felipe II.—19 Agosto 1574.

(2) A pesar de lo exiguo de esta fuerza, dice Coloma que *era un razonable ejército, capaz de hacer algo de bueno, si llegara á poderse juntar con las reliquias que le quedaban á Verdugo.* Pero estas reliquias estaban desparramadas en muchos destacamentos, y su concentración era imposible, teniendo en medio al ejército de Mauricio.

Mandfeld, el cual partió inmediatamente á Francia, dejando á Mondragón el título de capitán general del ejército del Brabante y de maestro de campo general de todo el ejército de Flandes; pero sin elementos de ninguna clase para oponerse á Mauricio. Sacando, sin embargo, fuerzas de su misma flaqueza, hizo nuestro héroe, en 1593, una campaña en el país de Waes, que si no se señaló por sucesos de importancia militar, si por un rasgo del carácter severo de Mondragón. Iba en su pequeño ejército un singular escuadrón; formado de maestros de campo, capitanes, oficiales y nobles, los cuales, hallándose sin destino ó de paso en Amberes, al salir la expedición, quisieron ser también de la partida, y, como era uso entonces, organizáronse ellos mismos, designando por su jefe al maestro D. Alonso de Idiáquez. Ansiando distinguirse estos aventureros, más habituados á mandar que á obedecer, sin orden del caudillo principal, fuéronse sobre un fuerte del enemigo, y lo tomaron por asalto, aunque á costa de sensibles pérdidas; entre ellas, la del alférez Juan Osorio Gavilanes. A Mondragón no convenció el éxito, y celoso de la disciplina, juntó al victorioso escuadrón, en que militaba el ilustre historiador D. Carlos Coloma, por quien sabemos este suceso, y reprendió severamente á todos aquellos caballeros, enseñándoles la buena doctrina militar de que en el ejército es un crimen hasta la victoria, cuando no va fundada en la obediencia.

En este mismo año se hizo una reorganización general del ejército de Flandes, y uno de sus puntos fué suprimir las acumulaciones de sueldos en un solo individuo. Felipe II, al aprobar la reforma, escribió: «*Los coroneles Mondragón y Verdugo tienen más razón que otros para gozar de los sueldos que antes llevaban*» (1). Nótese aquí cuánto apreciaba el Rey los servicios de Mondragón; y en otro orden de cosas, cómo hasta el Monarca seguía llamándole Coronel, á pesar de hacer tantos años que había dejado de serlo.

En 1595, tenían los holandeses conquistada toda la Frisia, que los Estados Generales habían agregado solemnemente á las Provincias Unidas, y á duras penas se sostenía la bandera del Rey en la orilla izquierda del Mosa. Verdugo no estaba ya al frente de las escasísimas fuerzas que podíamos oponer á Mauricio en aquellas regiones, pues desde fines del año anterior había sido trasla-

(1) Biografía anónima de Verdugo.

dado á las fronteras del Luxemburgo, y en esta ciudad enfermó, acabando su vida en Septiembre del 95. Veintitrés años más joven que su antiguo coronel Mondragón, estaba destinado á sucederle en la castellanía de Amberes; pero la Providencia, purlando, como suele, las humanas previsiones, se llevó primero al héroe joven, dejando al viejo en este mundo algunos meses más, que no habían de ser inútiles para su gloria. El Conde de Fuentes, gobernador general de Flandes, se llevó á Francia cuanto allí quedaba de algún valor militar; dejó solamente en los Países Bajos los dos tercios españoles, el regimiento valón de Mr. Grison, un cuerpo de irlandeses católicos mandado por Stanley, y mil quinientos jinetes á las órdenes de D. Juan de Córdoba. Contra la voluntad del de Fuentes, quedáronse también dos mil suizos mercenarios, recientemente contratados, y los cuales no quisieron ir á Francia, alegando que se habían enganchado para los Países Bajos y nada más.

Contra tan cortos elementos tenía Mauricio un campo bajo su mano de más de 10.000 infantes y 2.000 jinetes, perfectamente organizados, aguerridos y acostumbrados á vencer; y además otros cuerpos y columnas con que podía amenazar á la vez muchos puntos de la extensísima frontera. Para contrabalancear de algún modo tan enorme desproporción de fuerzas, no teníamos á nuestro favor más que una cosa: el genio y experiencia de Mondragón, que era el capitán general de los nuestros.

Y eso bastó. La campaña de 1595 bastaría para ennoblecer la hoja de servicios de cualquier caudillo. He aquí cómo la sintetiza un autor moderno, enemigo sañudo de la causa española, Fornerón: «Ultimo rayo de esperanza para Felipe II—dice—fué el general que retrasó un año los progresos de Mauricio de Orange. Este general no era otro que Mondragón. Había nacido dos años después que Carlos V (1), y había de morir dos años antes que Felipe II; en esta carrera casi secular, había visto al ejército español crecer y decrecer, progresar y decaer: *era el último de los grandes soldados de España*. Habiendo quedado de único jefe en los Países Bajos, maniobró con tal arte, que redujo á la impotencia al selecto ejército de Mauricio, durante todo el año de 1595» (2).

Empezó la campaña por un amago de los holandeses sobre Bois-

(1) Ya hemos dicho que esta frase es inexacta.

(2) *Historia de Felipe II*. Parte IV, cap. IV—III.

le-Duc. Acudió Mondragón al socorro, y Mauricio, que no había querido sino llamar su atención hacia aquel punto para descargar el golpe en otra parte, se retiró presuroso con el grueso de sus fuerzas, dejando allí las que juzgó necesarias para deslumbrar á su adversario; pero aunque tan gran militar, era muy joven Mauricio para engañar á Mondragón; él resultó el engañado. Se corrió el holandés por el interior de su territorio y fué á sitiar á Groenlo, una de las pocas plazas que aún poseíamos más allá del Mosa, defendida por 600 alemanes del regimiento de Bergas, mandados por el Conde Juan de Stirnum. El resto de este Cuerpo operaba también en los alrededores de la ciudad sitiada, y hubo de apartarse un poco para no caer en manos de los enemigos que ocuparon rápidamente toda la comarca.

Lisonjeábase Mauricio con la idea de que su adversario, ignorando sus movimientos y creyéndolo en las cercanías de Bois-le-Duc, que para eso había dejado allí tropas, le concedería el tiempo suficiente para rendir á Groenlo, y trató de apresurar esta operación, batiendo la plaza con 17 cañones. Mondragón, sin embargo, enterado de todo desde luego, sin duda por aquel admirable servicio de espionaje que tanto le aprovechó en el sitio de Zierikzée para desbaratar los planes del padre de Mauricio, fué quien hizo creer á los holandeses que permanecía en Bois-le-Duc, mientras que á marchas forzadas, remontaba el Mosa por su orilla derecha hasta Verló, de cuyo castillo se había él mismo apoderado hacía año y medio; por Verló cruzó el río con 5.000 infantes y 1.300 jinetes, incorporándose á la segunda jornada la parte del regimiento de Bergas que no estaba sitiada en Groenlo. Tan rápidos, tan ciertos y tan disimulados fueron estos movimientos, que Mauricio, cuando hacía á su enemigo muchas leguas á su derecha, supo que pasaba el Rhin por su izquierda, concentrado, y que se le iba encima con extraordinaria celeridad. Lo peor para él era que tenía extendidos y derramados sus 10.000 hombres en una gran extensión de terreno, y sin tiempo ya para juntarlos. No tuvo, pues, más recurso que levantar el sitio de Groenlo, y meter su gente en Zetphen y Deventer, con tal apresuramiento, que hizo prender fuego á sus pertrechos, y dejó á Mondragón los víveres almacenados en su campo. Tan hermosa victoria, lograda sin combatir, fué el día 15 de Julio.

Persiguió nuestro héroe á los holandeses hasta las murallas de las plazas adonde se habían refugiado, y allí permaneció algunas

semanas en amenazante y gallarda ofensiva; pero Mauricio recibía constantemente refuerzos, y la desproporción entre uno y otro ejército vino á ser tal, que la situación de los nuestros hubiera sido muy comprometida, de permanecer en campo abierto. Mondragón entonces, aplicando el método que puede llamarse romano, y que había él visto practicar tantas veces al Duque de Alba en las guerras de Alemania, y aun en su segunda campaña de Flandes contra Guillermo de Orange, se atrincheró; buscó un sitio adecuado en el ángulo que forma el Rhin con el Lippe (1), y allí estableció su campamento; Mauricio puso el suyo poco distante, y entre uno y otro corría el Lippe, que, por ser verano, era vadeable en casi toda la extensión de su curso.

Los holandeses, aunque tan superiores en número, quedaron inmovilizados. En vano Mauricio provocaba á su anciano adversario á la batalla; Mondragón no había de pelear sino cuando y como le conviniese. Lo que había eran continuas escaramuzas, ya en el frente de ambos campos, ya dimanadas del forrajeo á que los dos ejércitos tenían que dedicarse constantemente para poder subsistir.

A principios de Septiembre, habiendo observado Mauricio que salía todas las mañanas de nuestro campo una columna, y se alejaba en busca de víveres dos ó tres leguas, decidió dar un golpe copándola. A este efecto, en la noche del 1 al 2, ochocientos caballos, mandados por Felipe de Nassau, primo de Mauricio, pasaron sigilosamente el Lippe, y emboscáronse en el camino que seguía invariablemente nuestra columna. Muy á propósito era aquella tierra para semejantes emboscadas, por estar cubierta de árboles que no formaban un sólo bosque, sino muchos, dejando claros suficientes para que maniobrase la caballería. Pero como en Julio, Mauricio, queriendo engañar á Mondragón, fué el engañado. Cuenta Coloma que desde la plaza de armas del campamento divisó nuestro héroe el paso del río por Felipe de Nassau y sus jinetes; esto nos parece inverosímil, habiéndose efectuado el paso de noche, y dispuesto por tan buen caudillo como el gran general de Holanda; lo natural es que Mondragón, de quien sabemos por sus cartas del sitio de Zierikzée, que manejaba el espionaje como uno de sus principales recursos bélicos, conociera también en esta ocasión el mo-

(1) Según Coloma, entre Ringenbg y el Rhin; pero Ringenbg no está á orillas del Lippe, sino del Issel, y consta que entre los dos campos corría el primero de los citados afluentes, no figurando para nada el Issel en las operaciones que se desarrollaron. Conviene advertir que Coloma cuenta esta campaña por referencias, pues él servía por este tiempo en Francia.

vimiento del enemigo antes de iniciarse, ó muy en su principio; sólo así se explica la seguridad, tino y rapidez con que dispuso la sorpresa de los que iban á sorprenderle.

El caso fué que salió la columna, como todas las mañanas, compuesta de trescientos infantes y ciento cincuenta caballos. Pero detrás de ella marcharon otros trescientos arcabuceros españoles, desplegados en orden abierto por el bosque, y en pos de los arcabuceros, toda la caballería de D. Juan de Córdoba. Al desembocar la primera columna en uno de los claros del bosque, asaltáronla furiosamente los jinetes holandeses, con tal ímpetu, que la desordenaron. Pero en aquel momento empiezan á llover balas de todos los árboles vecinos; son los arcabuceros que hacen fuego casi á quemarropa. Lo imprevisto de la agresión detiene y arremolina á los escuadrones enemigos, y cuando aún no saben quienes son los que les ofenden, cae sobre ellos D. Juan de Córdoba con su caballería. La confusión en ellos fué tan rápida como completa; hartáronse los nuestros de acuchillar, y los que sobrevivieron á la terrible carga, quedaron prisioneros; los más heridos; los condes Felipe de Nassau y Ernesto de Solms perdieron allí la libertad y también la vida, pues murieron á los pocos días de resultas de las heridas; más afortunado el Conde Ernesto de Nassau, sólo quedó cautivo; en el campo perecieron el mariscal Kiuzki, dos capitanes ingleses y tres holandeses. Tuvieron los nuestros diecinueve muertos, aproximado número de heridos, y ganaron tres estandartes y cuatrocientos caballos de servicio. *«Mucho sintió esta pérdida Mauricio de Nassau (dice Cabrera de Córdoba) por la gente y porque el viejo y adusto Mondragón le hubiese hecho la contrata por su experiencia, ventura y vigilancia.»*

El mismo día de la batalla escribió Mondragón al Duque de Pastrana, general de toda la caballería del ejército de Holanda, contándole lo bien que se habían portado sus jinetes: la carta se conserva en Simancas. Mauricio, corrido y recelando ya de cuanto pudiese intentar, abstúvose de toda empresa ofensiva, y se limitó á permanecer en su campamento, sin otra esperanza que la de que la falta de víveres, por estar ya muy esquilhada la tierra, obligase á los católicos á levantar el campo. En efecto, los víveres llegaron á faltar en aquellos contornos; pero Mondragón, que tenía previsto el caso, se trasladó á últimos de Septiembre á otro paraje, dos leguas más allá, y en terreno que le permitía sostenerse mucho tiempo.

Mauricio le siguió, y se fortificó en frente de él, mas el 29 de Octubre no era en el campo de Mondragón, sino en el de los holandeses, donde no se podía subsistir. Tuvo, por tanto, el joven caudillo que darse por vencido, y retirarse á Holanda, distribuyendo su ejército en varias guarniciones. Mondragón recorrió como vencedor la comarca, y lo arregló todo para pasar el invierno. *Con esta importante y poco costosa victoria (escribió Coloma) dejó cerrado este valeroso y afortunado capitán el número de las muchas que tuvo con singular muestra de valor y fidelidad.*

XXV

MUERTE DE MONDRAGÓN.—ELOGIOS QUE LE HAN SIDO TRIBUTADOS.—
MONDRAGÓN EN EL ROMANCERO.—RETRATOS DE MONDRAGÓN: SU DESCENDENCIA.

Muy entrado debía ya de andar el nebuloso y frío invierno de los Países Bajos, cuando Mondragón volvió al castillo de Amberes; porque, según acabamos de referir, Mauricio levantó su campo el 29 de Octubre, y nuestro héroe aún permaneció en el suyo varios días, y después recorrió la tierra revistando y reformando guarniciones, lo que es labor de semanas. Quizás fuera ya Diciembre, cuando el viejo león hubo de recogerse en el cubil, de donde no había de salir otra vez en esta vida, y es probable que los trabajos de la última campaña favoreciesen á los años, para precipitar algún tanto el término de su larga y gloriosa carrera.

Por lo demás, en el siglo XVI la vida media era más corta que ahora, y la edad alcanzada por Mondragón parecía un prodigio; su primer favorecedor, el Duque de Alba, no pasó de los setenta y cinco, y durante mucho tiempo presentó el triste aspecto de la decrepitud, no habiendo podido montar á caballo en la campaña de Portugal; y este caso era muy favorable comparado con el de Carlos V, que, habiendo sido el mozo más robusto de su época, empezó á los treinta años á padecer de la gota, y á los cincuenta y cinco era una ruina que daba compasión (1). Los trabajos de la vida activa eran entonces mucho mayores que ahora; un simple viaje desgastaba más que en nuestros días una campaña, y la higiene apenas si era conocida; aquella generación nos ofrece, al lado de ejemplos de austeridad maravillosa, otros de repugnante voracidad, y de ambas clases solía darlos la misma persona: Carlos V, por ejemplo, que solía pasarse las Semanas Santas á pan y agua, devoraba

(1) Francisco I no podía moverse á los cincuenta años; lo mismo Claudio de Guisa; Brisac estaba décrepito á los cincuenta y siete; Rochechuart se retiró del servicio á los cincuenta y ocho á causa de su vejez.

de ordinario enormes cantidades de comida y bebida. Pocos viejos figuran en los ejércitos y en la política de la centuria décimo-sexta. El Condestable de Montmorency, el Conde Pedro Ernesto de Mandsfelt y nuestro Mondragón son las excepciones. Y del último ya sabemos que los contemporáneos exageraban la edad, suponiéndole más anciano de lo que era realmente.

Nada sabemos de las circunstancias de la última enfermedad de Cristóbal, á no ser que cinco días antes de su muerte, ó sea el 30 de Diciembre de 1595, sintiendo ya que se le acababa la vida, escribió al Rey una carta pidiéndole la merced, de que nombrase sucesor suyo en la castellanía de Amberes á su sobrino é hijo Alonso de Mondragón, y diese la capitania de lanzas de éste á su nieto Cristóbal. Esta súplica del glorioso agonizante no había de ser escuchada.

Refiere D. Juan José Diana, y no sabemos de dónde tomaría la noticia, que cuando comprendió la inminencia de su fallecimiento, hizo que lo colocasen junto á una ventana, desde donde se descubría un campamento, para morir así de este modo contemplando aquel espectáculo de la guerra, en que había vivido siempre. Realmente, desde cualquiera de las ventanas de su casa ó pabellón en el castillo de Amberes, podía ver el guerrero expirante, si no un campamento, las murallas, los baluartes, los cañones, ó la plaza de armas llena de los soldados que había conducido tantas veces á la victoria; pero no entra en el carácter positivo, sentado y frío de Mondragón un alarde romántico como el referido. Quizás, de ser cierta la anécdota, fuese casualidad ó coincidencia de esas que transforma luego el cariño de los supervivientes en esbozos de leyenda que el tiempo perfecciona y agranda.

Lo cierto es que su muerte fué universalmente sentida, y considerada como irremediable pérdida para el ejército y para España. No hay historiador de la época que no detenga su narración para dedicar un panegírico al héroe fallecido. Al principio de esta monografía extractamos las frases más salientes de los elogios tributados á Mondragón por Herrera, Cabrera de Córdoba, Vázquez, Colomá, Strada y Bentivoglio; un capítulo podríamos hacer copiando íntegras las alabanzas de estos y otros escritores antiguos y modernos. El P. Miniana, por ejemplo, le llama *hombre de inmortal fama que se halló en casi todas las batallas que hubo en Flandes desde la llegada del Duque de Alba, en las cuales, y en todas las demás ocasiones, sobresalió su heroica intrepidez y fide-*

lidad al Rey; su vigor era tan grande, que se mantuvo en los reales hasta los últimos días de su vida, y venció en ellos al enemigo. Su vigor físico fué siempre reparado y admirado, y existe la tradición, conservada por algunos historiadores, de que los soldados le apodaron *Peña viva*; porque de peña parecía, en efecto, para resistir trabajos.

Tampoco las musas dejaron de celebrar las hazañas de Mondragón, aun durante su vida. En 1583 se publicó en Madrid el *Romancero de Pedro de Padilla* (1), ennoblecido con un soneto de Cervantes, y que Durán no sabía si era una colección antológica, ó de poesías originales (2). El romance XV está dedicado al paso del vado, y dice así:

Gozando de los despojos
que ganaron en la villa,
estuvieron los soldados
hasta que el tercero día
partieron para Nimega
que con Holanda confina,
adonde reparó el Duque,
porque desde allí podía,
acudir mucho mejor
á lo que más convenía,
y en el punto que llegó,
supo que toda la isla
que llaman de Zicarcea
al de Orange obedecía,
y que el General Zarató
á poner cerco partía
á la villa de Dargoes,
que era fortísima y rica,
cuya defensa y amparo
un caballero tenía,
llamado Isidro Pacheco,
hombre de muy grandé estima,
de soldados españoles
con sola una compañía,
y que los que la cercaban
eran de diez mil arriba.
Dió mucho cuidado al Duque
esto que se le ofrecía,

(1) *Romancero de Pedro de Padilla, en el qual se contienen algunos sucesos que en la jornada de Flandes los españoles hicieron. Con otras historias y poesías diferentes.*— Madrid, en casa de Francisco Sánchez, 1583.

(2) Biblioteca de Rivadeneira.

viendo tan poca defensa
para la fuerza enemiga,
que se llegaba tan cerca
de los muros de la villa
que un mote de sus banderas
fácilmente se leía,
que por motejar al Duque
le pusieron por insignia,
y dice el mote: *no es nada*,
porque el Duque lo solía
decir burlándose dellos,
cuando gente apercebía.
Encomendó esta jornada
el duque este mismo día
al castellano de Amberes,
el cual hizo con gran prisa
embarcar gente de guerra
en los bajeles que había,
y escogiendo en las del campo
dos piezas de artillería,
partió hacia la ribera
desde adonde pretendía
desalojar al contrario
que el pasaje le impedía
con cinco muy grandes urcas
que para aquello traía.
Fué de tan contrario el tiempo
por lo mucho que llovía,
que se hubo de retirar
viendo que más no podía,
y una pieza de las dos
hubo de quedar perdida,
porque se fué, por el lodo,
imposible la salida.
Sintió el Castellano aquéllo
tanto, que no hay quien lo diga,
y mohíno y desdeñado,
se resuelve y determina
de socorrer á Dargoes
ó rematar con la vida;
y así á fuerza de dineros
y diligentes espías,
que es todo lo que en la guerra
el buen suceso encamina,
supo como cierto paso
por donde salir podía
á socorrer la ciudad,
hasta cien años habría,

que era tierra firme toda,
y que la mar la cubría
por haber rotpido un dique
que primero la impedía,
y como es cosa notoria,
y de todos muy sabida,
que el gran mar septentrional
mengua seis horas del día,
con el cuidado y secreto
que el negocio requería,
dió Sancho de Avila orden
al que la tierra sabía
que con otros dos soldados
de quien el hecho confía,
fuesen á reconocer
si es verdad que se podría
tomar seguro aquel paso
para salir á la isla.
Hicieron la diligencia
los tres como convenía;
aunque con dificultad
la mayor que se imagina,
porque tres leguas de ancho
la mar por allí tenía,
y dos ó tres hondos ríos
que por debajo corrían,
y vueltos con la respuesta,
recibió gran alegría
Sancho de Avila con esto,
y al coronel acudía
Cristóbal de Mondragón,
y el caso le comunica,
y los dos determinaron
de partir al otro día,
y mandan juntar la gente
que les pareció escogida
de españoles y tudescos,
que hasta tres mil serían,
y hicieron prevenir
á todos en la partida
de unos saquillos pequeños
adonde sólo cabía
la pólvora y las pelotas
y una tasada comida,
y sin que nadie supiese
para dónde se camina,
comenzaron á marchar
hasta llegar á la orilla,

y el coronel Mondragón,
aunque su edad no sufría
ponerse á tan gran trabajo
como el que allí se ofrecía,
fué el primero que en el agua,
los ancianos pies ponía,
y en término de cinco horas
que era el plazo que tenían,
salió con toda su gente
á tomar tierra en la isla,
en la cual, para enjugarse,
un rato se detenían,
y por ir más descansados,
otras dos leguas que había
desde donde ellos salieron
hasta la cercada villa;
mas luego tuvo el contrario
noticia de su venida,
y aterrorizada el alma
de ver cosa nunca vista,
que un ejército pasase
la mar á pie tan aprisa,
se comenzó á retirar
á las naves que tenía.
Mas no fué muy á su salvo
la diligente huida;
porque de Isidro Pacheco
siendo la causa entendida,
salió á ellos, y los nuestros,
que de refresco venían,
llegaron por otra parte,
y tal estrago hacían,
que más de tres mil quedaron
en la ribera sin vida,
tomándoles muchas piezas
de muy buena artillería,
y dejando la ciudad
á su gusto bastecida,
volviendo á pasar la mar
para Amberes se volvían.

Los dos retratos de Mondragón que parecen auténticos, son los que damos en estos apuntes: el del cuadro al óleo, poseído en su original, ó en antigua copia, por los descendientes del héroe, y el del *Catálogo de la Armería del Archiduque Fernando*. El primero, según reza el cartelón, fué sacado del natural, y el segundo, aunque muy mal dibujado, sobre todo en el cuerpo, conviene con el

otro en las facciones, expresión fisionómica y carácter general de la figura. Ambos representan á Cristóbal en la última época de su vida, cuando era castellano de Amberes, y detenía con la diestra que no habían podido debilitar los años, los progresos de la fortuna de Mauricio de Nassau. Ambos nos dan la idea de un viejo alto y enjuto, anguloso, fuerte y extremadamente ágil; es una imagen de anciano, denunciadora del mozo atlético, jugador de pelota y de la barra, nadador y saltarín, como eran, según Marcos de Isaba, los infantes españoles de la época en que Mondragón fué soldado, y que revela también la conservación de aquellas prendas en una larga vida de rudos ejercicios. Las facciones de su rostro eran regulares, aunque prominentes ó muy señaladas, y la frente despejadísima y los ojos vivos y escrutadores, dan á su cabeza varonil un sello de inteligencia serena que impone respeto; es un caballero que figuraría por derecho propio en un cuadro del Greco. Se ve claro que aquel hombre no debía reir, ni contar chascarrillos, ni perder su tiempo en conversaciones amenas, sino pensar, mandar y ejecutar, y expresarse con las menos palabras posibles (1).

Fué sepultado Mondragón en la capilla del castillo de Amberes, de la que se consideraba como patrono, por haber sido su fundador, y un flamenco que, según Osorio, el historiador de Medina del Campo, era apodado *el Veterano*, compuso su epitafio, que decía:

«Cuarto die Januarii obit Xpofanus Mondragonus, hispanus arcis Antuerpiae veteranus, militum Dux multis praeliis clarus qui jam inde ex adventum Duces Albani In Velgio omnibus expeditionibus inter fuit. Et ubique perclarum et fidelem regi operam cum laude meruit.»

Pero no permanecieron mucho tiempo en Amberes los restos del Coronel. Confió, sin duda, la familia del héroe en que la petición elevada á S. M. desde su lecho de muerte por el vencedor de Guillermo de Orange y de Mauricio de Nassau, sería un documento eficacísimo; pero ¡ay! ni en el siglo XVI, ni nunca, ha sido la gratitud debilidad de los gobiernos; había sido utilizado Mondragón, puede decirse que hasta el último momento de su vida; pero una

(1) Había sido guapo y apuesto en su juventud, según un documento que Diana dice haber leído y copiado, aunque sin indicar dónde, ni cuál era. Sólo dice que es una carta de un general de aquel tiempo, dirigida al Rey, y que rezaba: *S. M. C. El dador de la presente es Cristóbal de Mondragón, el cual agora es hombre darmas de una destas compañías, y uno de los buenos y fuertes soldados que sirven en estos ejércitos, y de los más apuestos y galanes hombres que se hayan visto jamás, y siempre se me ha presentado en el mejor orden de caballos y armas.*

vez que ya no podía seguir sirviendo, por haber muerto, ¿á qué guardar consideraciones á sus descendientes? Quizás fuera excesiva la pretensión de Alonso; porque la castellanía de Amberes era el destino fijo principal y más apetecido, al alcance de un militar español, y aunque alegaba él, además de los servicios de su tío y suegro, los suyos propios de veinticuatro años continuos, no era más que capitán, y en aquél puesto sólo habían sido colocados hasta entonces maestros de campo muy antiguos y de los que habían desempeñado largo tiempo, ó muchas veces, funciones de general. El caso es que en vano escribió Alonso, en 21 de Enero, dos cartas, una al Rey y otra al Secretario Idiáquez, recordando la del ilustre difunto de 30 de Diciembre, y reiterando su pretensión; las cartas del sobrino no tuvieron otro efecto que la del tío: las tres fueron sumergidas en el océano de papeles de Simancas.

Comprendieron, al fin, los Mondragones que nada tenían ya que hacer en Flandés, y dispusieron su vuelta á la patria. Trajeron consigo los restos de su insigne pariente, y los enterraron en la iglesia de Santa María del Castillo. «Santa María del Castillo—escribió el anónimo autor del *Memorial Histórico de Medina* (1),—entierro de la ilustre familia de los Castillos, y donde está sepultado el coronel Mondragón, crédito de la nación española, que sirvió en Flandes con la aprobación que sabe el mundo; de esta familia fué el Fiscal Castillo de Bobadilla, que escribió las *Políticas*, y D. García del Castillo, del hábito de Santiago, Caballero de la Reina nuestra Señora, y en el mismo tiempo de Mondragón fué el Maestre de Campo Durango, que sirvió como debía.»

¿Por qué fué sepultado Mondragón en el panteón de los Castillos, es decir, de la familia de su cuñado y de su hija, y no en el de los Mercados, que sería probablemente en el Convento de San Francisco, donde yacía su padre Martín, y su madre Mencía dispuso que la enterraran? El cariño del capitán Alonso que, aunque se apellidaba Mondragón, era Castillo, y que fué quien dispuso el enterramiento del Coronel, bastaría para explicar esta circunstancia; pero en las Pruebas de 1591 existe la indicación de que la sepultura familiar de los Mercados quedó deshonrada por haber tenido parte en ella el judaizante Zalamea; no que Zalamea hubie-

(1) Este *Memorial* (M. S. en la Academia de la Historia) ha sido publicado por el Sr. Rodríguez en su *Historia de Medina del Campo*. Según el Sr. Rodríguez (pág. 360), fué escrito, ó acabado de escribir, en 1633 ó 1634.



EL CORONEL CRISTÓBAL DE MONDRAGÓN

Según el Catálogo de la Armería del Archiduque Fernando de Austria.—Viena, 1601.

(Fotografía de D. Félix Alcalá Galiano).

se sido allí enterrado, pues no lo fué en parte alguna, sino que había sido copropietario del panteón. ¡A tal extremo llegaban en el siglo XVI las preocupaciones! La testigo, doña Ana Fernández, oyó decir que *cuando murió doña Beatriz de Biamonte* (cuñada del Coronel), *no la traerían al enterramiento de la familia por haber sido de Zalamea.*

En Santa María del Castillo estuvieron los restos del Coronel hasta que, destruído este templo, ó trasladado al de *Vera Cruz*, lo fué también el panteón de los Castillos. Se verificó este último y definitivo traslado en 1675 (1), y, según aparece de las inscripciones que copiamos á continuación, hubo el excelente acuerdo de depositar solos, en el sepulcro del lado de la epístola, los despojos del Coronel.

He aquí el texto de las dos inscripciones que se leen en los arcos del Presbiterio, y que, aunque algo largas, tienen tal importancia en una biografía del héroe medinés, que no pueden dejar de transcribirse aquí:

Dice la del lado del Evangelio:

«Estos dos arcos del lado del Evangelio y Epístola con sus bóvedas, fundó en la iglesia parroquial de Santa María del Castillo el muy ilustre caballero Diego González del Castillo, el año de 1573. Y por haberse trasladado dicha iglesia á esta de la Santa Vera Cruz el de 1634, cediesen dichos entierros, arcos y bóvedas en la misma forma que los tenía dicho fundador, á Manuel González del Castillo, sucesor en su casa y mayorazgo. Y por no estar hechos dichos arcos y bóvedas, sino sólo puestos los escudos de armas en dicho presbiterio, los volviesen á edificar á su costa D. Juan de la Barrera Mondragón y doña María Mondragón y Castillo, su mujer, y trasladasen todos los huesos á dichas bóvedas, así los del dicho Diego González del Castillo como los del coronel Cristóbal de Mondragón, sus bisabuelos, y los del capitán Alonso de Mondragón, su abuelo, y todos los de sus antepasados que dejaron en dicha iglesia diferentes memorias.—Año de 1674.»

Y la del lado de la Epístola:

«Aquí yace quien por sus hechos heroicos vivirá siempre en la memoria de todos, el muy valeroso caballero y coronel Cristóbal de Mondragón, gobernador y preboste de la villa de Damvillers, en el Pays de Luxemburgo; alcaide, guarda mayor y gobernador de todos los bosques de Damvillers; capitán y gobernador de la villa de Devenler, con seiscientos hombres de guarnición; levantó por patente de Su

(1) *Hist. de Medina*, pág. 416.

Majestad un tercio de valones, arcabuceros, de seis banderas, para la seguridad de la villa de Damvillers y sus contornos. Sirvió, por otra patente, con cuatrocientos arcabuceros, tanto en la villa de Damvillers como en el campo. Levantó, por patente del Duque de Alba, una compañía de doscientos cincuenta valones para la defensa del Pays de Zelanda y de la Isla de Valcheren. Fué coronel de seis compañías de infantes valones, con que guardó las costas marítimas y la isla de Valcheren, en la provincia de Zelanda, contra los piratas rebeldes y fugitivos bandidos. Fué gobernador y capitán general del Pays de Zelanda y de la isla de Valcheren. Hizo la rendición de las villas de Middelburg y de Armemunde, y ajustó diésen la obediencia á S. M. contratando la rendición con el Príncipe de Orange. Fué castellano del Castillo de Gante. Puso en cobro todos los moradores del Pays de Zelanda, y restitúdoles á su sér, como antes, con todos sus privilegios. Notificó el perdón de S. M. á los moradores de las villas de Gorcun y Egorcun de la rebelión que habían hecho, y les volvió sus honores, haciendas y privilegios, por parte de S. M. Fué á la vuelta de Brabante y Gueldres, y sacó, así las tropas españolas como valonas que estaban allí alojadas, para que se sirviese de ellas en la parte que pareciese convenir más al servicio de S. M. Fué, por patente de S. M., castellano del Castillo de Amberes. Fué del Consejo de guerra de Su Majestad, de cuyo voto se hizo en él toda estimación. Fué, por patente de S. M., gobernador y Capitán general del ejército de Brabante, habiendo recibido de la Majestad Cesárea del señor Felipe II tantas honras, que sólo las armas de S. M. y las de dicho Coronel están en la capilla de Amberes y en la entrada de dicha villa, como se sale de la Plaza de Armas. Murió, habiendo servido á S. M. cincuenta y seis años, en el Castillo de Amberes, á 14 (1) de Enero de 1596, habiendo hecho tantas y tan memorables hazañas y dado tantas victorias á las católicas armas, cuanto no se refieren mayores de otro vasallo; elogio con que le aclaman, no sólo los cronistas españoles, sino los extraños. Trajo sus huesos de Amberes Alonso de Mondragón, su sobrino, capitán de caballos, abuelo de D. Juan de la Barrera Mondragón y de doña María Mondragón y Castillo, su mujer, biznietos de dicho Coronel, poseedores de su casa, servicios y mayorazgos.»

El templo de la Vera Cruz, ó de Santa María del Castillo, que también así se llama en recuerdo de la antigua iglesia, fué parroquial hasta 1885. Desde entonces acá es una de esas iglesias semi-

(1) No fué el 14, sino el 4; ni los servicios del Coronel fueron cincuenta y cuatro, sino sesenta y cuatro. Esta biografía epigráfica de Mondragón está llena, como verán nuestros lectores, de inexactitudes notorias, aunque parece compuesta, en parte, por los títulos manuscritos que conservaría en su poder el Sr. de la Barrera.

abandonadas, características de las grandes y decaídas villas castellanas, que se van desmoronando poco á poco, bajo la capa de polvo que cubre sus altares, pavimento y paredes. Un sacerdote de Medina; tan virtuoso como ilustrado y amante de las patrias glorias, el Sr. D. Mariano Rodríguez Macías, nos escribía en Julio de 1903, remitiéndonos preciosos datos para este trabajo, entre ellos la copia de las transcritas inscripciones sepulcrales: «*Hoy en la patria del Rey Fernando de Antequera, todo es ruinas; ruinas la iglesia donde éste fundó la Orden del Golfo; ruinas el Castillo de la Mota, y no tardará en ser ruinas también la Iglesia donde descansan los restos de Mondragón y su familia.*» ¡Qué doloroso y amargo es tener que concluir todas las memorias gloriosas de España hablando de abandono y de ruinas!

La familia de Mondragón vivió en Medina del Campo, por lo menos hasta fines del siglo XVII. Disfrutando de *la razonable hacienda* que, según Coloma, les dejó el Coronel, siendo efectivamente hidalga y emparentada con otras ilustres, y con el reflejo de la gloria militar, tan pura y tan grande, de su insigne deudo, figuró en el patriciado de la villa, y en su primer rango. A mediados del siglo XVII había muchos testigos que recordaban á doña Margarita de Mondragón, tenida por una de las señoras principales de Medina (1); su hijo Cristóbal fué inscripto en el Libro de oro de la villa, ó sea en la lista de los linajes, figurando en el de los Pollinos, y no en el de los Mercados, como más arriba se ha dicho. Pero en el orden de las preocupaciones nobiliarias de aquella época, pesaba mucho menos el parentesco tan próximo con el hombre que había vadeado dos veces el Escalda, defendido heroicamente á Middebourg, tomado á Zierikzée y vencido á los Orange, padre é hijo, que la filiación remota y sin pruebas de algún fabuloso caballero Pollino del siglo XII, matamoros más ó menos auténtico. Hoy los parientes de Mondragón habrían desdeñado aquellos vagos antecedentes legendarios, y puesto todo su orgullo en la gloria reciente y probada de su más insigne deudo.

Sobre la familia de Mondragón pesó además la negra sombra de Zalamea. Al volver Alonso de Flandes encontróse con que las pruebas instruidas para conferirle el Hábito de Santiago que le ha-

(1) Más de cincuenta testigos declararon en las Pruebas de Cristóbal que doña Margarita, hija del Coronel, «*era persona, no sólo cristiana vieja y limpia de sangre, sino señora de mucha calidad.*»

bía concedido el Rey, habían sido desfavorables á su hidalguía, y elevó un Memorial á Felipe III, en que después de referir sumariamente los servicios de su tío y suegro en Flandes, *que hizo en aquellos Estados los más señalados que nunca español hizo*, y los suyos propios, *de veinte y seis años, cuatro de soldado, siete de capitán de Infantería y quince con una compañía de caballos ligeros españoles*, consigna que S. M. Don Felipe II, *en atención á estar yo casado con su hija (del Coronel), y única heredera, me hizo merced de un Hábito de Santiago*; pero, añade: *tengo enemigos en Medina, especialmente Juan Dueñas, porque mi padre declaró contra él en pleito de su hidalguía, Sebastián de Caraballo, porque me cree culpado en la muerte de un hermano suyo, y Antonio de Mercado, porque tuvo un desafío en Milán con un mi hermano*. A la malquerencia de estos testigos atribuía Alonso el mal éxito de las pruebas; porque declararon que *mi abuela era Mencía Gómez, hija de Rui Gómez de Zalamea, y de su mujer, Marina de Mercado, que era hija de un licenciado Mercado, y la verdad es que mi abuela fué Mencía de Mercado, hija de Diego de Mercado y de Francisca González de Gudiel. Y este Diego de Mercado, tuvo un hermano llamado Pedro de quien desciende doña Leonor Barrientos mujer de Fernando de Ríos y doña Constanza su hermana, mujer del Lic. D. Luis de Molina, alcalde de Granada* (1).

Los que hayan seguido con algún cuidado el proceso genealógico que va al principio de estos apuntes, verán que Alonso mentía al presentar como dos personas distintas al Lic. Mercado, suegro de Zalamea, y al Pedro de Mercado, hermano de Diego y abuelo del Coronel; pero de lo que se trataba era de alejar todo lo posible el parentesco con Zalamea. Aunque, según las Constituciones de las Órdenes Militares, un parentesco de afinidad y colateral, como el que realmente unía á los Mondragones con el judaizante del siglo XV, no era mancha de linaje, la preocupación de limpieza de sangre había traspasado ya los límites legales, y bastaba esa sombra para obscurecerlo todo. Por eso no consiguió nada el buen Alonso con sus memoriales y gestiones, y hubo de morir con la pena de no ser caballero de Santiago.

A Cristóbal, el niño nacido en el castillo de Amberes, retratado con su abuelo en el cuadro al óleo, y para el que pidió este mis-

(1) Este Memorial, con sus árboles genealógicos, está en la Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos.

mo abuelo, en su lecho de agonía, la compañía de caballos de Alonso, tampoco fué más favorable la fortuna en este punto (1). También le concedió el hábito S. M.; pero la Orden, después de las más prolijas informaciones, no le consideró digno de vestirle. Este obstáculo no pudo ser salvado hasta la tercera generación. Catalina, hija de Alonso y de Margarita, casó con D. Alonso de la Barrera y Montalvo, y tuvo un hijo que fué D. Juan de la Barrera y Mondragón, nacido en Septiembre de 1618. En este D. Juan se reunió toda la herencia y prosapia del Coronel, parte por su madre, y parte por haberse casado con su prima doña María Mondragón y Castillo, que sería probablemente hija de su tío Cristóbal.

Don Juan de la Barrera solicitó de nuevo y obtuvo de Su Majestad, como era ya tradición de la familia, el Hábito de Santiago; pero esta vez con éxito. No dejó de haber sus dificultades; porque todavía salieron testigos hablando de *un Ruy Gómez de Zalamea que tuvo una hija, llamada Mencía Gómez de Mercado, y que fué penitenciado por el Santo Oficio*; pero había pasado ya mucho tiempo para que no pudiera inventarse una *verdad oficial*, distinta de la positiva. En las *Pruebas de la Barrera*, el escribano Ruy Gómez, cristiano viejo y persona principal de Medina, se transfiguró, como por arte de encantamiento, en un judío portugués, y de su hija Mencía se dió por cosa cierta y averiguada que había huído de la villa sin dejar en ella descendencia; así se borró, por fin, la mancha que había caído en el linaje de los Mondragones, y pudo la Barrera, con estas mentiras oficinescas, vestir el Hábito que no había podido alcanzar su gran antepasado con tan verdaderas y estupendas hazañas (2).

Tales son los datos que hemos podido reunir del coronel Cristóbal de Mondragón, una de las figuras militares más completas de la España del siglo XVI. Al terminar nuestro trabajo, y para cerrarlo, sólo se nos ocurre una consideración: la materia de que fué formado aquel insigne guerrero existe todavía en España; si de esa materia, ó sea de la raza, no surgen ahora hombres que con él puedan compararse, culpa es de circunstancias (llamémoslas así) que la voluntad decidida y perseverante acabaría por vencer, cuando quisiéramos de veras los españoles.

(1) Este Cristóbal, nieto del Coronel, casó en Medina con doña Beatriz Gutiérrez, natural de la misma villa.

(2) La casa de la Barrera pasó después á la de Murga, de Marquina, volviendo así el linaje de Mondragón, al cabo de los siglos, al solar vascongado de donde había salido.

INDICE

	Páginas.
PROEMIO.....	5
I.—Naturaleza y padres del coronel Mondragón.—Estado social de Medina del Campo en el siglo XVI.—Apellidos Mondragón y Mercado.....	15
II.—Algunos pormenores genealógicos indispensables.—Ruy Martínez de Mercado.—Los escribanos de Medina del Campo á fines del siglo XV y principios del XVI: un dicho de la Reina Católica.—Hijos de Ruy Martínez.—Ruy Gómez de Zalamea.—La mancha ó sombra de un honrado linaje.....	20
III.—Testamento de la madre del coronel Mondragón.—Los hermanos de éste.—¿Cuándo nació el Coronel?.....	25
IV.—Las comunidades.—Infancia y adolescencia de Mondragón.—Los hijos de Zalamea.—La infantería española en la época del alistamiento de Mondragón.....	28
V.—Trece años de soldado raso.—Paso del Elba.—Mondragón alférez.—El favor del Gran Duque de Alba.....	35
VI.—Mondragón, capitán de Caballos ligeros.—Prisionero en Francia.—Gobernador de Damvillers.—El Luxemburgo en el siglo XVI.....	39
VII.—Mondragón, coronel de valones.—Valones y españoles.—Iniciativa de Mondragón, aplaudida por el Duque de Alba.—Los mendigos del mar.....	44
VIII.—Mondragón en Medina del Campo.—Dos clases de héroes.—Breve resumen de la vida de Cristóbal de San Vicente.—San Vicente y Mondragón.....	51
IX.—Mondragón en Medina del Campo.—Un sambenito tardío.—Cómo se transformó la historia de Zalamea.—Lo que sufrió Mondragón en su pueblo natal.....	56
X.—Nueva insurrección flamenca.—Mondragón en Amberes. Los zelandeses.—Luchas heroicas.—La segunda mujer de Mondragón.—Carácter de éste.....	61
XI.—El paso del vado.....	69
XII.—Ataque de Tholen.—Diligencia de Mondragón: su indomable bravura.—Cae herido.—Plan admirable para recuperar la cabeza del dique, y no menos admirable ejecución.—Espléndida victoria.....	73

XIII.—Mondragón, capitán general de Zelanda.—Sitio de Middeburg.—Heroica constancia de los sitiados.—Capitulación de la plaza.—¿Faltó Mondragón á lo capitulado?.....	80
XIV.—Batalla de Moole.—Mondragón, castellano de Gante.— <i>Le chateau des espagnols</i> .—Segundo vadeo y toma de Finard.—Gran operación en la Zelanda central.—Tercero y último vadeo dirigido por Mondragón.....	86
XV.—Sitio de Zierikzée.—Notable correspondencia de Mondragón, publicada por Gachard.—Carácter de Mondragón que revela esta correspondencia.....	92
XVI.—Por qué no se sacó partido de la toma de Zierikzée.—Los soldados españoles de Flandes, según los escritores y los documentos contemporáneos: sus cualidades y sus defectos.—Motín en Zierikzée.....	99
XVII.—Resumen de las causas de la gran insurrección flamenca de 1576 que esterilizó la victoria de Zierikzée.....	111
XVIII.—Mondragón prisionero de sus soldados en Zierikzée. Sucesos en el continente.—Sitio de la Ciudadela de Gante. Heroica defensa de la fortaleza por la mujer de Mondragón y el capitán Álamos.—Mondragón no acompañó á los españoles en su viaje á Italia.....	121
XIX.—Antecedentes del golpe de Estado de Mamuz.—Llamamiento á los españoles.—Alejandro Farnesio en Flandes.—Mondragón: su autoridad en esta época.....	131
XX.—Desproporción de fuerzas al empezar la campaña de 1598.—Batalla de Gembloux.—Importancia de Mondragón en el Ejército.—Toma de Limbourg.—Voladura del Castillo.....	140
XXI.—Toma de Dalhem.—Humanidad de Mondragón.—Sitio de Maestricht.—Último viaje del Coronel á España.—Mondragón, consejero de Farnesio.....	146
XXII.—Mondragón, Maestre de campo del Tercio viejo.—Lo que era el Tercio viejo.—Sitio de Niuove.—Toma de Linquerque.—Sitio de Amberes.—Ataque de Lillo: sus consecuencias históricas.—Toma de Amberes.....	153
XXIII.—Mondragón, castellano de Amberes.—Lamentable cambio en la dirección y objetivo de la guerra de Flandes. Conspiraciones en Amberes.—Campaña en el país de Waes. Esperando la «Invencible».....	165
XXIV.—Mondragón restaurador del castillo de Amberes.—Capitán general del Brabante.—Las últimas campañas....	174
XXV.—Muerte de Mondragón.—Elogios que le han sido tributados.—Mondragón en el Romancero.—Retratos de Mondragón: su descendencia.....	185

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Socialismo del campo.—Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

El Sufragio Universal y la elección por clases y gremios.—Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con el premio extraordinario del Conde de Toreno.

Estado social que refleja el Quijote.—Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

El Sitio de Villada.—Monografía histórica de esta villa y noticia biográfica de sus hijos más ilustres.—Premiada é impresa por el Ayuntamiento de Villada.

Astorga en la guerra de la Independencia.

ACME
BOOKBINDING CO., INC.

APR 16 1984

100 CAMBRIDGE STREET
CHARLESTOWN, MASS.



3 2044 011 886 769

**THE BORROWER WILL BE CHARGED
AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS
NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON
OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED
BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE
NOTICES DOES NOT EXEMPT THE
BORROWER FROM OVERDUE FEES.**

**Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413**

**WIDENER
SEP 17 1998
CANCELLED**

